

LOS GATOS GUERREROS

— LOS CUATRO CLANES —



ANTES DE LA TORMENTA



Tras el destierro de Garra de Tigre, el Clan del Trueno vive un tiempo de relativa paz y concordia, aunque la traición del antiguo lugarteniente ha supuesto un duro golpe para Estrella Azul. Por este motivo, Corazón de Fuego ha de ocuparse del día a día del clan, además de supervisar a Nimbo, su problemático aprendiz respondón y nada disciplinado. Sin embargo, lo que más preocupa al joven lugarteniente es la creciente sensación de que Garra de Tigre acecha en la espesura del bosque para cobrarse una terrible venganza.



Erin Hunter

Antes de la tormenta

Los gatos guerreros: Los cuatro clanes - 4

ePub r1.0

Kars 05.09.14

Título original: *Rising Storm*
Erin Hunter, 2004
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Kars
ePub base r1.1

Para Denise: esto es lo más parecido
a una canción que he podido hacer.
Gracias en especial a Kate Cary.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• **Líder**

—ESTRELLA AZUL: gata gris azulada con tonos plateados alrededor del hocico.

• **Lugarteniente**

—CORAZÓN DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

—Aprendiz: NIMBO.

• **Curandera**

—FAUCES AMARILLAS: vieja gata gris oscuro, de cara ancha y chata;

antiguo miembro del Clan de la Sombra.

—Aprendiza: CARBONILLA: gata gris oscuro.

• **Guerreros *(gatos y gatas sin crías)*.**

—TORMENTA BLANCA: gran gato blanco.

—Aprendiza: CENTELLINA.

—CEBRADO: lustroso gato atigrado negro y gris.

—Aprendiza: FRONDINA.

—RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras.

—Aprendiz: ZARPA RAUDA.

—MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

—Aprendiz: ESPINO.

—FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.

—MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

—Aprendiz: CENICIENTO.

—TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.

• **Aprendices** ***(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros).***

—ZARPA RAUDA: gato blanco y negro.

—NIMBO: gato blanco de pelo largo.

—CENTELLINA: gata blanca con

manchas canela.

—ESPINO: atigrado marrón dorado.

—FRONDINA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

—CENICIENTO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

• **Reinas *(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)*.**

—ESCARCHA: dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

—PECAS: bastante atigrada.

—FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro.

—COLA PINTADA: bastante atigrada, y la mayor de las reinas con crías.

—SAUCE: gata gris muy claro, de ojos azules poco comunes.

- **Veteranos *(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)*.**

—MEDIO RABO: gran gato atigrado, marrón oscuro y sin parte de la cola.

—OREJITAS: gato gris con las orejas muy pequeñas; el macho más viejo del Clan del Trueno.

—CENTÓN: pequeño gato blanco y negro.

—TUERTA: gata gris claro; es el miembro más anciano del Clan del Trueno; prácticamente ciega y sorda.

—COLA MOTEADA: en sus tiempos,

una bonita gata leonada con un precioso manto moteado.

CLAN DE LA SOMBRA

• **Líder**

—ESTRELLA NOCTURNA: viejo gato negro.

• **Lugarteniente**

—RESCOLDO: gato delgado y gris.

• **Curandero**

—NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris.

• **Guerreros**

—RABÓN: gato atigrado marrón.

—Aprendiz: MANTO PARDO.

—PATAS MOJADAS: gato atigrado gris.

—Aprendiz: ZARPA DE ROBLE.

—CIRRO: atigrado muy pequeño.

—CUELLO BLANCO: gato negro con el pecho y las patas blancas.

• **Reinas**

—NUBE DEL ALBA: atigrada y pequeña.

—FLOR OSCURA: gata negra.

—AMAPOLA: atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

- **Líder**

—ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

- **Lugarteniente**

—RENGO: gato negro con una pata torcida.

- **Curandero**

—CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

- **Guerreros**

—ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

—Aprendiz: TRENZADO.

—OREJA PARTIDA: macho atigrado.

—Aprendiz: ZARPA PARDA.

—CORRIENTE VELOZ: atigrada gris claro.

• **Reinas**

—PERLADA: gata gris.

—FLOR MATINAL: reina color carey.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**

—ESTRELLA DOBLADA: enorme gato atigrado de color claro, con la mandíbula torcida.

• **Lugarteniente**

—LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Curandero**

—ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

• **Guerreros**

—PRIETO: macho negro grisáceo.

—Aprendiz: ZARPA POTENTE.

—PEDRIZO: gato gris con las orejas marcadas con cicatrices de peleas.

—Aprendiz: ZARPA OSCURA.

—TRIPÓN: gato marrón oscuro.

—LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo, gris uniforme; antiguo miembro del Clan

del Trueno.

- **Reinas**

—VAHARINA: gata gris oscuro.

—MUSGOSA: gata parda.

- **Veteranos**

—TABORA: gata delgada color gris, con el pelaje parcheado y el hocico lleno de cicatrices.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

—CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

—PATAS NEGRAS: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache; antiguo lugarteniente del Clan de la Sombra.

—GUIJARRO: gato atigrado plateado; antiguo miembro del Clan de la Sombra.

—PRINCESA: atigrada marrón claro, con el pecho y las patas blancas; es una gata doméstica.

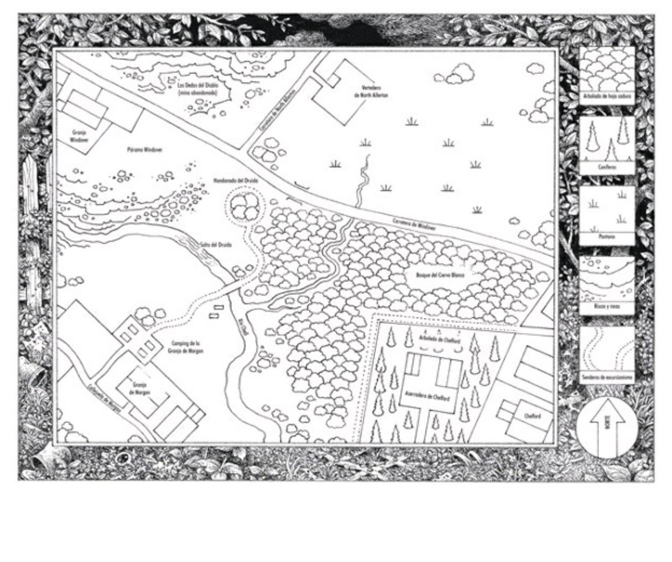
—CUERVO: lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

—TIZNADO: rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque. Es un gato doméstico.

—GARRA DE TIGRE: enorme gato atigrado marrón oscuro, con garras

delanteras inusualmente largas; antiguo miembro del Clan del Trueno.


Rocas Altas
Granja
de Centeno
Vertedero
Campamento del
Clan de la Sombra
Campamento del
Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascada
Árbol
de la
Lechuza
Campamento del
Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de
las Serpientes
Hondonada
Arenosa
Rocas
Soleadas
Pinar
Campamento del
Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Los Dedos del Diablo
(mina abandonada)
Granja
Windover
Páramo Windover
Carretera de North Allerton
Vertedero
de North Allerton
Hondonada del Druida
Salto del Druida
Carretera de Windover
Bosque del Ciervo Blanco
Río Chell
Camping de la
Granja de Morgan
Granja
de Morgan
Callejuela de Morgan
Arbolado de Chelford
Aserradero de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo
NORTE



Prólogo

Un quejido agónico resonó en un claro del bosque blanqueado por la luna. Había dos gatos debajo de un arbusto del lindero. Uno de ellos se retorcía de dolor, sacudiendo su larga cola. El otro se levantó e inclinó la cabeza. Era curandero desde hacía muchas lunas, pero, aun así, lo único que podía hacer

era contemplar con impotencia cómo el líder de su clan era víctima de la enfermedad que ya había reclamado tantas vidas. Sabía que ninguna hierba mitigaría los calambres y la fiebre. Se le erizó el pelo de frustración mientras su líder sufría una nueva convulsión y se derrumbaba exhausto en su lecho tapizado de musgo. Lleno de temor, el curandero se encorvó para olfatear. El líder todavía respiraba, pero de manera superficial y dificultosa; sus delgados flancos subían y bajaban con cada jadeo.

Un ululato recorrió el bosque. Esa vez no se trataba de un gato, sino de un búho. El curandero se puso tenso. Los

búhos llevaban muerte al bosque, pues robaban presas e incluso cachorros que se hubieran alejado demasiado de sus madres. El curandero elevó unos ojos suplicantes al cielo, rogando a los espíritus de sus antepasados guerreros que ese ulular no fuera un mal presagio. Miró a través de las ramas que formaban el techo de la guarida, buscando el Manto Plateado en el cielo oscuro. Pero la franja de estrellas en la que vivía el Clan Estelar estaba oculta por las nubes, y el curandero se estremeció de miedo. ¿Es que sus antepasados guerreros los habían abandonado a la enfermedad que hacía estragos en el campamento?

Entonces el viento movió los árboles, entrechocando las quebradizas hojas. Mucho más arriba, las nubes se apartaron y una única estrella mandó un tenue rayo de luz a través del techo de la guarida. Entre las sombras, el líder respiró larga y firmemente. En el corazón del curandero, la esperanza brincó como un pez. Después de todo, el Clan Estelar estaba con ellos.

Mareado de alivio, el curandero alzó la barbilla, dando gracias en silencio a sus antepasados guerreros por perdonar la vida de su líder. Al entornar los ojos frente al rayo de luz de la estrella, oyó voces de espíritus

murmurando en el interior de su cabeza. Hablaban en susurros de futuras batallas gloriosas, de nuevos territorios y de un clan mucho más grande que surgiría de las cenizas del viejo. El curandero sintió cómo la alegría brotaba en su pecho y latía en sus patas. Aquella estrella transmitía mucho más que un mensaje de supervivencia.

Sin previo aviso, una ancha ala gris barrió el rayo de luz estelar, sumiendo la guarida en la oscuridad. El curandero se encogió y pegó la barriga al suelo, mientras el búho ululaba y arañaba el techo del refugio con sus garras. El ave debía de haber captado el olor de la

enfermedad que debilitaba al líder, y había descendido en picado en busca de una presa fácil. Pero las ramas eran demasiado densas para que el búho se abriese paso.

El curandero se quedó escuchando el lento batir de alas mientras el búho se alejaba por el bosque, y luego se incorporó, con el corazón desbocado, para examinar el cielo nocturno una vez más. Al igual que el búho, la estrella había desaparecido. En su lugar sólo había negrura. El miedo se coló bajo la piel del curandero y le atenazó el corazón.

—¿Has oído eso? —preguntó un

gato desde la entrada de la guarida, alarmado.

El curandero se apresuró a salir al claro, pues sabía que el clan estaría esperando una interpretación del augurio. Guerreros, reinas y veteranos —todos los que estaban lo bastante bien para abandonar sus lechos— se apiñaron en las sombras, en el extremo más alejado del claro. El curandero se detuvo un momento, escuchando cómo los miembros del clan cuchicheaban nerviosamente entre ellos.

—¿Qué estaba haciendo aquí un búho? —bufó un guerrero moteado, con los ojos brillando en la oscuridad.

—Nunca se habían acercado tanto al campamento —aulló un veterano.

—¿Se ha llevado algún cachorro? —preguntó otro guerrero, girando su ancha cabeza hacia la gata que estaba a su lado.

—Esta vez no —contestó la reina plateada. Ya había perdido a tres de sus hijos por la enfermedad, y su voz sonaba apagada por el dolor—. Pero podría regresar. Debe de haber percibido nuestra debilidad.

—Uno creería que el hedor de la muerte lo mantendría alejado. —Un guerrero atigrado entró en el claro cojeando. Tenía las patas recubiertas de

barro seco y el pelaje alborotado. Había estado enterrando a un compañero de clan. Había más tumbas que cavar, pero el gato estaba demasiado débil para continuar esa noche—. ¿Cómo se encuentra nuestro líder? —preguntó con voz tensa de miedo.

—No lo sabemos —respondió el gato moteado.

—¿Dónde está el curandero? —gimió la reina.

Los gatos miraron alrededor, y el curandero vio cómo sus asustados ojos relucían en la oscuridad. Percibía en sus voces un pánico cada vez mayor, y sabía que necesitaban que los calmaran, que

les aseguraran que el Clan Estelar no los había abandonado por completo. Tras respirar hondo, se obligó a relajar el pelo erizado de sus omóplatos y se internó en el claro.

—No necesitamos que un curandero nos explique que el ulular del búho hablaba de muerte —se lamentó un veterano, con los ojos rebosantes de temor.

—¿Y tú cómo lo sabes? —espetó el guerrero moteado.

—Exacto —coincidió la reina, mirando de soslayo al veterano—. ¡El Clan Estelar no habla contigo! —Se volvió cuando el curandero llegaba

junto al grupo—. ¿El búho era un presagio? —preguntó ansiosa.

Incómodo, el curandero movió las patas y evitó dar una respuesta directa.

—El Clan Estelar me ha hablado esta noche —anunció—. ¿Habéis visto esa estrella que brillaba entre las nubes?

La reina asintió y, a su alrededor, los ojos de los demás gatos centellearon con ansiosa esperanza.

—¿Qué significaba? —preguntó el veterano.

—¿Vivirá nuestro líder? —quiso saber el guerrero atigrado.

El curandero vaciló.

—¡No puede morir ahora! —

exclamó la reina—. ¿Qué hay de sus nueve vidas? ¡El Clan Estelar se las concedió hace sólo seis lunas!

—Lo único que el Clan Estelar puede hacer es dar mucha fuerza —contestó el curandero—. Pero nuestros antepasados no nos han olvidado —continuó, tratando de olvidar la imagen de la oscura ala del búho tapando el fino rayo de luz—. La estrella nos ha traído un mensaje de esperanza.

Un quejido agudo sonó en un rincón en penumbra del campamento, y una reina parda se levantó de un salto y fue corriendo hacia allí. Los otros siguieron mirando al curandero con ojos que

suplicaban consuelo.

—¿El Clan Estelar ha hablado de lluvia? —preguntó un joven guerrero—. Hace mucho que no llueve, y eso podría limpiar el campamento de la enfermedad.

El curandero negó con la cabeza.

—No ha hablado de lluvia, sino de que a nuestro clan lo aguarda un grandioso nuevo amanecer. Con ese rayo de luz, nuestros antepasados me han mostrado el futuro, ¡y será glorioso!

—Entonces, ¿sobreviviremos? —maulló la reina plateada.

—Haremos mucho más que sobrevivir —prometió el curandero—.

¡Dominaremos todo el bosque!

Entre los gatos se elevaron murmullos de alivio; eran los primeros ronroneos que se oían en el campamento desde hacía casi una luna. Pero el curandero volvió la cabeza para ocultar el temblor de sus bigotes. Rezaba para que el clan no le preguntara de nuevo por el búho. No se atrevía a compartir la espantosa advertencia que el Clan Estelar había añadido cuando el ala del ave tapó la estrella: que el clan pagaría el mayor precio posible por su nuevo y gran amanecer.



1

Cálidos rayos de sol atravesaban el dosel de hojas y centelleaban sobre Corazón de Fuego. Éste se agazapó aún más, consciente de que su pelo reluciría como el ámbar entre el exuberante y verde sotobosque.

Paso a paso, se arrastró con sigilo bajo un helecho. Captó el olor de una

tórtola. Avanzó despacio hacia ese aroma que le hacía la boca agua, hasta que pudo ver a la rolliza ave picoteando entre los helechos.

Flexionó las garras, con un hormigueo de expectación en las patas. Tenía hambre tras encabezar la patrulla del alba y cazar durante toda la mañana. Se encontraban en la mejor estación para la caza, una temporada en que el clan engordaba con la generosidad del bosque. Y, aunque había llovido poco desde las inundaciones de la estación de la hoja nueva, el monte estaba repleto de comida.

De repente, un nuevo olor flotó hasta

él en la seca brisa. Corazón de Fuego abrió la boca, ladeando la cabeza. La tórtola también debía de haberlo captado, pues levantó la cabeza de golpe y empezó a desplegar las alas, pero era demasiado tarde. Un relámpago de pelo blanco surgió de debajo de unas zarzas. El guerrero se quedó mirando sorprendido cómo el gato atacaba a la aturdida ave, inmovilizándola contra el suelo con las patas delanteras antes de acabar con su vida con un rápido mordisco en el cuello.

El delicioso aroma a carne fresca llenó las fosas nasales de Corazón de Fuego, que se irguió y salió de la maleza

en dirección al peludo gato blanco.

—Buena caza, Nimbo —maulló—. No te he visto llegar hasta que era demasiado tarde.

—Y este pájaro tan estúpido tampoco —alardeó Nimbo, sacudiendo la cola con suficiencia.

El joven lugarteniente sintió cómo se le tensaban los omóplatos. Nimbo era su aprendiz, además del hijo de su hermana Princesa. Era responsabilidad de Corazón de Fuego enseñarle las habilidades de un guerrero de clan y a respetar el código guerrero. Resultaba innegable que el joven era un buen cazador, pero Corazón de Fuego

deseaba que aprendiera algo de humildad. En su fuero interno, a veces se preguntaba si Nimbo llegaría a comprender algún día la importancia del código guerrero, la tradición de lealtad y rituales —con lunas de antigüedad— que se habían transmitido durante generaciones entre los gatos del bosque.

Pero Nimbo había nacido en la casa de Dos Patas donde vivía su madre, una gata doméstica, y Corazón de Fuego lo había llevado al Clan del Trueno cuando no era más que un cachorrito. El lugarteniente sabía, por su propia y amarga experiencia, que los gatos de clan no sentían respeto por los mininos

caseros. Él mismo había pasado sus seis primeros meses de vida con los Dos Patas, y en su clan había gatos que jamás le dejarían olvidar que no había nacido en el bosque. Agitó las orejas con impaciencia. Él hacía todo lo posible para demostrar su lealtad al clan, pero su tozudo aprendiz era harina de otro costal. Si Nimbo deseaba despertar cierta simpatía entre sus compañeros de clan, tendría que perder parte de su arrogancia.

—Pero tienes suerte de ser tan rápido —señaló Corazón de Fuego—. Estabas contra el viento. He podido olerte, aunque no te viera. Y tu presa

también.

Nimbo erizó el pelo y espetó:

—¡Ya sé que estaba con el viento en contra! Pero sabía que esa paloma tan tonta no iba a ser difícil de atrapar, tanto si me olía como si no.

El aprendiz se quedó mirándolo con ojos desafiantes, y el joven mentor sintió cómo su irritación se transformaba en ira.

—¡Es una tórtola, no una paloma! —bufó—. Y un verdadero guerrero muestra más respeto por las presas que alimentan a su clan.

—¡Sí, claro! No vi que Espino mostrara mucho respeto por la ardilla

que llevó ayer al campamento. Dijo que era tan boba que hasta un cachorro podría haberla atrapado.

—Espino no es más que un aprendiz —gruñó Corazón de Fuego—. Al igual que tú, todavía tiene mucho que aprender.

—Bueno, la he cazado, ¿no? —rezongó Nimbo, empujando la tórtola con una pata, malhumorado.

—Ser guerrero supone mucho más que cazar tórtolas.

—Yo soy más fuerte que Centellina y más rápido que Espino —soltó Nimbo—. ¿Qué más quieres?

—¡Tus compañeros aprendices

saben que un guerrero nunca ataca teniendo el viento en contra! —Corazón de Fuego sabía que no debía enzarzarse en una discusión, pero la obstinación de su aprendiz lo sacaba de quicio, como una garrapata en la oreja.

—Vaya cosa. Puede que tú estuvieras con el viento a favor, como un buen guerrero, pero ¡yo he sido el que ha atrapado a la tórtola! —Nimbo alzó la voz hasta un aullido rabioso.

—Cállate —siseó Corazón de Fuego, repentinamente distraído.

Levantó la cabeza y olfateó el aire. El bosque parecía extrañamente silencioso, y los estridentes maullidos

de Nimbo resonaban demasiado entre los árboles.

—¿Qué ocurre? —Nimbo miró alrededor—. Yo no huelo nada.

—Yo tampoco —admitió Corazón de Fuego.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Garra de Tigre —respondió sin rodeos.

El guerrero oscuro había estado merodeando por sus sueños desde que Estrella Azul lo había expulsado del clan, hacía un cuarto de luna. Garra de Tigre había intentado asesinar a la líder del clan, pero Corazón de Fuego lo detuvo y desveló su traición —oculta

durante mucho tiempo— a todo el clan. Desde entonces no había habido ni rastro de Garra de Tigre, pero Corazón de Fuego sintió heladas garras de miedo en el corazón ante la quietud del bosque. Éste también parecía estar aguzando el oído, conteniendo la respiración, y en la mente del joven lugarteniente se repitieron las palabras de despedida de Garra de Tigre: «Mantén los ojos bien abiertos, Corazón de Fuego. Mantén los oídos alerta. Mira continuamente a tus espaldas. Porque un día te encontraré y te dejaré convertido en carroña».

El maullido de Nimbo quebró el silencio.

—¿Qué iba a estar haciendo por aquí Garra de Tigre? —preguntó burlón—. ¡Estrella Azul lo desterró!

—Sí. Y solamente el Clan Estelar sabe adónde ha ido. Pero ¡Garra de Tigre dejó claro que volveríamos a saber de él!

—A mí no me da miedo ese traidor.

—Bueno, ¡pues debería! —bufó Corazón de Fuego—. Garra de Tigre conoce estos bosques tan bien como cualquier otro gato del clan. Te despedazaría si tuviera la ocasión.

Nimbo soltó un resoplido y dio vueltas alrededor de su presa, impaciente.

—No eres muy divertido desde que Estrella Azul te nombró lugarteniente. No pienso quedarme aquí si piensas malgastar la mañana intentando asustarme con cuentos para cachorros. Se supone que tengo que cazar para los veteranos del clan. —Y salió disparado hacia las zarzas, dejando a la tórtola sin vida tirada en el suelo.

—¡Nimbo, vuelve aquí! —chilló Corazón de Fuego, furibundo. Después movió la cabeza—. Que Garra de Tigre se encargue de ese idiota con cerebro de ratón —masculló para sí.

Sacudiendo la cola, recogió la tórtola y se preguntó si tenía que llevarla

al campamento por Nimbo. «Un guerrero debería ser responsable de sus propias piezas de caza», concluyó, y lanzó el ave a una espesa mata de hierba. Luego pisoteó las briznas para que cubrieran la rolliza presa; deseó estar seguro de que Nimbo regresaría por ella para llevarla con el resto de sus capturas a los hambrientos veteranos. «Si no la lleva a casa consigo, no probará bocado hasta que lo haga. Y que pase hambre», decidió. Su aprendiz tenía que aprender que jamás debían malgastarse las presas, ni siquiera en la estación de la hoja verde.

El sol se elevó más, abrasando la

tierra y absorbiendo la humedad de la vegetación. Corazón de Fuego aguzó las orejas. El bosque seguía inquietantemente silencioso, como si sus criaturas se mantuvieran ocultas hasta que las sombras del atardecer proporcionaran alivio tras otro día de calor implacable. A Corazón de Fuego lo ponía nervioso esa quietud, y sintió un retortijón de duda en el estómago. Después de todo, tal vez debería ir en busca de Nimbo.

«¡Has intentado advertirle sobre Garra de Tigre!». Corazón de Fuego casi podía oír la familiar voz de su mejor amigo, Látigo Gris, resonando en su

cabeza, y se estremeció al sentirse embargado por recuerdos agridulces. Ésa era exactamente la clase de cosa que le diría en ese momento el antiguo guerrero del Clan del Trueno. Los dos habían entrenado juntos y luchado codo con codo hasta que el amor y la tragedia los separaron. Látigo Gris se enamoró de una gata de otro clan, Corriente Plateada, y si ésta no hubiera muerto al dar a luz, a lo mejor Látigo Gris se habría quedado con el Clan del Trueno. Corazón de Fuego rememoró de nuevo a Látigo Gris cargando con sus cachorros hasta el territorio del Clan del Río para que se unieran al clan de su difunta

madre. Hundió los omóplatos. Añoraba la compañía de su viejo amigo y seguía hablando con él en silencio casi todos los días. Conocía tan bien a Látigo Gris que era fácil imaginar qué le respondería.

Alejó esos recuerdos con una sacudida de las orejas. Era hora de regresar al campamento. Ahora era el lugarteniente del clan, y había que organizar partidas de caza y patrullas. Nimbo tendría que arreglárselas solo.

El suelo estaba seco bajo sus patas mientras corría a través del bosque hacia lo alto del barranco, donde se hallaba el campamento. Se detuvo un

instante, disfrutando de la corriente de orgullo y afecto que sentía siempre al acercarse a su hogar. Aunque había pasado su infancia en una casa de Dos Patas, desde la primera vez que se aventuró en el bosque supo que aquél era el lugar al que pertenecía de verdad.

A sus pies, el campamento del Clan del Trueno se hallaba bien oculto por densos zarzales. Tras descender a saltos la pronunciada pendiente, Corazón de Fuego siguió el pisoteado sendero hasta el túnel de aulagas que conducía al campamento.

La reina Sauce estaba tumbada ante la entrada de la maternidad, calentando

su hinchado vientre al sol matinal. Hasta hacía poco compartía la guarida de los guerreros. Ahora vivía en la maternidad con las demás reinas, mientras esperaba a que naciera su primera camada.

A su lado, Pecas contemplaba amorosamente a sus dos cachorros, que se peleaban sobre la dura tierra levantando pequeñas nubes de polvo. Habían sido los compañeros de camada adoptivos de Nimbo. Cuando Corazón de Fuego llevó al primogénito de su hermana al clan, Pecas aceptó amamantar a aquella desvalida criaturita. Nimbo se había convertido en aprendiz hacía poco, y no pasaría mucho

tiempo antes de que los hijos de Pecas estuvieran listos para abandonar también la maternidad.

Un murmullo de voces atrajo la atención de Corazón de Fuego hacia la Peña Alta, que se alzaba en el claro. Había un grupo de guerreros reunidos bajo las sombras de la roca desde la que Estrella Azul, la líder, solía dirigirse a los miembros del clan. Corazón de Fuego reconoció el pelaje atigrado de Cebrado, la ágil silueta de Viento Veloz y la cabeza nevada de Tormenta Blanca entre ellos.

Mientras avanzaba silenciosamente sobre la tierra caliente, Corazón de

Fuego oyó el quejoso maullido de Cebrado por encima de las demás voces:

—Entonces, ¿quién va a encabezar la patrulla de mediodía?

—Corazón de Fuego lo decidirá cuando regrese de cazar —respondió Tormenta Blanca con calma. Era obvio que el experimentado guerrero se negaba a dejarse provocar por el tono hostil de Cebrado.

—Ya debería estar de vuelta —protestó Manto Polvoroso, un atigrado marrón que había sido aprendiz al mismo tiempo que Corazón de Fuego.

—Ya estoy de vuelta —anunció el

joven lugarteniente, y se abrió paso entre los guerreros para sentarse junto a Tormenta Blanca.

—Bien, ahora que estás aquí, ¿vas a decirnos quién ha de dirigir la patrulla de mediodía? —maulló Cebrado, mirándolo con frialdad.

Corazón de Fuego sintió calor bajo la piel, a pesar de la sombra que proporcionaba la Peña Alta. Cebrado había sido más amigo de Garra de Tigre que de ningún otro gato, y el joven lugarteniente no pudo evitar preguntarse por la profundidad de la lealtad del atigrado, aunque éste había escogido quedarse cuando su antiguo compinche

fue desterrado.

—Rabo Largo dirigirá la patrulla —respondió.

Lentamente, Cebrado desplazó la mirada de Corazón de Fuego a Tormenta Blanca, agitando los bigotes y con ojos destellantes de desprecio. El lugarteniente tragó saliva, nervioso, preguntándose si habría dicho una tontería.

—Rabo Largo está fuera con su aprendiz —explicó Viento Veloz, incómodo—. Él y Zarpa Rauda no regresarán hasta el anochecer, ¿recuerdas?

A su lado, Manto Polvoroso resopló

desdeñosamente.

Corazón de Fuego apretó los dientes. «¡Debería haberlo sabido!», se dijo.

—Pues entonces, Viento Veloz, puedes llevarte a Fronde Dorado y Manto Polvoroso contigo.

—Fronde Dorado no podrá seguir nuestro ritmo —replicó Manto Polvoroso—. Todavía cojea por la batalla contra los gatos proscritos.

—De acuerdo. —Corazón de Fuego procuró ocultar su creciente nerviosismo, pero no pudo evitar sentir que estaba diciendo nombres al azar—. Fronde Dorado puede ir a cazar con Musaraña, y… y…

—A mí me gustaría ir a cazar con ellos —se ofreció Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego lanzó un guiño de agradecimiento a la gata melada y continuó:

—… y Tormenta de Arena.

—¿Y qué hay de la patrulla? ¡Si no nos decidimos pronto, pasará de mediodía! —exclamó Cebrado.

—Tú puedes unirte a Viento Veloz con la patrulla —le espetó Corazón de Fuego.

—¿Y la del atardecer? —preguntó Musaraña con delicadeza.

Corazón de Fuego se quedó mirando a la gata marrón oscuro, con la mente en

blanco.

La voz ronca de Tormenta Blanca sonó junto a él.

—A mí me apetecería dirigirla —maulló—. ¿Crees que a Rabo Largo y Zarpa Rauda les gustaría acompañarme cuando regresen?

—Sí, por supuesto. —Corazón de Fuego miró el círculo de ojos que lo rodeaban y se sintió aliviado al ver que todos parecían satisfechos.

Los gatos se marcharon, dejando al lugarteniente solo con Tormenta Blanca.

—Gracias —maulló el joven, inclinando la cabeza ante el experimentado guerrero—. Supongo que

debería haber planeado antes las patrullas.

—Cada vez te será más fácil —le aseguró Tormenta Blanca—. Todos nos habíamos acostumbrado a que Garra de Tigre nos dijera exactamente qué teníamos que hacer.

Corazón de Fuego apartó la vista, acongojado.

—También es lógico que todos estén más tensos de lo habitual —prosiguió el guerrero blanco—. La traición de Garra de Tigre ha impresionado a todos los miembros del clan.

Corazón de Fuego miró a Tormenta Blanca y comprendió que éste intentaba

darle ánimos. Resultaba muy fácil olvidar que las acciones de Garra de Tigre habían supuesto una tremenda conmoción para el resto del clan. Él sabía desde hacía mucho tiempo que la ambición de poder había empujado a Garra de Tigre al asesinato y la mentira. Sin embargo, a los demás gatos les había costado creer que el intrépido guerrero se hubiera vuelto en contra de su propio clan. Las palabras de Tormenta Blanca le recordaron a Corazón de Fuego que, aunque él no poseyera todavía la autoridad y la seguridad de Garra de Tigre, jamás traicionaría a su clan, como había hecho

el anterior lugarteniente.

La voz de Tormenta Blanca interrumpió sus pensamientos:

—Debo ir a ver a Pecas. Me ha dicho que quería hablar conmigo sobre algo.

Inclinó la cabeza. El respetuoso gesto del guerrero pilló por sorpresa a Corazón de Fuego, que se lo devolvió con torpeza.

Mientras veía marcharse a Tormenta Blanca, al joven lugarteniente le rugió el estómago de hambre, y pensó en la sabrosa tórtola que Nimbo había cazado. Centellina, la aprendiza blanca y canela de Tormenta Blanca, estaba delante de la

guarida de los aprendices, y Corazón de Fuego se preguntó si habría llevado algo de comer a los veteranos. Se acercó al viejo tocón de árbol, donde la gata estaba lavándose la cola. Ella levantó la cabeza y saludó:

—Hola, Corazón de Fuego.

—Hola, Centellina. ¿Has estado cazando?

—Sí —respondió con ojos relucientes—. Es la primera vez que Tormenta Blanca me deja salir sola.

—¿Has conseguido muchas piezas?

Centellina se miró las patas con timidez.

—Dos gorriones y una ardilla.

—Bien hecho —ronroneó Corazón de Fuego—. Seguro que tu mentor está muy satisfecho.

La aprendiza asintió.

—¿Lo has llevado todo directamente a los veteranos?

—Sí. —Los ojos de Centellina se ensombrecieron de preocupación—. ¿He hecho bien? —maulló con inquietud.

—Estupendamente —la tranquilizó él.

Ojalá su aprendiz fuera tan digno de confianza. Nimbo ya debería haber regresado. Los veteranos necesitarían algo más que dos gorriones y una ardilla para llenarse el estómago. Decidió

hacerles una visita para asegurarse de que no estaban sufriendo demasiado el calor de la estación de la hoja verde. Al acercarse al roble caído donde los veteranos tenían su guarida, oyó sus voces detrás de las ramas peladas.

—Los cachorros de Sauce nacerán pronto. —Ésa era Cola Pintada. Era la mayor de las reinas de la maternidad, y su único hijo estaba débil y raquítico después de haber pasado la gripe.

—Los nuevos cachorros siempre son un buen augurio —ronroneó Tuerta.

—El Clan Estelar sabe que nos vendría muy bien un buen augurio —masculló Orejitas sombríamente.

—No seguirás preocupado por el ritual, ¿verdad? —preguntó Centón con voz cascada. Corazón de Fuego se imaginó al viejo gato blanco y negro agitando las orejas con impaciencia en dirección a Orejitas.

—¿El qué? —maulló Tuerta.

—La ceremonia de nombramiento del nuevo lugarteniente del clan —explicó Centón—. Ya sabes, cuando se marchó Garra de Tigre, hace un cuarto de luna.

—Son mis oídos lo que no funciona como antes, ¡no mi cerebro! —espetó Tuerta. Continuó hablando y los demás la escucharon en silencio, pues la

anciana era respetada por su sabiduría, a pesar de su mal genio—. No creo que el Clan Estelar nos castigue sólo porque Estrella Azul no nombró al nuevo lugarteniente antes de que la luna llegara a lo más alto. Las circunstancias eran de lo más inusuales.

—Pero ¡eso sólo empeora las cosas! —se alteró la vieja Cola Moteada—. ¿Qué pensará el Clan Estelar de un clan cuyo lugarteniente se vuelve contra él y cuyo nuevo lugarteniente se nombra cuando la luna ya no está en lo más alto? Es como si no pudiéramos conservar la lealtad de nuestros miembros ni llevar a cabo las ceremonias rituales.

Corazón de Fuego sintió un escalofrío por la columna vertebral. Cuando Estrella Azul se enteró de la traición de Garra de Tigre y lo expulsó del clan, estaba demasiado perturbada para seguir correctamente el ritual de nombramiento. Corazón de Fuego no se convirtió en sucesor de Garra de Tigre hasta el día siguiente, y, para muchos gatos, eso suponía un mal presagio.

—El nombramiento de Corazón de Fuego rompió con el ritual del clan por primera vez desde que yo recuerdo —maulló Orejitas con tono grave—. Detesto decir esto, pero no puedo evitar sentir que, mientras él sea lugarteniente,

el clan vivirá una época oscura.

Centón mostró su conformidad con un maullido, y Corazón de Fuego notó cómo se le aceleraba el pulso mientras esperaba que Tuerta tranquilizara los ánimos con sus sabias palabras. Pero, por una vez, la anciana gata guardó silencio. Por encima de Corazón de Fuego, el abrasador sol seguía brillando en un cielo despejado y azul, y aun así sintió que se le helaba la sangre.

Se alejó de la guarida de los veteranos, incapaz de presentarse ante ellos en esos momentos, y se paseó con inquietud por el borde del claro. Al acercarse a la maternidad, iba mirando

al suelo, absorto en sus pensamientos. Un movimiento repentino en la entrada de la maternidad le hizo alzar la vista. Se quedó de piedra, y el corazón empezó a martillearle al reconocer los relucientes ojos ámbar de Garra de Tigre clavados en él. Horrorizado por esa conocida mirada, parpadeó alarmado. Luego se dio cuenta de que no estaba viendo al feroz guerrero, sino a Pequeño Zarzo… el hijo de Garra de Tigre.



2

Corazón de Fuego entrevió un pelaje rojizo claro y levantó la mirada: Flor Dorada estaba saliendo de la maternidad detrás del cachorro atigrado. Llevaba en la boca una cachorrita atigrada color canela claro, que depositó con delicadeza en el suelo junto a su hermano. Corazón de Fuego supo al

instante que la reina había visto su reacción, pues rodeó a sus pequeños con la cola protectoramente y alzó la barbilla, como desafiándolo a decir algo.

El joven sintió una oleada de culpabilidad. ¿En qué estaba pensando? Él era el lugarteniente del clan, ¡por amor del Clan Estelar! Sabía que debía asegurar a Flor Dorada que aquellos cachorros serían cuidados y respetados como cualquier otro miembro del Clan del Trueno.

—Tus… hijos parecen muy sanos —balbuceó, pero se le erizó el pelo cuando el pequeño atigrado oscuro se

quedó mirándolo con sus ojos ámbar: era la viva imagen de Garra de Tigre y de su mirada amenazante.

Procuró reprimir el miedo y la rabia que lo impulsaban instintivamente a sacar las uñas y apretarlas contra el duro suelo. «Fue Garra de Tigre quien traicionó al Clan del Trueno —se dijo —, no este diminuto cachorro».

—Hoy es la primera vez que Pequeña Trigueña sale de la maternidad —le contó Flor Dorada, mirando nerviosa a la cachorrita.

—Han crecido muy deprisa —murmuró Corazón de Fuego.

Flor Dorada se inclinó a lamer la

cabeza de sus dos pequeños y luego se acercó al lugarteniente.

—Entiendo cómo te sientes —maulló en voz baja—. Tus ojos siempre han delatado a tu corazón. Pero éstos son mis hijos, y moriré para protegerlos si es necesario.

Se quedó mirando sin pestañear al joven, que vio la intensidad de los sentimientos de la reina en sus profundidades amarillas.

—Tengo miedo por ellos —continuó la gata—. El clan jamás perdonará a Garra de Tigre… y no debería hacerlo. Sin embargo, Pequeño Zarzo y Pequeña Trigueña no han hecho nada malo, y no

permitiré que sean castigados a causa de su padre. Ni siquiera voy a contarles quién era; sólo les diré que era un guerrero valiente y poderoso.

Corazón de Fuego sintió una punzada de compasión por la acongojada reina.

—Aquí estarán a salvo —prometió, aunque los ojos ámbar del cachorro siguieron provocándole un hormigueo de inquietud cuando Flor Dorada se alejó.

A sus espaldas, Tormenta Blanca salió de la maternidad.

—Pecas cree que sus dos últimos hijos están preparados para comenzar el entrenamiento —le dijo.

—¿Estrella Azul lo sabe?

El gato negó con la cabeza.

—Pecas quería comunicar la noticia a Estrella Azul, pero ésta no ha visitado la maternidad en días.

Corazón de Fuego frunció el entrecejo. La líder solía interesarse por todos los aspectos de la vida del clan, en especial por los de la maternidad. Todos los gatos sabían lo importante que era para el Clan del Trueno tener cachorros fuertes y sanos.

—Supongo que no es de extrañar —prosiguió Tormenta Blanca—. Estrella Azul todavía está recuperándose de sus heridas tras la batalla con los gatos proscritos.

—¿Crees que debería ir yo a decírselo? —preguntó Corazón de Fuego.

—Sí. Las buenas noticias podrían levantarle el ánimo —señaló el guerrero blanco.

Corazón de Fuego se sobresaltó al comprender que su camarada estaba tan preocupado por la líder como él.

—Seguro que sí —coincidió—. El Clan del Trueno no había tenido tantos aprendices en lunas.

—Eso me recuerda una cosa —maulló Tormenta Blanca, con un repentino brillo en los ojos—. ¿Dónde está Nimbo? Creía que iba a cazar para

los veteranos.

Corazón de Fuego desvió la vista, incómodo.

—Eh, sí, así es. No sé por qué está tardando tanto.

Tormenta Blanca levantó una de sus enormes patas y le dio un lametazo.

—El bosque ya no es tan seguro como antes —murmuró, como si pudiera leer los desasosegados pensamientos de Corazón de Fuego—. No olvides que el Clan del Viento y el de la Sombra siguen furiosos con nosotros por haber dado cobijo a Cola Rota. Todavía no saben que Cola Rota está muerto, y podrían atacarnos de nuevo.

Cola Rota había sido líder del Clan de la Sombra, y a punto había estado de destruir a los demás clanes del bosque por su codicia de territorio. El Clan del Trueno había ayudado al angustiado Clan de la Sombra a desterrar a Cola Rota, pero a continuación lo acogió como prisionero ciego y desvalido… una decisión compasiva que no fue bien recibida por los enemigos del antiguo líder.

Corazón de Fuego sabía que Tormenta Blanca estaba haciéndole una advertencia con todo el tacto del mundo —ni siquiera había mencionado la posibilidad de que Garra de Tigre

siguiera estando cerca—, pero la culpabilidad que sentía por haber permitido que Nimbo saliera solo lo impulsó a ponerse a la defensiva.

—Tú has dejado que Centellina cazara sola esta mañana —replicó.

—Sí. Le he dicho que no saliera del barranco y que volviera cuando el sol llegara a lo más alto. —Tormenta Blanca habló con tono amable, pero dejó de lavarse la pata y miró a Corazón de Fuego con inquietud—. Espero que Nimbo no se aleje demasiado del campamento.

El joven lugarteniente desvió la vista y masculló:

—Debería ir a decirle a Estrella Azul que los cachorros están preparados.

—Buena idea. Yo puedo salir con Centellina a entrenar un poco. Caza bien, pero necesita trabajar sus técnicas de pelea.

Maldiciendo mentalmente a Nimbo, Corazón de Fuego se encaminó a la Peña Alta. Ante la guarida de Estrella Azul, se lavó rápidamente las orejas y sacó a Nimbo de sus pensamientos antes de maullar frente al liquen que cubría la entrada de la cueva.

—Adelante —dijo Estrella Azul desde el interior, y el joven entró

despacio.

Hacía fresco en la pequeña caverna, excavada en la base de la Peña Alta por un antiguo arroyo. La luz del sol que se filtraba a través de la cortina de liquen hacía que las paredes relucieran cálidamente. Estrella Azul estaba encorvada en su lecho como una pata clueca. Su largo pelaje gris estaba sucio y apelmazado. «Quizá todavía le duelen demasiado las heridas para lavarse como es debido», pensó Corazón de Fuego. Se negó a considerar la otra posibilidad: que su líder ya no deseara seguir cuidándose.

Pero la inquietud que había visto en

los ojos de Tormenta Blanca lo preocupaba. No pudo evitar advertir lo delgada que estaba Estrella Azul, y se acordó del pájaro que había dejado a medias la noche anterior, cuando se marchó sola a su guarida en vez de quedarse a compartir lenguas con los guerreros más viejos, como solía hacer antes.

La líder del clan alzó la vista cuando Corazón de Fuego entró, y el joven se sintió aliviado al ver destellos de interés en los ojos de la gata.

—Corazón de Fuego —lo saludó ella, incorporándose y levantando la barbilla.

Irguió su ancha cabeza con la misma dignidad que él había admirado cuando la conoció en el bosque, cerca de su casa de Dos Patas. Fue Estrella Azul quien lo invitó a unirse al clan, y la fe que ella tenía en él creó enseguida un vínculo especial entre ambos.

—Estrella Azul —empezó, inclinando la cabeza respetuosamente—. Tormenta Blanca ha estado hoy en la maternidad. Pecas le ha dicho que sus cachorros ya están listos para iniciar el entrenamiento.

Los ojos de Estrella Azul se fueron dilatando poco a poco.

—¿Ya? —murmuró.

Corazón de Fuego aguardó a que la líder comenzara a dar órdenes para la ceremonia de nombramiento, pero ella se limitó a mirarlo fijamente.

—Eh… ¿quiénes quieres que sean sus mentores? —le preguntó el joven.

—Mentores —repitió Estrella Azul débilmente.

Corazón de Fuego empezó a sentir un hormigueo de inquietud. De pronto, una dureza despiadada llameó en los ojos de la líder.

—¿Es que queda algún gato en el que podamos confiar para que entrene a esos inocentes cachorros? —bufó.

Corazón de Fuego se estremeció,

demasiado impresionado para responder. Los ojos de la gata llamearon una vez más.

—¿Puedes ocuparte tú de ellos? —inquirió Estrella Azul—. ¿O Látigo Gris?

El lugarteniente negó con la cabeza, intentando sofocar la alarma que lo mordía como una víbora. ¿Acaso la gata había olvidado que Látigo Gris ya no formaba parte del clan?

—Yo… yo ya soy mentor de Nimbo. Y Látigo Gris… —Se quedó sin palabras. Tomó una breve bocanada de aire y empezó de nuevo—. Estrella Azul, el único guerrero inapropiado

para entrenar a esos cachorros era Garra de Tigre, y lo desterraste, ¿recuerdas? Cualquier otro guerrero sería un buen mentor para los hijos de Pecas. —Buscó una reacción en el rostro de la líder, pero ésta se había quedado mirando sin ver el suelo de la guarida—. Pecas espera que se celebre pronto la ceremonia de nombramiento —insistió —. Sus pequeños están totalmente preparados. Nimbo fue su compañero de camada, y ya hace media luna que es aprendiz.

Se inclinó hacia delante, deseando que Estrella Azul respondiera. Por fin, la gata asintió con brío y levantó la vista

hacia Corazón de Fuego. Éste vio aliviado cómo desaparecía la tensión de los omóplatos de su líder. Y aunque su mirada seguía pareciendo distante y fría, estaba más calmada.

—Celebraremos la ceremonia de nombramiento cuando anochezca, antes de cenar —anunció, como si jamás lo hubiera dudado.

—Bien, ¿y quiénes quieres que sean sus mentores? —preguntó Corazón de Fuego con cautela.

Sintió que un temblor le recorría la cola cuando Estrella Azul volvió a ponerse tensa y a mirar con desasosiego por toda la cueva.

—Decídelo tú.

Su respuesta fue casi inaudible, y Corazón de Fuego decidió no presionarla más.

—Sí, Estrella Azul —maulló, inclinando la cabeza, antes de salir de la guarida.

Una vez fuera, se sentó un momento a la sombra de la Peña Alta para ordenar sus ideas. La traición de Garra de Tigre debía de haber afectado a Estrella Azul más de lo que él creía, pues ahora la gata ya no confiaba en ninguno de sus guerreros. Corazón de Fuego se dio un lametazo en el pecho para tranquilizarse. Apenas había

transcurrido un cuarto de luna desde el ataque de los gatos proscritos. Se dijo que Estrella Azul terminaría por superarlo. Mientras tanto, él tendría que disimular su desazón ante los demás gatos. Si el clan ya estaba nervioso, como Tormenta Blanca había dicho, ver a Estrella Azul de ese modo sólo serviría para que todos se alarmaran más.

Corazón de Fuego estiró los músculos de los hombros y se dirigió a la maternidad.

—Hola, Sauce —maulló al llegar junto a la reina.

La gata gris claro estaba tendida de

costado frente al zarzal que cobijaba a los cachorros, disfrutando de la calidez del sol. Cuando el joven se detuvo a su lado, levantó la cabeza.

—Hola, Corazón de Fuego. ¿Qué tal la vida como lugarteniente? —Sus ojos reflejaban una amable curiosidad, y su voz era amigable, no desafiante.

—No está mal —respondió. «O no lo estaría si no tuviera un aprendiz insoportable», pensó, «o si a los veteranos no los inquietara la ira del Clan Estelar, o si nuestra líder no fuera incapaz de decidir quiénes deberían ser los mentores de los hijos de Pecas».

—Me alegra oírlo —ronroneó

Sauce, y giró la cabeza para lavarse el lomo.

—¿Has visto a Pecas por aquí?

—Está dentro —maulló la reina entre lametones.

—Gracias.

Corazón de Fuego se abrió paso entre las zarzas. El interior era sorprendentemente luminoso. El sol se colaba a través de los espacios entre las ramas retorcidas, y el joven se dijo que tendría que tapar todos los agujeros antes de que llegaran los vientos fríos de la estación sin hojas.

—Hola, Pecas —saludó—. ¡Buenas noticias! Estrella Azul dice que la

ceremonia de nombramiento de tus hijos será este atardecer.

La reina estaba echada de lado mientras sus dos cachorros se encaramaban a su lomo.

—¡Doy gracias al Clan Estelar! —gruñó cuando el más pesado de los gatitos, de pelaje gris con motas más oscuras, saltó de su lomo para abalanzarse sobre su hermana—. Estos dos están volviéndose demasiado grandes para estar en la maternidad.

Los cachorros rodaron hasta su madre enredados en una maraña de patas y colas. Pecas los apartó con delicadeza y le preguntó a Corazón de Fuego:

—¿Sabes quiénes serán sus mentores?

El joven ya estaba preparado para esa cuestión.

—Estrella Azul todavía no lo ha decidido —explicó—. ¿Prefieres a algunos guerreros en concreto?

Pecas pareció sorprendida.

—Estrella Azul lo sabrá mejor que nadie; es ella quien debe decidir.

Corazón de Fuego sabía tan bien como cualquiera que la tradición era que el líder del clan seleccionara a los mentores.

—Sí, tienes razón —maulló con un resoplido.

Se le erizó el pelo cuando la brisa le llevó el olor del cachorro atigrado de Garra de Tigre.

—¿Dónde está Flor Matinal? —le preguntó a Pecas más bruscamente de lo que pretendía.

Ella puso los ojos como platos.

—Ha llevado a sus cachorros a los veteranos, para que los conozcan —respondió. Miró a Corazón de Fuego entornando los ojos—. Has reconocido a Garra de Tigre en su hijo, ¿verdad?

El joven asintió, incómodo.

—El pequeño tiene el mismo aspecto que su padre, pero eso es todo —le aseguró Pecas—. Es bastante bueno

con los demás cachorros, ¡y desde luego su hermana lo mantiene a raya!

—Bueno, eso está bien. —Corazón de Fuego dio media vuelta—. Nos veremos luego en la ceremonia —maulló mientras se encaminaba a la salida.

—¿Significa eso que Estrella Azul ya ha decidido cuándo será la ceremonia de nombramiento? —le preguntó Sauce al verlo salir.

—Sí —contestó el lugarteniente.

—¿Y quiénes serán los ment…?

Pero el joven guerrero se alejó deprisa antes de poder oír el resto de la pregunta. La noticia de la ceremonia se

propagaría por el campamento como el fuego, y todos los gatos querrían saber lo mismo. Tendría que decidirse pronto, pero sus fosas nasales seguían rebosantes del olor de Pequeño Zarzo, y la cabeza le daba vueltas mientras negros pensamientos desplegaban sus siniestras alas en su mente.

Instintivamente, dirigió sus pasos hacia el túnel de helechos que conducía al claro de la curandera. Carbonilla, la aprendiza de Fauces Amarillas, estaría allí. Ahora que Látigo Gris se había marchado a vivir con el Clan del Río, la gata era la mejor amiga de Corazón de Fuego. Él sabía que la dulce gata gris

podría dar sentido a la confusión de emociones que bullían en su interior.

Apretó el paso a través de los frescos helechos para acceder al claro iluminado por el sol. En un extremo se alzaba la lisa superficie de una alta roca, hendida en el centro. El espacio que había en medio de la roca era suficientemente grande para cobijar a Fauces Amarillas y servir como almacén para sus hierbas curativas.

Corazón de Fuego estaba a punto de llamar a Carbonilla cuando ésta salió cojeando de la oscura grieta rocosa. Como siempre, la alegría de ver a su amiga se vio empañada por el dolor de

ver la torcida pata trasera que le había impedido convertirse en guerrera. La joven gata había resultado gravemente herida al internarse en el Sendero Atronador. Corazón de Fuego no podía evitar sentirse responsable, pues, cuando sucedió el accidente, Carbonilla era su aprendiza. Pero la gatita se recuperó bajo la atenta mirada de la curandera del clan. Fauces Amarillas empezó a enseñarle a cuidar de los gatos enfermos y acabó tomándola como aprendiza. De eso hacía ya una luna y media. Carbonilla había encontrado por fin su lugar en el clan.

La gata salió al claro con un gran

ramillete de hierbas en la boca. Tenía el rostro fruncido en una mueca de inquietud, y ni siquiera reparó en que Corazón de Fuego estaba ante el túnel. Dejó su carga sobre el suelo abrasado por el sol y empezó a clasificar nerviosamente las hojas.

—¿Carbonilla?

La joven gata levantó la mirada, sorprendida.

—¡Corazón de Fuego! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te encuentras mal?

Él negó con la cabeza.

—No. ¿Va todo bien?

Carbonilla miró con desaliento el montón de hojas que tenía delante.

Corazón de Fuego se acercó y la acarició con el hocico.

—¿Qué ocurre? No me digas que has vuelto a derramar bilis de ratón sobre el lecho de Fauces Amarillas.

—¡No! —exclamó la gata, indignada. Luego bajó los ojos—. Nunca debería haber accedido a ser aprendiza de curandera. Soy un desastre. ¡Debería haber interpretado las señales cuando encontré aquella ave putrefacta!

Corazón de Fuego recordó lo sucedido tras su nombramiento como lugarteniente: Carbonilla había escogido una urraca del montón de carne fresca para Estrella Azul, pero descubrió que

bajo las suaves plumas estaba repleta de gusanos.

—¿Es que Fauces Amarillas piensa que era un presagio sobre ti? —preguntó.

—Bueno, no —admitió Carbonilla.

—Entonces, ¿qué te lleva a creer que no estás hecha para ser curandera? —Procuró no pensar demasiado en que la urraca putrefacta podría haber sido un augurio para otro miembro del clan: la líder, Estrella Azul.

Carbonilla sacudió la cola con frustración.

—Fauces Amarillas me ha pedido que prepare una cataplasma. Una muy

sencilla para limpiar las heridas. Es una de las primeras cosas que me enseñó, pero he olvidado qué hierbas hay que mezclar. ¡Va a pensar que soy idiota! —Su voz se elevó hasta un lamento, y sus ojos azules se dilataron, acongojados.

—No eres idiota, y Fauces Amarillas lo sabe —replicó Corazón de Fuego, enérgico.

—Pero es que no es la primera vez que meto la pata últimamente. Ayer tuve que preguntarle la diferencia entre la dedalera y las semillas de adormidera. —Carbonilla bajó la cabeza todavía más—. Fauces Amarillas me dijo que era un peligro para el clan.

—Oh, ya sabes cómo es Fauces Amarillas —la tranquilizó el joven lugarteniente—. Siempre dice cosas así.

Fauces Amarillas había sido la curandera del Clan de la Sombra y, aunque se había convertido en parte del Clan del Trueno después de que la desterrara su anterior y cruel líder —Cola Rota—, seguía mostrando ramalazos del feroz temperamento de una guerrera del Clan de la Sombra. Pero una de las razones por las que se llevaba tan bien con Carbonilla era que ésta era más que capaz de soportar sus arranques de malas pulgas.

Carbonilla suspiró.

—No creo tener lo necesario para convertirme en curandera. Me parecía que estaba haciendo lo correcto al aceptar ser aprendiza de Fauces Amarillas, pero esto no marcha bien. Soy incapaz de aprender todo lo que necesito saber.

Corazón de Fuego se agachó hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los de ella.

—Todo esto es por Corriente Plateada, ¿verdad? —maulló irritado.

Recordó aquel día en las Rocas Soleadas en que la compañera del Clan del Río de Látigo Gris dio a luz antes de tiempo. Carbonilla intentó

desesperadamente salvarla, pero Corriente Plateada había perdido demasiada sangre. La hermosa atigrada gris acabó muriendo, aunque sus hijos sobrevivieron.

Carbonilla no respondió, y el joven lugarteniente supo que había puesto el dedo en la llaga.

—¡Tú salvaste a sus cachorros! —señaló.

—Pero la perdí a ella.

—Hiciste todo lo que pudiste. —Corazón de Fuego se inclinó para lamer la suave cabeza gris de la gata—. Mira, sólo tienes que preguntarle a Fauces Amarillas qué hierbas debes usar para

la cataplasma. A ella no le importará.

—Eso espero. —No sonó muy convencida. Luego se sacudió—. Tengo que dejar de sentir lástima de mí misma, ¿verdad?

—Sí —respondió el joven, moviendo la cola hacia ella.

—Lo lamento. —Carbonilla le dirigió una mirada arrepentida que centelleó con un toque de su antiguo buen humor—. Supongo que no habrás traído algo de carne fresca, ¿eh?

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Lo siento. Sólo he venido a hablar contigo. No irás a decirme que Fauces

Amarillas te mata de hambre, ¿verdad?

—No, pero esto de ser curandera es mucho más duro de lo que creerías —contestó la gata—. Hoy todavía no he tenido ocasión de probar bocado. —Sus ojos destellaron con curiosidad—. ¿De qué querías hablar conmigo?

—De los cachorros de Garra de Tigre. —Corazón de Fuego sintió cómo el pesimismo se instalaba de nuevo en su estómago—. En especial de Pequeño Zarzo.

—¿Por qué? ¿Porque se parece a su padre?

El lugarteniente se estremeció. ¿Tan fácil era descifrar sus sentimientos?

—Ya sé que no debería juzgarlo. No es más que un cachorro. Pero hoy, cuando lo he visto, ha sido como si Garra de Tigre estuviera mirándome. No… no podía moverme. —Negó con la cabeza lentamente, avergonzado de su confesión, pero contento de desahogarse con su amiga—. No sé si podré llegar a confiar en él.

—Si ves a Garra de Tigre cada vez que lo miras, no es sorprendente que te sientas así —maulló Carbonilla con delicadeza—. Pero debes mirar más allá del color de su pelo e intentar ver al gato que hay en su interior. Recuerda que no sólo es hijo de Garra de Tigre.

En él también hay una parte de Flor Dorada. Y nunca conocerá a su padre. Será el clan quien lo críe. —Y luego añadió—: De todos los gatos, tú mejor que ninguno deberías saber que no se puede juzgar a nadie por las circunstancias de su nacimiento.

Tenía razón. Corazón de Fuego nunca había dejado que sus raíces de gato doméstico interfirieran en su lealtad al clan.

—¿El Clan Estelar te ha dicho algo sobre Pequeño Zarzo? —preguntó, pues sabía que Carbonilla y Fauces Amarillas habrían escudriñado el Manto Plateado en el momento en que el cachorro nació.

Le dio un vuelco el corazón cuando la aprendiza miró hacia otro lado y murmuró:

—El Clan Estelar no siempre lo comparte todo conmigo.

Corazón de Fuego conocía lo bastante bien a su amiga como para saber que se estaba guardando algo.

—Pero compartió algo contigo, ¿verdad?

La aprendiza clavó en él sus ojos azules, sin pestañear.

—El destino de Pequeño Zarzo será tan importante como el de cualquier otro cachorro nacido en el Clan del Trueno —aseguró con voz firme.

Corazón de Fuego supo que no conseguiría que le revelara qué le había dicho el Clan Estelar si ella no quería, así que decidió contarle el otro problema que lo tenía en vilo:

—Hay algo más de lo que querría hablar contigo. He de decidir quiénes serán los mentores de los hijos de Pecas.

—¿Eso no le corresponde a Estrella Azul?

—Me ha pedido que lo decida por ella.

Carbonilla levantó la cabeza, asombrada.

—Entonces, ¿por qué pareces tan

preocupado? Deberías sentirte halagado.

«¿Halagado?», repitió Corazón de Fuego para sí, recordando la hostilidad y la confusión que había visto en los ojos de Estrella Azul. Se encogió de hombros.

—Quizá. Pero no estoy seguro de a quiénes elegir.

—Debes de tener alguna idea —supuso la gata.

—Ni una sola.

Carbonilla frunció el entrecejo, pensativa.

—Bueno, ¿cómo te sentiste cuando me nombraron tu aprendiza?

La pregunta lo pilló por sorpresa.

—Orgulloso. Y asustado. Y desesperado por demostrar mi valía —respondió despacio.

—¿Cuál de los guerreros crees que tiene más deseos de demostrar su valía? —maulló ella.

Corazón de Fuego entornó los ojos. En su mente apareció la imagen de un atigrado marrón.

—Manto Polvoroso —contestó. Carbonilla asintió pensativa mientras él continuaba—: Debe de estar ansioso por tener su primer aprendiz. Era bastante íntimo de Garra de Tigre, así que querrá probar su lealtad al clan ahora que éste está desterrado. Es un buen guerrero, y

creo que será un buen mentor.

Mientras hablaba, Corazón de Fuego advirtió que tenía un motivo más personal para escoger a Manto Polvoroso. Los ojos del atigrado habían destellado de envidia las dos veces que Estrella Azul nombró mentor a Corazón de Fuego, primero de Carbonilla y luego de Nimbo. Sintiéndose culpable, Corazón de Fuego pensó que, si le adjudicaba un aprendiz a Manto Polvoroso, tal vez éste estaría menos celoso y sería más fácil llevarse bien con él.

—Bueno, pues ya tienes uno —maulló Carbonilla alentadoramente.

El gato miró los grandes y limpios ojos de la aprendiza. Ésta hacía que todo pareciera muy sencillo.

—¿Y qué hacemos con el otro? —preguntó ella.

—¿El otro qué? —El cascado maullido de Fauces Amarillas sonó en el túnel de helechos.

La anciana gata gris entró en el claro con pasos rígidos. Corazón de Fuego se volvió para saludarla. Como era habitual, su largo pelaje se veía enmarañado y sin brillo, como si cuidar del clan no le dejara tiempo para adecentarse, pero a sus brillantes ojos naranja no se les escapaba nada.

—Estrella Azul le ha pedido a Corazón de Fuego que elija a los mentores de los cachorros de Pecas —explicó Carbonilla.

—Oh, ¿en serio? —Se le pusieron los ojos como platos de la sorpresa—. ¿A quiénes has escogido?

—Ya tenemos a Manto Polvoroso… —empezó el joven.

—¿Tenemos? —lo interrumpió la anciana con voz ronca.

—Carbonilla me ha ayudado —admitió.

—Seguro que a Estrella Azul le encantaría saber que una gata que apenas ha iniciado su aprendizaje está tomando

decisiones tan importantes para el clan —apuntó la anciana. Luego se volvió hacia Carbonilla—. ¿Ya has terminado de preparar esa cataplasma?

La gata abrió la boca y luego negó con la cabeza antes de dirigirse en silencio al montón de hierbas que había en medio del claro.

Fauces Amarillas soltó un resoplido mientras su aprendiza se alejaba cojeando.

—¡Esa gata lleva días sin contestarme! —se quejó a Corazón de Fuego—. Hubo un tiempo en que yo no conseguía meter una palabra ni de refilón. Cuanto antes vuelva a la

normalidad, ¡mejor para las dos! —La vieja curandera frunció el entrecejo y miró al lugarteniente—. Bueno, ¿dónde estábamos?

—Intentando decidir quién será el segundo mentor para los hijos de Pecas —respondió agobiado.

—¿Quién no tiene aprendiz?

—Tormenta de Arena —respondió Corazón de Fuego.

No pudo evitar pensar que sería injusto encomendar un aprendiz a Manto Polvoroso sin hacer lo propio con Tormenta de Arena. Al fin y al cabo, los dos gatos se habían ganado sus nombres de guerreros al mismo tiempo.

—¿Y crees que sería inteligente tener a dos mentores inexpertos a la vez? —señaló Fauces Amarillas.

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Bueno, ¿y hay más guerreros experimentados sin aprendiz? —lo presionó la curandera.

«Cebrado», pensó Corazón de Fuego de mala gana. Todos los gatos sabían que Cebrado había sido uno de los amigos más íntimos de Garra de Tigre, aunque prefirió quedarse en el clan cuando el traidor fue desterrado. Corazón de Fuego se dio cuenta de que, si no escogía a Cebrado como mentor,

podría parecer que estaba vengándose por la hostilidad que el guerrero le había mostrado desde su llegada al Clan del Trueno. Después de todo, Cebrado era un candidato obvio para entrenar a uno de los cachorros.

Fauces Amarillas debió de ver su gesto de determinación, pues maulló:

—Estupendo, ya está solucionado. Y ahora, ¿te importaría dejarnos tranquilas a mi aprendiza y a mí? Tenemos trabajo que hacer.

Corazón de Fuego se puso en pie. El alivio por tener a los dos mentores se veía empañado por la inquietante sensación de que, aunque había

encontrado a dos gatos cuya lealtad al clan era indudable, no estaba tan claro que sintieran la misma lealtad hacia él, su lugarteniente.



3

¿Has visto a Nimbo?

Corazón de Fuego salió del túnel de helechos y llamó a Espino, el aprendiz de Musaraña. El gato canela se encaminaba al montón de carne fresca con dos ratones en la boca. Negó con la cabeza, y Corazón de Fuego sintió una gran irritación. Nimbo debería haber

regresado hacía ya mucho.

—De acuerdo. Lleva esos ratones directamente a los veteranos —le ordenó a Espino.

El aprendiz maulló con la boca llena y se alejó deprisa.

A Corazón de Fuego se le erizó la cola de furia hacia Nimbo, pero sabía que era el miedo lo que lo encolerizaba tanto. «¿Y si Garra de Tigre lo ha encontrado?». Cada vez más alarmado, se apresuró hacia la guarida de Estrella Azul. Le expondría su decisión sobre los mentores y luego podría marcharse en busca de Nimbo.

En la Peña Alta, se detuvo para

alisarse el pelo alborotado. Se anunció desde la entrada y se abrió paso a través del liquen en cuanto oyó la respuesta de Estrella Azul. La líder del clan estaba encorvada en su lecho, donde él la había dejado, mirando a la pared.

—Estrella Azul —empezó el lugarteniente inclinando la cabeza—, he pensado que Manto Polvoroso y Cebrado serían buenos mentores.

La gata giró la cabeza para mirarlo y luego se sentó sobre las patas traseras.

—Muy bien —contestó con voz apagada.

Corazón de Fuego sintió una oleada de decepción. Parecía que le tenía sin

cuidado a quién eligiese.

—¿Les digo que vengan a hablar contigo para que les des las buenas noticias? —preguntó—. Ahora mismo están fuera del campamento —añadió—, pero en cuanto regresen puedo…

—¿Están fuera del campamento? —La gata agitó los bigotes—. ¿Los dos?

—Han salido a patrullar —explicó Corazón de Fuego, incómodo.

—¿Y dónde está Tormenta Blanca?

—Se ha ido a entrenar a Centellina.

—¿Y Musaraña?

—Está cazando con Fronde Dorado y Tormenta de Arena.

—¿Es que todos los guerreros están

fuera del campamento? —quiso saber Estrella Azul.

Corazón de Fuego vio cómo se le tensaban los omóplatos y le dio un vuelco el corazón. ¿De qué tenía miedo Estrella Azul? De pronto pensó en Nimbo y en el temor que él mismo había sentido esa mañana en la quietud del bosque.

—La patrulla está a punto de regresar. —Procuró permanecer calmado mientras intentaba tranquilizar a su líder—. Y yo estoy aquí.

—¡No me trates con condescendencia! ¡No soy una cachorrita atemorizada! —bufó la gata, y

Corazón de Fuego se encogió—. Ni se te ocurra abandonar el campamento hasta que vuelva la patrulla. En la última luna nos han atacado dos veces. No quiero que el campamento se quede desprotegido. A partir de ahora, quiero que siempre haya un mínimo de tres guerreros aquí.

Corazón de Fuego sintió un escalofrío. Por una vez, no se atrevió a mirar a su líder a los ojos, temeroso de no reconocer a la gata que tenía delante.

—Sí, Estrella Azul —murmuró en voz baja.

—Cuando regresen Cebrado y Manto Polvoroso, diles que vengan a

verme. Deseo hablar con ellos antes de la ceremonia.

—Por supuesto.

—Y ahora, ¡vete! —lo despachó Estrella Azul con una sacudida de la cola, como si pensara que el joven estaba poniendo en peligro al clan al perder el tiempo.

Corazón de Fuego salió de la guarida y se sentó a la sombra de la Peña Alta para lavarse la cola. ¿Qué debería hacer? Su pulso acelerado le decía que corriera hacia el bosque, encontrara a Nimbo y lo devolviera a la seguridad del campamento. Pero Estrella Azul le había prohibido salir

hasta que regresara una de las patrullas.

En ese momento oyó ruido de gatos por la vegetación que rodeaba el campamento, y captó en el aire los conocidos olores de Cebrado, Manto Polvoroso y Viento Veloz. Sus pasos redujeron el ritmo al atravesar la entrada de aulagas. Viento Veloz iba en cabeza.

Corazón de Fuego se levantó de un salto, aliviado. Ahora podría salir en busca de su aprendiz. Cruzó el claro corriendo para reunirse con ellos.

—¿Cómo ha ido la patrulla? —preguntó.

—No hay ni rastro de los otros

clanes —informó Viento Veloz.

—Pero hemos captado el olor de tu aprendiz —añadió Cebrado—. Cerca de donde viven los Dos Patas.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Corazón de Fuego, tan despreocupadamente como pudo.

Cebrado negó con la cabeza.

—Supongo que estaría buscando pájaros en uno de los jardines de Dos Patas —se mofó Manto Polvoroso—. Probablemente sean más de su agrado.

Corazón de Fuego pasó por alto la burla por sus orígenes de gato doméstico.

—¿El olor era fresco? —le preguntó

a Viento Veloz.

—Bastante. Hemos perdido su rastro al dirigirnos de nuevo hacia el campamento.

Corazón de Fuego asintió. Por lo menos ya tenía una idea de por dónde empezar a buscar a Nimbo.

—Cebrado, Manto Polvoroso —maulló—, Estrella Azul quiere veros en su guarida.

Mientras los guerreros se alejaban, el joven lugarteniente se preguntó si tal vez debía acompañarlos, solamente por si Estrella Azul seguía comportándose de un modo extraño. Entonces reparó en que Viento Veloz se encaminaba a la

entrada del campamento junto con Espino.

—¿Adónde vas? —inquirió nervioso.

Estrella Azul quería siempre a tres guerreros en el campamento. Si Viento Veloz volvía a salir, él no podría marcharse a buscar a Nimbo.

—Le prometí a Musaraña que hoy le enseñaría a Espino a cazar ardillas —respondió el guerrero por encima del hombro.

—Pero yo… —Corazón de Fuego enmudeció cuando el delgado guerrero lo observó con curiosidad, pero era incapaz de admitir lo preocupado que

estaba por Nimbo. Negó con la cabeza —. Nada —maulló, y Viento Veloz y Espino desaparecieron por el túnel de aulagas.

Sintió una punzada de culpabilidad al ver cómo el aprendiz de Musaraña seguía obediente al guerrero. ¿Por qué él no podía inspirar una conducta semejante a su propio aprendiz?

El resto de la tarde transcurrió muy lentamente. Corazón de Fuego se instaló junto a la mata de ortigas que había al lado de la guarida de los guerreros y aguzó el oído, examinando los sonidos

del bosque en busca de cualquier señal que indicara el regreso de Nimbo. Pero el miedo contagiado por Estrella Azul había disminuido un poco desde que Cebrado le había dicho que sólo habían captado el olor de Nimbo mientras patrullaban, sin el menor rastro de intrusos en el territorio del clan.

Cuando el sol empezó a descender tras los árboles, volvió la partida de caza. Detrás del grupo venían Tormenta Blanca y Centellina, atraídos desde la hondonada de entrenamiento, sin duda, por el olor de la carne fresca. Rabo Largo y Zarpa Rauda llegaron poco después, pero Nimbo seguía sin dar

señales de vida.

Había muchas piezas para comer, pero ningún gato se acercaba a las provisiones. La noticia de la ceremonia de nombramiento se había extendido por todo el campamento. Corazón de Fuego oyó susurrar emocionados a Espino, Centellina y Zarpa Rauda delante del dormitorio de los aprendices, hasta que Estrella Azul salió de su guarida; entonces todos ordenaron silencio a los demás y alzaron la vista con ojos expectantes.

La líder del clan subió a la Peña Alta de un único y ágil salto. Era evidente que se había recuperado de sus

heridas físicas después de la batalla con los proscritos, pero Corazón de Fuego no sabía si sentirse aliviado o inquieto por eso. ¿Por qué la mente de Estrella Azul no se había recuperado tan deprisa como su cuerpo? Al joven se le aceleró el pulso cuando la gata levantó la barbilla, preparándose para convocar al clan. Su voz sonó seca y cascada, como si se hubiera vuelto quebradiza por la falta de uso, pero, mientras pronunciaba las palabras rituales, Corazón de Fuego sintió una renovada confianza.

El sol poniente relucía sobre el pelaje rojizo del joven, que recordó su propia ceremonia de nombramiento,

cuando se unió al clan. Cuadrándose orgullosamente, Corazón de Fuego ocupó su lugar como lugarteniente, justo bajo la Peña Alta, mientras el resto del clan se congregaba en un círculo alrededor del lindero del claro. Cebrado estaba en la primera fila, muy tranquilo, mirando al frente sin pestañear. Manto Polvoroso se hallaba a su lado, muy rígido, incapaz de disimular la ilusión que brillaba en sus ojos.

—Estamos hoy aquí para dar a dos cachorros del clan sus nombres de aprendices —empezó Estrella Azul formalmente, bajando la vista hacia Pecas, flanqueada por sus hijos.

Corazón de Fuego apenas reconoció a los bulliciosos cachorros grises que había visto peleando en la maternidad ese mismo día. Parecían mucho más pequeños allí fuera, con el pelo pulcramente acicalado. Uno de ellos se inclinaba hacia su madre, con los bigotes temblando de los nervios. El más grande amasaba el suelo con las patas.

Un silencio expectante se cernió sobre el clan.

—Adelantaos —ordenó Estrella Azul desde lo alto.

Los cachorros avanzaron codo con codo hasta el centro del claro. Su pelaje

gris moteado estaba erizado de la emoción.

—¡Manto Polvoroso! —llamó Estrella Azul con voz ronca—. Tú serás el mentor de Ceniciento.

Corazón de Fuego observó cómo Manto Polvoroso se acercaba al cachorro más grande y se detenía junto a él.

—Manto Polvoroso —prosiguió la líder—. Éste será tu primer aprendiz. Comparte con él tu valentía y tu determinación. Sé que lo entrenarás bien, pero no temas pedir consejo a los guerreros más veteranos.

Los ojos de Manto Polvoroso

centellearon de orgullo mientras se inclinaba para tocar con su nariz la de Ceniciento. El nuevo aprendiz ronroneó sonoramente mientras seguía a su mentor hasta el borde del círculo.

El cachorro más pequeño, una hembra, se quedó en el centro del claro, con los ojos relucientes y el pecho tembloroso. Corazón de Fuego le guiñó un ojo amistosamente. Ella se quedó mirándolo como si su vida dependiera de eso.

—Cebrado. —Estrella Azul hizo una pausa tras pronunciar el nombre del guerrero.

Corazón de Fuego sintió un

hormigueo en la columna vertebral al ver un destello de miedo en los ojos de la líder. Contuvo la respiración, pero Estrella Azul apartó sus temores y continuó:

—Tú serás el mentor de Frondina.

La gatita puso los ojos como platos y se volvió para ver cómo el enorme atigrado avanzaba hacia ella.

—Cebrado —maulló Estrella Azul—, eres inteligente y audaz. Transmite todo lo que puedas a esta joven aprendiza.

—Desde luego —prometió el guerrero.

Se inclinó para entrechocar las

narices con Frondina, que pareció encogerse durante una fracción de segundo antes de estirar el cuello para aceptar el saludo. Mientras seguía a Cebrado hasta el borde del claro, la nueva aprendiza lanzó una nerviosa mirada por encima del hombro a Corazón de Fuego. Éste la animó con un movimiento de cabeza.

Los otros gatos empezaron a felicitar a los dos flamantes aprendices, arremolinándose en torno a ellos y llamándolos por sus nuevos nombres. Corazón de Fuego estaba a punto de unirse a la celebración cuando vislumbró un pelaje blanco que entraba

sigilosamente en el campamento. Nimbo había regresado.

Corrió a su encuentro.

—¿Dónde has estado? —exigió saber.

Nimbo dejó en el suelo el campañol que llevaba entre los dientes.

—Cazando —respondió sin más.

—¿Eso es todo lo que has encontrado? ¡Cazabas más en la estación sin hojas!

Nimbo se encogió de hombros.

—Es mejor que nada.

—¿Y qué hay de la tórtola que has atrapado esta mañana?

—¿No la has traído tú?

—¡Era tu presa! —bufó Corazón de Fuego.

Nimbo se sentó y enroscó la cola alrededor de las patas delanteras.

—Supongo que tendré que ir a recogerla por la mañana —maulló.

—Ya —coincidió el lugarteniente, exasperado por la indiferencia del aprendiz—. Y hasta entonces no probarás bocado. Ve a dejar eso en el montón de carne fresca —añadió, señalando el campañol con el hocico.

Nimbo volvió a encogerse de hombros, recogió el ratón y se alejó.

Corazón de Fuego dio media vuelta, todavía furioso, y vio que Tormenta

Blanca estaba a su lado.

—Nimbo aprenderá cuando esté preparado para hacerlo —maulló suavemente el guerrero blanco.

—Eso espero —masculló el joven.

—¿Ya has decidido quién encabezará la patrulla del alba? —preguntó Tormenta Blanca, cambiando diplomáticamente de tema.

El lugarteniente vaciló. Ni siquiera había pensado en eso, y tampoco en el resto de las patrullas y los grupos de caza para el día siguiente. Había estado demasiado preocupado por Nimbo.

—Piénsalo un poco —maulló Tormenta Blanca volviéndose—.

Todavía te queda tiempo.

—Yo dirigiré la patrulla —zanjó Corazón de Fuego—. Me llevaré a Musaraña y Rabo Largo.

—Buena idea —ronroneó—. ¿Quieres que se lo diga? —Miró hacia el montón de carne fresca, donde los gatos habían empezado a apiñarse.

—Sí. Gracias.

Corazón de Fuego se quedó mirando cómo el guerrero blanco iba hacia la comida, sintiendo que su propio estómago rugía de hambre. Estaba a punto de seguir a Tormenta Blanca cuando reparó en otro pelaje largo del color de la nieve recién caída, mezclado

con los gatos que rodeaban el montón de carne fresca. Era obvio que Nimbo había desobedecido su orden de quedarse sin comer. Corazón de Fuego sintió que lo invadía la ira, pero no se movió; le pareció que las patas le pesaban como si fueran de piedra. No quería discutir con Nimbo delante del resto del clan.

Mientras el lugarteniente observaba la escena, Nimbo escogió un rollizo ratón y luego chocó contra Tormenta Blanca. Corazón de Fuego vio cómo el guerrero blanco fulminaba con la mirada al aprendiz y murmuraba algo… No supo qué era, pero Nimbo soltó el ratón

y se marchó a su guarida con el rabo entre las patas.

Corazón de Fuego se apresuró a mirar hacia otro lado, avergonzado por no haberse encarado a Nimbo antes que Tormenta Blanca. De pronto ya no tenía hambre. Vio a Estrella Azul echada junto a una mata de helechos, al lado del dormitorio de los guerreros, y anheló compartir sus inquietudes sobre el desobediente aprendiz con su antigua mentora. Pero la gata volvía a tener una expresión atormentada mientras toqueteaba desganadamente un pequeño tordo. Corazón de Fuego sintió una tristeza helada en el alma cuando la

líder del Clan del Trueno se levantó para dirigirse despacio a su guarida, dejando el tordo intacto.



4

Suaves pisadas recorrieron los sueños de Corazón de Fuego esa noche. Una gata parda salió del bosque a su lado, con los ojos ámbar reluciendo. Corazón de Fuego miró a Jaspeada y sintió un familiar dolor en el alma. El dolor por la muerte de la curandera, acaecida hacía ya muchas lunas, seguía tan vivo

como siempre. Esperó ansioso a que ella lo saludara afectuosamente, pero esa vez Jaspeada no pegó la nariz a su mejilla, como solía hacer. En vez de eso, dio media vuelta y se alejó. Sorprendido, Corazón de Fuego empezó a seguir a la gata moteada, echando a correr a través del bosque para alcanzarla. La llamó a gritos, pero, aunque aparentemente ella no apretó el paso, se mantuvo por delante, sorda a sus llamadas.

Sin previo aviso, una figura gris oscuro se irguió detrás de un árbol. Era Estrella Azul; los ojos de la líder del Clan del Trueno estaban dilatados de

miedo. Corazón de Fuego viró bruscamente para esquivarla, intentando con desesperación no perder de vista a Jaspeada, pero entonces Nimbo saltó sobre él desde los helechos que flanqueaban el otro lado del camino y lo derribó. Corazón de Fuego se quedó tirado un momento sin aliento, y notó cómo lo atravesaba la ardiente mirada de Tormenta Blanca, situado en las ramas de un árbol.

Se levantó penosamente y corrió tras Jaspeada de nuevo. Ella todavía se hallaba a varios zorros de distancia, avanzando sin siquiera volverse para ver quién la llamaba. Ahora, el resto del

Clan del Trueno se había congregado a lo largo del camino de Corazón de Fuego. Mientras éste proseguía sorteándolos y zigzagueando, ellos le decían cosas… El joven lugarteniente no distinguía las palabras, pero las voces formaban un coro ensordecedor de maullidos que preguntaban, criticaban, suplicaban ayuda. Los maullidos se volvieron más y más estridentes, hasta que acabaron ahogando los gritos de Corazón de Fuego, de modo que, aunque Jaspeada hubiera prestado atención, no habría podido oírlo.

—¡Corazón de Fuego! —Una voz destacó por encima del resto. Era

Tormenta Blanca—. Musaraña y Rabo Largo están esperando para salir. ¡Despierta, Corazón de Fuego!

Medio dormido, aturdido de sueño, el joven lugarteniente se levantó.

—¿Q… qué? —maulló desorientado.

La primera luz de la mañana se derramaba en la guarida de los guerreros. Tormenta Blanca estaba a su lado, en el lecho vacío donde antes dormía su amigo, Látigo Gris.

—La patrulla te espera —repitió el guerrero blanco—. Y Estrella Azul quiere verte antes de que te marches.

El lugarteniente sacudió la cabeza

para despejarse. El sueño lo había asustado. Jaspeada siempre estaba más cerca de él en sueños de lo que había estado jamás en vida. Su comportamiento le dolía como la picadura de una víbora. ¿Es que la dulce curandera estaba abandonándolo?

Corazón de Fuego se echó atrás para estirarse, sintiéndose las patas temblorosas.

—Diles a Musaraña y Rabo Largo que iré todo lo deprisa que pueda.

Se deslizó rápidamente entre los dormidos guerreros. Pecas estaba tumbada cerca de la pared, con Escarcha ovillada a su lado; las dos gatas habían

retomado su vida de guerreras, ahora que sus cachorros habían dejado la maternidad.

Corazón de Fuego salió al claro. Ya hacía calor, aunque el sol todavía no se había alzado por encima de la copa de los árboles, y el bosque se veía verde y atrayente en lo alto del barranco. Mientras Corazón de Fuego olfateaba los conocidos aromas forestales, el dolor producido por su sueño comenzó a disiparse, y notó cómo se le alisaba el pelo de los omóplatos.

Musaraña y Rabo Largo aguardaban en la entrada del campamento. Él los saludó con un gesto mientras se

encaminaba a la guarida de Estrella Azul. ¿Qué querría la líder a una hora tan temprana? ¿Tendría una misión especial para él? No pudo evitar pensar que era una señal de que Estrella Azul empezaba a ser la misma de siempre, y maulló un alegre saludo a través del liquen.

—¡Pasa! —La líder sonaba animada, y las esperanzas de Corazón de Fuego renacieron.

En el interior, Estrella Azul se paseaba arriba y abajo sobre el suelo arenoso. No se detuvo cuando entró el joven lugarteniente, que tuvo que pegarse a la pared para no interponerse

en su camino.

—Corazón de Fuego —comenzó la gata sin mirarlo—, necesito compartir sueños con el Clan Estelar. Debo viajar a la Piedra Lunar.

La Piedra Lunar era una resplandeciente roca subterránea que se hallaba más allá del territorio del Clan del Viento, donde se ponía el sol.

—¿Quieres ir a las Rocas Altas? —preguntó Corazón de Fuego sorprendido.

—¿Conoces otra Piedra Lunar? —repuso ella con impaciencia. Seguía paseándose, y sus pisadas resonaban en la guarida.

—Pero es un camino muy largo,

¿estás preparada para resistirlo? —balbuceó el joven.

—¡Debo hablar con el Clan Estelar! —insistió la gata. Frenó en seco y miró al lugarteniente entornando los ojos—. Y quiero que tú me acompañes. Tormenta Blanca puede quedarse al mando mientras nosotros estamos fuera.

La inquietud de Corazón de Fuego iba en aumento.

—¿Quién más vendrá con nosotros?

—Nadie —respondió la líder muy seria.

Corazón de Fuego se estremeció. Lo desconcertaba la oscura vehemencia del tono de la líder; sonaba como si ella

creyera que su vida dependía de ese viaje.

—Pero ¿no es un poco peligroso que vayamos solos? —se atrevió a preguntar.

Ella le dirigió una mirada gélida y al joven se le secó la boca cuando la gata bufó:

—¿Quieres que nos llevemos a otros? ¿Por qué?

Corazón de Fuego procuró mantener la voz firme.

—¿Y si nos atacan?

—Tú me protegerás —susurró Estrella Azul con voz ronca—. ¿No es así?

—¡Con mi vida! —prometió él solemnemente. Pensara lo que pensase sobre el comportamiento de Estrella Azul, su lealtad hacia la líder era inquebrantable.

Sus palabras parecieron tranquilizar a la gata, que se sentó delante de él.

—Bien.

Corazón de Fuego ladeó la cabeza.

—Pero ¿qué pasa con la amenaza que suponen el Clan del Viento y el de la Sombra? —maulló vacilante—. Tú misma la mencionaste ayer.

Estrella Azul asintió despacio.

El joven guerrero continuó:

—Tendremos que atravesar el

territorio del Clan del Viento para llegar a las Rocas Altas.

La gata se levantó de un salto.

—Debo hablar con el Clan Estelar —espetó, erizando el pelo de los omóplatos—. ¿Por qué estás intentando disuadirme? ¡O vienes conmigo o me marcharé sola!

Corazón de Fuego se quedó mirándola. No tenía opción.

—Iré contigo —aceptó.

—Bien. —Estrella Azul asintió de nuevo, y su voz se suavizó un poco—. Necesitaremos hierbas de viaje para conservar las fuerzas. Iré a ver a Fauces Amarillas para pedírselas. —Pasó ante

el joven, de camino a la salida.

—¿Es que nos vamos ahora mismo? —exclamó él.

—Sí —respondió Estrella Azul sin detenerse.

Corazón de Fuego salió de la guarida detrás de ella.

—Pero yo iba a dirigir la patrulla del amanecer —protestó.

—Diles que se marchen sin ti —ordenó la gata.

—De acuerdo.

Corazón de Fuego vio cómo la líder desaparecía en el túnel de helechos que conducía al claro de Fauces Amarillas. Se sentía muy inquieto al acercarse a la

entrada del campamento, donde esperaban Musaraña y Rabo Largo. Este último sacudía la cola con impaciencia, mientras que Musaraña se había sentado sobre las cuatro patas. La guerrera observó cómo se aproximaba Corazón de Fuego con los ojos entornados.

—¿Qué sucede? —quiso saber Rabo Largo—. ¿Por qué Estrella Azul ha ido a ver a Fauces Amarillas? ¿Se encuentra bien?

—Ha ido a buscar hierbas de viaje. Necesita compartir sueños con el Clan Estelar, así que nos marchamos a la Piedra Lunar —explicó el joven lugarteniente.

—Es un largo camino —apuntó Musaraña, incorporándose despacio—. ¿Es sensato? Lo más probable es que Estrella Azul todavía esté débil después de lo de los proscritos.

Corazón de Fuego no pudo dejar de advertir que la guerrera había evitado, discretamente, mencionar la participación de Garra de Tigre en el ataque.

—Me ha dicho que el Clan Estelar la ha convocado —respondió.

—¿Quién más va? —preguntó Rabo Largo.

—Sólo ella y yo.

—Yo os acompañaré, si quieres —

se ofreció Musaraña.

Corazón de Fuego negó con la cabeza, pesaroso.

Rabo Largo torció la boca con desprecio.

—Piensas que puedes proteger a nuestra líder tú solito, ¿no es cierto? Puede que seas lugarteniente, pero ¡desde luego no eres Garra de Tigre! —bufó.

—¡Y es estupendo que no lo sea! —exclamó la voz de Tormenta Blanca, y Corazón de Fuego se sintió aliviado. El guerrero debía de haber oído toda la conversación, pues continuó—: Es menos probable que Estrella Azul y

Corazón de Fuego sean detectados si viajan así. Independientemente de que, en cualquier caso, se les permite el paso seguro a las Rocas Altas, es más fácil que el Clan del Viento los tome por un grupo de asalto si van más de dos.

Musaraña asintió, pero Rabo Largo miró hacia otro lado. El lugarteniente guiñó agradecido a Tormenta Blanca.

—¡Fauces Amarillas! —El maullido agitado de Estrella Azul sonó desde la guarida de la curandera.

—Ve con ella —maulló Tormenta Blanca en voz queda—. Yo dirigiré la patrulla.

—Pero Estrella Azul quiere que tú te

hagas cargo del clan mientras estamos fuera.

—En ese caso, me quedaré aquí para organizar las partidas de caza del día. Musaraña puede encabezar la patrulla.

—Sí —coincidió Corazón de Fuego, intentando no mostrar lo nervioso que estaba. Se volvió hacia Musaraña—. Lleva a Espino con vosotros —ordenó.

Musaraña inclinó la cabeza mientras Corazón de Fuego atravesaba el claro corriendo en dirección a la guarida de la curandera.

—Supongo que tú también querrás hierbas de viaje —dijo Fauces Amarillas cuando Corazón de Fuego

apareció por el túnel.

La vieja curandera estaba sentada muy tranquila en el claro mientras Estrella Azul daba vueltas alrededor incansablemente, absorta en sus pensamientos.

—Sí, por favor —respondió el lugarteniente.

Carbonilla salió cojeando por la grieta de la roca y fue derecha a Fauces Amarillas, sin pararse a saludar a Corazón de Fuego.

—¿Cuál es la camomila? —susurró al oído de la curandera.

—¡A estas alturas ya deberías saberlo! —resopló Fauces Amarillas

enojada.

Carbonilla agitó las orejas.

—Creía que lo sabía, pero no estoy segura. He pensado que sería mejor preguntarlo.

Fauces Amarillas soltó un bufido, se levantó a duras penas y fue al pie de la roca, donde había un círculo de montoncitos de hierbas.

Corazón de Fuego miró de reojo a Estrella Azul. La líder se había detenido y estaba observando el cielo, olfateando el aire con recelo. El joven fue tras Fauces Amarillas.

—La camomila no es una hierba de viaje —le dijo en voz baja.

Fauces Amarillas entornó los ojos.

—Estrella Azul necesita algo que calme su corazón, además de proporcionarle fuerza física. —Lanzó una mirada crispada a Carbonilla y añadió—: ¡Yo esperaba añadir la camomila a sus hierbas de viaje sin contárselo a todo el clan! —Empujó un montoncito con una de sus patazas—. Esto es la camomila.

—Sí, ahora lo recuerdo —maulló Carbonilla dócilmente.

—Para empezar, no deberías haberlo olvidado —la regañó Fauces Amarillas —. Un curandero no tiene tiempo para dudar. Emplea tu energía en el presente

y deja ya de preocuparte por el pasado. Tienes una obligación hacia tu clan. ¡Deja de titubear y ponte patas a la obra!

Corazón de Fuego no pudo evitar sentir lástima por la joven gata. Intentó intercambiar una mirada con Carbonilla, pero ella no lo miró. En vez de eso, se concentró en la preparación para el viaje, separando pequeñas cantidades de cada montón de hierbas y mezclándolas mientras Fauces Amarillas la observaba con un ceño de inquietud.

Detrás de ellos, Estrella Azul había empezado a pasearse de nuevo por el claro.

—¿Todavía no están listas? —

maulló irritada.

Corazón de Fuego se le acercó.

—Casi —le dijo—. No te preocupes, llegaremos a las Rocas Altas a la puesta del sol.

Estrella Azul le hizo un guiño cuando Carbonilla se aproximó cojeando con un ramillete de plantas.

—Éstas son las tuyas —maulló la aprendiza, dejando las hojas a los pies de la líder—. Las tuyas están allí —le dijo a Corazón de Fuego.

El joven todavía estaba tragando saliva para borrar el sabor amargo de las hierbas cuando Estrella Azul se encaminó a la salida del claro,

indicándole con una señal que la siguiera. A su alrededor, el campamento estaba empezando a despertar. Sauce acababa de salir de la maternidad y bizqueaba bajo la brillante luz del sol, mientras que Centón estaba estirando sus viejas extremidades delante del roble caído. Los dos miraron con curiosidad a Estrella Azul y Corazón de Fuego, y luego prosiguieron con su rutina matinal.

—¡Hola!

Corazón de Fuego oyó una voz familiar a sus espaldas, y se le cayó el alma a los pies. Era Nimbo, que salió correteando de su guarida con el pelaje tieso, sin lavar tras una noche de sueño.

—¿Adónde vas? ¿Puedo venir? —preguntó.

Corazón de Fuego se detuvo a la entrada del túnel.

—¿No tenías una tórtola que recoger?

—La tórtola puede esperar. De todos modos, seguro que a estas alturas ya se la ha llevado algún búho —respondió Nimbo—. ¡Deja que te acompañe, por favor!

—Los búhos comen presas vivas, no carroña —lo corrigió Corazón de Fuego. Vio que Viento Veloz salía somnoliento del dormitorio de los guerreros, y lo llamó—. Viento Veloz,

¿te llevarás a Nimbo a cazar esta mañana?

Advirtió un destello de resentimiento en los ojos del guerrero marrón, que asintió sin entusiasmo. Corazón de Fuego recordó cómo, el día anterior, Viento Veloz se había llevado gustosamente a Espino a cazar ardillas; era obvio que el guerrero no sentía el mismo aprecio por Nimbo, y, sinceramente, no podía culparlo por eso. Su aprendiz no estaba esforzándose lo suficiente para ganarse el respeto de los demás gatos del clan.

—Eso no es justo —gimoteó Nimbo —. Ya fui a cazar ayer. ¿No puedo ir

contigo?

—No. ¡Hoy cazarás con Viento Veloz! —concluyó Corazón de Fuego.

Y, antes de que Nimbo pudiera seguir discutiendo, dio medio vuelta y corrió tras Estrella Azul.



5

La líder del Clan del Trueno había llegado a lo alto del barranco cuando Corazón de Fuego la alcanzó. La gata se detuvo a olfatear el aire antes de internarse en el bosque. El joven guerrero notó aliviado lo relajada que parecía ahora que estaban fuera del campamento. Estrella Azul fue

avanzando con precaución entre la maleza en dirección a la frontera con el Clan del Río.

Corazón de Fuego la miró sorprendido. Aquélla no era la ruta más rápida hacia los Cuatro Árboles y las tierras altas que se extendían más allá, pero no hizo preguntas. No pudo evitar sentirse emocionado ante la idea de que quizá vislumbraría a Látigo Gris a través del río.

Llegaron a la frontera con el clan vecino en las Rocas Soleadas, y siguieron las marcas olorosas río arriba. Una brisa cálida arrastraba el leve aroma del brezo de la llanura inferior.

Corazón de Fuego oía el sonido de la corriente al otro lado de los helechos. Dobló el cuello y vio el agua, reluciendo a la luz moteada que se colaba entre los árboles. Por encima de su cabeza, las hojas eran de un verde vivo y brillaban por el borde cuando el sol atravesaba el denso techo forestal. Incluso a la sombra, Corazón de Fuego tenía calor. Deseó poder zambullirse en el agua como un gato del Clan del Río, para refrescarse.

Por fin el río se alejó formando una curva, internándose más en el territorio del clan rival, y Estrella Azul continuó recto, siguiendo las marcas a lo largo de

la frontera entre el Clan del Trueno y el Clan del Río. Corazón de Fuego no podía dejar de mirar al otro lado de la línea olorosa, inspeccionando el bosque que había más allá, en busca de señales de gatos del Clan del Río, temeroso de que los descubriera una patrulla, pero todavía más esperanzado de ver a su viejo amigo. Estrella Azul continuaba imprudentemente cerca de la frontera, cruzándola incluso de vez en cuando mientras zigzagueaban entre el sotobosque. Corazón de Fuego no tenía ni idea de cómo reaccionaría el Clan del Río si los encontraban allí. Los dos clanes habían estado al borde del

conflicto por los cachorros de Corriente Plateada; la batalla se había evitado cuando Látigo Gris llevó a los pequeños al clan de su madre.

De pronto, Estrella Azul se detuvo y levantó el hocico, abriendo la boca para saborear el aire. Se agazapó, y Corazón de Fuego, confiando en el instinto guerrero de su líder, la imitó, escondiéndose detrás de una mata de ortigas.

—Guerreros del Clan del Río —advirtió la gata con un susurro.

Entonces Corazón de Fuego captó su olor. Sintió que se le erizaba el pelo cuando el olor se volvió más intenso y

oyó el susurro de cuerpos que se desplazaban debajo de la maleza, por delante de ellos. Levantó la cabeza muy despacio y atisbó entre los árboles, con el corazón martilleando mientras buscaba un conocido pelaje gris. A su lado, Estrella Azul tenía los ojos dilatados, y sus costados se movían apenas con respiraciones silenciosas y superficiales. «¿Ella también querrá ver a Látigo Gris?», se preguntó Corazón de Fuego. Hasta ese momento, no se le había ocurrido que, a lo mejor, la líder estaba deseando tropezarse con algunos gatos del Clan del Río. Desde luego, eso explicaría que hubiese escogido aquel

camino.

Pero Corazón de Fuego no podía creer que su líder quisiera ver a Látigo Gris. El día anterior, en su confusión, la gata había olvidado que ese guerrero había abandonado el clan, y Corazón de Fuego percibió que su mente estaba ocupada con otros pensamientos. Entonces cayó, como un polluelo entre sus patas: sus hijos. Muchas lunas atrás, la líder del Clan del Trueno había dado a luz a dos cachorros que crecieron en el Clan del Río. Ella los había confiado al padre, un guerrero del Clan del Río, cuando apenas tenían edad para salir de la maternidad. La ambición de Estrella

Azul y su lealtad hacia su clan imposibilitaron que ella criara a sus propios hijos. Ahora éstos vivían como guerreros del Clan del Río, sin saber que su verdadera madre procedía del Clan del Trueno. Pero Estrella Azul nunca los olvidó, aunque sólo Corazón de Fuego conocía su secreto. La líder debía de estar buscando a Pedrizo y Vaharina a través de la vegetación.

El joven guerrero entrevió un pelo moteado en la distancia y se agachó de nuevo. No era Látigo Gris, ni ninguno de los hijos de Estrella Azul. Un olor vagamente familiar le confirmó la identidad del felino. Se trataba de

Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río.

Corazón de Fuego lanzó una mirada a Estrella Azul, que seguía con la cabeza asomada, observando entre los árboles. El susurro de los helechos le advirtió que Leopardina estaba acercándose. El joven sintió que se le aceleraba la respiración. ¿Qué sucedería si la lugarteniente veía a la líder del Clan del Trueno tan cerca de la frontera del Clan del Río?

Corazón de Fuego se quedó de piedra cuando el susurro de los arbustos aumentó de volumen. Oyó que Leopardina se detenía, y su silencio le

indicó que había detectado algo. Mirando desesperadamente a Estrella Azul, estaba a punto de hacerle una señal con la cola cuando ella se agachó y le dijo al oído:

—Vamos, será mejor que nos internemos más en nuestro territorio.

Corazón de Fuego suspiró aliviado al ver que la líder se alejaba sigilosamente. Manteniendo las orejas gachas y la barriga pegada al suelo, el joven la siguió lejos de las marcas olorosas, hasta la seguridad del bosque del Clan del Trueno.

—Esa Leopardina se mueve tan ruidosamente que creo que hasta el Clan

de la Sombra podría haberla oído llegar —apuntó Estrella Azul cuando ya estaban lejos de la frontera.

Corazón de Fuego agitó los bigotes sorprendido. Empezaba a preguntarse si la líder habría olvidado lo ferozmente que defendían sus fronteras los gatos del Clan del Río, sobre todo en tiempos difíciles como aquéllos.

—Es una buena guerrera, pero se distrae con demasiada facilidad —prosiguió la gata con calma—. Estaba más interesada en ese conejo que había olido que en buscar guerreros enemigos.

Corazón de Fuego no pudo evitar alegrarse por la seguridad que mostraba

su líder. Ahora que lo pensaba, era cierto que había olor a conejo en la brisa, pero él había estado demasiado preocupado para advertirlo.

—Esto me recuerda a los días en que te llevaba a entrenar —ronroneó Estrella Azul mientras avanzaban por el bosque moteado por el sol.

Corazón de Fuego corrió para situarse a su altura.

—A mí también —respondió.

—Aprendías rápido. Acerté al invitarte al clan —murmuró Estrella Azul.

Se volvió para mirarlo, y el joven vio orgullo en los ojos de la líder. Le

hizo un guiño de agradecimiento.

—Todos los clanes tienen mucho que agradecerte —continuó la gata—. Echaste a Cola Rota del Clan de la Sombra, devolviste al Clan del Viento a su hogar desde el exilio, ayudaste al Clan del Río cuando sufrieron las inundaciones y salvaste al Clan del Trueno de Garra de Tigre —remarcó. Corazón de Fuego empezó a sentirse un poco abrumado por sus alabanzas—. Ningún otro guerrero tiene tu sentido de la justicia, la lealtad, el coraje…

Corazón de Fuego notó un hormigueo de incomodidad.

—Pero todos los gatos del Clan del

Trueno respetan el código guerrero como yo —protestó—. Todos y cada uno de ellos se sacrificarían para protegeros a ti y al clan.

Estrella Azul se detuvo y se volvió hacia el joven lugarteniente.

—Tú eres el único que se atrevió a oponerse a Garra de Tigre —le recordó.

—Pero ¡es que yo era el único que sabía que había matado a Cola Roja!

Corazón de Fuego todavía era un aprendiz cuando descubrió que Garra de Tigre era el responsable de la muerte del leal lugarteniente de Estrella Azul. Pero fue incapaz de demostrar el secreto criminal del atigrado oscuro hasta que

éste traicionó a su clan guiando a los gatos proscritos hasta su propio campamento.

Un intenso resentimiento llameó en los ojos de la líder.

—Látigo Gris también lo sabía. ¡Fuiste tú quien me salvó!

Corazón de Fuego miró hacia otro lado; se había quedado sin palabras. Agitó las orejas, incómodo. Daba la impresión de que Estrella Azul no confiaba en ninguno de sus guerreros, excepto él, y quizá Tormenta Blanca. El joven advirtió que Garra de Tigre había hecho mucho más daño del que nadie en el clan podía imaginar. El guerrero

oscuro había envenenado el criterio de la líder y le había arrebatado toda la confianza en sus guerreros.

—¡Vamos! —espetó Estrella Azul.

Corazón de Fuego observó cómo la gata gris retomaba la marcha por el bosque, con los omóplatos tensos y la cola erizada. Se estremeció. Aunque el cielo seguía brillando por encima de su cabeza, sintió como si una nube negra hubiera tapado el sol para proyectar una siniestra sombra sobre su viaje.

Alcanzaron los Cuatro Árboles cuando el sol empezaba a asomar por encima de las copas de los árboles. Corazón de Fuego siguió a Estrella Azul

ladera abajo, hasta el valle en que se alzaban los cuatro robles, protegiendo el lugar en que los clanes se reunían cada luna llena en una tregua de una sola noche. Los dos gatos pasaron ante la Gran Roca, desde la que los líderes de los cuatro clanes hablaban durante las Asambleas, y luego se dirigieron al extremo opuesto del valle.

Conforme la cuesta cubierta de hierba se volvía más escarpada y rocosa, Corazón de Fuego advirtió que a Estrella Azul le costaba seguir el ritmo. Soltaba un gruñido cada vez que saltaba a la siguiente roca, y el joven tuvo que reducir el paso para no adelantarla.

En lo alto de la cuesta, Estrella Azul se detuvo para sentarse, sin aliento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Corazón de Fuego.

—Ya no soy tan joven… —resolló la gata.

El lugarteniente sintió una punzada de inquietud. Había dado por hecho que las heridas de guerra de la líder ya habían sanado. ¿De dónde procedía esa repentina debilidad? Estrella Azul parecía más mayor y vulnerable que nunca. «A lo mejor es sólo por haber subido esa cuesta con este calor —pensó esperanzado—. Después de todo, su pelaje es más espeso que el mío».

Mientras Estrella Azul recuperaba el aliento, Corazón de Fuego inspeccionó nervioso los raquíticos arbustos de aulaga y brezo que cubrían las tierras altas. Aquél era el territorio del Clan del Viento; se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista bajo el cielo sin nubes. Corazón de Fuego se sintió más inquieto allí que en la frontera con el Clan del Río. El Clan del Viento seguía furioso con el del Trueno por haber acogido al antiguo líder del Clan de la Sombra; además, era la propia Estrella Azul quien había decidido refugiar al cegado Cola Rota. ¿Qué haría una patrulla del Clan del Viento si

encontrara a la líder en sus tierras, escoltada tan sólo por un guerrero? Corazón de Fuego no estaba seguro de poder protegerla contra una patrulla entera.

—Debemos tener cuidado de que no nos vean —susurró.

—¿Qué has dicho? —preguntó Estrella Azul casi a gritos.

Allí la brisa era más fuerte, y, aunque no lograba aplacar el calor del sol, se llevaba las palabras de Corazón de Fuego.

—¡Debemos tener cuidado de que no nos vean! —El joven lugarteniente levantó la voz a su pesar.

—¿Por qué? —replicó la gata—. Estamos viajando a la Piedra Lunar. ¡El Clan Estelar nos concede el derecho de viajar sin sufrir daño!

Corazón de Fuego comprendió que no serviría de nada discutir.

—Yo iré en cabeza —se ofreció.

Conocía bien las tierras altas, mejor que la mayoría de los gatos del Clan del Trueno. Había estado muchas veces allí, pero jamás se había sentido tan expuesto y vulnerable. Guió rápidamente a Estrella Azul hasta el mar de brezo, rezando por que el Clan Estelar creyera tanto en su derecho a viajar por allí como Estrella Azul, y por que sus

antepasados guerreros los protegieran de cualquier patrulla del Clan del Viento de paso. También esperaba que Estrella Azul tuviese la prudencia necesaria para agachar las orejas y la cola.

El sol estaba llegando a su cénit cuando alcanzaron la franja de aulagas que había en el centro del territorio del Clan del Viento. Los Cuatro Árboles quedaban ya muy atrás, pero todavía faltaba mucho para llegar a la ladera que bordeaba el páramo y que conducía a las tierras de labranza de los Dos Patas. Corazón de Fuego se detuvo. Una brisa caliente soplaba en su dirección, tan sofocante como el aliento de un gato

enfermo, y el joven supo que su olor se repartiría por todo el territorio del Clan del Viento. Esperó que el perfume del brezo cargado de miel lo enmascarara. A su lado, Estrella Azul hizo una señal con la cola y desapareció en la aulaga.

Un aullido rabioso sonó detrás de ellos. Corazón de Fuego giró en redondo y retrocedió, haciendo una mueca cuando la aulaga se le clavó en las ancas. Tres gatos del Clan del Viento surgieron ante él, con el pelo erizado y las orejas pegadas al cráneo.

—Intrusos. ¿Por qué estáis aquí? —siseó un atigrado marrón con motas.

Corazón de Fuego reconoció a

Enlodado, uno de los guerreros. A su lado estaba Oreja Partida, un atigrado gris, con el lomo arqueado y las uñas preparadas. Corazón de Fuego había llegado a conocer y respetar a aquellos guerreros cuando escoltó al Clan del Viento al regreso de su exilio en el territorio de los Dos Patas, pero cualquier rastro de su antigua alianza se había esfumado. No reconoció al gato más pequeño —tal vez fuera un aprendiz—, pero se lo veía tan feroz y tieso como a sus compañeros de clan.

A Corazón de Fuego se le erizó el pelo a lo largo de la columna vertebral y se le aceleró el pulso, pero procuró

mantener la calma.

—Sólo estamos atravesando… —empezó.

—Estáis en nuestras tierras —bufó Enlodado, mirándolo fijamente con ojos furibundos.

«¿Dónde está Estrella Azul?», pensó Corazón de Fuego desesperado. Por una parte deseaba su ayuda, pero, por otra, esperaba que la líder no hubiera oído el grito de Enlodado y estuviera avanzando a salvo por la aulaga, de camino al territorio de Dos Patas.

Un gruñido a su lado le indicó que Estrella Azul había regresado por él. Miró de reojo y vio a la gata al borde de

la aulaga, con la cabeza bien alta y los ojos llameantes de ira.

—¡Vamos hacia las Rocas Altas! El Clan Estelar nos garantiza el paso seguro. ¡No tenéis ningún derecho a detenernos!

Enlodado no se arredró.

—¡Renunciasteis a vuestro derecho a la protección del Clan Estelar cuando acogisteis a Cola Rota! —replicó.

Corazón de Fuego comprendía la furia de los gatos del Clan del Viento. Él había visto con sus propios ojos las penurias que tuvieron que soportar cuando los guerreros del Clan de la Sombra los expulsaron de su hogar. Con

una oleada de compasión, recordó al cachorrito del Clan del Viento al que había ayudado a llegar a casa… era el único de su camada que había sobrevivido. El antiguo líder del Clan de la Sombra había estado a punto de destruir al clan con su crueldad.

Corazón de Fuego sostuvo la feroz mirada de Enlodado.

—Cola Rota está muerto —le informó.

Los ojos de Enlodado centellearon.

—¿Lo habéis matado vosotros? —inquirió.

Como Corazón de Fuego vaciló, Estrella Azul soltó un gruñido

amenazador.

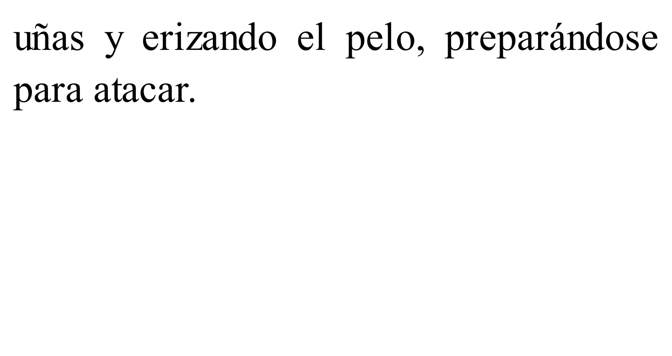
—Por supuesto que no lo hemos matado. Los gatos del Clan del Trueno no somos asesinos.

—No —bufó Enlodado—. ¡Vosotros sólo protegéis a los asesinos! —Arqueó el lomo agresivamente.

Decepcionado, Corazón de Fuego sintió que la cabeza le daba vueltas, intentando buscar otra manera de convencer a la patrulla del Clan del Viento.

—¡Vais a dejarnos pasar! —siseó Estrella Azul.

Corazón de Fuego se quedó helado al ver que su líder estaba sacando las



uñas y erizando el pelo, preparándose para atacar.



6

—El Clan Estelar nos garantiza el paso seguro —repitió Estrella Azul tozudamente.

—¡Marchaos a casa! —gruñó Enlodado.

Corazón de Fuego sintió un hormigueo en las zarpas mientras evaluaba con la mirada a sus oponentes.

Tres fuertes gatos contra él y la líder del Clan del Trueno, que no se hallaba en su mejor forma. No escaparían de la pelea sin sufrir heridas graves, y de ningún modo iba a arriesgarse a que Estrella Azul perdiera una vida: sabía que la gata estaba en la última de sus nueve vidas, las que concedía el Clan Estelar a los líderes.

—Deberíamos marcharnos a casa —le susurró a Estrella Azul.

La gata se volvió hacia él de golpe y se quedó mirándolo con incredulidad.

—Estamos demasiado lejos de hallarnos a salvo, y no podemos empeñar esta batalla —añadió el joven.

—Pero ¡yo debo hablar con el Clan Estelar! —protestó ella.

—En otra ocasión —insistió Corazón de Fuego, y los ojos de Estrella Azul se ensombrecieron de indecisión —. No ganaríamos esta pelea.

Sintió un espasmo de alivio cuando ella escondió las garras y relajó el pelo de los omóplatos. La líder del Clan del Trueno se volvió hacia Enlodado y maulló:

—Muy bien. Nos marcharemos a casa, pero regresaremos. ¡No podéis cortarnos el paso al Clan Estelar eternamente!

Enlodado dejó la postura defensiva

y contestó:

—Has tomado una decisión inteligente.

—¿Has oído las palabras de Estrella Azul? —le gruñó Corazón de Fuego.

Enlodado entornó los ojos amenazadoramente, pero el joven prosiguió:

—Esta vez nos marcharemos, pero jamás volveréis a impedir que vayamos a la Piedra Lunar.

Enlodado dio media vuelta.

—Os escoltaremos hasta los Cuatro Árboles.

Corazón de Fuego se puso en tensión, temiendo la reacción de Estrella

Azul: los guerreros enemigos estaban insinuando que no confiaban en que ellos abandonaran su territorio. Pero la líder se limitó a ponerse en marcha, pasando ante los gatos del Clan del Viento para dirigirse al sendero por el que habían llegado.

Corazón de Fuego caminó tras ella, seguido a cierta distancia por la patrulla enemiga. Era consciente del susurro del brezo a sus espaldas, y cuando miraba por encima del hombro vislumbraba sus ágiles figuras marrones entre las flores encarnadas. Sentía un hormigueo de frustración en las patas con cada paso que daba. No dejaría que el Clan del

Viento volviera a interponerse en su camino.

Llegaron a los Cuatro Árboles y comenzaron a descender la pendiente rocosa, dejando a los guerreros rivales en lo alto, vigilándolos con ojos hostiles y entornados. Estrella Azul estaba empezando a parecer muy cansada. Tras cada salto, aterrizaba pesadamente soltando un gruñido. Corazón de Fuego temía que resbalara, pero ella siguió adelante hasta que alcanzaron la hierba del fondo. El joven lugarteniente miró hacia arriba y vio a los tres gatos del Clan del Viento recortados contra el ancho y deslumbrante cielo, antes de dar

media vuelta y desaparecer en su territorio.

Al pasar ante la Gran Roca, Estrella Azul soltó un largo gemido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Corazón de Fuego, deteniéndose.

Ella negó con la cabeza con impaciencia.

—El Clan Estelar no quiere compartir sueños conmigo —masculló—. ¿Por qué está tan enfadado con mi clan?

—Es el Clan del Viento el que se ha interpuesto en nuestro camino, no el Clan Estelar —le recordó Corazón de Fuego.

Pero no logró evitar sentir que el Clan Estelar podría haberles dado más suerte. Las palabras de Orejitas resonaron en su mente: «El nombramiento de Corazón de Fuego rompió con el ritual del clan por primera vez desde que yo recuerdo».

El joven sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Estarían los antepasados guerreros realmente enfadados con el Clan del Trueno?

Al oír los murmullos de sorpresa cuando él y Estrella Azul regresaron al campamento y contaron lo sucedido,

Corazón de Fuego sospechó que el clan compartía sus temores. Hasta entonces nunca se había obligado a un líder a dar media vuelta en su viaje a la Piedra Lunar.

Estrella Azul se encaminó a su guarida con paso vacilante; cruzó el claro con los ojos clavados en el polvoriento suelo. Corazón de Fuego la observó con un peso en el estómago. De pronto sintió demasiado calor bajo su espeso pelaje. Fue en busca de sombra al borde del claro, y desde allí vio cómo entraba Manto Polvoroso por el túnel de aulagas. El guerrero se le acercó, con Ceniciento pisándole los talones.

—Habéis regresado pronto —comentó rodeando al joven lugarteniente, mientras Ceniciento se quedaba con los ojos muy abiertos, contemplando a los dos guerreros.

—El Clan del Viento no nos ha permitido pasar —explicó él.

—¿Les habéis dicho que ibais a las Rocas Altas? —preguntó Manto Polvoroso, sentándose junto a su aprendiz.

—Por supuesto.

Vio que los ojos de Manto Polvoroso se desviaban hacia el túnel de aulagas, por donde aparecieron Cebrado y Frondina. La aprendiza

parecía agotada mientras corría para seguir el paso de su mentor, y tenía el pelo apelmazado y lleno de tierra.

—¿Qué haces ya de vuelta? —preguntó Cebrado, mirando al lugarteniente con los ojos entornados.

—El Clan del Viento no los ha dejado pasar —anunció Manto Polvoroso.

Frondina lo miró, con sus bonitos ojos verdes dilatados de la sorpresa.

—¿Qué? ¿Cómo se han atrevido? —exclamó Cebrado, erizando la cola de rabia.

—No sé por qué Corazón de Fuego ha permitido que se les impusieran —

criticó Manto Polvoroso.

—No tenía otra elección —gruñó el joven—. ¿O es que acaso tú habrías puesto en peligro la seguridad de tu líder?

—¡Corazón de Fuego!

La llamada de Viento Veloz resonó por todo el claro. El delgado guerrero corrió hacia él. Parecía alterado. Manto Polvoroso y Cebrado intercambiaron una mirada y les dijeron a sus aprendices que se fueran. Viento Veloz llegó hasta el lugarteniente y le preguntó:

—¿Has visto a Nimbo por alguna parte?

—No. —Sintió que le daba un vuelco el corazón—. Pensaba que iba a salir contigo esta tarde.

—Le he dicho que esperara hasta que acabase de lavarme. —Viento Veloz parecía más furioso que preocupado—. Pero, cuando he terminado, Centellina me ha dicho que Nimbo se había ido a cazar por su cuenta.

—Lo lamento —se disculpó Corazón de Fuego, suspirando para sus adentros. Lo último que necesitaba en esos momentos era la desobediencia de Nimbo—. Hablaré con él en cuanto regrese.

Los ojos de Viento Veloz destellaron

con enojo; no parecía muy convencido con la promesa del lugarteniente. Éste estaba a punto de disculparse de nuevo cuando vio que la expresión de Viento Veloz se transformaba en incredulidad: Nimbo acababa de entrar en el campamento con una ardilla en la boca. Los ojos del aprendiz relucían de orgullo por su presa, que era casi tan grande como él. Viento Veloz resopló exasperado.

—Ya me ocupo yo —se apresuró a maullar Corazón de Fuego.

Percibió que Viento Veloz tenía mucho más que decir sobre Nimbo, aunque se limitó a asentir y marcharse.

Corazón de Fuego observó cómo el aprendiz blanco llevaba la ardilla al montón de carne fresca. La depositó allí y luego se encaminó al dormitorio de los aprendices, sin tomar nada de comida para él, aunque había presas en abundancia. Con el alma en los pies, Corazón de Fuego imaginó que Nimbo ya había comido mientras estaba cazando. «¿Cuántas veces puede quebrantar el código guerrero en un solo día?», se preguntó irritado.

—¡Nimbo! —lo llamó.

El aprendiz alzó la vista.

—¿Qué? —maulló.

—Quiero hablar contigo.

Mientras Nimbo iba acercándose, Corazón de Fuego empezó a sentirse incómodo, porque se dio cuenta de que Viento Veloz estaba observándolos desde la guarida de los guerreros.

—¿Has comido mientras cazabas? —preguntó al cachorro en cuanto lo tuvo delante.

—Bueno, ¿y qué si lo he hecho? —dijo encogiéndose de hombros—. Tenía hambre.

—¿Qué dice el código guerrero sobre comer antes de que el clan se haya alimentado?

Nimbo miró hacia las copas de los árboles.

—Si se parece al resto del código, dirá que no puedo hacerlo —respondió entre dientes.

Corazón de Fuego reprimió su creciente exasperación.

—¿Has recogido esa tórtola?

—No he podido. Ya no estaba.

Corazón de Fuego se quedó impactado al descubrir que ya no sabía si creer a Nimbo o no. Decidió que no servía de nada seguir con el tema.

—¿Por qué no has ido a cazar con Viento Veloz?

—Estaba tardando demasiado en arreglarse. Además, ¡prefiero ir a cazar solo!

—No eres más que un aprendiz —le recordó Corazón de Fuego muy serio—. Aprenderás mejor si cazas con un guerrero.

Nimbo asintió con un suspiro.

—Sí, Corazón de Fuego.

El lugarteniente no tenía ni idea de si Nimbo había escuchado sus palabras.

—¡Jamás obtendrás tu nombre de guerrero si sigues así! ¿Cómo crees que te sentirás al ver la ceremonia de nombramiento de Ceniciento y Frondina mientras tú continúas siendo un aprendiz?

—Eso jamás ocurrirá —replicó Nimbo.

—Bueno, pues una cosa es segura: tú te quedarás en el campamento mientras ellos dos van a la próxima Asamblea.

Por fin pareció captar la atención de Nimbo. El aprendiz blanco se quedó mirándolo con incredulidad.

—Pero… —empezó.

—Cuando informe de esto a Estrella Azul, creo que ella estará de acuerdo conmigo —lo interrumpió Corazón de Fuego ferozmente—. Y ahora, ¡lárgate!

Con el rabo entre las patas, Nimbo se dirigió hacia los demás aprendices, que los observaban delante de su guarida. El lugarteniente ni siquiera se molestó en comprobar si Viento Veloz

había presenciado la escena. En esos momentos no le importaba lo que el clan pensara de su aprendiz. Las opiniones de los otros gatos resultaban insignificantes frente a su creciente temor de que Nimbo jamás llegara a ser un auténtico guerrero.



7

—Estrella Azul, ya ha pasado un cuarto de luna desde que regresamos de las tierras altas. —Corazón de Fuego evitó nombrar la Piedra Lunar. Aunque estaban solos en la cueva de la líder, seguía incomodándolo mencionar su infructuosa expedición—. No ha habido ni el menor rastro del Clan del Viento en

nuestro territorio, ni del Clan de la Sombra —añadió, y Estrella Azul entornó los ojos con incredulidad—. Hay muchos aprendices entrenando, y el bosque está tan lleno de presas que resulta muy difícil tener a tres guerreros en el campamento permanentemente. Creo… creo que con dos bastaría.

—Pero ¿y si nos atacan de nuevo? —se inquietó Estrella Azul.

—Si el Clan del Viento pretendiera hacer daño de verdad al Clan del Trueno, Enlodado no te habría dejado salir de las tierras altas… —«con vida», terminó para sí.

—De acuerdo. —La gata asintió,

con los ojos ensombrecidos por un sentimiento indescifrable—. Sólo permanecerán en el campamento dos guerreros.

—Gracias, Estrella Azul. —Aquello facilitaría mucho la tarea de organizar las guardias, los grupos de caza y el entrenamiento de los aprendices—. Voy a anunciar las patrullas para mañana.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza respetuosamente y salió de la guarida.

Fuera, los guerreros estaban esperándolo.

—Tormenta Blanca, tú dirigirás la patrulla del alba —ordenó Corazón de Fuego—. Llévate contigo a Tormenta de

Arena y Ceniciento. Fronde Dorado, Manto Polvoroso, vosotros guardaréis el campamento mientras yo salgo a cazar con Nimbo.

Miró a los guerreros que quedaban y advirtió que se sentía mucho más seguro organizando las patrullas. Había tenido que practicar mucho, pues últimamente Estrella Azul pasaba demasiado tiempo en su guarida. Apartando ese perturbador pensamiento, continuó:

—El resto podéis elegir si entrenáis a vuestros aprendices o los lleváis de caza, pero quiero el montón de carne fresca tan lleno como está hoy. ¡Nos estamos acostumbrando a comer bien!

—exclamó, y un ronroneo risueño recorrió el grupo de guerreros—. Cebrado, tú encabezarás la patrulla del mediodía. Viento Veloz: tú, la del crepúsculo. Escoged vosotros mismos a quiénes os lleváis; eso sí: aseguraos de que lo sepan para que puedan estar listos a tiempo.

Viento Veloz asintió, pero Cebrado preguntó con ojos destellantes:

—¿Quiénes van esta noche a la Asamblea?

—No lo sé —admitió el lugarteniente.

Cebrado entornó los ojos.

—¿Estrella Azul no te lo ha dicho, o

es que todavía no lo ha decidido?

—No ha comentado ese tema conmigo. Nos lo dirá cuando lo crea oportuno.

Cebrado giró la cabeza y se quedó mirando los árboles, cada vez más oscuros.

—Será mejor que nos lo diga pronto. El sol ya está empezando a ponerse.

—En ese caso, deberías ir a comer —dijo Corazón de Fuego—. Necesitarás fuerzas para la Asamblea, si es que vas.

El tono de Cebrado lo incomodaba, pero se negó a permitir que eso lo afectara. Se sentó a esperar que los guerreros se marcharan. Sólo cuando ya

se habían ido todos, regresó a la guarida de Estrella Azul. Ella no había mencionado la Asamblea, y él había estado demasiado ocupado con las patrullas del día siguiente para acordarse.

—Ah, Corazón de Fuego. —Estrella Azul se encontró con él al abrirse paso por el liquen. Parecía que acababa de acicalarse; su pelo relucía bajo la luz del atardecer. El joven lugarteniente sintió un gran alivio al ver que la gata estaba cuidándose de nuevo—. Cuando hayas comido, convoca a los guerreros para la Asamblea.

—Eh… ¿a quiénes llamo?

Estrella Azul pareció sorprendida. Recitó los nombres tan fácilmente —dejando fuera a Nimbo e incluyendo a Ceniciento, como Corazón de Fuego le había pedido unos días atrás— que el joven se preguntó si ella ya se lo habría dicho y él lo había olvidado.

—Sí, Estrella Azul —respondió.

Inclinó la cabeza y cruzó el claro hasta el montón de carne fresca. Entre las piezas había una rolliza paloma. Decidió llevársela a Estrella Azul; quizá la animara a tomar algo más que dos bocados. Escogió un campañol para él, pues no tenía mucha hambre; estaba demasiado desconcertado por el estado

de ánimo de Estrella Azul, tan variable y errático.

Mientras se llevaba el campañol a su lugar favorito para comer, sintió un escalofrío por la columna vertebral. Miró instintivamente por encima del hombro y notó un hormigueo de aprensión al ver que Pequeño Zarzo lo observaba. Recordó las palabras de Carbonilla: «Nunca conocerá a su padre. Será el clan quien lo críe». Se obligó a saludar al cachorro con un movimiento de cabeza y luego se encaminó a la mata de ortigas para dar cuenta del campañol.

Al terminar de comer, miró

alrededor. El resto del clan estaba compartiendo lenguas mientras la noche extendía las sombras y proporcionaba una grata frescura al campamento. Los últimos días habían sido tan calurosos que Corazón de Fuego había deseado ser capaz de nadar como los gatos del Clan del Río. Miró hacia la guarida de los aprendices, preguntándose si Nimbo recordaría que no iba a asistir a la Asamblea porque había comido mientras estaba de caza.

El aprendiz estaba agazapado en el tocón que había ante su guarida, peleando en broma con Ceniciento, que intentaba atraparlo desde abajo. A

Corazón de Fuego lo alegró que, por lo menos, Nimbo se llevara bien con sus compañeros. Se preguntó si Látigo Gris estaría esa noche en los Cuatro Árboles. Parecía bastante improbable, pues apenas llevaba una luna en el Clan del Río, pero les había entregado a los cachorros de Corriente Plateada. Estrella Doblada, el líder del Clan del Río, debía de estarle agradecido; después de todo, Corriente Plateada era su hija, así que los cachorros tenían su misma sangre. Y aunque eso confirmara que habían aceptado a su amigo en otro clan, Corazón de Fuego deseó que a Látigo Gris le hubieran concedido el

privilegio de participar en la Asamblea.

Se puso en pie y llamó a los convocados para formar la patrulla. Mientras recitaba la lista de nombres que su líder le había dado —Musaraña, Viento Veloz, Tormenta de Arena, Fronde Dorado, Centellina, Ceniciento y Zarpa Rauda—, reparó con creciente inquietud en que Cebrado, Rabo Largo y Manto Polvoroso no estaban entre los elegidos. Los tres guerreros habían sido muy buenos aliados de Garra de Tigre, y el joven lugarteniente se preguntó si Estrella Azul los habría excluido deliberadamente. Sintió un estremecimiento de inquietud cuando los

tres gatos intercambiaron una mirada y luego clavaron sus ojos en él. Los de Cebrado centelleaban con una inconfundible furia. Nervioso, el lugarteniente se unió a los demás gatos para esperar a Estrella Azul.

La gata estaba compartiendo lenguas con Tormenta Blanca delante de su guarida, y sólo cuando los guerreros congregados empezaron a amasar el suelo con expectación ella se levantó para cruzar el claro.

—Tormenta Blanca se hará cargo del campamento mientras estamos fuera —anunció.

—Estrella Azul. —Musaraña le

habló con cautela—. ¿Qué vas a decir sobre la manera en que el Clan del Viento te impidió viajar a las Rocas Altas?

Corazón de Fuego se puso tenso. Era obvio que Musaraña quería saber si los gatos del clan debían prepararse para una situación hostil.

—No diré nada —respondió la gata con firmeza—. El Clan del Viento sabe que lo que hizo no está bien. No vale la pena arriesgarse a su agresividad al señalárselo delante de los otros clanes.

Los guerreros del Clan del Trueno recibieron su respuesta sin convicción, y Corazón de Fuego se preguntó si en la

decisión de su líder veían debilidad o sabiduría, pero todos la siguieron por el túnel de aulagas hasta el bosque iluminado por la luna.

Un torrente de tierra y guijarros descendió por el barranco mientras los gatos corrían hacia arriba. La falta de lluvia había dejado el bosque tan seco como huesos pulverizados, y el suelo abrasado por el sol parecía convertirse en polvo bajo sus patas. Una vez dentro del bosque, Estrella Azul se puso en cabeza. Corazón de Fuego se situó a la cola del grupo mientras avanzaban en silencio entre los árboles, agachándose bajo los quebradizos helechos y

zigzagueando entre las zarzas.

Tormenta de Arena redujo el paso hasta adecuarlo al de Corazón de Fuego. Juntos salvaron un tronco caído de un solo y fluido salto. Al aterrizar, ella se volvió hacia él y murmuró:

—Parece que Estrella Azul está empezando a sentirse bien de nuevo.

—Sí —coincidió Corazón de Fuego precavido, concentrándose en abrirse paso entre unos espinosos tallos de zarzas.

Tormenta de Arena continuó, manteniendo la voz baja para que no la oyeran los demás gatos:

—Pero se la ve distante. No parece

la…

La guerrera titubeó, y Corazón de Fuego no intentó llenar el silencio que siguió. Sus peores temores se veían confirmados: los otros gatos del clan estaban empezando a notar que Estrella Azul no era la misma de siempre.

—Ha cambiado —concluyó la gata.

Corazón de Fuego no la miró. En vez de eso, se desvió para evitar una densa mata de ortigas. Tormenta de Arena pasó por encima, saltando y atravesando las punzantes hojas hasta salir al otro lado, y Corazón de Fuego corrió para alcanzarla.

—Estrella Azul todavía está

conmocionada —dijo jadeando—. La traición de Garra de Tigre ha sido un golpe muy fuerte.

—No entiendo cómo nunca sospechó de él.

—¿Acaso tú sospechaste alguna vez de él? —replicó el joven lugarteniente.

—No —admitió la guerrera—. Ningún gato sospechó. Pero el resto del clan se ha recuperado. Estrella Azul aún parece… —Volvió a quedarse sin palabras.

—Nos está llevando a la Asamblea.

—Sí, eso es cierto —respondió Tormenta de Arena, más animada.

—Sigue siendo la misma Estrella

Azul —aseguró el joven—. Ya lo verás.

Los dos apretaron el paso. Saltaron sobre un arroyo que, durante las inundaciones de la estación de la hoja nueva, estaba demasiado crecido para cruzarlo. Ahora era apenas un hilillo que discurría por un lecho rocoso, tan seco que era casi imposible imaginar que el agua hubiera corrido alguna vez más alta.

El resto del grupo iba por delante cuando llegaron a los Cuatro Árboles. Corazón de Fuego precedió a Tormenta de Arena por el sendero; la maleza seguía temblando por donde sus compañeros habían pasado, como si las

hojas compartieran la expectación del clan ante la Asamblea.

Estrella Azul se había detenido en lo alto de la ladera y miraba hacia el valle. Corazón de Fuego vio ágiles formas felinas deslizándose entre las sombras, saludándose con ronroneos apagados. Por los olores del aire, supo que el Clan del Trueno era el último en llegar. Observó cómo Estrella Azul miraba a la Gran Roca, en el centro del claro, y vio que un escalofrío recorría el lomo de la líder. Ella pareció tomar aire profundamente antes de lanzarse pendiente abajo.

El joven lugarteniente corrió tras

ella junto con sus compañeros. Aminoró el paso al llegar al claro y examinó a los gatos para ver si vislumbraba a Látigo Gris. Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río, estaba hablando con un guerrero del Clan de la Sombra que Corazón de Fuego no reconoció. Estrella Doblada, el líder del Clan del Río, estaba con Pedrizo, observando en silencio el claro. Percibió el olor de otro gato del Clan del Río cerca, pero, al volverse, vio que se trataba de un aprendiz que se dirigía hacia Centellina. No había ni rastro de Látigo Gris. No le sorprendió, pero bajó la cola desilusionado.

Un aprendiz gris del Clan de la Sombra se unió también a Centellina. Corazón de Fuego escuchó la conversación distraídamente.

—¿Tu clan ha vuelto a ver a los proscritos? —decía—. A Estrella Nocturna le preocupaba que siguieran merodeando por el bosque.

Corazón de Fuego se quedó helado al oír la pregunta del aprendiz del Clan de la Sombra. Todos los clanes estaban preocupados por el grupo de gatos proscritos que habían olfateado en sus territorios. Lo que los demás ignoraban era que el anterior lugarteniente del Clan del Trueno, Garra de Tigre, se había

hecho amigo de esos desertores y los había utilizado para atacar su propio campamento. Corazón de Fuego lanzó a Centellina una mirada de advertencia, indicándole que guardara silencio, pero no fue necesario. La gata blanca y canela contestó tranquilamente:

—No hemos captado su olor en nuestras tierras desde hace casi una luna.

Corazón de Fuego sintió un espasmo de alivio cuando el aprendiz del Clan del Río añadió:

—Nosotros tampoco. Deben de haberse marchado del bosque.

Corazón de Fuego deseó poder

compartir la confianza de aquel gato, pero su instinto le decía que, si Garra de Tigre estaba metido en aquello, los proscritos acabarían por volver.

Enlodado, el guerrero del Clan del Viento que les había impedido el paso hacia las Rocas Altas, se hallaba a un zorro de distancia. Corazón de Fuego reconoció al joven guerrero Bigotes al lado de Enlodado. Había entablado amistad con el pequeño atigrado marrón en el trayecto de vuelta del exilio del Clan del Viento, pero no se atrevía a acercarse. Enlodado estaba mirándolo con frialdad, y Corazón de Fuego sabía que aquél no era sitio para continuar la

discusión iniciada cuando iba de camino a la Piedra Lunar.

Sin embargo, no se resistió a sacar las uñas, todavía enfadado al recordarlo, y se enfureció aún más cuando Enlodado se inclinó para susurrar algo a su compañero sin dejar de mirarlo significativamente. Para su sorpresa, Orejitas le dedicó un guiño de comprensión y después dio media vuelta y se marchó, dejando a Enlodado sacudiendo la cola con rabia. Parecía que, por lo menos, un guerrero del Clan del Viento recordaba la vieja deuda de lealtad al Clan del Trueno. Corazón de Fuego no pudo evitar que sus bigotes se

agitaran de satisfacción cuando pasó por delante de Enlodado para dirigirse hacia Leopardina y el guerrero del Clan de la Sombra.

Su seguridad se evaporó al acercarse a la lugarteniente del Clan de Río. Aunque ahora eran iguales en la jerarquía de sus clanes, aquella gata tenía una presencia feroz e imponente. Desde que sus clanes lucharon en la quebrada y uno de los guerreros rivales —Garra Blanca— cayó al vacío y se mató, Corazón de Fuego notaba la implacable hostilidad de la gata, tan punzante como espinas. La saludó con un gesto respetuoso, y ella le devolvió el

saludo.

El gato del Clan de la Sombra que estaba junto a Leopardina empezó a saludar a su vez con voz ronca, pero se interrumpió tosiendo y resollando. Corazón de Fuego advirtió por primera vez lo desgreñado que parecía el guerrero, como si no se hubiera lavado durante una luna.

Leopardina se lamió las patas y se lavó la cara mientras el guerrero se perdía en la oscuridad dando traspiés.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Corazón de Fuego.

—¿Acaso parece encontrarse bien? —replicó la gata, torciendo la boca con

disgusto—. Ningún gato debería acudir a la Asamblea estando tan enfermo.

—¿No deberíamos hacer algo?

—¿Como qué? —maulló ella—. El Clan de la Sombra ya tiene un curandero. —Bajó la pata, y sus bigotes húmedos brillaron bajo la luz de la luna. Sus ojos centellearon con curiosidad—. He oído que eres el nuevo lugarteniente del Clan del Trueno —dijo, y Corazón de Fuego asintió, suponiendo que Látigo Gris habría compartido esa noticia con su nuevo clan—. ¿Qué ha ocurrido con Garra de Tigre? Nadie de los demás clanes parece saberlo. ¿Ha muerto?

El joven lugarteniente sacudió la

cola, incómodo. Imaginaba que Leopardina no perdería el tiempo en contar a los otros clanes que el Clan del Trueno había reemplazado a su distinguido lugarteniente por un minino casero.

—Lo que le haya ocurrido a Garra de Tigre no es asunto del Clan del Río —contestó, procurando usar un tono tan frío como el de ella. Se preguntó si Estrella Azul diría algo sobre su antiguo lugarteniente cuando anunciara su ascenso.

Leopardina entornó los ojos, pero no insistió en el tema.

—Bueno, ¿has venido a alardear

sobre tu nuevo puesto o para saber de tu viejo amigo?

Corazón de Fuego alzó la barbilla, sorprendido porque la gata le diera la oportunidad de preguntarle por Látigo Gris.

—¿Cómo está? —dijo.

—Sobrevivirá. —Leopardina se encogió de hombros—. Nunca será un auténtico guerrero del Clan del Río, pero por lo menos se está acostumbrando al agua, que es más de lo que esperaba.

Corazón de Fuego tuvo que contenerse ante el tono desdeñoso de la gata.

—Sus cachorros son fuertes e inteligentes —prosiguió ella—. Deben de haber salido a la madre.

¿Es que Leopardina pretendía molestarlo a propósito? Corazón de Fuego estaba haciendo un esfuerzo para no soltarle una respuesta mordaz cuando Musaraña apareció a sus espaldas.

—Hola, Leopardina —saludó—. Pedrizo me ha dicho que hay nuevos cachorros en vuestro campamento, además de los de Látigo Gris.

—En efecto, así es. El Clan Estelar ha sido generoso con nuestra maternidad en esta estación de la hoja verde.

—También me ha contado que los

cachorros de Vaharina están a punto de iniciar su entrenamiento —maulló Musaraña—. Ya sabes, los que Corazón de Fuego salvó de las inundaciones —añadió con un brillo malicioso en la mirada.

Corazón de Fuego notó que Leopardina se tensaba, pero él tenía la mente puesta en Vaharina y su hermano Pedrizo. Miró por el claro y vio a Estrella Azul sentada a solas bajo la Gran Roca. ¿Sabía la líder que su hijo estaba allí? ¿Había oído que los cachorros de Vaharina ya estaban listos para convertirse en aprendices? Cuando volvió la vista de nuevo hacia

Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río ya estaba alejándose con grandes zancadas.

Musaraña le lanzó una mirada comprensiva a su amigo.

—No te preocupes. Leopardina te resultará menos intimidatoria cuando te acostumbres a ella. El resto del Clan del Río parece contento de vernos. No habrían soportado tan bien las inundaciones sin nuestra ayuda, y además dejamos que se quedaran con los hijos de Corriente Plateada sin presentar batalla.

—Látigo Gris nunca ha sido el gato del Clan del Trueno preferido por

Leopardina —le recordó él—. No desde que Garra Blanca cayó por el precipicio.

—Pues debería aprender a perdonar y olvidar. Látigo Gris ha dado a su clan dos cachorros perfectos y sanos. —Musaraña sacudió la cola—. ¿Te ha preguntado por Garra de Tigre?

—Sí.

—Todo el mundo está ansioso por saber qué ha pasado con él.

—Y por qué lo ha sustituido un gato doméstico —añadió el lugarteniente con amargura.

—Eso también. —Musaraña le lanzó una ojeada—. No te lo tomes como algo

personal, Corazón de Fuego. Nosotros sentiríamos la misma curiosidad por el cambio de lugarteniente en otro clan. —Su atención se desvió un momento hacia el claro antes de comentar—: ¿Te has fijado en lo pequeña que es la representación del Clan de la Sombra esta noche?

Corazón de Fuego asintió.

—Sólo he visto a un par de guerreros. A uno de ellos le ha dado un ataque de tos muy desagradable.

—¿En serio? —maulló Musaraña curiosa.

—Ésta es la estación en la que tragamos más bolas de pelo —señaló el

joven.

—Supongo que sí.

Sonó una voz desde la Gran Roca. Corazón de Fuego miró hacia arriba y vio a Estrella Doblada, el líder del Clan del Río, plantado en lo alto del enorme peñasco, con su pelaje reluciendo bajo el claro de luna. Tenía a un lado a Estrella Azul y a Estrella Alta, el líder del Clan del Viento, al otro. Y en el extremo más apartado, medio escondido por la sombra de un roble, se hallaba Estrella Nocturna.

Corazón de Fuego se quedó impactado ante el aspecto del líder del Clan de la Sombra. El gato negro

parecía incluso más escuálido que un miembro del Clan del Viento, que se mantenían muy delgados por los conejos que cazaban por el páramo. Pero Estrella Nocturna no sólo estaba flaco: tenía la cabeza gacha y los omóplatos encorvados. Por un momento, se preguntó si estaría enfermo, pero entonces recordó que Estrella Nocturna ya era un veterano cuando se puso al frente del Clan de la Sombra. Tal vez no fuera sorprendente que pareciese tan frágil. Quizá hubiera recibido las nueve vidas de un líder, pero ni siquiera el Clan Estelar podía volver atrás en el tiempo.

—Vamos —murmuró Musaraña.

Corazón de Fuego siguió a la gata marrón oscuro hasta la primera fila y se sentó junto a ella, con Vaharina al otro lado.

Estrella Doblada maulló desde la Gran Roca:

—Estrella Azul desea hablar en primer lugar.

E inclinó la cabeza ante la líder del Clan del Trueno mientras ésta avanzaba. La gata alzó la voz, que sonó tan fuerte como siempre:

—Tal vez ya lo hayáis oído de boca del Clan del Viento, pero para los que no lo sabéis: ¡Cola Rota ha muerto!

Un murmullo de satisfacción recorrió la multitud. Corazón de Fuego notó que las orejas de Estrella Nocturna se agitaban sin descanso. El líder del Clan de la Sombra parecía mucho más animado ahora que sabía que su viejo enemigo estaba muerto.

—¿Cómo murió? —preguntó Estrella Nocturna con voz cascada.

Estrella Azul no pareció oírlo.

—Y el Clan del Trueno tiene un nuevo lugarteniente —continuó.

—Así que es cierto lo que decía el Clan del Río —maulló un sorprendido guerrero del Clan del Viento—. ¡A Garra de Tigre le ha sucedido algo!

—¿Ha muerto? —quiso saber Enlodado.

Sus palabras provocaron un aluvión de gritos preocupados, y Corazón de Fuego no pudo evitar sentir una punzada de resentimiento al advertir cuánto respetaban los otros clanes a Garra de Tigre. Observó a Estrella Azul con ansiedad mientras los asistentes la bombardeaban con preguntas.

—¿Murió por alguna enfermedad?

—¿Fue un accidente?

Corazón de Fuego notó que sus compañeros de clan se ponían tensos a su alrededor. Todos compartían la reticencia de Centellina a revelar la

verdad sobre la traición de su antiguo lugarteniente.

El aullido autoritario de Estrella Azul silenció las preguntas.

—¡El destino de Garra de Tigre es asunto del Clan del Trueno, y no le concierne a nadie más!

Los gatos se pusieron a murmurar contrariados; era evidente que su curiosidad no había quedado satisfecha. Corazón de Fuego se preguntó si su líder no debería advertir a los demás clanes de que Garra de Tigre seguía vivo… de que había un traidor peligroso merodeando por el bosque, un traidor que no se atenía al código guerrero.

Pero cuando continuó hablando no mencionó a Garra de Tigre. En vez de eso anunció:

—Nuestro nuevo lugarteniente es Corazón de Fuego.

Decenas de cabezas se giraron hacia el joven, que sintió calor bajo sus miradas interrogativas. El silencio parecía golpearlo en los oídos. Amasó el suelo con las zarpas, y en silencio instó a los líderes a proseguir con la Asamblea, consciente únicamente del sonido de las respiraciones y las hileras de ojos que lo observaban sin pestañear.



8

A Corazón de Fuego lo despertaron maullidos de alarma y el golpeteo de pisadas en el claro. Parpadeó contra la cegadora luz del sol que se colaba entre las ramas que cubrían la guarida de los guerreros.

Una cabeza dorada apareció por el muro de hojas. Era Tormenta de Arena;

sus ojos verde claro destellaban de emoción.

—¡Hemos capturado a dos guerreros del Clan de la Sombra! —maulló sin aliento.

Corazón de Fuego se levantó de un salto, instantáneamente despejado.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Junto al Árbol de la Lechuza —explicó Tormenta de Arena—. ¡Estaban dormidos! —añadió, y su voz revelaba su desprecio por la despreocupación de los enemigos.

—¿Se lo has comunicado a Estrella Azul?

—Manto Polvoroso está

contándoselo ahora.

La gata salió del dormitorio de los guerreros, y Corazón de Fuego corrió tras ella, pasando ante Viento Veloz, que levantó la cabeza de golpe, confundido por el alboroto.

Corazón de Fuego había dormido de forma intermitente tras regresar de la Asamblea, alterado por el significativo silencio que recibió el anuncio de su nombramiento como lugarteniente. Sus sueños se habían llenado de gatos desconocidos que retrocedían ante él, como si fuera un búho de mal agüero volando por un bosque de sombras. Corazón de Fuego creía que había

dejado atrás sus días como forastero, pero las miradas desafiantes de los otros gatos le indicaron que seguía sin ser aceptado por completo en la vida del bosque. Esperaba que no se enterasen de la irregular ceremonia de nombramiento. Sólo serviría para reforzar la inquietud de los otros porque un gato doméstico hubiera sustituido a un respetado lugarteniente nacido en un clan.

Ahora se enfrentaba a un nuevo desafío. ¿Cómo manejaría el tema de los gatos enemigos capturados en territorio del Clan del Trueno? Deseó que Estrella Azul estuviera lo bastante tranquila para guiarlo.

La patrulla del alba había formado un círculo en medio del claro. Corazón de Fuego se abrió paso entre los reunidos y vio a los dos gatos del Clan de la Sombra agazapados sobre la dura tierra, con la cola erizada y las orejas pegadas al cráneo.

Reconoció a uno de los guerreros al instante. Se trataba de Cirro, un atigrado marrón. Se habían conocido en una Asamblea cuando Cirro no era más que un cachorro. Cola Rota lo había obligado a convertirse en aprendiz cuando sólo tenía tres lunas de edad. Ahora ya era un gato adulto, pero seguía siendo de constitución pequeña, y

mostraba muy mal aspecto. Con el pelo enmarañado, apestaba a carroña y miedo. Tenía las ancas huesudas, como alas sin plumas, y los ojos hundidos. El otro no estaba mucho mejor. «Estos guerreros no inspiran temor precisamente», pensó Corazón de Fuego con una punzada de inquietud.

Miró a Tormenta Blanca, que había dirigido la patrulla del alba.

—¿Han opuesto resistencia?

—No —admitió el guerrero blanco, agitando la cola—. Cuando los hemos despertado, nos han suplicado que los trajéramos aquí.

Corazón de Fuego se sintió

confundido.

—¿Os lo han suplicado? —repitió —. ¿Por qué harían eso?

—¿Dónde están esos guerreros del Clan de la Sombra? —aulló Estrella Azul, avanzando entre los gatos reunidos con la cara crispada de miedo y rabia. Corazón de Fuego sintió que se le contraía el estómago—. ¿Es un nuevo ataque? —bufó a los dos maltrechos gatos.

—Tormenta Blanca los ha encontrado mientras patrullaban —se apresuró a explicar el lugarteniente—. Estaban durmiendo en nuestro territorio.

—¿Durmiendo? —gruñó Estrella

Azul, pegando las orejas a la cabeza—. Bueno, ¿nos han invadido o no?

—Éstos son los únicos guerreros que hemos descubierto —maulló Tormenta Blanca.

—¿Estáis seguros? —exigió saber Estrella Azul—. Podría ser una trampa.

Mientras Corazón de Fuego miraba a las dos penosas criaturas, su instinto le dijo que la invasión era lo último que les pasaba por la cabeza. Pero Estrella Azul tenía razón. Lo más prudente sería comprobar que no había más guerreros del Clan de la Sombra escondidos en el bosque, esperando una señal para atacar. Llamó a Musaraña y Manto Polvoroso.

—Vosotros dos, llevaos a un guerrero y un aprendiz cada uno. Empezad en el Sendero Atronador y examinad el camino hasta el campamento. Quiero que busquéis por todo el territorio señales del Clan de la Sombra.

Para su alivio, los dos guerreros obedecieron al instante. Manto Polvoroso llamó a Viento Veloz y Ceniciento, mientras que Musaraña escogía a Zarpa Rauda y Fronde Dorado. Luego, los seis gatos salieron corriendo del campamento en dirección al bosque.

Corazón de Fuego se volvió hacia

los temblorosos prisioneros.

—¿Qué estáis haciendo en las tierras del Clan del Trueno? —preguntó—. Cirro, ¿por qué estáis aquí?

El atigrado se quedó mirándolo con los ojos como platos, llenos de miedo, y Corazón de Fuego sintió una oleada de compasión. El guerrero parecía tan perdido e indefenso como en la Asamblea en la que se conocieron, cuando apenas era un cachorro debilitado.

—C… Cuello Blanco y yo hemos venido con la e… esperanza de que nos dierais comida y hierbas curativas —tartamudeó Cirro al cabo.

Corazón de Fuego lo miró asombrado. ¿Desde cuándo los gatos del Clan de la Sombra buscaban la ayuda de sus peores enemigos?

—Corazón de Fuego, espera. —La suave voz de Carbonilla sonó en su oído. La aprendiza estaba observando a los dos miembros del Clan de la Sombra entornando los ojos—. Estos gatos no suponen ninguna amenaza para nosotros. Están enfermos. —Avanzó cojeando y tocó delicadamente la zarpa delantera de Cirro con el hocico—. Tiene la almohadilla caliente —maulló—. Tiene fiebre.

Carbonilla se disponía a olfatear la

zarpa del otro cautivo cuando Fauces Amarillas se abrió paso entre los felinos congregados.

—¡Aléjate de ellos!

Carbonilla se volvió de un salto.

—¿Por qué? Estos gatos están enfermos. ¡Debemos ayudarlos! —La aprendiza inclinó la cabeza, mirando suplicante a Corazón de Fuego y luego a Estrella Azul.

Todos se volvieron expectantes hacia la líder del clan, pero ella se limitó a mirar a los prisioneros con ojos dilatados. Corazón de Fuego vio cómo la vieja gata gris luchaba con la perplejidad y el temor, los ojos

empañados de confusión. Se dio cuenta de que tenía que distraer la atención de los demás mientras su desasosegada líder se aclaraba las ideas.

—¿Por qué nosotros? —les preguntó a los dos cautivos—. ¿Qué os ha impulsado a venir a nuestro territorio?

Esta vez habló el otro guerrero del Clan de la Sombra, Cuello Blanco. Era un gato negro con las patas y el pecho blancos, aunque ahora estaban manchados de tierra.

—Ya habéis ayudado al Clan de la Sombra con anterioridad, cuando desterramos a Cola Rota —explicó en voz queda.

«Pero el Clan del Trueno dio asilo al antiguo líder del Clan de la Sombra —pensó Corazón de Fuego con un escalofrío—. ¿Es que Cuello Blanco lo ha olvidado?». Luego cayó en la cuenta de que Cola Rota había obligado a esos dos gatos a convertirse en aprendices cuando apenas tenían edad de separarse de sus madres. Desterrar a su cruel líder debió de suponerles un alivio tan grande que lo que ocurriera después con él les parecería una insignificancia. Y ahora que Cola Rota había muerto, para los guerreros del Clan de la Sombra ya no había ninguna amenaza en el campamento del Clan del Trueno, aparte

de la rivalidad normal entre clanes.

—Esperábamos que pudierais ayudarnos ahora —continuó Cuello Blanco—. Estrella Nocturna está enfermo. Nuestro campamento es un caos con tantos gatos enfermos. No tenemos suficientes hierbas ni carne fresca para salir adelante.

—¿Qué está haciendo Nariz Inquieta? Él es vuestro curandero. ¡Es él quien debe cuidar de vosotros! —bufó Fauces Amarillas antes de que Corazón de Fuego pudiera decir nada.

El joven lugarteniente se quedó desconcertado por su tono. Fauces Amarillas había pertenecido al Clan de

la Sombra. Corazón de Fuego sabía que la lealtad de la curandera estaba ahora del lado del Clan del Trueno, pero le sorprendió su falta de compasión hacia sus antiguos compañeros.

—Estrella Nocturna parecía encontrarse bien anoche en la Asamblea —gruñó Cebrado.

—Sí —coincidió la líder, entornando los ojos con recelo.

Pero Corazón de Fuego recordó lo frágil que parecía el líder del Clan de la Sombra, y no le extrañó que Cirro maullara:

—Empeoró al regresar al campamento. Nariz Inquieta ha pasado

toda la noche a su lado. No se separa de él. ¡Ha dejado morir a un cachorro junto al vientre de su madre sin ni siquiera una semilla de adormidera para facilitar su tránsito hasta el Clan Estelar! Tenemos miedo de que también nos deje morir a nosotros. Por favor, ¡ayudadnos!

Corazón de Fuego se estremeció al oír la súplica del joven. Miró esperanzado a Estrella Azul, pero los ojos azules de la gata seguían mostrando desconcierto.

—Deben marcharse —insistió Fauces Amarillas con un gruñido bajo.

—¿Por qué? —espetó Corazón de Fuego—. ¡No son ninguna amenaza en el

estado en que se encuentran!

—Sufren una enfermedad que ya he visto antes en el Clan de la Sombra. —Fauces Amarillas se puso a dar vueltas alrededor de los prisioneros, observándolos pero manteniendo las distancias—. La última vez mató a muchos gatos.

—No se trata de neumonía, ¿verdad? —preguntó Corazón de Fuego.

Algunos de los presentes empezaron a retroceder lentamente ante la mención de la enfermedad que había arrasado el campamento del Clan del Trueno en la estación sin hojas.

—No. No tiene nombre —masculló

Fauces Amarillas con los ojos clavados en los cautivos—. Procede de las ratas que viven en el vertedero de los Dos Patas que hay en el extremo más alejado de las tierras del Clan de la Sombra. —Fulminó con la mirada a Cirro—. Los veteranos saben que esas ratas de los Dos Patas propagan la enfermedad, y seguro que jamás las habrían cazado.

—Un aprendiz llevó una de esas ratas al campamento —explicó Cirro—. Era demasiado joven para saberlo.

Corazón de Fuego oyó la trabajosa respiración del guerrero enfermo mientras los gatos del Clan del Trueno lo miraban en silencio.

—¿Qué deberíamos hacer? —le preguntó el lugarteniente a Estrella Azul.

Fauces Amarillas habló antes de que la líder pudiera contestar.

—Estrella Azul, no hace mucho que la neumonía devastó nuestro campamento —le recordó—. Tú perdiste una vida en aquella ocasión.

La curandera entornó los ojos, y Corazón de Fuego se imaginó lo que estaba pensando. Sólo ellos sabían que Estrella Azul estaba viviendo su última vida. Si la enfermedad se propagaba en el Clan del Trueno, la gata podría morir y ellos se quedarían sin líder. Esa idea le heló la sangre, y se estremeció a

pesar del caliente sol matinal.

Estrella Azul asintió.

—Tienes razón, Fauces Amarillas —maulló en voz baja—. Estos gatos deben marcharse. Corazón de Fuego, sácalos de aquí —añadió con voz inexpresiva, y se fue hacia su guarida.

Su alivio porque se hubiera tomado una decisión quedaba mitigado por la pena que le daban los gatos enfermos, y Corazón de Fuego maulló a su pesar:

—Tormenta de Arena y yo escoltaremos a los guerreros del Clan de la Sombra hasta su frontera.

Los gatos presentes soltaron maullidos de aprobación. Cirro se

quedó mirando a Corazón de Fuego, rogándole en silencio. El lugarteniente se obligó a desviar la vista.

—Volved a vuestras guaridas —les dijo a sus compañeros de clan.

Los demás desaparecieron silenciosamente entre los arbustos que bordeaban el claro, hasta que sólo quedó Carbonilla junto a Corazón de Fuego y Tormenta de Arena. Cuello Blanco empezó a toser, y su cuerpo se sacudió con dolorosos espasmos.

—Por favor, deja que los ayude —suplicó la aprendiza.

El joven lugarteniente negó con la cabeza, impotente, mientras Fauces

Amarillas la llamaba desde su túnel de helechos.

—¡Carbonilla! Ven aquí. Debes limpiarte el hocico para que no quede ni rastro de la enfermedad.

Carbonilla miró fijamente a Corazón de Fuego.

—¡Ven de una vez! —bufó Fauces Amarillas—. ¡A menos que quieras que añada unas hojas de ortiga a la mezcla!

La aprendiza retrocedió con una última mirada de reproche a Corazón de Fuego. Pero no había nada que él pudiera hacer. Estrella Azul le había dado una orden, y el clan estaba de acuerdo.

Corazón de Fuego miró de soslayo a Tormenta de Arena y se sintió aliviado al ver sus ojos llenos de comprensión. Sabía que la guerrera entendería su debate interno entre la compasión por los gatos enfermos y el deseo de proteger al clan de la enfermedad.

—Vámonos —maulló Tormenta de Arena suavemente—. Cuanto antes regresen a su campamento, mejor.

—De acuerdo —respondió Corazón de Fuego. Miró a Cirro, obligándose a pasar por alto la desesperación de su rostro—. El Sendero Atronador está muy transitado. Siempre hay más monstruos en la estación de la hoja

verde. Os ayudaremos a cruzarlo.

—No es necesario —susurró Cirro —. Podemos cruzarlo solos.

—En todo caso, os llevaremos hasta allí. Vamos.

Los guerreros del Clan de la Sombra se levantaron a duras penas y se encaminaron con pasos inestables hacia la entrada del campamento. Tormenta de Arena y Corazón de Fuego los siguieron sin hablar, aunque el joven dio un respingo al ver cómo los enfermos ascendían penosamente el barranco.

Al internarse en el bosque, un ratón cruzó el camino por delante de ellos. Los dos guerreros del Clan de la

Sombra agitaron las orejas, pero estaban demasiado débiles para darle caza. Sin pararse a pensar, Corazón de Fuego salió disparado y siguió el rastro del ratón en la maleza. Lo mató, lo llevó a donde estaban los gatos enfermos y lo depositó a los pies de Cirro. Como si estuvieran demasiado mal para sentirse agradecidos, no dijeron nada, pero se agacharon para dar cuenta de la presa.

Corazón de Fuego vio que Tormenta de Arena parecía dudar.

—No pueden contagiar la enfermedad sólo por comer —señaló el joven—. Y necesitarán energía extra para regresar a su campamento.

—Pues parece que no tienen mucho apetito —comentó la guerrera al ver que Cirro y Cuello Blanco dejaban de comer de golpe y se alejaban del ratón para meterse bajo la maleza.

Al cabo de un momento, los oyeron vomitar.

—Qué desperdicio de presa —dijo Tormenta de Arena entre dientes, echando tierra sobre los restos.

—Supongo que sí —respondió Corazón de Fuego decepcionado.

Esperó hasta que reaparecieron los gatos del Clan de la Sombra, y luego fue tras ellos con Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego captó el olor acre

de los gases del Sendero Atronador unos momentos antes de oír el rugido de los monstruos a través de los árboles llenos de hojas. Tormenta de Arena maulló a los gatos del Clan de la Sombra:

—Sé que no queréis que os ayudemos, pero nos quedaremos vigilando mientras cruzáis el Sendero Atronador.

Corazón de Fuego asintió, de acuerdo con ella. Se sentía más preocupado por la seguridad de aquellos gatos que receloso porque no abandonaran el territorio del Clan del Trueno.

—Cruzaremos solos —insistió Cirro

—. Dejadnos aquí.

Corazón de Fuego lo miró con dureza, preguntándose de pronto si tendría que ser menos confiado. Pero seguía costándole creer que esos guerreros enfermos supusieran una amenaza para su clan.

—De acuerdo —concedió.

Tormenta de Arena le lanzó una mirada inquisitiva, pero él le hizo una ligera señal con la cola y la gata se sentó. Cirro y Cuello Blanco se despidieron con un gesto de cabeza y desaparecieron entre los helechos.

—¿Vamos a…? —empezó Tormenta de Arena.

—¿… seguirlos? —concluyó Corazón de Fuego, imaginando lo que ella iba a preguntar—. Supongo que deberíamos.

Esperaron unos momentos hasta que se desvaneció el sonido de los gatos enfermos entre los arbustos, y entonces empezaron a seguir su rastro por el bosque.

—Éste no es el camino al Sendero Atronador —susurró Tormenta de Arena cuando el rastro se desvió hacia los Cuatro Árboles.

—Puede que hayan tomado la ruta por la que han venido —sugirió el lugarteniente, tocando con la nariz la

punta de un tallo de zarza. El hedor reciente de los gatos enfermos le hizo torcer la boca—. Vamos —maulló—. Alcancémoslos.

Sintió una oleada de ansiedad. ¿Se habría equivocado con los guerreros del Clan de la Sombra? ¿Se dirigían de nuevo hacia tierras del Clan del Trueno, a pesar de su promesa de marcharse? Apretó el paso, y Tormenta de Arena corrió en silencio tras él.

El ruido del Sendero Atronador zumbaba como abejas somnolientas en la distancia.

Los gatos del Clan de la Sombra parecían seguir una ruta paralela al

apestoso camino de piedra. Su olor los guió fuera de la protección de los helechos del bosque, hasta una extensión de tierra pelada. Justo delante de ellos, los guerreros enfermos habían atravesado la línea olorosa que marcaba la frontera entre los dos territorios, y estaban desapareciendo en un zarzal, ajenos a sus perseguidores.

Tormenta de Arena entornó los ojos.

—¿Por qué van por ahí?

—Averiguémoslo —contestó Corazón de Fuego.

Aceleró, tragándose la sensación de temor al cruzar la línea olorosa. El ruido del Sendero Atronador sonaba mucho

más fuerte, y agitó las orejas molesto por el doloroso estruendo.

Avanzaron entre los espinosos tallos. Ahora Corazón de Fuego era angustiosamente consciente de que estaban en terreno hostil, pero tenía que asegurarse de que los guerreros del Clan de la Sombra estaban regresando a su campamento. Por el ruido que había, ahora el Sendero Atronador debía de estar a sólo unos zorros de distancia por delante de ellos, y sus gases casi anulaban el olor de los gatos enfermos.

De pronto el zarzal terminó, y Corazón de Fuego se encontró saliendo a la asquerosa hierba que bordeaba el

Sendero Atronador.

—¡Cuidado! —advirtió a Tormenta de Arena cuando apareció a su lado.

El duro camino gris se hallaba justo ante ellos, reluciendo bajo el calor, y la gata melada retrocedió cuando un monstruo pasó rugiendo.

—¿Dónde están los gatos del Clan de la Sombra? —preguntó.

Corazón de Fuego miró al otro lado del Sendero Atronador, entornando los ojos y agachando las orejas, mientras más monstruos pasaban ruidosamente y le alborotaban el pelo y los bigotes con el amargo viento que levantaban. No se veía por ninguna parte a los gatos

enfermos, pero era imposible que hubiesen cruzado ya.

—Mira —siseó Tormenta de Arena, señalando con la nariz.

Corazón de Fuego siguió su mirada de asombro a lo largo de la polvorienta franja de hierba. Estaba desierta, excepto por un ligero movimiento: el de la punta de la cola de Cuello Blanco al desaparecer en el suelo, debajo de la apestosa piedra lisa del Sendero Atronador.

A Corazón de Fuego se le pusieron los ojos como platos de incredulidad. Era como si el Sendero Atronador hubiese abierto la boca para tragarse a


los gatos del Clan de la Sombra.



9

—¿Adónde han ido? —preguntó Corazón de Fuego con voz estrangulada.

—Acerquémonos a echar un vistazo —propuso Tormenta de Arena, dirigiéndose hacia el lugar por donde habían desaparecido los gatos del Clan de la Sombra.

Corazón de Fuego corrió tras ella.

Al acercarse a la extensión de hierba que había engullido la cola negra, se toparon con una sombra, donde la tierra se hundía bruscamente junto al Sendero Atronador. Era la entrada a un túnel de piedra que discurría debajo del camino gris, como el que Corazón de Fuego había usado junto con Látigo Gris para encontrar al Clan del Viento. Tormenta de Arena lo rozó mientras descendían sigilosamente para olfatear con cautela la lúgubre entrada. Corazón de Fuego notó en las orejas las corrientes de viento producidas por los monstruos que pasaban rugiendo por encima, pero, además del hedor del Sendero

Atronador, también percibió el rastro fresco de los gatos del Clan de la Sombra. Habían ido por allí, sin la menor duda.

El túnel era totalmente redondo, estaba recubierto de piedra de color crema claro y tenía la altura de dos gatos. El musgo que crecía hasta la mitad de ambos lados indicaba que por allí corría agua durante la estación sin hojas. Ahora estaba seco, y el fondo se hallaba sembrado de hojas y basura de los Dos Patas.

—¿Tú habías oído hablar de este sitio? —preguntó Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego negó con la

cabeza.

—Debe de ser por donde cruza el Clan de la Sombra para llegar a los Cuatro Árboles.

—Mucho más fácil que sortear a los monstruos —comentó la guerrera.

—No es de extrañar que Cirro quisiera que los dejáramos cruzar solos el Sendero Atronador. Este túnel es un secreto que el Clan de la Sombra querrá guardarse para sí. Regresemos al campamento para contárselo a Estrella Azul.

Salió del agujero de un salto y corrió hacia el bosque, mirando por encima del hombro si Tormenta de

Arena lo seguía. Ella fue disparada tras él, y los dos se encaminaron a casa. Al cruzar la línea olorosa, el lugarteniente sintió el familiar alivio de encontrarse de nuevo en la seguridad de su territorio. Sin embargo, tras oír las noticias de Cirro sobre la enfermedad del Clan de la Sombra, dudaba que el clan rival estuviera en condiciones de seguir patrullando las fronteras.

—¡Estrella Azul! —Acalorado y sin aliento tras la carrera hasta casa, Corazón de Fuego fue directamente a la guarida de la líder.

—¿Sí? —respondió ella a través del liquen.

Él accedió al interior. La líder estaba en su lecho, con las patas dobladas bajo el cuerpo.

—Hemos encontrado un túnel justo dentro del territorio del Clan de la Sombra —informó el joven—. Va por debajo del Sendero Atronador.

—Espero que no lo hayáis seguido —gruñó Estrella Azul.

Corazón de Fuego vaciló. Esperaba que su líder se ilusionara con el descubrimiento, pero, en vez de eso, su tono era seco y acusatorio.

—N… No, no lo hemos hecho —

balbuceó.

—Ya habéis corrido demasiados riesgos al entrar en su territorio. No queremos contrariar al Clan de la Sombra.

—Si ese clan está tan débil como han dicho los guerreros, no creo que hiciera nada al respecto —señaló, pero Estrella Azul se quedó mirando más allá, aparentemente absorta en sus pensamientos.

—¿Se han marchado esos gatos? —preguntó la líder al fin.

—Sí. Se han ido por ese túnel. Así es como lo hemos descubierto —explicó él.

Estrella Azul asintió, distante.

—Ya veo.

Corazón de Fuego buscó una pizca de compasión en los ojos de la líder. ¿Es que a ella no le importaba ni lo más mínimo la enfermedad del Clan de la Sombra?

—¿Hemos hecho lo correcto al mandarlos de vuelta a su casa? —no pudo evitar preguntarle.

—¡Por supuesto! —espetó la gata—. No queremos una nueva enfermedad en el campamento.

—No, claro que no —coincidió el joven guerrero, compungido.

Cuando se disponía a salir, Estrella

Azul añadió:

—De momento, no le digas a nadie lo del túnel.

—De acuerdo —prometió él, atravesando el liquen.

Se preguntó por qué Estrella Azul querría mantener el túnel en secreto. Al fin y al cabo, habían descubierto un punto débil en la frontera con el Clan de la Sombra que podría convertirse en una ventaja para el Clan del Trueno. No es que él creyera que el clan rival mereciera algún tipo de ataque en esos momentos, pero, sin duda, tener un mejor conocimiento del bosque sólo podía ser bueno, ¿no? Corazón de Fuego

suspiró cuando Tormenta de Arena corrió hacia él.

—¿Qué te ha dicho Estrella Azul? —preguntó la guerrera—. ¿Se alegra de que hayamos encontrado el túnel?

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Me ha dicho que lo mantenga en secreto.

—¿Por qué? —maulló Tormenta de Arena sorprendida.

El joven lugarteniente se encogió de hombros y se encaminó a su guarida. Tormenta de Arena lo siguió.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber la gata—. ¿Y Estrella Azul? ¿Te

ha dicho algo más?

Corazón de Fuego se dio cuenta de que estaba dejando traslucir la ansiedad que le provocaba la líder. Bajó la cabeza para darse un lametón en el pecho, y luego maulló con alegría forzada:

—Debo irme. Prometí a Nimbo que esta tarde lo llevaría a cazar.

—¿Quieres que os acompañe? —Los ojos de Tormenta de Arena mostraron cierta inquietud, pero después añadió—: Será divertido. Hace un montón de tiempo que no cazamos juntos.

Señaló con la cabeza hacia la

guarida de los aprendices, donde Nimbo estaba dormitando al sol. La peluda y abultada barriga del aprendiz subía y bajaba acompasadamente.

—La verdad es que necesita hacer ejercicio —apuntó Tormenta de Arena—. Está empezando a parecerse a Sauce. —Ronroneó de la risa—. ¡Debe de ser un cazador terrible! Creo que nunca había visto un gato de clan tan gordo.

No había mala intención en sus palabras, pero Corazón de Fuego notó un repentino calor. Nimbo estaba gordo para lo joven que era, mucho más gordo que los demás aprendices, incluso

aunque ahora todos disfrutaban de las cuantiosas presas de la estación de la hoja verde.

—Creo que debería llevarme a Nimbo yo solo —maulló a su pesar—. Últimamente lo tengo un poco desatendido. ¿Qué te parece si cazamos otro día?

—Ya me dirás cuándo —respondió Tormenta de Arena jovialmente—. Estaré encantada. Podría cazar otro conejo para los dos.

Corazón de Fuego vio un destello malicioso en sus ojos verde claro, y supo que estaba refiriéndose a la vez en que cazaron juntos en un bosque cubierto

de nieve que destellaba con la escarcha. En aquella ocasión, Tormenta de Arena lo sorprendió con su velocidad y destreza.

—¡A menos que por fin hayas aprendido a cazarlos por ti mismo! —bromeó la guerrera, tocándole la mejilla con la cola al alejarse.

Mientras la observaba irse, Corazón de Fuego sintió un extraño cosquilleo de felicidad en las zarpas. Luego sacudió la cabeza y se dirigió a Nimbo. El adormilado aprendiz arqueó el lomo y se estiró; sus cortas patas se estremecieron por el esfuerzo.

—¿Hoy has salido del campamento?

—le preguntó Corazón de Fuego.

—No.

—Bien, vamos a ir a cazar —informó sin más. Lo sacaba de quicio que Nimbo pensara que podía quedarse tumbado y disfrutar de un baño de sol—. Debes de tener hambre.

—La verdad es que no —replicó el aprendiz.

Corazón de Fuego se sintió desconcertado. ¿Nimbo habría estado robando comida del montón de carne fresca? A los aprendices no se les permitía comer hasta que hubieran cazado para los veteranos o entrenado con sus mentores. Corazón de Fuego

rechazó esa idea al instante. El gato blanco no podría haberlo hecho sin que alguien del clan lo viera.

—Bueno, pues si no tienes hambre, empezaremos en la hondonada de aprendizaje haciendo prácticas de lucha —maulló—. Podemos cazar después.

Sin darle la ocasión de protestar, Corazón de Fuego salió del campamento corriendo. Oyó las ruidosas pisadas de Nimbo tras él, pero no miró atrás ni redujo el paso hasta que alcanzó la hondonada cubierta donde entrenaban los aprendices. Se detuvo en mitad del claro arenoso. El aire estaba tan inmóvil que, incluso a la sombra, el calor del

mediodía resultaba sofocante.

—Atácame —ordenó a Nimbo cuando éste descendió la cuesta a trompicones, levantando nubes de polvo rojo que se adherían a su largo pelo blanco.

El aprendiz lo miró sin pestañear, arrugando la nariz.

—¿Qué? ¿Así sin más?

—Sí —contestó Corazón de Fuego —. Actúa como si yo fuera un enemigo.

—Vale.

Nimbo se encogió de hombros y empezó a correr desganadamente hacia él. Su redonda panza lo entorpecía, haciendo que sus cortas patas se

hundieran más en la arena. Corazón de Fuego tuvo tiempo de sobra para prepararse, de forma que, cuando Nimbo llegó hasta él, le resultó fácil esquivarlo y mandarlo rodando por la tierra.

Nimbo se levantó sacudiéndose y estornudó cuando la arena se le metió en la nariz.

—Demasiado lento —le dijo Corazón de Fuego—. Prueba otra vez.

Nimbo se agazapó respirando profundamente y entornó los ojos. Corazón de Fuego lo observó, impresionado por la intensidad de la mirada del aprendiz: esta vez parecía estar pensando en atacar de verdad.

Nimbo dio un gran salto hacia su mentor y, al aterrizar, se retorció para poder golpearlo con las patas traseras.

El lugarteniente se tambaleó, pero logró conservar el equilibrio, y mandó a Nimbo por los aires con un mandoble de su pata delantera.

—Mejor —resolló—. Pero no estás preparado para el contraataque.

Nimbo permaneció inmóvil sobre la arena.

—¿Nimbo? —maulló Corazón de Fuego. Le había dado un golpe fuerte, pero desde luego no lo suficiente para herirlo.

El aprendiz agitó una oreja, pero se

quedó donde estaba.

Corazón de Fuego se acercó a él con un súbito hormigueo de preocupación. Nimbo tenía los ojos bien abiertos.

—Me has matado —dijo el aprendiz con voz ahogada, tomándoselo a broma, y se puso débilmente boca arriba.

Corazón de Fuego soltó un resoplido.

—Deja de hacer el tonto. ¡Esto es serio!

—Vale, vale. —Nimbo se puso en pie, todavía jadeando—. Pero ahora sí tengo hambre. ¿Podemos ir a cazar?

Corazón de Fuego abrió la boca para objetar algo, pero luego recordó las

palabras de Tormenta Blanca: «Aprenderá cuando esté preparado». Después de todo, quizá fuera mejor dejar que Nimbo entrenara a su propio ritmo. Hasta el momento, discutir había sido una pérdida de tiempo.

—Venga, vamos —suspiró Corazón de Fuego, y guió a Nimbo fuera de la hondonada de entrenamiento.

Mientras recorrían el fondo del barranco hasta el bosque, Nimbo se detuvo a olfatear el aire.

—Huelo a conejo —maulló.

Corazón de Fuego levantó la nariz. Su aprendiz tenía razón.

—Por ahí —susurró Nimbo.

Un brillante destello en los arbustos traicionó la cola blanca de un joven conejo. Corazón de Fuego se agazapó hasta pegarse al suelo. Tensó los músculos, listo para darle caza. A su lado, Nimbo lo imitó, y su barriga sobresalió por ambos costados. Vislumbraron de nuevo la cola del conejo, y Nimbo salió disparado hacia él, golpeando pesadamente el seco suelo forestal con sus patas. El conejo oyó el ruido al instante y desapareció como un rayo entre la maleza. Nimbo lo persiguió con gran estrépito, mientras Corazón de Fuego los seguía con pasos silenciosos. Los helechos temblaban por donde había

pasado Nimbo, y Corazón de Fuego sintió una punzada de decepción cuando su aprendiz frenó en seco, jadeando, delante de él. El conejo había desaparecido.

—¡Cazabas mucho mejor cuando eras un cachorro! —exclamó Corazón de Fuego.

De pequeño, el hijo de su hermana tenía madera de buen guerrero, pero el peludo aprendiz blanco parecía estar volviéndose tan flojo como un minino de compañía.

—Sólo el Clan Estelar sabe cómo te has puesto tan gordo con una técnica de caza como la tuya. Ni siquiera un gato en

forma puede correr más que un conejo. ¡Debes moverte con más ligereza si quieres atrapar uno!

Lo alegraba que Tormenta de Arena no los hubiera acompañado. Habría sentido mucha vergüenza si la guerrera hubiera visto que su aprendiz se había convertido en un cazador penoso.

Por una vez, Nimbo no protestó.

—Lo lamento —dijo entre dientes, y Corazón de Fuego sintió cierta compasión por él.

Daba la impresión de que, esa vez, Nimbo lo había hecho lo mejor que podía, y el lugarteniente no logró evitar pensar que había defraudado a su

aprendiz al descuidar su entrenamiento en los últimos tiempos.

—¿Por qué no me marcho a cazar yo solo? —propuso Nimbo mirándose las patas—. Prometo que llevaré alguna pieza al montón de carne fresca.

Corazón de Fuego lo examinó un momento. Nimbo no podía ser siempre tan mal cazador, porque parecía mejor alimentado que ningún otro gato del clan. Quizá le iba mejor cuando no lo vigilaban. En un abrir y cerrar de ojos, Corazón de Fuego decidió seguirlo sin que él lo supiera para observar cómo cazaba.

—Es una buena idea —aceptó—.

Pero asegúrate de estar de vuelta a la hora de la comida.

Nimbo se animó al instante.

—Por supuesto —maulló—. No llegaré tarde; lo prometo.

Corazón de Fuego oyó cómo la barriga del aprendiz rugía de hambre. «Puede que eso mejore su destreza», pensó.

Mientras los pasos de Nimbo se iban alejando por el bosque, Corazón de Fuego sintió una punzada de culpabilidad ante la idea de espiarlo. Pero se recordó que sólo iba a evaluar las habilidades de su aprendiz, como haría cualquier mentor.

Seguir el rastro de Nimbo por el pinar fue fácil. La vegetación era escasa bajo la sombra de los gigantescos pinos, y Corazón de Fuego podía ver el pelaje níveo de su aprendiz a mucha distancia. Allí, el bosque bullía de pequeños pájaros, y el lugarteniente esperaba que Nimbo se detuviera para aprovecharse de aquellas abundantes ofrendas.

Pero el aprendiz no se detuvo. Continuó a un paso sorprendentemente rápido, teniendo en cuenta el tamaño de su barriga. Salió del pinar y entró en el robledal que lindaba con el poblado de Dos Patas. Corazón de Fuego notó un amenazador hormigueo en las zarpas.

Manteniéndose agachado, corrió más para no perder de vista a Nimbo en la densa maleza. Luego los árboles empezaron a escasear, y Corazón de Fuego entrevió las vallas que rodeaban los jardines de los Dos Patas. ¿Iba Nimbo a visitar a su madre, Princesa? Su hogar de Dos Patas estaba cerca de allí. No podía culpar al aprendiz por querer verla de vez en cuando. Nimbo era lo bastante joven para recordar su cálido aroma. Pero ¿por qué Nimbo no había mencionado antes a Princesa? ¿Y por qué había dicho que iba a cazar si pensaba visitar a su madre? Sin duda sabía que, de todos los gatos del clan,

Corazón de Fuego era quien mejor lo entendería.

La confusión del lugarteniente aumentó cuando Nimbo se alejó de la valla de Princesa y siguió la línea de casas de Dos Patas, hasta que el hogar de Princesa quedó muy atrás. El aprendiz avanzaba con paso firme, pasando por alto incluso el rastro fresco de un ratón que se cruzó en su camino, hasta que alcanzó un abedul plateado que se alzaba junto a una verja verde claro. El pequeño gato blanco saltó dificultosamente al tronco del abedul y, de allí, a lo alto de la valla, donde se tambaleó porque su barriga lo

desequilibraba. Corazón de Fuego recordó la burla de Manto Polvoroso y se estremeció. Quizá, después de todo, los pájaros de jardín sí fueran más del gusto de Nimbo. Él tendría que explicarle a su aprendiz que los gatos de clan no cazaban en las viviendas de Dos Patas. El Clan Estelar les había dado el bosque para conseguir comida.

Nimbo bajó de un salto al otro lado de la valla. Corazón de Fuego se apresuró a trepar al abedul, y agradeció que estuviera lleno de hojas mientras se ocultaba tras el tembloroso follaje. Vio a Nimbo abajo, atravesando el césped esmeradamente cortado, con la cola y la

barbilla bien levantadas. Lo asaltó un presentimiento cuando Nimbo pasó veloz ante un grupo de estorninos. Los pájaros se dispersaron en el aire en una nebulosa de plumas, pero Nimbo ni siquiera se molestó en girar la cabeza. Corazón de Fuego sintió que la sangre empezaba a bombearle en los oídos. Si Nimbo no había ido a aquel jardín a cazar pájaros, ¿qué estaba haciendo allí? Entonces se quedó helado de espanto al ver que el aprendiz se sentaba ante la casa de Dos Patas y soltaba un quejido agudo y lastimero.



10

Corazón de Fuego contuvo la respiración cuando se abrió la puerta de la casa de Dos Patas. Se moría de ganas de que Nimbo diese media vuelta y huyera, pero una parte de él sabía que el aprendiz no tenía intención de marcharse. Se inclinó más en su rama, deseando que el Dos Patas chillara a

Nimbo para ahuyentarlo. Los gatos del bosque no solían ser bien recibidos en el poblado. Pero aquel Dos Patas se agachó para acariciar a Nimbo, que estiró la cabeza para restregarla contra su mano mientras aquél le susurraba algo. Por el tono del Dos Patas, era obvio que se habían saludado así otras veces. A Corazón de Fuego lo invadió una decepción tan amarga como la bilis de ratón mientras Nimbo cruzaba la puerta trotando y desaparecía en la casa de Dos Patas.

Se quedó agarrado a la fina rama del abedul mucho después de que la puerta se hubiera cerrado. A su aprendiz estaba

tentándolo la vida a la que él había dado la espalda. Después de todo, a lo mejor se había equivocado con Nimbo por completo. Perdido en sus pensamientos, se movió sólo cuando el sol empezó a descender tras los árboles y enfrió un poco el ambiente. El lugarteniente descendió hasta la valla y, de allí, al suelo.

Regresó hacia el bosque, siguiendo a ciegas su propio rastro por donde había ido. Los actos de Nimbo se le antojaban una espantosa traición, y, sin embargo, le costaba estar furioso con él. Corazón de Fuego había estado tan ansioso por demostrar que los gatos domésticos eran

tan buenos como los nacidos en el bosque que ni siquiera había considerado que Nimbo pudiese preferir vivir con los Dos Patas. Adoraba su vida en el bosque, pero la había escogido él mismo. Sólo ahora se le ocurría que Princesa había entregado a Nimbo al clan cuando era poco más que un cachorro, antes de tener edad suficiente para tomar sus propias decisiones.

Corazón de Fuego siguió adelante, sin fijarse en las vistas ni los olores del bosque, hasta que de pronto advirtió que había llegado a la valla de su hermana. Se quedó mirándola sorprendido. ¿Es

que sus patas lo habían guiado hasta allí a propósito? Dio media vuelta, pues todavía no estaba preparado para compartir su descubrimiento con Princesa. No quería contarle que había cometido un error al ceder a Nimbo al clan. Con las patas tan pesadas como si fueran de piedra, se volvió hacia el pinar y el campamento.

—¡Corazón de Fuego! —llamó la dulce voz de una gata tras él.

¡Era Princesa!

El joven guerrero se quedó paralizado, con el alma en los pies, pero no podía huir de su hermana, no ahora que ya lo había visto. Se volvió cuando

Princesa saltaba de su valla. El pelaje atigrado y blanco de la gata se ondulaba mientras ella corría hacia él.

—¡Hacía siglos que no te veía! —maulló Princesa, deteniéndose a su lado. Su tono denotaba preocupación—. Ni siquiera Nimbo me ha visitado últimamente. ¿Va todo bien?

—T… todo va bien —tartamudeó él. Sintió que se le tensaban la voz y los omóplatos con el esfuerzo de mentir.

Princesa guiñó los ojos agradecida, confiando de inmediato en las palabras de su hermano, y lo saludó tocándole la nariz con la suya. Él la acarició con el hocico, aspirando el familiar olor que le

recordaba a su infancia.

—Me alegro —ronroneó Princesa —. Estaba empezando a preocuparme. ¿Por qué Nimbo no me visita? No dejo de captar su olor, pero hace días que no lo veo.

A Corazón de Fuego no se le ocurrió nada que decir, y se sintió aliviado cuando su hermana continuó hablando.

—Supongo que lo tienes muy ocupado con su entrenamiento. La última vez que vino a verme, me contó que estabas realmente impresionado con sus progresos. ¡Me dijo que iba muchísimo más adelantado que los demás aprendices!

Sonaba encantada, y sus ojos relucían de orgullo.

«Mi hermana desea que Nimbo se convierta en un gran guerrero tanto como yo», pensó Corazón de Fuego. Sintiéndose culpable, masculló:

—Nimbo es una gran promesa.

—Es mi primogénito —ronroneó Princesa—. Yo sabía que sería especial. Todavía lo echo de menos, incluso sabiendo lo feliz que es.

—Estoy seguro de que todos tus hijos son especiales, cada uno a su manera. —Deseaba contarle a su hermana la verdad, pero no tenía el valor de decirle que su sacrificio había

sido en vano—. Tengo que marcharme —maulló.

—¿Ya? —exclamó Princesa—. Está bien, pero vuelve pronto a verme. Y la próxima vez, ¡tráete contigo a Nimbo!

Corazón de Fuego asintió. Aún no quería regresar al campamento, pero se sentía demasiado incómodo con aquella conversación, como si estuviera enfrentándose al insalvable abismo entre el bosque y la vida como gato doméstico.

Corazón de Fuego recorrió el largo camino de vuelta al campamento

dejando que el familiar verde del bosque lo tranquilizara. Al salir entre los árboles a lo alto del barranco, se encontró pensando de nuevo en cuánto echaba de menos poder hablar con Látigo Gris.

—¡Hola! —lo sorprendió la voz de Tormenta de Arena. Estaba ascendiendo por el barranco, y debía de haber captado su olor—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento? ¿Dónde está Nimbo?

Corazón de Fuego se quedó mirando la inteligente cara anaranjada de la gata. Vio el brillo de sus ojos verdes, y de repente supo que podía confiar en ella. Miró alrededor con ansiedad.

—¿Estás sola?

Ella le sostuvo la mirada con curiosidad.

—Sí. He pensado salir a cazar un poco antes de la hora de comer.

Corazón de Fuego se acercó al borde de la pendiente y observó las copas de los árboles que resguardaban el campamento. Tormenta de Arena se sentó a su lado. No habló, pero pegó su costado al del joven, comprensiva. Él sabía que incluso podría irse sin más y que ella no le haría ninguna pregunta.

—Tormenta de Arena… —empezó dubitativo.

—¿Sí?

—¿Crees que me equivoqué al traer a Nimbo al clan?

La guerrera guardó silencio unos momentos, y cuando por fin respondió lo hizo con prudencia y sinceridad.

—Cuando hoy lo he visto tumbado delante de su guarida, he pensado que parecía más un minino casero que un guerrero. Pero luego me he acordado del día en que atrapó su primera presa. No era más que un cachorrito, pero se internó en una ventisca para cazar un campañol. Daba la impresión de no sentir ningún temor, y estaba muy orgulloso de lo que había hecho. Entonces parecía un gato nacido y

criado en un clan.

—Entonces, ¿tomé la decisión correcta? —maulló Corazón de Fuego esperanzado.

Hubo otra pausa tensa.

—Creo que sólo el tiempo lo dirá —contestó la gata al cabo.

Corazón de Fuego no dijo nada. Ésa no era la frase tranquilizadora que estaba esperando, pero sabía que la guerrera tenía razón.

—¿Le ha ocurrido algo a Nimbo? —preguntó ella, entornando los ojos con inquietud.

—Hoy lo he visto entrar en una casa de Dos Patas —confesó el joven sin

rodeos—. Creo que lleva un tiempo dejando que le den de comer.

Tormenta de Arena frunció el entrecejo.

—¿Sabe que lo has visto?

—No.

—Deberías decírselo —le aconsejó la gata—. Nimbo tiene que decidir a qué lugar pertenece.

—Pero ¿y si se decide por la vida doméstica? —exclamó Corazón de Fuego.

Ese día había comprendido cuánto deseaba que Nimbo se quedara en el clan. No sólo por sí mismo, ni para demostrar a los demás gatos que los

guerreros no tenían por qué haber nacido en el bosque, sino también por el propio Nimbo. El aprendiz tenía mucho que dar al clan, y se vería más que recompensado por la lealtad de los demás. Corazón de Fuego sintió que se le aceleraba el pulso ante la idea de que Nimbo estuviera a punto a echarlo todo por la borda.

—Es decisión suya —maulló Tormenta de Arena delicadamente.

—Ojalá yo hubiera sido mejor mentor…

—No es culpa tuya —lo interrumpió la guerrera—. Tú no puedes cambiar lo que sea que haya en el corazón de

Nimbo.

El joven se encogió de hombros desesperanzado.

—Habla con él —lo instó Tormenta de Arena—. Averigua qué es lo que quiere. Deja que decida por sí mismo. —Sus ojos rebosaban comprensión, pero Corazón de Fuego seguía sintiéndose mal—. Ve a buscarlo.

El joven asintió mientras Tormenta de Arena se levantaba para encaminarse hacia los árboles.

Con el corazón en un puño, el lugarteniente empezó a bajar el barranco hacia la hondonada arenosa, con la esperanza de que Nimbo regresara al

campamento por el mismo camino que había tomado al salir. No quería enfrentarse a su aprendiz así como así: le daba miedo alejarlo para siempre. Pero también sabía que Tormenta de Arena tenía razón. Nimbo no podía quedarse en el Clan del Trueno teniendo una pata en la vida doméstica de las mascotas.

Corazón de Fuego se sentó en la hondonada mientras el sol iba descendiendo tras los árboles. El aire todavía era cálido, aunque sobre la arena se proyectaban largas sombras. Pronto sería la hora de la comida. El joven empezó a preguntarse si Nimbo

regresaría. Luego oyó un susurro entre los arbustos y pisadas de pequeñas patas, y supo que Nimbo estaba acercándose incluso antes de captar su olor.

El aprendiz entró en el claro al trote, con la cola y las orejas bien tiesas. Llevaba una musaraña diminuta entre los dientes, que dejó caer al ver a Corazón de Fuego.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, y el lugarteniente percibió reproche en su voz—. Te he dicho que volvería a la hora de comer. ¿Es que no confías en mí?

Corazón de Fuego negó con la

cabeza.

—No.

Nimbo ladeó la cabeza con expresión dolida.

—Bueno, he dicho que volvería y he vuelto —protestó.

—Te he visto —maulló el joven guerrero sin más.

—¿Me has visto dónde?

—En esa casa de Dos Patas. —Hizo una pausa.

—¿Y?

Corazón de Fuego se quedó casi sin habla al ver la indiferencia de Nimbo. ¿Era consciente de lo que había hecho?

—Se supone que tenías que estar

cazando para el clan —bufó, con el estómago ardiendo de furia.

—He cazado.

Corazón de Fuego miró con desprecio la musaraña que Nimbo había dejado en el suelo.

—¿Y a cuántos gatos crees que alimentará eso?

—Bueno, no tomaré nada para mí.

—¡Sólo porque te has atiborrado de esa bazofia para mascotas! —exclamó Corazón de Fuego—. La verdad, ¿por qué has regresado?

—¿Y por qué no iba a regresar? Sólo visito a los Dos Patas por comida. —Nimbo sonaba sinceramente perplejo

—. ¿Cuál es el problema?

Hirviendo de frustración, Corazón de Fuego gruñó:

—No puedo dejar de preguntarme si tu madre hizo lo correcto al renunciar a su primogénito para que fuera un gato de clan.

—Bueno, eso ya está hecho —espetó Nimbo—. ¡Así que ahora tienes que cargar conmigo!

—Quizá tenga que cargar contigo como aprendiz, pero ¡puedo impedir que te conviertas en guerrero! —lo amenazó el lugarteniente.

A Nimbo se le pusieron los ojos como platos de la sorpresa.

—¡Tú no harías eso! ¡No puedes! Voy a ser un guerrero tan bueno que no podrás detenerme —declaró, mirándolo desafiante.

—¿Cuántas veces he de decirte que ser guerrero consiste en mucho más que cazar y luchar? ¡Tienes que saber por qué cazas y luchas! —Corazón de Fuego contuvo la furia que le subía por el pecho.

—Yo sé por lo que lucho. Por lo mismo que tú: ¡la supervivencia!

Corazón de Fuego se quedó mirándolo con incredulidad.

—Yo lucho por el clan, no por mí mismo —gruñó.

Nimbo le sostuvo la mirada sin arredrarse.

—Vale —maulló—. Lucharé por el clan, si es lo que hace falta para ser un guerrero. Al final, es todo lo mismo.

Corazón de Fuego deseó meter por la fuerza algo de juicio en aquel cerebro de ratón, pero respiró hondo y dijo con toda la calma que pudo:

—No puedes vivir con una pata en cada mundo, Nimbo. Vas a tener que decidir. Deberás elegir si quieres vivir según el código guerrero como gato de clan, o si quieres la vida de un minino casero.

Mientras hablaba, recordó a Estrella

Azul diciéndole exactamente lo mismo cuando Garra de Tigre lo descubrió charlando con Tiznado, un viejo amigo de su infancia doméstica, en el lindero del bosque. La diferencia es que él no tenía ningún problema en reconocer dónde recaía su lealtad. Era un gato de clan desde el mismo momento en que pisó el bosque, al menos en su mente.

Nimbo pareció desconcertado.

—¿Por qué tengo que elegir? A mí me gusta mi vida tal como es, ¡y no voy a cambiarla sólo para que tú te sientas mejor!

—No es para que yo me sienta mejor —resopló Corazón de Fuego—. ¡Es por

el bien del clan! La vida de un minino de compañía va contra todo el código guerrero.

Con incredulidad, se quedó viendo cómo Nimbo, ignorándolo, recogía la musaraña y ponía rumbo al campamento. Corazón de Fuego respiró hondo, resistiéndose a expulsar a Nimbo del territorio del Clan del Trueno de una vez por todas. «Deja que decida por sí mismo». Repitió las palabras de Tormenta de Arena para sus adentros mientras seguía a su aprendiz al campamento. «Después de todo —se dijo desesperado—, Nimbo no está haciendo ningún daño al comer comida

para mascotas». Sólo esperaba que ninguno de los otros gatos lo descubriera.

Cuando se acercaba al túnel de aulagas, Corazón de Fuego oyó un repiqueteo de piedrecillas rodando por el barranco. Se detuvo a esperar, deseando que Tormenta de Arena volviera de cazar, pero un cálido aroma en el aire del atardecer le indicó que se trataba de Carbonilla.

La pequeña gata gris saltó torpemente de la última piedra. Llevaba la boca llena de hierbas y cojeaba más de lo normal.

—¿Te encuentras bien? —le

preguntó el joven lugarteniente.

Carbonilla dejó su carga en el suelo.

—Estoy bien, de verdad —respondió resollando—. Es sólo que la pata me está dando guerra, y me ha costado más de lo que creía encontrar las hierbas.

—Deberías decírselo a Fauces Amarillas —maulló el lugarteniente—. No querrá que trabajes demasiado.

—¡No! —exclamó Carbonilla negando con la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó el joven, sorprendido por la vehemencia de su negativa—. Por lo menos deja que lleve esas hierbas por ti.

Carbonilla le hizo un guiño, agradecida.

—Que el Clan Estelar aleje a todas las pulgas de tu lecho —ronroneó entonces, con ojos centelleantes—. No pretendía contestarte mal, pero es que Fauces Amarillas está muy ocupada. Sauce se ha puesto de parto esta tarde.

Corazón de Fuego sintió una punzada de ansiedad. El último parto que había visto era el de Corriente Plateada.

—¿Se encuentra bien?

Carbonilla miró hacia otro lado.

—No lo sé —musitó—. Me he ofrecido a recolectar hierbas en vez de ayudar. —Una sombra cruzó su cara—.

Yo… no quería estar presente…

Corazón de Fuego supuso que ella también estaba pensando en Corriente Plateada.

—Pues entonces, vamos —maulló—. Cuanto antes sepamos cómo está Sauce, antes podremos dejar de preocuparnos. —Y apretó el paso.

—¡Espera! —Carbonilla hizo una mueca, cojeando tras él—. Si me recupero de forma milagrosa, serás el primero en saberlo. Pero, de momento, ¡tendrás que bajar el ritmo!

Al entrar en el campamento, Corazón de Fuego supo al instante que el parto de Sauce había ido de maravilla. Tuerta y

Cola Moteada se alejaban de la maternidad con ojos enternecidos, y sus ronroneos eran audibles incluso desde el otro extremo del claro.

Tormenta de Arena corrió a recibirlos con la buena noticia.

—¡Sauce ha tenido dos hembras y un macho! —les anunció.

—¿Y cómo está ella? —preguntó Carbonilla con ansiedad.

—Muy bien —aseguró Tormenta de Arena—. Ya los está amamantando.

Carbonilla empezó a ronronear sonoramente.

—Tengo que ir a verla —maulló, y se dirigió cojeando a la maternidad.

Corazón de Fuego soltó el puñado de hierbas y miró alrededor.

—¿Dónde está Nimbo?

Tormenta de Arena entornó los ojos con malicia.

—Al ver la miserable pieza que había traído, Cebrado lo ha mandado a limpiar los lechos de los veteranos.

—Estupendo —maulló Corazón de Fuego, contento por una vez con la intromisión de Cebrado.

—¿Has hablado con Nimbo? —le preguntó la guerrera con tono mucho más serio.

—Sí. —La felicidad del lugarteniente por la camada de Sauce se

evaporó como rocío bajo el sol de mediodía al recordar la indiferencia de su aprendiz.

—¿Y bien? —insistió Tormenta de Arena—. ¿Qué te ha dicho?

—Creo que ni siquiera es consciente de que ha hecho algo malo —maulló desolado.

Para su asombro, Tormenta de Arena no pareció inmutarse.

—Es muy joven —le recordó a Corazón de Fuego—. No te disgustes demasiado. Sigue recordando su primera presa, y también que compartís la misma sangre. —Le dio un suave lametón en la mejilla—. Con un poco de suerte, esa

sangre se revelará en Nimbo algún día.

Manto Polvoroso los interrumpió al acercarse; sus ojos relucían con un desdén apenas disimulado.

—Debes de estar muy orgulloso de tu aprendiz, Corazón de Fuego —se mofó—. Cebrado dice que ha cazado la pieza más pequeña del día. —Y añadió—: Resulta obvio que eres un gran mentor.

El joven lugarteniente se estremeció.

—Ahueca el ala, Manto Polvoroso —bufó Tormenta de Arena—. No tienes por qué ser malintencionado. ¿Sabes?, eso no impresiona a nadie.

A Corazón de Fuego le sorprendió

ver que Manto Polvoroso retrocedía como si Tormenta de Arena le hubiera asestado un golpe. El guerrero dio media vuelta y se marchó a toda prisa, lanzando una mirada resentida a Corazón de Fuego por encima del hombro.

—Bonito truco —maulló el lugarteniente, impresionado por la ferocidad de Tormenta de Arena—. ¡Tendrás que enseñarme a hacerlo!

—Me temo que contigo no funcionaría. —La guerrera suspiró, mirando arrepentida a Manto Polvoroso. Ellos dos habían compartido aprendizaje, pero su amistad se había

resentido desde que ella empezó a intimar con Corazón de Fuego—. No importa. Ya me disculparé más tarde. ¿Por qué no vamos a ver a los nuevos cachorros?

Abrió la marcha hacia la maternidad, de donde estaba saliendo Estrella Azul en esos precisos instantes. El rostro de la vieja líder estaba relajado y sus ojos relucían. Cuando Tormenta de Arena entró, la líder declaró triunfante:

—¡Más guerreros para el Clan del Trueno!

Corazón de Fuego ronroneó.

—Pronto tendremos más guerreros

que ningún otro clan.

Los ojos de Estrella Azul se ensombrecieron, y el joven lugarteniente sintió un escalofrío de malestar.

—Ojalá podamos confiar en nuestros nuevos guerreros más que en los antiguos —gruñó la gata sombríamente.

—¿Vienes? —lo llamó Tormenta de Arena desde las cálidas sombras de la maternidad.

Corazón de Fuego se sacudió sus temores sobre Estrella Azul y accedió al interior.

Sauce se hallaba en un lecho tapizado de suave musgo. En la curva

que formaba su cuerpo se retorcían tres cachorritos, todavía mojados y ciegos, amasando el vientre de su madre.

Corazón de Fuego percibió una nueva ternura en la expresión de Tormenta de Arena. La guerrera se inclinó hacia delante y aspiró el cálido olor a leche de los cachorros, uno por uno, mientras Sauce los observaba con ojos adormilados pero contentos.

—Son fantásticos —susurró Corazón de Fuego.

Era maravilloso volver a ver cachorros, pero no pudo evitar sentir una dolorosa punzada de pena. Los últimos recién nacidos que había visto

eran los de Corriente Plateada, y sus pensamientos volaron de inmediato a Látigo Gris. Se preguntó cómo estaría su viejo amigo… si seguiría llorando la muerte de su amada, o si su nueva vida en el Clan del Río con sus hijos habría ayudado a mitigar su tristeza.

Corazón de Fuego notó que se le erizaba la cola al captar el olor del hijo de Garra de Tigre. Se volvió para ver dónde estaba, tragándose la desconfianza que le subió a la garganta como si fuera bilis. A sus espaldas, Flor Dorada estaba enroscada en su lecho, con los ojos cerrados y con sus pequeños profundamente dormidos a su

lado. El atigrado oscuro parecía tan inocente como cualquiera de sus compañeros de maternidad, y Corazón de Fuego sintió una punzada de culpabilidad por el resentimiento que le erizaba el pelo.

Corazón de Fuego se despertó tarde al día siguiente. Pensamientos sobre Látigo Gris atenazaban pesadamente, como nubes de lluvia, su conciencia. Ahora que estaba preocupado por Nimbo, todavía echaba más de menos a su viejo amigo. Le había ayudado hablar con Tormenta de Arena, pero ansiaba saber

qué diría Látigo Gris. Permaneció tumbado en su lecho unos momentos antes de tomar una decisión: ese mismo día iría al río para ver si encontraba a su amigo.

Salió de la guarida y se estiró larga y satisfactoriamente. El sol apenas empezaba a asomar por el horizonte, y había una suavidad empolvada en el cielo de primera hora de la mañana. Manto Polvoroso estaba sentado en medio del claro, hablando con Frondina. Corazón de Fuego se preguntó contrariado de qué querría hablar el guerrero marrón con la dulce aprendiza de Cebrado. ¿Estaría envenenando su

mente con rumores maliciosos? Pero el pelo de los omóplatos de Manto Polvoroso estaba liso y relajado, y no detectó nada de su habitual arrogancia en su tono, aunque no podía oír qué estaba diciendo. De hecho, el guerrero estaba hablando con Frondina con una voz tan suave como la de una paloma torcaz.

Corazón de Fuego se acercó a los dos. Cuando Manto Polvoroso lo vio aproximarse, su mirada se endureció.

—Manto Polvoroso —saludó Corazón de Fuego—, ¿te encargarás de la patrulla del mediodía?

Los ojos de Frondina centellearon

de emoción.

—¿Puedo ir yo también?

—No lo sé —admitió el lugarteniente—. Todavía no he hablado con Cebrado sobre tus progresos.

—Cebrado dice que lo está haciendo bien —maulló Manto Polvoroso.

—Entonces, a lo mejor tú podrías comentárselo. —No quería provocar una respuesta desdeñosa, pero aquélla podía ser una oportunidad de rebajar la hostilidad que Manto Polvoroso solía mostrarle—. Pero llévate también a Ceniciento y a otro guerrero.

—No te preocupes —aseguró el guerrero. Sus ojos se llenaron de una

insólita inquietud—. Me aseguraré de que Frondina esté a salvo.

—Eh… muy bien —maulló Corazón de Fuego, alejándose.

No podía creer que hubiera tenido toda una conversación con Manto Polvoroso sin que éste le soltara ni un comentario mordaz.

Una vez fuera del barranco, Corazón de Fuego corrió hacia las Rocas Soleadas. El suelo del bosque estaba tan seco que sus patas levantaban pequeñas nubes de polvo con cada salto. Cuando llegó a los grandes bloques de piedra, advirtió que las plantas que crecían entre las grietas se habían marchitado

hasta morir, y, conmocionado, cayó en la cuenta de que sólo habían pasado dos lunas desde las lluvias.

Bordeó el pie de las rocas y se encaminó a las marcas olorosas que delimitaban el territorio del Clan del Río. Allí, el bosque se tornaba menos denso y descendía hasta el río. El aire estaba lleno de trinos de pájaros y el susurro de las hojas agitadas por el viento, y al fondo percibió también el sonido continuo del agua. Se detuvo a olfatear el aire. No había ni rastro de Látigo Gris. Si quería ver a su amigo, tendría que aventurarse en las tierras del clan vecino. Llevado por la

determinación, se sentía más dispuesto de lo normal a correr el riesgo. La patrulla del alba del Clan del Río estaría haciendo su ronda, pero, con un poco de suerte, estaría vigilando las otras fronteras.

Corazón de Fuego cruzó cautelosamente la línea olorosa y avanzó entre los helechos hasta el borde del agua, sintiéndose expuesto y vulnerable. Seguía sin haber rastro de Látigo Gris. ¿Se atrevería a atravesar el río y probar suerte internándose más en el territorio enemigo? Sería bastante fácil: ahora había poca agua, así que podría vadear la mayor parte del camino, aparte del

profundo canal central, donde la corriente era lo bastante lenta para que se pudiera cruzar a nado sin dificultad. Después de todo, él se había acostumbrado al agua más que la mayoría de los gatos del Clan del Trueno durante las terribles inundaciones de la estación de la hoja nueva.

Un olor inesperado le llegó a la boca entreabierta e hizo que se quedara de piedra por la sorpresa. ¡Era el hedor del Clan de la Sombra! ¿Qué estaban haciendo los gatos del clan enemigo tan lejos de su hogar? Entre sus tierras y el río se extendía todo el territorio del

Clan del Trueno.

Alarmado, Corazón de Fuego retrocedió hasta los helechos. Inhaló más profundamente, intentando determinar de dónde procedía el olor. Con una sensación de asco, reconoció algo más que el olor del Clan de la Sombra. Tenía una nota rancia de enfermedad que él había olido recientemente, y provenía de algún punto río arriba.

Empezó a avanzar sigilosamente entre los helechos, y las puntas resecas de las plantas susurraban contra su pelaje. Corazón de Fuego vio el tronco nudoso de un viejo roble delante de él,

justo dentro de la frontera del Clan del Trueno. Las retorcidas raíces del árbol sobresalían del suelo, y la tierra en que habían estado enterradas estaba erosionada por el viento y la lluvia. Ahora había un espacio debajo del roble, una pequeña cueva con raíces por muros. Corazón de Fuego olfateó de nuevo. El olor salía definitivamente de allí, y estaba teñido con la inconfundible pestilencia de la enfermedad.

El miedo y el deseo de proteger a su clan lo impulsaron a desenvainar instintivamente las uñas. Fuera cual fuese la asquerosidad que había en aquella cueva, había que sacarla del

territorio del Clan del Trueno. Tragándose la bilis que le subía por la garganta, Corazón de Fuego salió corriendo de los helechos. Arqueando el lomo, se plantó amenazadoramente ante la boca de la cueva, listo para luchar. Pero sólo le respondió un silencio cargado, roto por respiraciones superficiales y ásperas.

Se quedó mirando la penumbra con el pelo erizado. Cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz, parpadeó sorprendido. La última vez que había visto a aquellos gatos, estaban desapareciendo debajo del Sendero Atronador, de vuelta a su territorio. Se

trataba de los dos guerreros del Clan de la Sombra que habían pedido ayuda al Clan del Trueno: Cirro y Cuello Blanco.

—¿Por qué habéis vuelto? —bufó Corazón de Fuego—. ¡Marchaos a casa antes de que contagiéis a todos los clanes del bosque!

Enseñó los colmillos, pero entonces una voz familiar sonó detrás de él.

—¡Corazón de Fuego, detente! ¡Déjalos en paz!



11

—¡Carbonilla! ¿Qué estás haciendo aquí? —Corazón de Fuego se volvió hacia la aprendiza de curandera—. ¿Tú sabías esto?

Entre las patas de Carbonilla había un montón de hierbas. La gata alzó la barbilla desafiante.

—Ellos necesitaban mi ayuda. En su

campamento no había nada más que enfermedad.

—¡Así que volvieron derechos aquí! —El lugarteniente la fulminó con la mirada—. ¿Dónde los encontraste?

—Cerca de las Rocas Soleadas. Capté su olor ayer cuando recolectaba hierbas. Estaban buscando un lugar seguro en el que esconderse —explicó Carbonilla.

—Así que los trajiste hasta aquí. Probablemente hayan vuelto a nuestras tierras sólo porque sabían que te apiadarías de ellos —añadió. La preocupación de Carbonilla por los enemigos enfermos había resultado

obvia—. ¿Creías que podrías tratarlos sin que nadie lo descubriera?

No podía creer que la aprendiza se hubiera expuesto a sí misma —y al resto del clan— a un peligro tan grande.

Ella le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—No finjas que estás realmente enfadado conmigo. Tú sentías la misma lástima por ellos —le recordó—. ¡Y tampoco podrías haberlos mandado de vuelta a su casa por segunda vez!

Corazón de Fuego notó que Carbonilla creía haber hecho lo correcto, y tuvo que admitir la verdad que había en sus palabras: él también

lamentaba la situación de los enfermos, y se había sentido incómodo con la falta de compasión de Estrella Azul.

—¿Lo sabe Fauces Amarillas? —preguntó, mientras su enfado se esfumaba.

—No, creo que no —respondió Carbonilla.

—¿Están muy enfermos?

—Han empezado a recuperarse. —La gata dejó que en su voz se colara una nota de satisfacción.

—Yo sigo oliendo a enfermedad —maulló Corazón de Fuego con recelo.

—Bueno, todavía no están curados del todo. Pero lo estarán.

La voz cascada de Cirro sonó desde las sombras, detrás de ellos:

—Estamos mejorando, gracias a Carbonilla.

Corazón de Fuego notó que la voz de Cirro sonaba más fuerte que cuando estuvo en el campamento del Clan del Trueno, y vio que los ojos del guerrero brillaban con energía en la oscuridad.

—Suenan mucho mejor —admitió, volviéndose hacia la aprendiza de curandera—. ¿Cómo lo has hecho? Fauces Amarillas aseguraba que la enfermedad era mortal.

—Debo de haber encontrado la combinación adecuada de hierbas y

bayas —contestó la gata alegremente.

Corazón de Fuego advirtió que hablaba con una seguridad que no había oído en ella en una temporada, y reconoció el espíritu de la aprendiza animada y resuelta que había entrenado una vez.

—¡Bien hecho! —exclamó.

Y pensó en que a Estrella Azul le encantaría saber que un miembro del Clan del Trueno podía haber hallado una cura para la extraña dolencia del Clan de la Sombra. Luego recordó que Estrella Azul ya no era la líder de antes. No sería seguro contarle que Carbonilla había estado escondiendo gatos del clan

enemigo en territorio propio. Su buen juicio estaba nublado, obsesionado por la amenaza de un ataque.

Corazón de Fuego comprendió que, mientras los enfermos estuvieran allí, se encontraban en peligro. Temía que Estrella Azul ordenara matarlos al instante si descubría que seguían en sus tierras.

—Lo siento, Carbonilla. —Negó con la cabeza—. Estos gatos deben marcharse. Para ellos no es seguro estar aquí.

La aprendiza sacudió la cola con frustración.

—Todavía están demasiado

enfermos para regresar a su campamento. Quizá yo pueda curarlos, pero no soy una buena cazadora. Llevan días sin comer como es debido.

—Yo les traeré algo ahora —se ofreció Corazón de Fuego—. Eso debería proporcionarles las fuerzas suficientes para viajar hasta su hogar.

—Pero ¿qué pasará cuando hayamos vuelto allí? —preguntó Cuello Blanco desde las sombras con voz áspera.

Corazón de Fuego no podía responder a eso, pero tampoco podía arriesgarse a que la enfermedad alcanzara el campamento del Clan del Trueno. ¿Y si una patrulla del Clan de la

Sombra entraba buscando a sus guerreros perdidos?

—Os daré de comer; luego tenéis que iros —repitió.

Cirro se sentó a duras penas sobre las patas traseras, resbalando sobre la dura tierra, y habló con voz ronca y estridente:

—¡Por favor, no nos mandes de vuelta a casa! Estrella Nocturna está muy débil. Es como si la enfermedad le arrebatara una vida cada día. La mayor parte del clan piensa que nuestro líder va a morir.

Corazón de Fuego frunció el entrecejo.

—Seguro que aún le quedan muchas vidas.

—¡Tú no has visto lo enfermo que está! —se lamentó Cuello Blanco—. El clan tiene miedo. No hay ningún gato preparado para ocupar el lugar de Estrella Nocturna.

—¿Y qué hay de Rescoldo, vuestro lugarteniente? —preguntó Corazón de Fuego.

Los dos gatos del Clan de la Sombra miraron hacia otro lado sin responder. ¿Significaba eso que Rescoldo había muerto, o tan sólo que era demasiado mayor para convertirse en líder? Al igual que Estrella Nocturna, Rescoldo

ya era un veterano cuando expulsaron a Cola Rota del clan. Corazón de Fuego sintió que la compasión estaba ganando la partida, contra lo que le dictaba la razón.

—De acuerdo. —Suspiró a su pesar—. Podéis quedaros aquí hasta que estéis lo bastante fuertes para viajar.

—Gracias, Corazón de Fuego —maulló Cuello Blanco resollando. Sus ojos destellaron con gratitud.

El joven lugarteniente inclinó la cabeza, comprendiendo lo duro que debía de ser para aquellos orgullosos guerreros admitir que dependían de otro clan.

Dio media vuelta para marcharse. Cuando pasó ante Carbonilla, ésta susurró:

—Gracias, Corazón de Fuego. Sabía que tú entenderías por qué los traje hasta aquí. —Sus ojos rebosaban compasión —. No podía dejarlos morir. Incluso… incluso aunque sean de otro clan.

El lugarteniente supo que la gata estaba pensando en Corriente Plateada, la reina del Clan del Río a la que no había podido salvar.

Le lamió la oreja afectuosamente.

—Eres una auténtica curandera —ronroneó—. Por eso Fauces Amarillas te escogió como su aprendiza.

A Corazón de Fuego no le costó mucho cazar un conejo y un tordo para los gatos del Clan de la Sombra. Aquella parte del bosque estaba llena de presas. Tuvo mucho cuidado de no traspasar la frontera del Clan del Río, aunque resultaba tentador: el olor a presas era muy intenso allí, y hacía mucho tiempo que no probaba el ratón de agua. Pero se dio por satisfecho con el jugoso conejo que encontró junto a las Rocas Soleadas; y el tordo fue una captura fácil: estaba demasiado entretenido partiendo un caracol para oír su sigiloso acercamiento.

Cuando Corazón de Fuego regresó,

Carbonilla estaba agachada junto al viejo roble, mascando bayas y escupiendo la pulpa a la mezcla de hierbas. El lugarteniente lanzó la comida a la caverna formada por las raíces, pero no entró. El hedor a enfermedad lo hacía recelar.

Observó a Carbonilla mientras trabajaba, y de pronto sintió una punzada de miedo por su amiga. Debía de haber entrado muchas veces en la cueva.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Corazón de Fuego quedamente.

Carbonilla alzó la vista de las hierbas.

—Sí, estoy bien —contestó—. Y me

alegra que hayas descubierto lo de estos gatos. No me gusta ocultar secretos al clan.

Corazón de Fuego sacudió la cola, incómodo.

—Pues yo creo que deberíamos guardárnoslo para nosotros.

Carbonilla entornó los ojos.

—¿No vas a contárselo a Estrella Azul?

—En condiciones normales lo haría… —empezó Corazón de Fuego dubitativo.

—Pero todavía no ha superado lo de Garra de Tigre —concluyó Carbonilla.

El lugarteniente suspiró.

—A veces creo que está mejorando, pero luego dice algo o… —Enmudeció.

—Fauces Amarillas opina que le llevará tiempo sobreponerse —maulló la gata.

—Entonces, ¿ella también lo ha notado?

—Para ser sincera —murmuró Carbonilla pesarosa—, creo que casi todo el clan lo ha notado.

—¿Y qué dicen? —preguntó Corazón de Fuego, no muy seguro de querer oír la respuesta.

—Estrella Azul ha sido una gran líder durante mucho tiempo. Tan sólo están esperando que vuelva a ser lo que

era.

La respuesta de Carbonilla tranquilizó al lugarteniente. La fe del clan resultaba conmovedora, y habría que confiar en ella. Por supuesto que Estrella Azul se recuperaría.

—¿Vuelves conmigo? —preguntó entonces Corazón de Fuego.

—Tengo que terminar aquí. —La aprendiza tomó otra baya con los dientes y empezó a mascar.

El lugarteniente se sintió extraño al marcharse, dejando a Carbonilla sola con dos gatos del Clan de la Sombra y una pestilencia que le daba escalofríos. Se preguntó si habría hecho lo correcto

al permitir que se quedaran.

En el exterior del campamento del Clan del Trueno, se escondió bajo un frondoso arbusto para lavarse a conciencia. Frunció los ojos ante el hedor de los gatos del Clan de la Sombra. Deseó poder librarse del sabor bebiendo en el arroyo que había tras la hondonada de entrenamiento, pero llevaba días seco. Para encontrar agua, tendría que seguir su curso hasta el río, pero ya era hora de regresar, antes de que sus compañeros de clan se preguntaran dónde estaba. Volvería a buscar a Látigo Gris otro día.

Tormenta de Arena lo recibió en

cuanto salió al claro por el túnel de aulagas.

—¿Has estado cazando? —le preguntó la guerrera.

—Lo cierto es que he estado buscando a Látigo Gris. —Corazón de Fuego decidió admitir la parte más fácil de la verdad.

—En ese caso, supongo que no habrás captado ni rastro de Nimbo —maulló Tormenta de Arena, aparentemente sin inmutarse por la confesión del lugarteniente.

—¿No está en el campamento?

—Ha salido a cazar a primera hora de la mañana.

Corazón de Fuego sabía que la gata sospechaba lo mismo que él: que Nimbo estaba haciendo otra visita a los Dos Patas.

—¿Qué debería hacer?

—¿Por qué no vamos a buscarlo juntos? —propuso Tormenta de Arena —. Tal vez, si yo hablo también con él, podamos hacer que entre en razón.

Corazón de Fuego asintió agradecido.

—Vale la pena intentarlo —coincidió.

Abrió la marcha a través del pinar; ambos corrían ágilmente sin hablar. El aire estaba inmóvil, y las agujas de pino

resultaban blandas y frescas bajo sus zarpas. Corazón de Fuego se daba cuenta de que aquel camino era tan familiar para él como la ruta a los Cuatro Árboles o las Rocas Soleadas, pero Tormenta de Arena era más precavida y se detenía a menudo a olfatear el aire y comprobar las marcas olorosas.

Cuando salieron del pinar al verde arbolado, Corazón de Fuego percibió que Tormenta de Arena estaba cada vez más nerviosa. La miró de reojo y vio la tensión de sus omóplatos cuando la hilera de casas de Dos Patas se alzó ante ellos.

—¿Estás seguro de que teníamos que venir por este camino? —susurró la guerrera, mirando inquieta a un lado y a otro. Ladró un perro, y a ella se le erizó el pelo.

—No pasa nada; ese perro no saldrá de su jardín —aseguró Corazón de Fuego, incómodo por saber ese tipo de cosas.

Cuando se unió al clan, Tormenta de Arena se mofaba de él por sus orígenes domésticos, pero ahora lo aceptaba completamente como un gato del bosque; por eso, Corazón de Fuego no sentía deseos de recordarle a la gata que había nacido en un sitio diferente.

—¿Es que los Dos Patas no sacan a sus perros por aquí? —preguntó Tormenta de Arena.

—En ocasiones —admitió el lugarteniente—. Pero estaremos sobre aviso. Los perros de los Dos Patas no se mueven sigilosamente que digamos. Los oirás antes de olerlos, y su hedor no es sutil precisamente.

Esperaba que su humor relajara a la guerrera, pero ella siguió igual de tensa.

—Vamos —instó a la gata—. El olor de Nimbo está aquí. —Restregó la mejilla contra la rama de un zarzal—. ¿A ti te parece reciente?

Tormenta de Arena se inclinó hacia

delante y olfateó la zarza.

—Sí.

—Entonces creo que podemos imaginarnos hacia dónde iba.

Corazón de Fuego rodeó el zarzal, aliviado de que, por lo menos, el rastro los alejara del jardín de Princesa. En esos momentos no le apetecía que Tormenta de Arena conociera a su hermana. Desde que llevó a Nimbo al campamento, todo el mundo supo que visitaba a Princesa, pero no tenían una idea real del afecto que los unía, y Corazón de Fuego prefería que las cosas siguieran así. Era mejor que los demás gatos estuvieran tan seguros como él de

dónde se hallaba su lealtad, a pesar de su amistad con su hermana.

Al acercarse a la valla por la que Nimbo había trepado el día anterior, Corazón de Fuego sintió un siniestro escalofrío. Allí había nuevos olores, aparte del de Nimbo. Algo había cambiado. Condujo a Tormenta de Arena al abedul plateado, y ella lo siguió ágilmente por el liso tronco hasta las ramas. Corazón de Fuego vio cómo ella agitaba los bigotes al olfatear el aire.

El joven lugarteniente observó la casa de Dos Patas a través de las ventanas. El interior parecía curiosamente oscuro y vacío. Saltó al

oír un portazo, que produjo un extraño eco, como el estallido de un trueno. Empezó a sentirse alarmado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tormenta de Arena nerviosa cuando Corazón de Fuego bajó a la valla con la cola erizada.

—Está pasando algo raro. La casa está vacía. Quédate aquí —ordenó—. Voy a acercarme a echar un vistazo.

Cruzó el jardín en silencio, agazapado. Al aproximarse a la puerta de los Dos Patas, oyó pisadas a sus espaldas. Giró en redondo y vio a Tormenta de Arena, con expresión tensa pero decidida. Corazón de Fuego

asintió, diciéndole en silencio que podía quedarse con él si quería, y luego se volvió de nuevo hacia la puerta.

Justo entonces, sonó el fuerte rugido de un monstruo. Corazón de Fuego se deslizó por el pasadizo que bordeaba un lado de la casa. Se le erizó el pelo de miedo, pero siguió adelante hasta alcanzar el final del sendero. Se asomó desde las sombras: ante él, la brillante luz del sol inundaba un laberinto desarbolado de casas de Dos Patas y caminos.

Oyó que Tormenta de Arena resollaba a su lado, rozándolo levemente.

—Mira —siseó el joven.

Un monstruo gigantesco, casi tan grande como una casa de Dos Patas, se hallaba en el Sendero Atronador. El gruñido ensordecedor procedía de las entrañas del monstruo.

Los dos gatos se estremecieron cuando otra puerta de la casa se cerró de golpe, justo al doblar la esquina en que se encontraban. Corazón de Fuego vio a un Dos Patas que se dirigía al monstruo balanceando algo. Parecía una especie de guarida trenzada con tallos secos y muertos. A través de la dura malla de un extremo, Corazón de Fuego vislumbró un suave pelaje blanco. Aguzó la vista, y

le dio un vuelco el corazón al reconocer la cara que había tras la malla, con los ojos dilatados de terror.

¡Era Nimbo!



12

—¡Ayudadme! ¡No dejéis que se me lleven!

Corazón de Fuego oyó el desesperado aullido de Nimbo por encima del rugido del monstruo.

El Dos Patas no le prestó atención. Se subió al monstruo con Nimbo y cerró la puerta. Con una nube de gases

asfixiantes, el monstruo se puso en marcha y se encaminó al Sendero Atronador.

—¡No! ¡Espera!

Corazón de Fuego no hizo caso del grito de Tormenta de Arena y salió disparado del pasadizo, tras el monstruo. El duro camino de piedra le despellejaba las almohadillas, pero, por mucho que corría, el monstruo iba cada vez más rápido, y finalmente dobló una esquina y desapareció.

Corazón de Fuego frenó en seco, con las patas doloridas y el pulso desbocado. Tormenta de Arena volvió a llamarlo:

—¡Corazón de Fuego! ¡Vuelve!

El lugarteniente miró desesperado el Sendero Atronador vacío, donde se hallaba el monstruo unos momentos antes, y luego regresó corriendo junto a Tormenta de Arena. Conmocionado, siguió ciegamente a la gata, que lo condujo de nuevo por el pasadizo, a través del jardín y por encima de la valla, hasta la seguridad del bosque.

—¡Corazón de Fuego! —exclamó Tormenta de Arena sin aliento cuando aterrizaron en el suelo forestal cubierto de hojas—. ¿Te encuentras bien?

Él no podía responder. Se quedó mirando la lisa valla, intentando

asimilar lo que acababa de presenciar. ¡Los Dos Patas se habían llevado a Nimbo a la fuerza! No podía quitarse de la cabeza la expresión aterrorizada del aprendiz. ¿Adónde se lo llevaban? Fuera donde fuese, estaba claro que Nimbo no quería ir con ellos.

—Te sangran las almohadillas —murmuró Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego levantó una pata delantera y la giró para echarle un vistazo. Se quedó mirando sin ver la sangre que brotaba, hasta que Tormenta de Arena se inclinó y empezó a lamerle el polvo de las heridas. Le dolía, pero no protestó. Los lametazos rítmicos lo

reconfortaron, y le evocaron recuerdos lejanos de su infancia. Poco a poco, el pánico que lo había paralizado empezó a desvanecerse.

—Nimbo se ha ido —maulló abatido. Su corazón parecía un tronco hueco, resonando de pena con cada latido.

—Encontrará el camino a casa —dijo Tormenta de Arena. El lugarteniente miró sus tranquilos ojos verdes y sintió un destello de esperanza—. Si así lo desea —añadió ella. Sus palabras lo atravesaron como espinas, pero los ojos de la gata rebosaban compasión, y él supo que sólo estaba diciendo la verdad

—. Puede que Nimbo sea más feliz en el lugar al que va. Tú quieres que sea feliz, ¿no?

Corazón de Fuego asintió despacio.

—Pues vamos: regresemos al campamento. —El maullido de Tormenta de Arena sonó enérgico, y Corazón de Fuego sintió una oleada de frustración.

—¡Para ti es fácil! —espetó—. Tú compartes tu sangre con el resto del clan. Nimbo era mi único pariente. Ahora, ya no hay nadie en el clan cercano a mí.

Tormenta de Arena se encogió como si la hubiera golpeado.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo no

he hecho otra cosa que intentar ayudarte. ¿Es que no significa nada? Creía que nuestra amistad era importante para ti, pero ¡es evidente que estaba equivocada!

Entonces se volvió en redondo, azotando las patas de Corazón de Fuego con la cola, y salió disparada hacia los árboles.

Él la vio desaparecer, desconcertado por su reacción. Le dolían las zarpas, y se sintió más desdichado que nunca. Empezó a avanzar lentamente por el bosque, cuidando de evitar la valla de Princesa. No podía ni imaginar cómo le contaría lo que había sucedido con su

primogénito.

Con cada paso, la punzante preocupación por qué iba a decir al resto del clan aumentó su desdicha. Se imaginó cómo se regodearía Cebrado al descubrir que su pariente había regresado a la cómoda vida de un gato doméstico. «¡Un minino de compañía siempre es un minino de compañía!». Después de todo, puede que la burla que lo había perseguido durante tanto tiempo tuviera una parte de verdad.

Lo distrajo el correteo de un ratón bajo los pinos. Aún había que alimentar al clan. Corazón de Fuego se agazapó instintivamente, pero esa vez no disfrutó

de la caza. Atrapó al ratón, acabó con él con fría rapidez y lo llevó hacia el campamento.

El sol se hallaba tras los árboles cuando llegó al túnel de aulagas. Se detuvo a tomar aire y tranquilizarse antes de entrar en el claro, con el ratón colgando de la boca.

El clan estaba compartiendo lenguas alrededor del claro tras la comida del atardecer. Musaraña lo recibió en la entrada, y Corazón de Fuego se preguntó si estaría esperando su regreso.

—Has estado fuera mucho tiempo —observó la guerrera amablemente—. ¿Va todo bien?

Corazón de Fuego desvió la vista, incómodo. Sentía que debía dar la noticia sobre Nimbo en primer lugar a Estrella Azul.

—Tormenta Blanca ha organizado la patrulla del anochecer en tu ausencia —continuó Musaraña.

—Eh… muy bien… gracias —tartamudeó el lugarteniente.

Musaraña inclinó la cabeza educadamente y se volvió para alejarse.

Mientras la observaba marcharse, Corazón de Fuego se dijo a sí mismo que la pérdida de Nimbo no significaba que estuviera solo en el clan. La mayor parte de los gatos parecían aceptarlo

como lugarteniente, a pesar del irregular ritual de nombramiento. Deseó poder estar seguro de que el Clan Estelar sentía lo mismo, y sus antiguos temores le nublaron el entendimiento como cuervos aleteando ruidosamente. ¿La pérdida de Nimbo sería una señal de que el Clan Estelar quería castigar al Clan del Trueno privándolo de un guerrero en potencia? Todavía peor: ¿los antepasados guerreros estaban indicando que los gatos domésticos no podían pertenecer a un clan?

Sintió como si las patas fueran a cederle bajo el peso de su ansiedad. Dejó el ratón en el montón de carne

fresca y miró alrededor. Tormenta de Arena estaba tumbada junto a Viento Veloz, con un gorrión entre las patas. Corazón de Fuego se estremeció cuando la gata melada le lanzó una mirada de reproche. El joven sabía que tenía que disculparse, pero primero debía contarle a Estrella Azul lo de Nimbo.

Cruzó hasta la guarida de la líder y saludó desde la entrada. Le sorprendió que respondiera Tormenta Blanca. Asomó la cabeza por el liquen y vio a Estrella Azul enroscada en su lecho, con la cabeza alzada y los ojos relucientes, mientras compartía lenguas con Tormenta Blanca. Por una vez, la líder

del Clan del Trueno parecía igual a cualquier guerrero, disfrutando de la compañía de un buen amigo. Y al ver la expresión satisfecha de la gata, Corazón de Fuego se sintió incapaz de alterarla con malas noticias.

—¿Sí, qué ocurre? —inquirió la líder.

—Yo… solamente me preguntaba si tendrías hambre —balbuceó el lugarteniente.

—Oh. —Estrella Azul sonó perpleja —. Gracias, pero Tormenta Blanca ya me ha traído algo. —Señaló con la cabeza una paloma a medio comer en el suelo de la guarida.

—Ah… perfecto. Entonces te dejaré comer.

Corazón de Fuego se apresuró a retroceder, antes de que ella pudiera preguntarle qué se traía entre patas. Regresó directamente al montón de carne fresca, agarró el ratón que había dejado y se lo llevó hacia la mata de ortigas, donde estaban Tormenta de Arena y Viento Veloz.

—Hola —lo saludó Viento Veloz—. Creía que ibas a perderte la hora de la comida.

Corazón de Fuego intentó ronronear una respuesta afable, pero la voz le salió muy ronca:

—He tenido un día ajetreado.

Viento Veloz miró de reojo a Tormenta de Arena, que seguía ignorando al lugarteniente del clan, y a éste le pareció que el delgado guerrero agitaba los bigotes.

—Siento mucho lo de antes —le susurró Corazón de Fuego a Tormenta de Arena.

—Deberías —masculló ella sin mirarlo.

—Has sido una buena amiga —añadió el joven—. Lamento que hayas pensado que no te aprecio.

—Sí, bueno, ¡pues la próxima vez procura pensar más allá de tus propios

bigotes!

—¿Volvemos a ser amigos? —maulló Corazón de Fuego.

—Siempre lo hemos sido —contestó la gata sin más.

Aliviado, se sentó junto a ella y empezó a mordisquear el ratón. Viento Veloz no había pronunciado ni una palabra, pero Corazón de Fuego percibió que le centelleaban los ojos de risa. Era obvio que su interacción con Tormenta de Arena estaba atrayendo la atención de los demás guerreros. Sintió un cosquilleo de timidez y miró incómodo por el claro.

Cebrado estaba sentado delante de

la guarida de los aprendices, hablando con Ceniciento. Corazón de Fuego se preguntó por qué estaría hablando con el aprendiz de Manto Polvoroso en vez de compartir una presa con los otros guerreros. Ceniciento negaba con la cabeza, pero el guerrero atigrado no dejó de hablar hasta que el aprendiz bajó los ojos y empezó a cruzar el claro en dirección a la mata de ortigas.

Corazón de Fuego agitó las orejas. Por la forma en que Cebrado observaba al aprendiz gris, supo que estaba tramando algo.

Ceniciento se detuvo delante del joven lugarteniente; su pequeño cuerpo

estaba tenso, y sacudía la cola nerviosamente.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó Corazón de Fuego.

—No, sólo me preguntaba dónde estará Nimbo —maulló el gato—. Ha dicho que volvería a la hora de comer.

Corazón de Fuego miró hacia donde estaba Cebrado, observándolos con atención; sus ojos ámbar relucían con indisimulado interés.

—¡Dile a Cebrado que si quiere saberlo debería preguntármelo él mismo! —espetó.

Ceniciento se estremeció.

—Yo… lo siento —tartamudeó—.

Cebrado me ha dicho… —Movió las patas y de repente alzó la vista, mirando directamente a Corazón de Fuego—. La verdad es que Cebrado no es el único que quiere saberlo. Yo también estoy preocupado. Nimbo me ha prometido que a esta hora habría vuelto. —El aprendiz gris vaciló, apartó la mirada y terminó—: A pesar de lo que pueda hacer, Nimbo siempre cumple su palabra.

Corazón de Fuego estaba asombrado. Jamás se le había ocurrido que Nimbo pudiera haberse ganado el respeto y la lealtad de sus compañeros, como cualquier otro guerrero. Pero ¿qué

quería decir Ceniciento con eso de «a pesar de lo que pueda hacer»?



13

—¿Nimbo está bien? —preguntó Ceniciento.

Corazón de Fuego parpadeó mientras buscaba las palabras adecuadas para explicar la desaparición de su aprendiz.

—Creo que Nimbo ha abandonado el clan —murmuró al cabo. No tenía

sentido intentar ocultar lo sucedido.

A Ceniciento se le pusieron los ojos como platos de la impresión, llenos de incredulidad.

—¿A… abandonado? —repitió—. Pero él… nos lo habría contado. Quiero decir, ¡nunca pensé que se quedaría allí!

—¿Que se quedaría dónde? —preguntó Viento Veloz bruscamente, incorporándose—. ¿Qué está ocurriendo?

Ceniciento lanzó una mirada de culpabilidad a Corazón de Fuego, consciente de que había revelado el secreto de su amigo.

—Ve a continuar comiendo —maulló

el lugarteniente con afabilidad—. Puedes decirle a Cebrado que Nimbo ha regresado a su vida doméstica. Ya no hay por qué tener secretos.

—Es que no puedo creer que se haya marchado de verdad —dijo Ceniciento con tristeza—. Lo echaré muchísimo de menos.

Dio media vuelta y se dirigió muy despacio a la guarida de los aprendices, donde Cebrado aguardaba como un búho hambriento. La noticia se propagaría por todo el campamento antes de la puesta de sol.

—¿Adónde ha ido Nimbo? —quiso saber Viento Veloz, volviéndose hacia

Corazón de Fuego.

—Ha regresado con los Dos Patas —contestó el lugarteniente, y cada palabra fue como una piedra cayendo en el sofocante aire forestal.

Aún le resonaban en los oídos los desgarradores gritos de Nimbo pidiendo ayuda, pero no veía que sirviera de nada ponerse a disculpar a su errático aprendiz. ¿Cómo convencer al clan de que se habían llevado a Nimbo contra su voluntad, cuando todos sabrían que había estado engordando con los regalos de los Dos Patas?

Viento Veloz frunció el entrecejo.

—A Cebrado le va a encantar oír

eso.

El guerrero atigrado ya estaba mirando con aire triunfal desde el otro lado del claro, mientras escuchaba a Ceniciento. Sintiendo que se le caía el alma a los pies, Corazón de Fuego vio cómo Cebrado se acercaba a Rabo Largo y Orejitas; la noticia sobre la desaparición de Nimbo empezó a extenderse por el clan como tallos de enredadera negra y pegajosa. Orejitas se coló entre las ramas del roble para compartir la información con los demás veteranos, mientras Rabo Largo hacía un gesto de asentimiento a su antiguo mentor y se encaminaba a la maternidad.

Tal como Corazón de Fuego había temido, Cebrado estaba asegurándose de que todo el campamento supiera que su pariente había vuelto a sus raíces domésticas.

—¿Es que no vas a hacer nada? —preguntó Tormenta de Arena, con voz cortante de indignación—. ¿Vas a permitir que Cebrado le cuente a todo el clan lo de Nimbo?

Corazón de Fuego movió la cabeza.

—¿Cómo voy a combatir la verdad? —maulló tristemente.

—¡Podrías hablar al clan! —le espetó la guerrera—. Y explicarles lo que ha sucedido realmente.

—Nimbo rechazó la vida del clan en cuanto empezó a aceptar comida de los Dos Patas —señaló Corazón de Fuego.

—Bueno, por lo menos deberías comunicárselo a Estrella Azul —le dijo Tormenta de Arena.

—Demasiado tarde —murmuró Viento Veloz.

Corazón de Fuego siguió la mirada del guerrero marrón y advirtió que Cebrado estaba acercándose a la guarida de la líder. El atigrado iba a estropear el momento de Estrella Azul, cuando ésta necesitaba paz más que cualquier otra cosa. El joven lugarteniente sacudió la cola, indignado

por el rencor egoísta de Cebrado, aunque sabía que la mayor parte de su furia estaba dirigida a Nimbo.

—Venga; al menos podrías tomarte la cena —maulló Tormenta de Arena, más amable.

Pero Corazón de Fuego no tenía apetito. Sólo pudo quedarse mirando alrededor, devolviendo las miradas de los demás gatos —algunos, inquietos; otros, ávidamente curiosos— conforme se iban enterando de la deserción de Nimbo.

Viento Veloz le tocó una pata trasera a Corazón de Fuego con la cola.

—Atención.

Cebrado se dirigía hacia ellos con una expresión presuntuosa que ni siquiera intentó ocultar.

—Estrella Azul quiere verte —le dijo el atigrado a Corazón de Fuego en voz bien alta.

Con un suspiro de resignación, el lugarteniente se levantó para ir a la guarida de la líder.

Vaciló en la entrada, sintiendo una punzada de ansiedad. Le parecía inevitable que Estrella Azul viera la desaparición de Nimbo como una nueva traición de un miembro del Clan del Trueno. ¿Significaría eso que la líder iba a empezar a dudar también de él, por

haber sido un gato doméstico?

—Entra, Corazón de Fuego —lo llamó Estrella Azul—. ¡Puedo olerte acechando ahí fuera!

El joven se abrió paso a través del liquen. Estrella Azul estaba ovillada en su lecho, con Tormenta Blanca a su lado. El guerrero tenía los ojos dilatados de curiosidad. Corazón de Fuego plantó las orejas, intentando impedir que se agitaran y delataran su nerviosismo.

—Así que ésa es la razón por la que has venido a verme antes —maulló Estrella Azul—. Te preguntabas si yo tendría hambre, ¡ja! —exclamó. A Corazón de Fuego le pilló desprevenido

el ronroneo divertido de la gata—. Normalmente, sólo te ofreces a traerme algo de comer a mi guarida si crees que me estoy muriendo. ¡Me has hecho pensar que por el campamento corría el rumor de que estaba en las últimas!

Corazón de Fuego no podía creer que la líder se estuviera tomando con tanta calma la noticia sobre Nimbo.

—Lo… lo siento —tartamudeó—. Iba a contarte lo de Nimbo, pero parecías tan… tan relajada… No quería disgustarte.

—Puede que últimamente no me haya sentido muy bien —admitió Estrella Azul con un gesto de cabeza—,

pero no estoy hecha de telas de araña. —Sus ojos azules se pusieron serios mientras continuaba—. Sigo siendo vuestra líder y necesito saber todo lo que ocurre en mi clan.

—Sí, Estrella Azul.

—Bien, Cebrado dice que Nimbo se ha ido a vivir con unos Dos Patas. ¿Tú sabías que eso podía llegar a suceder?

Corazón de Fuego asintió.

—Pero desde hace muy poco —aclaró—. Ayer mismo descubrí que estaba visitando una casa de Dos Patas para que le dieran comida.

—Y pensaste que podrías solucionarlo por tu cuenta —murmuró

Estrella Azul.

—Sí. —Corazón de Fuego lanzó una mirada a Tormenta Blanca, que observaba en silencio mientras sus viejos ojos no se perdían nada.

—No puedes decirle a un gato qué debe sentir su corazón —advirtió Estrella Azul—. Si el corazón de Nimbo anhelaba una vida como gato de compañía, entonces ni siquiera el Clan Estelar podría cambiarlo.

—Lo sé —coincidió el lugarteniente—. Pero no es tan sencillo como eso. —No quería disculpar el comportamiento de su aprendiz ante el resto del clan, pero deseaba que Estrella Azul

conociera toda la historia. Aunque no estaba seguro de si lo hacía por el bien de Nimbo o por el suyo propio—. Los Dos Patas se lo han llevado contra su voluntad.

—¿Que se lo han llevado? —repitió Tormenta Blanca—. ¿Qué te hace decir eso?

—He visto cómo lo metían en el interior de un monstruo —explicó el joven—. Pedía ayuda a gritos. Yo he corrido tras él, pero no he podido hacer nada.

—Pero Nimbo llevaba un tiempo aceptando comida de esos Dos Patas —le recordó Estrella Azul, entornando los

ojos.

—Sí —admitió Corazón de Fuego—. Ayer hablé con él sobre eso, y no estoy seguro de que quisiera realmente la vida de un minino doméstico. Parecía seguir considerándose un gato de clan. —Tragó saliva a duras penas—. No creo que Nimbo comprendiera hasta qué punto estaba quebrantando el código guerrero.

—¿Estás seguro de que es la clase de guerrero que necesita el Clan del Trueno? —preguntó Estrella Azul.

Corazón de Fuego bajó los ojos, avergonzándose de su aprendiz y reconociendo la verdad que encerraban

las palabras de la líder.

—Todavía es joven —respondió en voz queda—. Yo creo que tiene el corazón de un gato de clan, aunque no se haya dado cuenta.

—Corazón de Fuego —maulló ella dulcemente—, el Clan del Trueno necesita gatos leales y valientes como tú. Si a Nimbo se lo han llevado, entonces quizá era lo que se proponía el Clan Estelar. Puede que Nimbo no haya nacido en el bosque, pero ha sido parte de nuestro clan el tiempo suficiente para que nuestros antepasados guerreros se interesen por él. No estés tan triste. Vaya a donde vaya Nimbo, el Clan Estelar se

asegurará de que encuentre la felicidad.

Corazón de Fuego alzó la vista poco a poco hasta su antigua mentora.

—Gracias, Estrella Azul —maulló.

Quería creer que el Clan Estelar pretendía realmente lo mejor para Nimbo, que no estaba castigando al clan ni indicando su desaprobación por los gatos domésticos al alejar al aprendiz. Corazón de Fuego no estaba del todo convencido, pero agradecía a la líder del clan su comprensión, y se sentía sinceramente aliviado porque ella no viera un mensaje siniestro en la desaparición de Nimbo.

Esa noche, Corazón de Fuego volvió a soñar. El despejado cielo nocturno se extendía sobre su cabeza mientras el sueño lo llevaba por encima del bosque hasta los Cuatro Árboles, sujetándolo con sus garras estrelladas antes de depositarlo sobre la Gran Roca. Corazón de Fuego sintió la inmemorial fuerza de la piedra bajo sus patas, y disfrutó de la frescura de la lisa superficie bajo sus almohadillas, que seguían doliéndole por haber ido tras Nimbo. Notó que Jaspeada se acercaba, y esa sensación llegó acompañada de un gran alivio: ella no lo había abandonado, como en el último sueño.

—Corazón de Fuego.

La familiar voz susurró en sus oídos, y el joven se volvió en redondo, esperando ver el pelaje pardo de la curandera resplandeciendo bajo la luz de la luna. Pero ella no estaba allí.

—Jaspeada, ¿dónde estás? —llamó; el corazón le dolía por las ganas de verla.

—Corazón de Fuego —volvió a murmurar la voz—, ten cuidado con un enemigo que parece dormir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el lugarteniente con el pecho oprimido—. ¿Qué enemigo?

—¡Ten cuidado!

Corazón de Fuego abrió los ojos y levantó la cabeza de golpe. Seguía oscuro dentro de la guarida, y podía oír la respiración acompasada de los demás guerreros del Clan del Trueno. Se puso en pie para encaminarse a la entrada. Al pasar junto a Cebrado, advirtió que el guerrero tenía las orejas alerta, aunque tenía los ojos cerrados.

«Ten cuidado con un enemigo que parece dormir». La advertencia volvió a sonar en la cabeza de Corazón de Fuego, pero él la rechazó. Jaspeada no necesitaba recordarle que no se fiara de Cebrado. El joven sabía de sobra que la lealtad de Cebrado hacia el clan no

significaba necesariamente lealtad hacia él. La advertencia de Jaspeada se refería a otra cosa, algo que la gata temía que él no pudiera ver por sí mismo.

El claro lo recibió con una luz de luna pálida y plateada y una fresca brisa. Corazón de Fuego se sentó en el borde y miró hacia las estrellas. ¿Qué podía temer Jaspeada con relación a él? El joven reflexionó, repasando lo que le había sucedido recientemente: la recuperación de Estrella Azul, la desaparición de Nimbo, el descubrimiento de los gatos enfermos del Clan de la Sombra. «¡Los gatos del Clan de la Sombra!». Carbonilla decía

que había curado su enfermedad, pero tal vez no fuera así. Tal vez sólo parecieran estar mejor. Corazón de Fuego notó punzadas de inquietud, como picaduras de pulgas en la base de la cola. Jaspeada había sido curandera. A lo mejor ella sabía que la enfermedad no estaba curada realmente. A lo mejor estaba advirtiéndole que ya se había propagado en el campamento del Clan del Trueno. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que eso era lo que significaba el sueño.

Había murciélagos revoloteando entre los árboles, y sus silenciosas alas parecían avivar las llamas de su alarma.

¿Cómo había permitido que los gatos del Clan de la Sombra se quedaran en territorio del Clan del Trueno? Tenía que preguntarle a Carbonilla si estaba segura de haber curado su enfermedad. Se levantó de un salto, cruzó veloz y silenciosamente el claro, corrió por el túnel de helechos y llegó a la guarida de Fauces Amarillas.

Frenó en seco, jadeando. Los asmáticos ronquidos de Fauces Amarillas resonaban desde la oscura grieta de la roca. Corazón de Fuego oyó la respiración —más suave— de Carbonilla, procedente de un nido entre los helechos que rodeaban el claro, y

metió la cabeza por el pequeño hueco.

—¡Carbonilla! —siseó con urgencia.

—¿Eres tú, Corazón de Fuego? —maulló la gata, adormilada.

—Carbonilla —insistió él, lo bastante alto para que ella abriera los ojos.

La aprendiza lo miró bizqueando, luego rodó sobre la barriga y levantó la cabeza.

—¿Qué pasa? —le preguntó con el entrecejo fruncido.

—¿Estás segura de que los gatos del Clan de la Sombra se han curado de verdad? —quiso saber. Habló en voz baja, aunque sabía que Fauces Amarillas

no podía oírlo desde el interior de su guarida.

Carbonilla parpadeó confundida.

—¿Me has despertado para preguntarme eso? Ayer ya te dije que estaban mejorando.

—Sí, pero ¿siguen estando enfermos?

—Bueno, sí —admitió la gata—. Pero no están ni remotamente tan enfermos como lo estaban.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Tienes algún síntoma de la enfermedad? ¿Alguno de nuestros gatos ha acudido a verte con fiebre o dolor?

Carbonilla bostezó y se desperezó.

—Yo estoy bien —maulló—. Los gatos del Clan de la Sombra están bien. El Clan del Trueno está bien. —Negó con la cabeza con cansancio—. ¡Todo el mundo está bien! Por el Clan Estelar, ¿qué es lo que te preocupa?

—He tenido un sueño —explicó él, incómodo—. Jaspeada ha venido a decirme que tuviese cuidado con un enemigo que parece dormir. Creo que se refería a la enfermedad.

La aprendiza soltó un resoplido.

—Es probable que el sueño te advirtiera que no despertaras a la pobre de Carbonilla, que ha tenido un día realmente largo, ¡o podrías ganarte un

tirón de bigotes!

El joven lugarteniente reparó en que parecía exhausta. Debía de estar más atareada de lo habitual, ocupándose de sus obligaciones en el campamento además de cuidar de Cirro y Cuello Blanco.

—Lo siento —maulló—, pero creo que los gatos del Clan de la Sombra tienen que marcharse.

Entonces Carbonilla sí abrió los ojos por completo.

—Dijiste que podían quedarse hasta que estuvieran completamente recuperados —le recordó—. ¿Has cambiado de opinión por ese sueño?

—Jaspeada ha tenido razón en otras ocasiones —respondió el gato—. No puedo arriesgarme permitiendo que se queden.

Carbonilla lo miró fijamente en silencio un instante y luego maulló:

—En ese caso, deja que yo hable con ellos.

Corazón de Fuego asintió.

—Pero debes hacerlo mañana —insistió.

Carbonilla apoyó la barbilla en las patas delanteras.

—Lo haré —prometió—. Pero ¿y si tu sueño se equivoca? Si el Clan de la Sombra está tan afectado por la

enfermedad como dicen esos gatos, podrías estar mandándolos a su muerte.

Corazón de Fuego sintió que se le atascaba el aire en el pecho, pero sabía que tenía que proteger a su propio clan.

—Tú puedes enseñarles a preparar la mezcla sanadora, ¿verdad? —sugirió.

La aprendiza asintió.

—De acuerdo —continuó él—. Si haces eso, ellos podrían cuidar de sí mismos, y tal vez incluso ayudar a sus compañeros de clan. —La idea de que no estaba abandonando del todo a los desesperados gatos del Clan de la Sombra lo alivió, pero necesitaba explicar por qué los expulsaba—.

Carbonilla, debo escuchar a Jaspeada… —La tristeza le formó un nudo en la garganta que lo hizo enmudecer. El aroma de los helechos de alrededor intensificaba el recuerdo de la curandera, pues era allí donde había vivido y trabajado.

—Hablas de ella como si todavía estuviera viva —murmuró Carbonilla cerrando los ojos—. ¿Por qué no la dejas descansar con el Clan Estelar? Sé que era especial para ti, pero recuerda lo que me dijo Fauces Amarillas cuando yo no podía parar de pensar en Corriente Plateada: «Emplea tu energía en el presente. Deja de preocuparte por

el pasado».

—¿Qué tiene de malo recordar a Jaspeada? —protestó el lugarteniente.

—Que, mientras estás soñando con ella, justo delante de tus narices hay otra gata… una gata viva… en la que sí deberías estar pensando.

Corazón de Fuego se quedó mirándola perplejo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Es que no te has dado cuenta?

—¿De qué?

Carbonilla abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Corazón de Fuego, ¡todos los gatos del Clan del Trueno ven que

Tormenta de Arena te tiene mucho pero que mucho afecto!

El joven sintió una oleada de calor por todo el cuerpo y empezó a protestar, pero Carbonilla no le hizo el menor caso.

—Ahora vete y déjame descansar —masculló la aprendiza, volviendo a apoyar la barbilla sobre las patas—. Mañana les diré a Cirro y Cuello Blanco que se marchen. Lo prometo.

Para cuando Corazón de Fuego llegó al túnel de helechos, se oía la suave respiración de Carbonilla mezclada con los ásperos ronquidos de Fauces Amarillas. La cabeza seguía dándole

vueltas cuando salió al claro. Sabía que Tormenta de Arena lo apreciaba y respetaba, mucho más de lo que jamás habría esperado cuando se unió al clan, pero nunca se le había ocurrido que la gata sintiera por él algo más fuerte que la amistad. De repente recordó el dulce brillo de sus ojos verde claro mientras le lamía las almohadillas heridas, y empezó a notar un cosquilleo que jamás había sentido.



14

En los días siguientes, los arroyos del territorio del Clan del Trueno fueron menguando, hasta que la única agua fresca que podían encontrar quedaba cerca de la frontera con el Clan del Río, en el extremo más alejado de las Rocas Soleadas.

—Nunca habíamos tenido un verano

como éste —rezongó Tuerta—. El bosque está tan seco como el lecho de un cachorro.

Corazón de Fuego estaba observando el cielo en busca de nubes, pidiendo en silencio al Clan Estelar que lloviera pronto. La sequía estaba obligando a los gatos del Clan del Trueno a beber cada vez más cerca del lugar donde Carbonilla había escondido a los gatos enfermos, y Corazón de Fuego no quería arriesgarse a que alguna de las patrullas entrara en contacto con la enfermedad. Al mismo tiempo, casi agradecía la distracción que suponía preocuparse por el agua; de ese modo,

le quedaba menos tiempo para obsesionarse con qué le habría sucedido a Nimbo y dónde podría estar ahora.

La patrulla del mediodía acababa de regresar, y Escarcha estaba organizando un grupo de veteranos y reinas para ir al río a beber. Se congregaron en la escasa sombra que había al borde del claro.

—¿Por qué el Clan Estelar nos manda una sequía ahora? —se lamentó Orejitas.

Con el rabillo del ojo, Corazón de Fuego vio que el veterano lanzaba una mirada en su dirección, y recordó con un estremecimiento su advertencia sobre los rituales irregulares.

—Lo que me inquieta a mí no es la sequía —dijo Tuerta con voz cascada—, sino todos los Dos Patas que hay por el bosque. Jamás había oído tanto alboroto por aquí. Ahuyentan las presas y echan a perder nuestras marcas olorosas con su pestilencia. Un poco de lluvia podría alejarlos de aquí.

—Bueno, pues lo que a mí me preocupa es Sauce —maulló Cola Pintada—. Ir hasta el arroyo y volver supone una buena caminata, y a Sauce no le gusta la idea de dejar solos a sus cachorros tanto tiempo. Pero, si no bebe, se le secará la leche y sus hijos podrían morir de hambre.

—A Flor Dorada le sucede lo mismo —intervino Centón—. Quizá, si cada uno traemos musgo empapado en agua, ellas podrían tomar algo de líquido —sugirió.

—Ésa es una gran idea —aprobó Corazón de Fuego, preguntándose por qué no se le habría ocurrido a él. Tal vez había estado intentando no pensar en la maternidad… y en un cachorro en particular—. ¿Podríais traer algo hoy mismo?

El viejo gato blanco y negro asintió.

—Todos traeremos un poco —aseguró Cola Pintada.

—Gracias —respondió Corazón de

Fuego con un guiño apreciativo.

Con una punzada de pena, pensó que Nimbo se habría ofrecido gustosamente a ayudar a los veteranos. El aprendiz siempre había estado muy unido a los mayores; escuchaba sus relatos por la noche e incluso a veces compartía su comida. Si se permitía pensar demasiado en eso, a Corazón de Fuego le dolía que los veteranos apenas parecieran acusar la ausencia de Nimbo. ¿Acaso era él el único gato del Clan del Trueno que creía que Nimbo podría haberse adaptado a la vida del bosque? Agitó las orejas con irritación. Quizá Estrella Azul tuviera razón y el aprendiz

había tomado la decisión correcta al marcharse. Pero eso no evitaba que él lo echara de menos con una intensidad inesperada.

Llamó a Tormenta de Arena y Fronde Dorado, que estaban descansando a la sombra de la mata de ortigas tras la patrulla de mediodía. Los dos se levantaron de un salto y corrieron hacia él.

—¿Querríais escoltar a Orejitas y los demás? —les preguntó Corazón de Fuego—. No sé cuánto tendrán que acercarse al río, y necesitarán algún refuerzo si tropiezan con una patrulla del Clan del Río. —Hizo una pausa—. Sé

que estáis cansados, pero los demás han salido a entrenar, y yo debo quedarme con Tormenta Blanca para guardar el campamento.

—No hay problema —se limitó a maullar Fronde Dorado.

—Yo no estoy cansada, Corazón de Fuego —aseguró Tormenta de Arena, clavando en él su mirada verde como las hojas.

El lugarteniente sintió un cosquilleo en las zarpas al recordar lo que le había dicho Carbonilla unas noches atrás.

—Eh… fantástico —respondió en un tono excesivamente alto.

Luego, cohibido, se puso a lavarse

el pecho, y sus lametazos se volvieron más enérgicos al notar que Fronde Dorado agitaba los bigotes de la risa.

Se sintió aliviado cuando el grupo desapareció por el túnel de aulagas, dejándolo en el claro desierto. Tormenta Blanca estaba con Estrella Azul, en su guarida. Sauce y Flor Dorada estaban en la maternidad con sus cachorros. En los últimos días, Corazón de Fuego había visto al hijo de Garra de Tigre caminando por el campamento con pasos inseguros, animado por Flor Dorada. El lugarteniente había evitado cruzar su mirada con la del cachorro, mientras observaba con recelo cómo se unía a la

vida del clan.

Ahora, al oír los maullidos de Pequeño Zarzo junto con los demás cachorros, Corazón de Fuego sólo pensó en el hambre que pasaría si su madre no bebía pronto. Deseó que el grupo no tuviera que llegar hasta el río, y se imaginó a la comitiva de reinas y veteranos avanzando lentamente entre la maleza, flanqueados por Tormenta de Arena, con su pelaje anaranjado brillando entre la verde vegetación. Con un respingo, se acordó de los gatos enfermos del Clan de la Sombra. ¿Y si Carbonilla no los había mandado de vuelta a su casa y seguían escondidos

cerca del río?

Corazón de Fuego se estremeció. Corrió hacia el claro de Fauces Amarillas y casi choca contra Carbonilla, que salía cojeando por el túnel de helechos.

—¿Qué te pasa? —maulló la aprendiza alegremente, pero al ver el ceño de Corazón de Fuego, su expresión cambió.

—¿Les dijiste a Cirro y Cuello Blanco que tenían que marcharse? —susurró el joven lugarteniente con urgencia.

—Ya habíamos terminado con eso —suspiró Carbonilla con impaciencia.

—¿Estás segura de que se han ido?

—Me prometieron que se irían esa misma noche. —Sus ojos azules lo desafiaron a llevarle la contraria.

—¿Y no queda ni rastro de la enfermedad? —insistió él, con un hormigueo de inquietud.

—¡Mira! —espetó Carbonilla—, yo les dije que se marcharan y ellos dijeron que lo harían. Hay bayas que recoger, y se las llevarán los pájaros si no lo hago yo. Si no te crees lo de los gatos del Clan de la Sombra, ¿por qué no lo compruebas por ti mismo?

De la guarida de la curandera brotó un aullido bajo.

—No sé con quién estás parloteando ahí fuera, pero ¡déjalo de inmediato y vete a buscar esas bayas!

—¡Lo siento, Fauces Amarillas! —exclamó Carbonilla por encima del hombro—. Sólo estaba hablando con Corazón de Fuego. —Sus ojos destellaron acusadoramente cuando volvió a sonar la voz de la vieja curandera.

—Bueno, ¡pues dile que no te haga perder más tiempo o tendrá que rendirme cuentas a mí!

La aprendiza relajó los omóplatos y agitó los bigotes risueñamente. Corazón de Fuego sintió una punzada de

culpabilidad.

—Lamento insistir con esto, Carbonilla. No es que desconfíe de ti, es sólo que yo…

—Es sólo que eres un viejo hurón histérico —terminó ella, dándole un empujoncito cariñoso—. Ve a echar un vistazo tú mismo, si quieres quedarte tranquilo.

Dicho eso, pasó ante él y se fue cojeando a la entrada del campamento.

Carbonilla tenía razón. Corazón de Fuego sabía que sólo se quedaría satisfecho cuando inspeccionara personalmente el viejo roble para asegurarse de que los gatos del Clan de

la Sombra y la enfermedad lo habían abandonado. Pero no podía marcharse todavía. Él y Tormenta Blanca eran los únicos guerreros que había en el campamento. Con un picor de frustración e inquietud, empezó a pasearse por el claro. Al girar bajo la Peña Alta para volver sobre sus pasos una vez más, vio que se le acercaba Tormenta Blanca.

—¿Ya has decidido la patrulla del anochecer? —preguntó el guerrero blanco.

—He pensado que Viento Veloz podría llevarse a Espino y Musaraña.

—Buena idea —respondió Tormenta

Blanca distraídamente. Era obvio que algo le rondaba por la cabeza—. ¿Centellina podría ir mañana con la patrulla del alba? —preguntó—. La experiencia sería muy buena para ella. Yo… he descuidado un poco su entrenamiento últimamente.

Agitó una oreja, y, con una punzada de inquietud, Corazón de Fuego comprendió que el guerrero blanco estaba pasando cada vez más tiempo con Estrella Azul. El lugarteniente no pudo evitar sospechar que el guerrero temía qué podría hacer la líder del clan si la dejaba sola demasiado tiempo. Y, a la vez, se sintió culpablemente aliviado de

que otro gato del clan —el guerrero veterano más respetado, ni más ni menos — compartiera su preocupación por su atribulada líder.

—Por supuesto —accedió.

Tormenta Blanca se sentó a su lado y echó un vistazo alrededor.

—Qué tarde tan tranquila.

—Tormenta de Arena y Fronde Dorado han llevado a los veteranos y las reinas a beber al río. Centón ha propuesto traer musgo empapado en agua para Sauce y Flor Dorada.

Tormenta Blanca asintió.

—Quizá podrían compartir un poco con Estrella Azul. Parece reacia a dejar

el campamento. —El viejo guerrero bajó la voz—. Ha estado lamiendo el rocío de las hojas todas las mañanas, pero necesita más que eso con este calor.

Corazón de Fuego sintió una nueva oleada de ansiedad.

—El otro día parecía mucho mejor.

—Está mejorando día a día —aseguró Tormenta Blanca—. Pero, aun así…

Dejó la frase sin terminar. Aunque a Corazón de Fuego le impresionó el ceño del guerrero, no había necesidad de decir más.

—Comprendo —murmuró el joven

—. Le pediré a Centón que le lleve un poco a Estrella Azul cuando regresen.

—Gracias. —Lo miró entornando los ojos—. ¿Sabes? Lo estás haciendo muy bien —señaló como si nada.

Corazón de Fuego se irguió.

—¿A qué te refieres?

—A lo de ser lugarteniente. Sé que no ha sido fácil, con Estrella Azul tal como está, y la sequía. Pero dudo que algún gato del clan niegue que Estrella Azul tomó la decisión correcta al confiarte el puesto.

«Aparte de Cebrado, Manto Polvoroso y la mitad de los veteranos», respondió Corazón de Fuego para sus

adentros. Luego reparó en que estaba siendo grosero y guiñó agradecido al guerrero.

—Gracias, Tormenta Blanca —ronroneó. Se sintió alentado por la gran alabanza de ese sabio gato, cuya opinión valoraba tanto como la de Estrella Azul.

—Y lamento lo de Nimbo —continuó el guerrero blanco amablemente—. Debe de ser muy difícil para ti. Después de todo, tenéis la misma sangre, y creo que para los gatos nacidos en un clan es demasiado fácil dar por sentado ese vínculo.

A Corazón de Fuego le sorprendió la perspicacia del guerrero.

—Bueno, sí —empezó, vacilante—. Lo echo de menos. No sólo porque fuera mi pariente. De verdad creo que podría haber acabado siendo un buen guerrero.

Miró de reojo a Tormenta Blanca, casi esperando que éste le llevara la contraria, pero, para su asombro, el viejo gato estaba asintiendo.

—Nimbo era un buen cazador, y un buen amigo para los demás aprendices. Pero quizá el Clan Estelar tenía un destino diferente para él. No soy curandero; yo no puedo leer las estrellas como Fauces Amarillas o Carbonilla, pero siempre he estado dispuesto a confiar en nuestros antepasados

guerreros, lleven a donde lleven a nuestro clan.

«Y eso es lo que te convierte en un guerrero tan noble», pensó Corazón de Fuego, lleno de admiración por la lealtad de Tormenta Blanca al código guerrero. Si Nimbo hubiera tenido apenas una pizca de esa conciencia, a lo mejor las cosas habrían sido bien distintas…

El sonido de guijarros rodando fuera de los muros del campamento hizo saltar a ambos gatos. Corazón de Fuego corrió a la entrada del campamento. Cola Pintada y los demás estaban descendiendo la pendiente rocosa con

gran estruendo, levantando polvo y piedrecillas. Tenían el pelo erizado y los ojos llenos de alarma.

—¡Dos Patas! —resolló Cola Pintada al alcanzar el pie del barranco.

Corazón de Fuego alzó la vista: Fronde Dorado y Tormenta de Arena estaban ayudando a bajar a los veteranos, saltando penosamente de roca en roca.

—No pasa nada —anunció Tormenta de Arena—. Les hemos dado esquinazo.

Cuando todos estuvieron seguros en el fondo del barranco, Fronde Dorado explicó lo sucedido, respirando entrecortadamente.

—Había un grupo de jóvenes Dos Patas. ¡Nos han perseguido!

A Corazón de Fuego se le erizó el pelo, alarmado, mientras los demás prorrumpían en maullidos aterrorizados.

—¿Estáis todos bien? —preguntó.

Tormenta de Arena inspeccionó al grupo y asintió.

—De acuerdo. —Corazón de Fuego se sobrepuso respirando hondo—. ¿Dónde estaban esos Dos Patas? ¿Cerca del río?

—Ni siquiera habíamos llegado a las Rocas Soleadas —respondió Tormenta de Arena. Su voz sonaba más calmada tras recuperar el aliento, y sus

ojos empezaron a destellar de indignación—. Estaban sueltos por el bosque, no por los habituales senderos de Dos Patas.

El joven lugarteniente procuró no mostrar su preocupación. Los Dos Patas raramente se aventuraban tan dentro del bosque.

—Tendremos que esperar a que oscurezca para recoger agua —decidió en voz alta.

—¿Crees que se habrán ido para entonces? —preguntó Tuerta temblorosa.

—¿Y por qué habrían de quedarse? —Corazón de Fuego procuró sonar tranquilizador, pese a sus propias dudas.

¿Quién podía predecir qué harían los Dos Patas?

—Pero ¿qué pasa con Sauce y Flor Dorada? —se alteró Cola Pintada—. Necesitarán agua antes.

—Yo iré a buscar un poco —se ofreció Tormenta de Arena.

—No —maulló Corazón de Fuego—. Iré yo.

Recoger agua para las reinas le daría la oportunidad perfecta para seguir el consejo de Carbonilla y comprobar por sí mismo que los gatos del Clan de la Sombra y su enfermedad se habían ido de la cueva que había bajo el viejo roble. Le hizo un gesto a Tormenta de

Arena.

—Necesito que tú te quedes en lo alto del barranco, atenta a los Dos Patas.

Tuerta lanzó un maullido de ansiedad.

—Estoy convencido de que ya habrán dado media vuelta —la tranquilizó el lugarteniente—. Pero estaréis seguros con Tormenta de Arena de guardia. —Miró los centelleantes ojos esmeralda de la gata melada y supo que lo que decía era verdad.

—Yo iré contigo —maulló Fronde Dorado.

Corazón de Fuego negó con la cabeza. Tenía que ir solo para evitar que

los demás gatos descubrieran la insensata buena obra de Carbonilla.

—Debes guardar el campamento junto con Tormenta Blanca —respondió al guerrero canela—. Y quiero que informes ahora mismo a Estrella Azul de lo que habéis visto en el bosque. Yo traeré tanto musgo como pueda. El resto tendréis que esperar hasta que se ponga el sol.

Corazón de Fuego y Tormenta de Arena subieron juntos por el barranco, olfateando cuidadosamente el aire mientras se aproximaban a lo alto. Allí no había ni rastro de Dos Patas.

—Ten cuidado —susurró Tormenta

de Arena cuando Corazón de Fuego se disponía a internarse en el bosque.

Él le lamió la coronilla.

—Lo tendré —prometió.

Mantuvieron sus ojos verdes clavados un largo instante; luego, Corazón de Fuego dio media vuelta y avanzó con cautela entre los árboles. Se mantuvo en la parte más densa del sotobosque, con las orejas aguzadas y la boca entreabierta, afilando los sentidos para captar cualquier señal de Dos Patas. Percibió su hedor antinatural al acercarse a las Rocas Soleadas, pero no era fresco.

Entonces atravesó el bosque hasta la

ladera sobre el río que marcaba la frontera del clan vecino. Mientras miraba si había patrullas del Clan del Río, no pudo evitar buscar la conocida cabeza de su amigo Látigo Gris. Sin embargo, no había rastro de ningún gato en el bosque sin viento. Podría recoger agua del arroyo sin que lo desafiaran, pero primero tenía que inspeccionar la cueva de debajo del viejo roble.

Recorrió la frontera, deteniéndose de vez en cuando a dejar su marca y renovar el límite entre ambos clanes. Incluso tan cerca del río, el bosque había perdido la exuberancia de la estación de la hoja verde, y las plantas

parecían marchitas y ajadas. Corazón de Fuego avistó enseguida el añoso roble y, al aproximarse, vio la oscura cueva en la que se habían refugiado los gatos del Clan de la Sombra.

Respiró hondo. La pestilencia a enfermedad había desaparecido. Con un suspiro de alivio, decidió echar una ojeada al interior de la cavidad y recoger agua luego. Avanzó con los ojos fijos en el agujero. Se agazapó, y después, cautelosamente, estiró el cuello para asomarse a la guarida improvisada.

Soltó un respingo de asombro cuando un peso cayó sobre su lomo y unas garras lo aferraron por los

costados. Lo invadieron el miedo y la rabia, y aulló, retorciéndose violentamente para zafarse de su atacante. Pero el gato que lo tenía agarrado se mantuvo firme. Corazón de Fuego se preparó para el dolor de afiladas uñas en los flancos, pero las zarpas que lo sujetaban eran anchas y suaves, y tenían las garras escondidas. Entonces, un olor familiar le llenó la nariz… un olor al que ahora se superponían los del Clan del Río, pero igualmente reconocible.

—¡Látigo Gris! —exclamó con alegría.

—Pensaba que nunca vendrías a

verme —ronroneó su viejo amigo.

Corazón de Fuego notó que el gato gris resbalaba por su lomo, y se dio cuenta de que chorreaba agua del río. Su propio pelaje rojizo estaba empapado por la pelea. Se sacudió y miró a Látigo Gris maravillado.

—¿Has cruzado el río nadando? —maulló con incredulidad, pues todos los gatos del Clan del Trueno sabían cómo detestaba Látigo Gris mojarse el pelo.

Su amigo se sacudió con brío, y el agua se desprendió fácilmente de su manto. Su largo pelaje parecía ahora lustroso y satinado.

—Es más rápido que bajar hasta los

pasaderos —señaló el guerrero gris—. Además, parece que mi pelo ya no retiene el agua tanto como antes. Supongo que ésa es una de las ventajas de comer pescado.

—Yo diría que es la única —respondió Corazón de Fuego, frunciendo la cara.

No se imaginaba cómo se podía comparar el fuerte sabor del pescado con los sutiles y almizclados de las presas del bosque.

—No está tan malo una vez que te acostumbras —repuso Látigo Gris, y le dedicó un guiño cariñoso—. Tienes buen aspecto.

—Tú también —contestó ronroneando.

—¿Cómo está todo el mundo? ¿Manto Polvoroso sigue siendo como un dolor de muelas? ¿Y qué tal Estrella Azul?

—Manto Polvoroso está bien —empezó Corazón de Fuego, y luego titubeó—. Estrella Azul… —Buscó las palabras adecuadas, no muy seguro de cuánto contarle a su viejo amigo sobre la líder del Clan del Trueno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Látigo Gris entornando los ojos.

Corazón de Fuego comprendió que su amigo lo conocía demasiado bien

para no advertir su reacción. Agitó las orejas, cohibido.

—Estrella Azul se encuentra bien, ¿verdad? —inquirió Látigo Gris, con la voz cargada de preocupación.

—Está bien —se apresuró a asegurar el lugarteniente. Lo que Látigo Gris había detectado era su inquietud por la líder del Clan del Trueno, no su recelo hacia él—. Pero lo cierto es que últimamente no ha sido la misma de siempre. No desde que Garra de Tigre… —Enmudeció, indeciso.

Látigo Gris frunció el entrecejo.

—¿Habéis visto a ese zarpas ponzoñosas desde que se marchó?

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Ni rastro de él. No sé cómo reaccionaría Estrella Azul si volviera a verlo.

—Por lo que la conozco, creo que le sacaría los ojos —ronroneó Látigo Gris —. No puedo imaginar que algo desanime a Estrella Azul durante demasiado tiempo.

«Ojalá eso fuera cierto», pensó Corazón de Fuego apenado. Observó los curiosos ojos de Látigo Gris, consciente, con una punzada de tristeza, de que su deseo de confiarse a su viejo amigo había sido un sueño imposible. Ahora

Látigo Gris formaba parte del Clan del Río, y él tenía que aceptar, con gran dolor de corazón, que no podía compartir los detalles de la debilidad de su líder con un miembro de otro clan. Además, se dio cuenta de que tampoco estaba preparado para contarle la desaparición de Nimbo, por lo menos, no todavía. Intentó decirse a sí mismo que no quería preocupar a Látigo Gris cuando éste no podía ayudar, pero sospechó que su silencio tenía más que ver con el orgullo. No quería que Látigo Gris supiese que había fracasado como mentor por segunda vez, tan poco tiempo después del accidente de Carbonilla.

—¿Cómo es la vida en el Clan del Río? —preguntó, cambiando de tema deliberadamente.

Látigo Gris se encogió de hombros.

—No muy diferente del Clan del Trueno. Algunos gatos son afables, otros son gruñones, algunos son divertidos, otros… Bueno, son los normales gatos de clan, supongo.

Corazón de Fuego no pudo evitar envidiar al guerrero gris, que sonaba tan relajado. Era evidente que la nueva vida de Látigo Gris no tenía la carga de responsabilidad con la que debía lidiar él ahora que era lugarteniente. Y una parte de él seguía sintiendo una pizca de

resentimiento mezclada con la pena desde que Látigo Gris dejó el Clan del Trueno. Sabía que su amigo no podría haber abandonado a sus hijos, pero le habría gustado que hubiera luchado con más fuerza para que se quedaran en el Clan del Trueno.

Corazón de Fuego apartó esos pensamientos molestos.

—¿Y qué me cuentas de tus cachorros? —le preguntó.

Látigo Gris ronroneó con orgullo.

—¡Son maravillosos! —declaró—. La hembra es idéntica a su madre, igual de hermosa, ¡y tiene el mismo carácter! Le da bastante guerra a su madre

adoptiva, pero todos la quieren. Especialmente Estrella Doblada. El macho es más acomodadizo, se siente feliz con lo que sea que esté haciendo.

—Como su padre —apuntó Corazón de Fuego.

—Y casi igual de guapo —alardeó Látigo Gris, con los ojos centelleantes de risa.

Corazón de Fuego sintió una familiar oleada de alegría por estar con su viejo amigo.

—Te echo de menos —maulló, repentinamente abrumado por el anhelo de tenerlo de nuevo en el campamento, para volver a cazar y pelear a su lado—.

¿Por qué no regresas a casa?

Látigo Gris negó con su ancha cabeza.

—No puedo dejar a mis hijos —contestó.

Corazón de Fuego no logró contener la incredulidad que destelló en sus ojos —al fin y al cabo, los cachorros eran criados por las reinas, no por sus padres—, y Látigo Gris se apresuró a añadir:

—Oh, bueno, están muy bien cuidados en la maternidad. En el Clan del Río estarían felices y seguros, pero creo que yo no soportaría alejarme de ellos. Me recuerdan demasiado a Corriente Plateada.

—¿Tanto la echas de menos?

—Yo la amaba —respondió sin más.

Corazón de Fuego sintió una punzada de celos, hasta que recordó el dolor que él seguía sintiendo cada vez que se despertaba tras soñar con Jaspeada. Estiró el cuello y tocó la mejilla de Látigo Gris con la nariz. Sólo el Clan Estelar sabía si él habría sido capaz de hacer lo mismo por Jaspeada. «O por Tormenta de Arena», susurró una vocecilla en lo más profundo de su mente.

Látigo Gris lo acarició con el hocico, interrumpiendo sus divagaciones y haciendo que por poco perdiera el

equilibrio.

—¡Ya basta de sensiblerías! —maulló el guerrero gris, como si pudiera leer la mente de su amigo—. En realidad tú no has venido hasta aquí para verme, ¿verdad?

Pilló a Corazón de Fuego desprevenido.

—Bueno, no del todo… —confesó.

—Estás buscando a esos gatos del Clan de la Sombra, ¿no?

—¿Cómo conoces su existencia? —quiso saber Corazón de Fuego, pasmado.

—¿Cómo podía no conocerla? —repuso Látigo Gris—. Con esa peste que

despedían… Los gatos del Clan de la Sombra ya huelen bastante mal de por sí, pero si encima están enfermos… ¡puaj!

—¿El resto del Clan del Río lo sabe? —El joven lugarteniente se sintió alarmado al pensar que los vecinos hubieran descubierto que el Clan del Trueno estaba dando asilo a gatos del Clan de la Sombra de nuevo… y encima unos que estaban contaminados.

—No por lo que yo sé —aseguró su amigo—. Yo me ofrecí a patrullar siempre este extremo del río. Los demás sólo pensaron que tenía añoranza, así que me lo concedieron. Creo que en el fondo esperaban que, si olía bastante los

aromas del bosque, regresaría al Clan del Trueno.

—Pero ¿por qué querías proteger a los gatos del Clan de la Sombra así como así? —le preguntó Corazón de Fuego, perplejo.

—Vine a hablar con ellos poco después de que llegaran —explicó Látigo Gris—. Me contaron que Carbonilla los había escondido aquí. Supuse que, si Carbonilla tenía algo que ver con esto, tú lo sabrías. Dar albergue a un par de sacos de pulgas enfermos es una acción compasiva típica de ti.

—Bueno, no se puede decir que me emocionara cuando me enteré —replicó

Corazón de Fuego.

—Pero seguro que perdonaste a Carbonilla.

El joven lugarteniente se encogió de hombros.

—Bueno, sí.

—Siempre ha sabido engatusarte —maulló Látigo Gris con afecto—. En cualquier caso, los gatos del Clan de la Sombra ya no están.

—¿Cuándo se marcharon? —Corazón de Fuego sintió un gran alivio al saber que Carbonilla había cumplido su promesa.

—Vi a uno cazando en este lado del río hace un par de días, pero, desde

entonces, nada de nada.

—¿Hace un par de días?

Corazón de Fuego se sintió alarmado al oír que los gatos del Clan de la Sombra habían estado allí hacía tan poco tiempo. ¿Es que Carbonilla habría decidido cuidarlos hasta que estuvieran lo bastante bien para viajar, después de todo? Notó un hormigueo de irritación al pensarlo, pero confiaba en que la aprendiza no hubiera tomado esa decisión a la ligera. Eso sí, agradecía al Clan Estelar que los gatos del Clan de la Sombra no se hubieran tropezado con una de las patrullas del Clan del Trueno que iban a buscar agua. Ahora se habían

marchado, y, con un poco de suerte, también se habría ido la amenaza de la enfermedad.

—Mira —maulló Látigo Gris—, tengo que irme. He de cazar, y prometí que vigilaría a un par de aprendices esta tarde.

—¿Tienes tu propio aprendiz? —preguntó Corazón de Fuego.

Su amigo le sostuvo la mirada.

—No creo que, de momento, el Clan del Río esté dispuesto a confiarme el entrenamiento de sus guerreros —murmuró.

Corazón de Fuego no supo si su viejo amigo agitaba los bigotes de pena

o de risa.

—Volveré a verte un día de éstos —maulló Látigo Gris, dándole un empujón con el hocico.

—Por supuesto.

Corazón de Fuego sintió un agujero negro de tristeza en el estómago cuando el guerrero gris se dispuso a marcharse. Jaspeada, Látigo Gris, Nimbo… ¿Acaso estaba destinado a perder a todos los gatos con los que fraternizaba?

—¡Cuídate! —exclamó.

Se quedó mirando cómo Látigo Gris atravesaba los helechos hasta el borde del río y se metía en él. Los anchos omóplatos del guerrero se deslizaron

por el agua, dejando una leve estela mientras nadaba con patadas fuertes y veloces. Corazón de Fuego sacudió la cabeza, deseando poder desprenderse de los problemas tan fácilmente como Látigo Gris del agua después de nadar. Luego dio media vuelta y se dirigió a los árboles.



15

Corazón de Fuego llevaba una bola de musgo empapado entre los dientes. Parte del agua se había escurrido durante el trayecto de vuelta a casa, mojándole el pecho y refrescándole las patas delanteras, pero quedaría bastante para saciar la sed de Sauce y Flor Dorada hasta que una patrulla recogiera más tras

la puesta de sol.

Los gatos del clan formaban pequeños grupos alrededor del claro mientras el sol iba descendiendo lentamente hacia las copas de los árboles. La mayoría ya habían comido y estaban compartiendo lenguas con tranquilidad en la habitual sesión de acicalamiento; se detuvieron brevemente entre lametazos para saludar a Corazón de Fuego cuando éste apareció por el túnel de aulagas. Él saludó a Musaraña, Viento Veloz y Espino, que estaban a punto de salir en la patrulla de la tarde.

Pecas se preparaba para guiar a otro grupo de veteranos a buscar agua.

Estaba reuniéndolos junto al roble caído, y Corazón de Fuego oyó la decidida voz de Orejitas al pasar junto a ellos.

—Tendremos que aguzar el oído y estar ojo avizor mientras avanzamos —declaró el viejo macho gris—. ¿Veis esta muesca en mi oreja? La tengo desde que era aprendiz. Un búho apareció de la nada y se lanzó en picado. Pero ¡estoy seguro de que mis zarpas le dejaron una cicatriz más grande que ésta!

Corazón de Fuego dejó que se le alisara el pelo de los omóplatos, tranquilizado por el murmullo familiar del clan. Los gatos del Clan de la

Sombra se habían ido, tal como Carbonilla había prometido, y él había visto a Látigo Gris. Entró en la maternidad y colocó el musgo delicadamente entre Sauce y Flor Dorada.

—Gracias, Corazón de Fuego —maulló Sauce.

—Habrá más después de la cena —prometió el joven lugarteniente, mientras las dos reinas empezaban a lamer las preciosas gotas de agua de la bola de musgo.

Intentó pasar por alto la mirada del hijo de Garra de Tigre, cuyos ojos relucían hambrientos desde las sombras

mientras su madre apretaba el musgo con el hocico para extraer más agua.

—Pecas va a llevar otro grupo de veteranos al río en cuanto el sol se haya puesto y el bosque esté libre de Dos Patas —explicó Corazón de Fuego.

Flor Dorada se relamió.

—Hace mucho tiempo que ninguno de ellos sale al bosque después de oscurecer —comentó.

—Pues yo creo que Orejitas se muere de ganas de salir —ronroneó el lugarteniente—. Está contando historias sobre el búho que vivía cerca de las Rocas Soleadas. Medio Rabo parecía nervioso.

—Un poco de emoción les hará bien —señaló Sauce—. Ojalá yo pudiera ir con ellos. ¡Una pelea con un búho sería perfecto para estirar las patas!

—¿Echas de menos ser guerrera? —le preguntó Corazón de Fuego, sorprendido.

Sauce parecía de lo más cómoda tumbada en la maternidad, mientras sus cachorros —que crecían rápido— trepaban por su lomo. No se le había ocurrido que la gata pudiera añorar su antigua vida.

—¿Es que tú no lo echarías de menos? —replicó ella desafiante.

—Bueno, sí —tartamudeó el joven

—. Pero tú tienes a tus hijos.

Sauce dobló el cuello para levantar a una diminuta gatita parda y blanca que había caído de lado. La depositó entre sus patas delanteras y le dio un lametazo.

—Oh, sí, tengo a mis hijos —admitió—. Pero echo de menos correr por el bosque, cazar mis propias presas y patrullar nuestras fronteras. —Lamió de nuevo a la gatita y añadió—: Estoy deseando llevar a estos tres al bosque por primera vez.

—Parece que van a ser buenos guerreros —maulló Corazón de Fuego.

Lo asaltó el recuerdo agridulce de la

primera expedición de Nimbo, cuando salió al bosque cubierto de nieve y regresó con un campañol, y pestañeó. Inclinó la cabeza ante las reinas y dio media vuelta para marcharse, lanzando una mirada furtiva al hijo de Garra de Tigre. No pudo evitar preguntarse qué clase de guerrero sería.

—Adiós —masculló al salir de la maternidad.

Notaba en el aire el tentador aroma del montón de la carne fresca, pero había otra cosa que debía hacer antes de tomarse su comida de la tarde. Cruzó el claro hasta la guarida de Fauces Amarillas.

La vieja curandera estaba descansando bajo el sol vespertino, con el pelo tan mate y descuidado como de costumbre. Levantó el hocico para saludarlo.

—Hola, Corazón de Fuego —dijo con voz ronca—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscaba a Carbonilla.

—¿Por qué? ¿Qué quieres saber? —maulló Carbonilla desde el interior de su nido, asomando la cabeza.

—¿Es ésa la manera de recibir a tu lugarteniente? —la reprendió Fauces Amarillas, con los ojos centelleantes de risa.

—Lo es cuando interrumpe mi sueño —replicó la aprendiza, saliendo a rastras—. ¡Últimamente parece decidido a no dejarme descansar!

Fauces Amarillas lanzó una mirada de soslayo al joven guerrero.

—¿Acaso os traéis entre patas algo que yo debería saber?

—¿Estás interrogando a tu lugarteniente? —le preguntó Carbonilla con sorna.

Fauces Amarillas ronroneó.

—Sé que os traéis algo entre patas —declaró—, pero no me entrometeré. Lo único que sé es que mi aprendiza ha vuelto a ser la misma de siempre. Lo

cual es estupendo, ¡porque no iba a ser útil para nadie mientras fuera por ahí con una cara tan mustia como una seta mojada!

Corazón de Fuego se sintió aliviado al ver que las dos gatas discutían en broma, como hacían cuando Carbonilla se convirtió en aprendiza de Fauces Amarillas, antes de la muerte de Corriente Plateada.

Incómodo, rascó el suelo abrasado por el sol; había ido a decirle a Carbonilla que los gatos del Clan de la Sombra se habían marchado, pero no resultaba fácil con la presencia de Fauces Amarillas.

—¡Qué raro! —gruñó la vieja curandera, mirando intencionadamente a Corazón de Fuego—. De repente, me apetece otro ratón del montón de carne fresca —afirmó, y el joven le dedicó un guiño de agradecimiento—. ¿Tú quieres algo, Carbonilla? —preguntó por encima del hombro mientras se dirigía al túnel. La aprendiza negó con la cabeza —. Muy bien. Volveré dentro de un momento. O dos.

Cuando Fauces Amarillas desapareció, Corazón de Fuego maulló en voz baja:

—He ido a ver a los gatos del Clan de la Sombra. Se han marchado.

—Te dije que lo harían —replicó Carbonilla.

—Pero no se marcharon hasta hace un par de días.

—No les habría hecho ningún bien viajar antes. Y yo tenía que asegurarme de que aprendieran a preparar la mezcla de hierbas antes de irse.

Corazón de Fuego agitó la cola ante la tozudez de la aprendiza, pero se sintió incapaz de discutir con ella. Carbonilla creía con toda su alma que había hecho lo correcto al cuidar de los gatos enfermos, y una parte de él coincidía en que había valido la pena correr el riesgo.

—Pero les dije que tenían que marcharse —maulló la gata, aunque su tono ya no era tan seguro.

—Te creo. Comprobar que se habían ido era responsabilidad mía, no tuya.

Carbonilla lo miró con curiosidad.

—¿Y tú cómo sabes cuándo se marcharon exactamente?

—Me lo ha dicho Látigo Gris.

—¿Has hablado con Látigo Gris? ¿Se encuentra bien?

—Está bien —ronroneó Corazón de Fuego—. Ahora nada como un pez.

—¡Me tomas el pelo! —exclamó ella—. Nunca lo habría imaginado.

—Yo tampoco —admitió él, y

entonces se interrumpió, avergonzado, cuando le rugieron las tripas de hambre.

—Ve a comer —dijo la aprendiza—. Será mejor que te des prisa, antes de que Fauces Amarillas se lo zampe todo.

Corazón de Fuego se inclinó hacia delante y le dio un lametón en las orejas.

—Hasta luego —se despidió.

La vieja curandera le había dejado la posibilidad de escoger entre una ardilla o una paloma. Corazón de Fuego se decantó por la paloma y miró alrededor, preguntándose dónde comer. Notó que Tormenta de Arena lo observaba, con su esbelto cuerpo estirado y la cola pulcramente enroscada

sobre las patas traseras.

El lugarteniente sintió que el corazón empezaba a latirle más deprisa. De repente ya no importaba que Tormenta de Arena no fuese parda, ni que sus ojos fueran de un verde claro en vez de ámbar. Corazón de Fuego miró a la guerrera melada, con la paloma colgándole de la boca, y recordó lo que le había dicho Carbonilla: que viviera el presente y dejara atrás el pasado. Sabía que Jaspeada estaría siempre en su corazón, pero no podía negar cómo le cosquilleaba la columna vertebral ante la visión de Tormenta de Arena. Atravesó el claro para unirse a ella. Al

depositar la paloma a su lado para comer, oyó cómo la guerrera empezaba a ronronear.

De pronto, un horroroso aullido lo hizo alzar la cabeza de golpe. Tormenta de Arena se levantó mientras Musaraña y Espino irrumpían en el claro. Tenían el pelaje manchado de sangre, y Espino cojeaba penosamente.

El lugarteniente se tragó el bocado deprisa y se puso en pie.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Viento Veloz?

Los demás se congregaron a su alrededor, bufando de miedo y con el pelo erizado, preparándose para

posibles problemas.

—No lo sé. Nos han atacado —contestó Musaraña sin aliento.

—¿Quiénes? —preguntó Corazón de Fuego.

Musaraña negó con la cabeza.

—No hemos podido verlo. Estábamos en las sombras.

—¿Y qué me dices de su olor?

—Estábamos demasiado cerca del Sendero Atronador. No sabría decir —respondió Espino, respirando con breves jadeos.

Corazón de Fuego miró al aprendiz, que se tambaleaba precariamente.

—Ve a ver a Fauces Amarillas —le

ordenó—. ¡Tormenta Blanca! —llamó al guerrero, que ya corría desde la guarida de Estrella Azul—. Quiero que vengas con nosotros. —Se volvió hacia Musaraña—. Llévanos a donde ha sucedido esto.

Tormenta de Arena y Manto Polvoroso lo miraban expectantes, esperando recibir órdenes.

—Vosotros dos quedaos aquí a guardar el campamento —maulló el lugarteniente—. Esto podría ser una trampa para alejar a nuestros guerreros. Ya ocurrió en una ocasión.

Con Estrella Azul en su última vida, Corazón de Fuego sabía que debía dejar

el campamento bien protegido.

Salió disparado de allí con Tormenta Blanca al lado y Musaraña resollando tras ellos. Juntos, ascendieron el barranco y corrieron por el bosque.

Corazón de Fuego redujo el paso al ver que Musaraña estaba haciendo un gran esfuerzo para seguirles el ritmo.

—Ve tan rápido como puedas —le instó.

Sabía que la guerrera estaría dolorida tras la pelea, pero necesitaban encontrar a Viento Veloz. Tenía la horrible sensación de que aquel ataque podía tener algo que ver con el Clan de la Sombra. Cirro y Cuello Blanco

habían estado en territorio del Clan del Trueno hacía muy poco tiempo. ¿Lo habrían engañado para poner en peligro a su clan, después de todo? Corazón de Fuego se encaminó instintivamente hacia el Sendero Atronador.

—¡No! —exclamó Musaraña—. ¡Es por aquí! —Pasó ante él apretando el paso y se desvió hacia los Cuatro Árboles.

Corazón de Fuego y Tormenta Blanca la siguieron.

Mientras corrían entre los árboles, Corazón de Fuego reparó en que él ya había ido por allí antes. Era la ruta que habían tomado Cirro y Cuello Blanco

después de que Estrella Azul los echara. ¿Habría entrado un grupo de asalto del Clan de la Sombra por el túnel de piedra que discurría bajo el Sendero Atronador?

Musaraña frenó de pronto entre dos gigantescos abedules. El Sendero Atronador rugía en la distancia, y su asqueroso olor se filtraba por la vegetación. Más adelante, Corazón de Fuego vio el delgado cuerpo marrón de Viento Veloz tumbado en el suelo, siniestramente quieto. Un gato blanco y negro estaba inclinado sobre el inmóvil guerrero. Con un sobresalto, Corazón de Fuego advirtió que se trataba de Cuello

Blanco.

Los ojos del guerrero del Clan de la Sombra se dilataron de espanto al ver a los gatos que se acercaban. Empezó a retroceder, apartándose de Viento Veloz y trastabillando de la impresión.

—¡Está muerto! —gimió.

Corazón de Fuego pegó las orejas al cráneo, invadido por la ira. ¿Así era como los guerreros del Clan de la Sombra correspondían a la amabilidad de otro clan? Sin pararse a ver qué hacían Tormenta Blanca y Musaraña, soltó un aullido de furia y se abalanzó sobre Cuello Blanco, que se encogió bufando. Corazón de Fuego lo golpeó

por detrás, y el guerrero del Clan de la Sombra cayó al suelo desmadejado, sin ofrecer resistencia, mientras Corazón de Fuego se alzaba sobre él.

El lugarteniente se quedó mirándolo confundido; su enemigo se encogía impotente bajo él, con los ojos convertidos en rendijas aterrorizadas. Mientras vacilaba, Cuello Blanco salió corriendo y desapareció en un enredado zarzal. Corazón de Fuego lo persiguió, sin preocuparse de las espinas que le desgarraban la piel. El guerrero del Clan de la Sombra debía de dirigirse al túnel de piedra. Corazón de Fuego siguió adelante y vislumbró la punta de

la cola del gato, que estaba saliendo del zarzal al arcén cubierto de hierba.

Corazón de Fuego salió al cabo de unos instantes y vio a Cuello Blanco detenido en el margen del Sendero Atronador. Corazón de Fuego se lanzó sobre él, esperando que huyera hacia el túnel, pero el guerrero del Clan de la Sombra le dirigió una mirada y luego corrió al Sendero Atronador.

El lugarteniente presenció con horror cómo el aterrorizado gato cruzaba la dura superficie gris. Oyó un rugido ensordecedor. Se encogió, frunciendo la cara, cuando el apestoso viento de un monstruo le sacudió el

cuerpo. Tras su paso, abrió los ojos y se quitó el polvo de las orejas. En el Sendero Atronador yacía inmóvil una figura maltrecha. El monstruo había atropellado a Cuello Blanco.

Corazón de Fuego se quedó helado un instante, embargado por el espantoso recuerdo del accidente de Carbonilla. Luego vio que Cuello Blanco se agitaba. No podía dejar allí a ningún gato; ni siquiera a un enemigo del Clan de la Sombra que había asesinado a uno de los guerreros más valientes del Clan del Trueno. Miró a ambos lados del Sendero Atronador. No había ningún monstruo a la vista. Corrió hacia donde estaba

Cuello Blanco. El gato parecía más pequeño todavía, y la sangre de su pecho blanco relucía como fuego bajo los rayos del sol poniente.

Corazón de Fuego sabía que moverlo sólo aceleraría su muerte. Temblando de la impresión, miró al guerrero por el que Carbonilla se había tomado tantas molestias para curarlo en secreto, ocultándoselo al resto del clan.

—¿Por qué has atacado a nuestra patrulla? —susurró Corazón de Fuego.

Se inclinó cuando Cuello Blanco abrió la boca para hablar, pero el gorgoteante maullido del guerrero quedó ahogado por el rugido de un monstruo

que pasó terroríficamente cerca, lanzando una nube de gases y polvo sobre los dos gatos. Corazón de Fuego clavó las garras todo lo que pudo en la inflexible superficie y se arrimó más al guerrero del Clan de la Sombra.

Cuello Blanco volvió a abrir la boca, de la que brotó un hilillo de sangre. Tragó saliva a duras penas, y un espasmo lo sacudió. Pero, antes de que pudiera hablar, sus ojos se detuvieron en un punto por encima del omóplato de Corazón de Fuego, hacia el bosque del territorio del Clan del Trueno. El lugarteniente vio que los ojos de Cuello Blanco relucían de pavor antes de

volverse vidriosos por última vez.

Corazón de Fuego se dio la vuelta para descubrir qué había llenado de pánico los últimos instantes de Cuello Blanco. Le dio un vuelco el corazón al ver quién se hallaba en el borde del Sendero Atronador: el guerrero oscuro que había merodeado por muchos de sus sueños.

Garra de Tigre.



16

Corazón de Fuego sintió como si sus garras hubieran echado raíces en el Sendero Atronador mientras observaba al gato que había proyectado una sombra amenazadora en su vida durante tanto tiempo. Ya no había por qué fingir una lealtad de clan común. Garra de Tigre era un proscrito, el enemigo de todos los

gatos que seguían el código guerrero.

El ardiente sol vespertino se colaba a través de los árboles, y sus rayos anaranjados relucían sobre el pelaje oscuro del enorme atigrado. A través del silencio del Sendero Atronador vacío, Garra de Tigre preguntó a Corazón de Fuego con desprecio:

—¿Perseguir gatos esmirriados hasta su muerte es lo mejor que sabes hacer para defender tu territorio?

La mente de Corazón de Fuego se aclaró en un segundo; su cuerpo vibraba de fuerza con una furia fría. Se quedó mirando a Garra de Tigre sin pestañear cuando el estruendo de otro monstruo

agitó el vello de las orejas. Se mantuvo firme en su sitio mientras pasaba ante él como un rayo, seguido por otro monstruo más. Pero Corazón de Fuego no sentía miedo. En el fugaz espacio entre los dos monstruos se concentró en Garra de Tigre y saltó.

Al atigrado se le pusieron los ojos como platos de la sorpresa cuando Corazón de Fuego cayó sobre él, con las garras preparadas y bufando de rabia. Rodaron juntos por la hierba hasta el abrigo de los árboles. Corazón de Fuego sacó fuerzas de los familiares olores del bosque… ahora era su territorio, no el de Garra de Tigre. Los dos lucharon

salvajemente, aplastando la marchita vegetación y dejando profundas marcas en el suelo con sus garras.

Corazón de Fuego había conseguido aferrar bien a Garra de Tigre en el primer asalto. Podía notar todas las costillas del atigrado. Éste había perdido peso, pero sus músculos seguían siendo fuertes bajo su espeso pelaje, y Corazón de Fuego comprendió enseguida que el exilio no había disminuido su potencia. El gato se agazapó y saltó hacia arriba, y luego se retorció en el aire. Corazón de Fuego salió despedido y sintió el impacto del suelo reseco al aterrizar de costado.

Jadeó para recuperar el aire que había escapado de sus pulmones e intentó levantarse, pero no fue lo bastante rápido. Garra de Tigre saltó sobre él, atenazándolo contra el suelo con unas garras que parecían atravesarlo hasta los huesos.

Corazón de Fuego aulló de dolor, pero el enorme atigrado lo mantuvo inmovilizado. El joven lugarteniente percibió el hedor de la carroña cuando Garra de Tigre alargó el cuello para sisearle al oído:

—Me escuchas, ¿verdad, minino de compañía? Voy a mataros, a ti y a todos tus guerreros, uno por uno.

Incluso en el calor de la batalla, aquellas palabras le provocaron un escalofrío. Sabía que Garra de Tigre hablaba en serio. De pronto reparó en nuevos ruidos y olores a su alrededor… el susurro de pasos desconocidos y extraños olores de gatos. Estaban rodeados. Pero ¿por quiénes? Confundido por la pestilencia del Sendero Atronador, el olor de la sangre de Cuello Blanco y el de su propio miedo, Corazón de Fuego se preguntó desolado si podrían ser los gatos que quedaban de la banda de desertores de Cola Rota, quienes, no hacía mucho, habían ayudado a Garra de Tigre a

asaltar el campamento del Clan del Trueno. ¿Cuello Blanco habría elegido unirse a aquellos proscritos antes que regresar a su campamento, infectado por la enfermedad?

Desesperado, Corazón de Fuego estiró las patas traseras, buscando clavar las zarpas en la barriga de Garra de Tigre. Su viejo enemigo debía de haber subestimado lo fuerte que se había vuelto, porque aflojó la presión y cayó al suelo. Corazón de Fuego se alejó arañando la tierra, y levantó la cabeza a tiempo de ver cómo Musaraña y Tormenta Blanca surgían de la vegetación para abalanzarse contra los

gatos que los rodeaban. Se volvió para mirar a Garra de Tigre, que se había puesto en pie de un salto para alzarse sobre las patas traseras, y se erguía sobre Corazón de Fuego mostrando los colmillos con sus ojos ámbar destellando de odio. El joven se agachó cuando Garra de Tigre embistió, lanzándose rápidamente hacia delante, y luego se volvió para golpear a su oponente en la nariz. A su lado se oía aullar y bufar a Musaraña y Tormenta Blanca, que combatían con el valor del Clan Estelar. Pero los atacantes los superaban en número. Mientras esquivaba a Garra de Tigre una vez más,

Corazón de Fuego miró alrededor, buscando azorado alguna vía de escape. Unas garras se clavaron en su pata trasera, y al darse la vuelta vio que uno de los compinches de Garra de Tigre lo aferraba gruñendo cruelmente. Estaba tan flaco y desgreñado como los demás, y sus ojos destellaban con rencor.

Garra de Tigre volvió a erguirse con un bufido furioso. Corazón de Fuego se estaba preparando para el golpe cuando vio un resplandor gris. Un ancho par de omóplatos pasó veloz ante él, y Corazón de Fuego reconoció al guerrero junto al que había peleado muchas veces.

¡Látigo Gris!

Su amigo apuntó al vientre expuesto de Garra de Tigre y lo derribó de espaldas. Corazón de Fuego dio media vuelta rápidamente y mordió el bíceps del proscrito que lo aferraba hasta que notó que los dientes tocaban el hueso. Soltó al gato cuando éste chilló, y luego escupió la sangre que le había llenado la boca.

Pasmado, Corazón de Fuego se fijó en la batalla que bramaba a su alrededor. Látigo Gris debía de haber llevado a toda una patrulla del Clan del Río, pues ahora eran los desertores los que estaban en inferioridad de condiciones en su pelea contra los gatos

de pelo lustroso. Vio cómo Látigo Gris se zafaba de Garra de Tigre, y corrió a ayudar a su amigo. Juntos, se plantaron sobre las patas traseras ante Garra de Tigre para darle un golpe y tirarlo de espaldas, al unísono, como habían practicado tantas veces. Luego, sin intercambiar siquiera una mirada, embistieron como uno solo e inmovilizaron al enorme atigrado. Garra de Tigre soltó un bufido apagado cuando Corazón de Fuego aplastó su hocico contra el suelo, mientras Látigo Gris lo sujetaba por los omóplatos y le golpeaba el costado con las patas traseras.

Corazón de Fuego oyó unos gritos que se perdían en el bosque y se dio cuenta de que los gatos proscritos estaban huyendo, abandonando la batalla. Garra de Tigre aprovechó su distracción para liberarse. Salió corriendo hacia las zarzas, bufando de rabia, y desapareció entre las ramas espinosas.

Mientras se apagaban los gemidos de los desertores, los guerreros se sacudieron la tierra de encima y empezaron a lamerse las heridas. Corazón de Fuego reparó entonces en que Pedrizo, el hijo de Estrella Azul, se hallaba entre los gatos del Clan del Río.

—¿Alguien está malherido? —preguntó el lugarteniente sin resuello.

Todos negaron con la cabeza, incluso Musaraña, que ya sangraba del primer encontronazo.

—Nosotros deberíamos regresar a nuestro territorio —maulló Pedrizo.

—El Clan del Trueno os agradece vuestra ayuda. —Corazón de Fuego inclinó la cabeza respetuosamente.

—Los gatos proscritos son una amenaza para todos —repuso Pedrizo—. No podíamos dejar que lucharais solos contra ellos.

Tormenta Blanca sacudió el hocico, esparciendo gotas de sangre, y miró a

Látigo Gris.

—Es estupendo volver a pelear a tu lado, amigo. ¿Qué te ha traído aquí?

Fue Pedrizo quien respondió:

—Látigo Gris ha oído los aullidos de Corazón de Fuego desde los Cuatro Árboles, donde estábamos patrullando. Nos ha convencido de que viniéramos a ayudar.

—Gracias —respondió Corazón de Fuego afectuosamente.

Pedrizo asintió y se dirigió hacia los árboles. Su patrulla lo siguió. Corazón de Fuego tocó a Látigo Gris con el hocico, lamentando que tuviera que irse, y dolorosamente consciente de que no

había tiempo para decir todo lo que quería.

—Hasta pronto, Látigo Gris —maulló.

Notó el ronroneo de su amigo a través de su denso pelaje.

—Hasta pronto —murmuró el guerrero gris.

Corazón de Fuego se estremeció mientras el sol desaparecía definitivamente del bosque. Vio cómo los ojos de Musaraña brillaban en la penumbra, tensos de pena. Entonces sintió una nueva oleada de pesar al recordar el precio que habían pagado por el ataque de los desertores. El

cuerpo de Viento Veloz ya estaría enfriándose. Y aquélla no era la única muerte prematura que Garra de Tigre había llevado al bosque ese día.

Corazón de Fuego miró a Tormenta Blanca.

—¿Podéis Musaraña y tú trasladar a Viento Veloz al campamento sin mí?

El guerrero blanco entornó los ojos con curiosidad, pero asintió sin decir nada.

El lugarteniente agitó las orejas.

—Yo os seguiré enseguida. Hay algo que debo hacer antes.



17

Corazón de Fuego caminó pesadamente hasta el Sendero Atronador. El hedor de Garra de Tigre y los gatos proscritos seguía impregnando el aire, pero no oyó ningún sonido aparte de trinos y el susurro de la brisa a través de las hojas. En la calma tras la batalla, advirtió que el olor del Clan de la Sombra estaba

fuertemente mezclado con los otros olores. ¿Habría más guerreros del Clan de la Sombra entre los desertores, aparte de Cuello Blanco? Corazón de Fuego se preguntó si la enfermedad del campamento del Clan de la Sombra sería tan mala como para que sus guerreros se hubieran visto obligados a exiliarse y unirse a la banda de proscritos de Garra de Tigre en busca de protección. Aunque a lo mejor el olor que captaba tan sólo procedía del territorio que había al otro lado del Sendero Atronador.

Miró el cuerpo del guerrero blanco y negro que yacía sobre el duro camino

gris. Si Cuello Blanco se había unido a los desertores porque su clan estaba demasiado enfermo para darle apoyo, ¿cómo se explicaba su expresión de horror al ver a Garra de Tigre? ¿Por qué se habría aterrorizado tanto si ahora Garra de Tigre era su líder? Con una punzada de culpabilidad, Corazón de Fuego se preguntó de repente si Cuello Blanco no habría tropezado con el cadáver de Viento Veloz de forma accidental, después de que Garra de Tigre atacara a la patrulla del Clan del Trueno. Pero ¿qué estaba haciendo Cuello Blanco en territorio del Clan del Trueno? ¿Y dónde estaba Cirro? Había

demasiadas preguntas, y ninguna de las respuestas tenía sentido.

Una cosa era segura: no podía dejar que el cuerpo de Cuello Blanco quedara destrozado por los monstruos del Sendero Atronador. Ahora el camino estaba tranquilo. Cruzó hasta el centro y agarró al gato por el pescuezo. Lo arrastró con delicadeza hasta el margen del extremo opuesto, con la esperanza de que sus compañeros de clan lo encontraran pronto y lo enterrasen honorablemente. Fuera lo que fuese lo que había hecho Cuello Blanco, ahora lo juzgaría el Clan Estelar.

Cuando Corazón de Fuego entró en el campamento iluminado por la luna, el cuerpo de Viento Veloz yacía en el centro del claro. Parecía tranquilo, estirado como si estuviese durmiendo. Estrella Azul daba vueltas alrededor del guerrero muerto, balanceando la cabeza de un lado a otro.

El resto del clan estaba en segundo término, en las sombras que bordeaban el claro. El aire estaba cargado de aflicción. Los gatos se movían en silencio entre ellos, lanzando miradas de inquietud a su líder, que iba de arriba abajo mascullando para sí. Estrella Azul ni siquiera intentaba controlar su pesar,

como había hecho otras veces. Corazón de Fuego recordó lo discretamente que había llorado la muerte de Corazón de León, su viejo amigo y lugarteniente, muchas lunas atrás. Ahora no mostraba nada de esa dignidad callada.

El lugarteniente notó cómo lo observaba el clan cuando se acercó a la líder. Estrella Azul levantó la vista, y él se sintió muy alarmado al ver que tenía los ojos empañados de miedo y conmoción.

—Dicen que es Garra de Tigre quien ha hecho esto —dijo la gata con voz ronca.

—Podría haber sido uno de sus

secuaces.

—¿Cuántos son?

—No lo sé —admitió Corazón de Fuego. Había sido imposible contarlos en el fragor de la batalla—. Muchos.

Estrella Azul empezó a sacudir la cabeza de nuevo, pero Corazón de Fuego sabía que debía contárselo todo, tanto si ella quería saber lo que estaba sucediendo en el bosque como si no.

—Garra de Tigre quiere vengarse del Clan del Trueno —anunció—. Me ha dicho que iba a matar a todos nuestros guerreros uno por uno.

A sus espaldas, el clan estalló en aullidos horrorizados. El joven

lugarteniente los dejó gemir, con la mirada fija en Estrella Azul. Sintió que su corazón aleteaba como un pájaro atrapado mientras suplicaba al Clan Estelar que le diera a la líder la fuerza para enfrentarse a aquella amenaza declarada abiertamente. Poco a poco, el clan fue enmudeciendo, y Corazón de Fuego esperó con todos los demás a que Estrella Azul hablara. Un búho ululó en la distancia mientras descendía entre los árboles.

Estrella Azul alzó la cabeza.

—Garra de Tigre sólo quiere matarme a mí —murmuró la gata, tan bajito que únicamente Corazón de Fuego

pudo oírla—. Por el bien del clan…

—¡No! —exclamó el joven lugarteniente, interrumpiéndola. ¿De verdad Estrella Azul pretendía entregarse a Garra de Tigre?—. ¡Él quiere vengarse de todo el clan, no sólo de ti!

La gata dejó caer la cabeza.

—¡Qué traición tan cruel! —siseó—. ¿Cómo pude no ver su falsedad cuando vivía entre nosotros? ¡Qué insensata fui! —Sacudió la cabeza con los ojos cerrados—. Qué insensata con cerebro de ratón.

A Corazón de Fuego le temblaban las patas. Estrella Azul parecía decidida

a torturarse atribuyéndose toda la responsabilidad por la perversidad de Garra de Tigre. Al joven se le revolvió el estómago al comprender que él tendría que ponerse al frente.

—A partir de ahora, todos debemos asegurarnos de que el campamento esté guardado día y noche. Rabo Largo —añadió Corazón de Fuego mirando al guerrero rayado—, tú montarás guardia hasta que la luna esté en lo más alto. —Luego señaló a Escarcha con la cabeza—. Tú tomarás el relevo. —Los dos gatos asintieron, y él inclinó la cabeza hacia el cadáver de Viento Veloz—. Musaraña y Fronde Dorado pueden

enterrar a Viento Veloz al alba. Estrella Azul velará su cuerpo hasta entonces.

Miró de reojo a su líder, que tenía la vista clavada en el suelo, y esperó que hubiera oído sus palabras.

—Yo velaré con ella —maulló Tormenta Blanca.

El guerrero blanco se abrió paso entre los congregados y se sentó junto a Estrella Azul, apretándose contra su cuerpo.

Uno tras otro, los miembros del clan se acercaron a presentar sus respetos al amigo perdido. Sauce abandonó la maternidad para acariciar suavemente con el hocico al guerrero muerto,

susurrándole una despedida apenada. Flor Dorada la siguió, tras señalar a sus cachorros que se quedaran detrás de ella. Corazón de Fuego tuvo un presentimiento frío al ver cómo el atigrado oscuro se asomaba tras su madre con curiosidad. No pudo evitar sentir que ese cachorro, por muy inocente que fuera, mantenía viva la amenaza de Garra de Tigre en el interior del clan. Luego apartó ese pensamiento al ver que Flor Dorada lamía dulcemente la mejilla de Viento Veloz. Debía tener fe en que la reina y el clan criarían al cachorro de modo que se convirtiese en un guerrero más fiable de

lo que había sido su padre.

Cuando Flor Dorada se marchó, Corazón de Fuego se adelantó para lamer el pelaje sin brillo de Viento Veloz.

—Vengaré tu muerte —prometió en voz baja.

Al retirarse, vio que una figura se separaba de la sombra de la Peña Alta. Se trataba de Cebrado. Corazón de Fuego reparó en que los ojos del atigrado iban alternativamente de Viento Veloz a Estrella Azul, con expresión ardiente, pero no de temor o pena, sino con una seriedad meditativa.

Desazonado, Corazón de Fuego se

encaminó al único lugar en que sabía que hallaría consuelo. Pasó entre los helechos hasta la guarida de Fauces Amarillas. Los mordiscos y zarpazos recibidos empezaban a escocerle, tanto como las punzantes dudas que turbaban su mente.

Espino estaba sentado en la pisoteada hierba del claro. Tenía una pata levantada para que la examinaran Carbonilla y Fauces Amarillas. La aprendiza le retiró una capa de telaraña de la almohadilla, y el gato hizo una mueca.

—Sigue sangrando —informó Carbonilla.

—Ya debería haber parado —repuso Fauces Amarillas—. Necesitamos secar la herida antes de que se infecte.

La aprendiza entornó los ojos.

—Tenemos unos tallos de cola de caballo que recogí ayer. ¿Qué te parece si empapamos las telarañas con su savia antes de vendarle la zarpa? A lo mejor eso detendría la hemorragia.

Fauces Amarillas ronroneó sonoramente.

—Bien pensado.

La vieja curandera se volvió de inmediato y corrió hacia su guarida mientras Carbonilla presionaba la herida de Espino con la pata. Sólo

entonces la aprendiza reparó en la presencia de Corazón de Fuego, plantado en el túnel de acceso.

—¡Corazón de Fuego! —maulló, con la preocupación pintada en sus ojos azules—. ¿Estás bien?

—Sólo tengo unos cuantos zarpazos y un mordisco o dos —contestó él, acercándose.

—He oído que los gatos que nos atacaron eran proscritos —maulló Espino, doblando el cuello para mirar al lugarteniente—. Y que Garra de Tigre estaba con ellos. ¿Es eso cierto?

—Es cierto —respondió muy serio.

Carbonilla lanzó una ojeada a

Corazón de Fuego y luego sacudió la pata del aprendiz.

—Toma, aprieta esto.

—¿Yo? —exclamó Espino sorprendido.

—¡Es tu pata! Espabila, o tendrás que cambiar tu nombre por Espino Cojo.

Espino levantó más la pata y cerró cuidadosamente los dientes alrededor de la herida.

—Estrella Azul no debería haber permitido que Garra de Tigre abandonara el clan —dijo Carbonilla en voz baja—. Debería haberlo matado cuando tuvo la ocasión.

El lugarteniente negó con la cabeza.

—Ella jamás lo habría matado a sangre fría. Y tú lo sabes.

Carbonilla no le llevó la contraria.

—¿Por qué Garra de Tigre ha vuelto ahora? ¿Y cómo ha podido matar a un guerrero junto al que había combatido?

—Me ha dicho que iba a matar a tantos de nosotros como pudiera —maulló Corazón de Fuego sombríamente.

Espino soltó un maullido ahogado, y a Carbonilla le temblaron los bigotes del susto.

—Pero ¿por qué? —preguntó la aprendiza.

A Corazón de Fuego se le empañaron los ojos de rabia.

—Porque el Clan del Trueno no le dio lo que él quería.

—¿Y qué es lo que Garra de Tigre quería?

—Ser líder —respondió Corazón de Fuego sin rodeos.

—Bueno, pues así jamás conseguirá ser líder. Difícilmente se hará popular en el clan si empieza a atacar a nuestras patrullas.

Corazón de Fuego sintió la semilla de la duda pese a las palabras confiadas de Carbonilla. Estrella Azul estaba muy débil. ¿Quién tendría la fuerza necesaria para sustituirla si ella…? Se estremeció. Conocía el profundo miedo que el clan

sentía hacia el gran atigrado y sus compinches. Quizá prefirieran aceptar a Garra de Tigre como líder antes que permitir la destrucción del Clan del Trueno por pelear contra él.

—¿De verdad crees eso? —le preguntó a Carbonilla.

El ruido de las pisadas de Fauces Amarillas, que regresaba de su guarida, los pilló por sorpresa a los tres, que se volvieron hacia la vieja curandera. La gata llevaba una bola de telarañas en la boca. La depositó junto a Carbonilla y maulló:

—¿Si cree el qué?

—Que Garra de Tigre jamás será

líder de un clan —explicó Carbonilla.

Los ojos de Fauces Amarillas se ensombrecieron, y no habló durante largos segundos.

—Yo creo que Garra de Tigre tiene una ambición tan fuerte como para conseguir todo lo que desee —maulló por fin.



18

—¡No mientras Corazón de Fuego viva! —protestó Carbonilla.

El joven lugarteniente se sintió reconfortado por la fe que la aprendiza tenía en él, y estaba a punto de responder cuando Espino se quejó con voz ahogada:

—¡Sigue sangrando!

—No durante mucho tiempo —respondió Fauces Amarillas con brío—. Ven, Carbonilla. Ponle estas telarañas mientras yo examino las heridas de Corazón de Fuego.

La curandera dejó las telarañas junto a la joven gata y guió a Corazón de Fuego hasta la entrada de su guarida.

—Espera aquí —ordenó, y desapareció en el interior. Volvió a salir con un bocado de hierbas bien mascadas —. Veamos, ¿dónde te duele?

—Esto es lo peor —contestó Corazón de Fuego, torciendo el cuello para señalar un mordisco en el omóplato.

—Bien. —Fauces Amarillas empezó a frotar la herida con la mezcla de hierbas, suavemente—. Estrella Azul está muy alterada —murmuró, sin despegar los ojos de lo que estaba haciendo.

—Lo sé —afirmó el lugarteniente—. Voy a organizar más patrullas de inmediato. Quizá eso la tranquilice.

—Puede que también ayude a tranquilizar al resto del clan —señaló la vieja gata—. Están realmente preocupados.

—Tienen motivos para estarlo. —Corazón de Fuego hizo una mueca cuando Fauces Amarillas presionó las

hierbas más profundamente en la herida.

—¿Cómo les va a los nuevos aprendices? ¿Progresan bien? —preguntó la curandera con fingida despreocupación.

Corazón de Fuego sabía que la vieja gata estaba dándole un sabio consejo a su manera, de forma indirecta.

—Aceleraré su entrenamiento —decidió—. Empezarán al amanecer.

Sintió un nudo en la garganta de pena al recordar a Nimbo. El clan lo necesitaba más que nunca; pese a lo que el aprendiz blanco pensara del código guerrero, nadie podía negar que era un luchador valiente y hábil.

Fauces Amarillas dejó de masajearle el omóplato.

—¿Has terminado? —preguntó Corazón de Fuego.

—Casi. Te pondré también un poco en los arañazos; luego puedes irte. —La vieja gata le guiñó uno de sus grandes ojos amarillos—. Ten valor, joven Corazón de Fuego. Son tiempos oscuros para el Clan del Trueno, pero ningún gato podría hacer más de lo que tú haces.

Mientras Fauces Amarillas hablaba, en la distancia sonó el retumbo de un trueno, una insinuada amenaza que provocó un escalofrío a Corazón de

Fuego a pesar de las palabras de aliento de la curandera.

Cuando regresó al claro principal, las heridas se le habían adormecido con las hierbas sanadoras. Corazón de Fuego se sorprendió al descubrir que la mayoría de los gatos seguían despiertos. Estrella Azul, Tormenta Blanca y Musaraña estaban encorvados en silencio junto al cadáver de Viento Veloz. Su dolor se reflejaba en sus cabezas gachas y en la tensión de sus omóplatos. Los demás formaban pequeños grupos; pestañeaban en las sombras, y sus orejas se agitaban nerviosamente mientras escuchaban los

ruidos del bosque.

Corazón de Fuego se echó en el lindero del claro. El sofocante ambiente hacía que le picara la piel. Todo el bosque parecía estar aguardando a que estallara la tormenta. Una sombra se movió cerca del borde del claro, y Corazón de Fuego giró la cabeza. Era Cebrado.

El lugarteniente llamó al guerrero con un movimiento de la cola. Cebrado se acercó despacio.

—Quiero que mañana salgas con una segunda patrulla en cuanto regrese la del alba —maulló Corazón de Fuego—. De ahora en adelante, habrá tres patrullas

extra cada día, y todas contarán con tres guerreros.

Cebrado lo miró fríamente.

—Pero mañana por la mañana tengo que entrenar a Frondina.

Corazón de Fuego sintió un hormigueo de irritación.

—Entonces llévatela contigo —le espetó—. Será una buena experiencia para ella. De todos modos, necesitamos acelerar el entrenamiento de los aprendices.

Cebrado sacudió las orejas, pero su mirada se mantuvo inalterable.

—Sí, lugarteniente —murmuró con ojos destellantes.

Corazón de Fuego entró cansadamente en la guarida de Estrella Azul. Aunque el sol todavía no había alcanzado su cénit, él ya había salido a patrullar dos veces. Y por la tarde se llevaría a cazar a Centellina, la aprendiza de Tormenta Blanca. Los días siguientes a la muerte de Viento Veloz habían sido muy ajetreados. Todos los guerreros y aprendices estaban exhaustos, intentando aguantar el ritmo de las nuevas patrullas. Como Sauce y Flor Dorada estaban en la maternidad, Tormenta Blanca era reacio a separarse de su líder, Nimbo se había ido y Viento Veloz estaba muerto, a

Corazón de Fuego apenas le quedaba tiempo para comer y dormir.

Estrella Azul estaba en su lecho con los ojos casi cerrados, y durante un segundo Corazón de Fuego se preguntó si habría desarrollado la enfermedad del Clan de la Sombra. La líder tenía el pelo todavía más desgreñado, y estaba tan quieta como un gato que ya no puede cuidar de sí mismo y espera la muerte en silencio.

—Estrella Azul —la llamó Corazón de Fuego quedamente.

La vieja gata giró la cabeza despacio hacia él.

—Hemos estado patrullando el

bosque constantemente —informó el joven—. No hay ni rastro de Garra de Tigre y sus secuaces.

Estrella Azul apartó la mirada sin responder. Corazón de Fuego hizo una pausa, preguntándose si convenía añadir algo, pero la líder recogió más las patas bajo el pecho y cerró los ojos. Descorazonado, el lugarteniente inclinó la cabeza y salió de la cueva.

El claro iluminado por el sol parecía tan tranquilo que costaba creer que el clan se enfrentara a algún peligro. Fronde Dorado estaba jugando con los cachorros de Sauce delante de la maternidad, sacudiendo la cola para que

los pequeños la atraparan, mientras Tormenta Blanca descansaba a la sombra de la Peña Alta. El guerrero blanco tenía las orejas orientadas hacia la guarida de Estrella Azul, y eso era lo único que delataba la tensión que se vivía en el clan.

Corazón de Fuego se quedó mirando con poco entusiasmo el creciente montón de carne fresca. Se notaba la barriga tirante y vacía, pero se sentía incapaz de tragar nada. Vio a Tormenta de Arena comiendo. La visión de su lustroso pelaje anaranjado le supuso un placer inesperado, y de repente pensó en cómo disfrutaría de la compañía de la guerrera

mientras cazaba con Centellina. Esa idea le devolvió el apetito, y las tripas le rugieron anticipándose a la caza. Dejaría que los otros compartieran las piezas del montón.

En ese instante, Centellina entró en el campamento tras Musaraña, Escarcha y Medio Rabo. Llevaban musgo empapado en agua para las reinas y los veteranos. La gata llevó su goteante carga a la guarida de Estrella Azul, bajo la mirada apreciativa de Tormenta Blanca.

El lugarteniente llamó a Tormenta de Arena:

—Me prometiste que cazarías un

conejo para los dos cuando yo te lo pidiera. ¿Estás lista para venir a cazar con Centellina y conmigo?

La guerrera melada levantó la mirada. Sus ojos verdes relucieron con un mensaje mudo que caldeó el pelaje de Corazón de Fuego más que los rayos del sol.

—Claro —maulló la gata, y se apresuró a engullir el último bocado de comida.

Relamiéndose todavía, corrió hacia Corazón de Fuego.

Los dos esperaron juntos a Centellina y, aunque apenas se tocaban, Corazón de Fuego sintió un cosquilleo

por todo el cuerpo.

—¿Preparada para ir a cazar? —le preguntó a Centellina en cuanto ésta salió de la guarida de Estrella Azul.

—¿Ahora? —maulló la aprendiza sorprendida.

—Sé que el sol todavía no ha llegado a lo más alto, pero podemos marcharnos ahora mismo si no estás demasiado cansada.

Centellina negó con la cabeza y corrió tras ellos cuando salieron disparados por el túnel de aulagas en dirección al bosque.

Con Centellina a la zaga, el lugarteniente siguió a Tormenta de Arena

barranco arriba hasta el bosque, impresionado por la suavidad con que se flexionaban los músculos de la guerrera bajo su pelaje melado. Imaginaba que Tormenta de Arena debía de estar tan agotada como él, pero la gata mantuvo un ritmo rápido a través del sotobosque, con las orejas tiesas y la boca abierta.

—¡Creo que hemos encontrado uno! —susurró la guerrera de golpe, adoptando la posición de acecho.

Centellina abrió la boca para olfatear el aire. Corazón de Fuego se quedó inmóvil mientras Tormenta de Arena avanzaba silenciosamente entre

los arbustos. Captó el olor del conejo y oyó cómo éste olisqueaba debajo de una mata de helechos. De pronto, la guerrera se abalanzó hacia delante, sacudiendo las hojas mientras corría entre ellas. Corazón de Fuego oyó cómo las patas traseras del conejo golpeaban el reseco suelo al intentar escapar. Dejando a Centellina atrás, saltó instintivamente, rodeando los helechos, y corrió entre la vegetación del bosque tras la presa que se alejaba de las afiladas garras de Tormenta de Arena. Corazón de Fuego le quitó la vida de un preciso mordisco, agradeciendo en silencio al Clan Estelar que llenara el bosque con presas, aunque

hacía mucho que no les enviaba lluvia. La tormenta que prometían los truenos unos días atrás no había llegado, y el aire estaba tan seco y era tan sofocante como siempre.

Tormenta de Arena frenó con un derrape junto a Corazón de Fuego. El joven la oyó resollar. Él mismo respiraba entrecortadamente.

—Gracias —dijo la guerrera—. Hoy estoy un poco lenta.

—Yo también —admitió el lugarteniente.

—Necesitas descansar —maulló Tormenta de Arena dulcemente.

—Todos lo necesitamos —repuso él,

sintiendo la calidez de sus ojos verdes.

—Pero tú has estado el doble de ocupado que los demás.

—Hay mucho que hacer. —Y se obligó a añadir—: Y yo ya no tengo que entrenar a Nimbo.

La pérdida de Nimbo lo perturbaba cada vez más. Había estado esperando que el aprendiz apareciera en el campamento tras encontrar el camino de vuelta por sí solo, pero no había habido ni rastro de él desde que el monstruo se lo llevó. Mientras Corazón de Fuego empezaba a perder la esperanza de verlo de nuevo, el hecho de haber perdido dos aprendices —Carbonilla además de

Nimbo— era como una corona de espinas. ¿Cómo iba a encargarse de las responsabilidades de un lugarteniente si no había podido con sus obligaciones como mentor? Al ocuparse de más patrullas y partidas de caza que ningún otro gato, Corazón de Fuego estaba intentando demostrar su valía ante el resto del clan y alejar sus propias dudas sobre su destreza como guerrero.

Tormenta de Arena pareció percibir su ansiedad.

—Sé que hay mucho que hacer. Quizá yo podría ayudarte más. —Se quedó mirándolo, y él creyó detectar una leve amargura en sus siguientes palabras

—: Después de todo, yo tampoco tengo ningún aprendiz a mi cargo.

Ver a Manto Polvoroso con Ceniciento debía de haber herido el orgullo de la gata. Corazón de Fuego sintió una punzada de culpabilidad.

—Lo lamento… —empezó.

El cansancio debía de haberle embotado el cerebro. Cayó en la cuenta —demasiado tarde— de que Tormenta de Arena no tenía ni idea de que él había elegido a los mentores. La gata habría supuesto, al igual que los demás, que Estrella Azul había tomado la decisión.

La guerrera lo miró fijamente, extrañada.

—¿Qué es lo que lamentas?

—Estrella Azul me pidió que escogiera a los mentores para Frondina y Ceniciento —confesó él—. Y yo elegí a Manto Polvoroso en vez de a ti. —Examinó nervioso el rostro de la gata, buscando señales de irritación, pero ella le sostenía la mirada sin inmutarse—. Algún día serás una gran mentora —continuó, desesperado por explicarse—. Pero tuve que escoger a Man…

—No pasa nada. —La gata se encogió de hombros—. Estoy segura de que tenías tus razones.

Su tono era indiferente, pero Corazón de Fuego advirtió que se le

erizaba el pelo a lo largo de la columna vertebral. Se produjo un silencio incómodo, hasta que Centellina se abrió paso entre la vegetación tras ellos.

—¿Lo habéis atrapado? —preguntó la aprendiza sin aliento.

De pronto, Corazón de Fuego advirtió lo cansada que parecía, y recordó lo duro que le resultaba estar a la altura de los guerreros —más grandes y fuertes— cuando era aprendiz. Empujó el conejo hacia Centellina con la nariz.

—Vamos, toma el primer mordisco —le ofreció—. Debería haberte dejado tiempo para comer antes de salir del campamento.

Mientras Centellina, agradecida, empezaba a comer, Tormenta de Arena lo miró a los ojos.

—A lo mejor podrías organizar menos patrullas, ¿no? —sugirió dubitativa—. Todo el mundo está agotado, y no hemos vuelto a ver a Garra de Tigre desde la muerte de Viento Veloz.

Corazón de Fuego sintió una punzada de pesar. Sabía que Tormenta de Arena no se creía realmente sus esperanzadas palabras. Todo el Clan del Trueno era consciente de que Garra de Tigre no se rendiría tan fácilmente. Corazón de Fuego había visto la tensión en los

esbeltos cuerpos de los guerreros mientras patrullaban con él, con las orejas siempre aguzadas y la boca siempre abierta, paladeando el aire en busca de peligro. También había percibido su creciente frustración hacia su líder, a la que necesitaban más que nunca para unir al clan contra aquella amenaza invisible. Pero Estrella Azul apenas había abandonado su guarida desde la vigilia de Viento Veloz.

—No podemos reducir las patrullas —contestó Corazón de Fuego—. Debemos estar en guardia.

—¿De verdad crees que Garra de Tigre nos matará? —maulló Centellina,

levantando los ojos de la comida.

—Creo que lo intentará.

—¿Y qué opina Estrella Azul? —Tormenta de Arena hizo la pregunta vacilante.

—Está preocupada, por supuesto.

Corazón de Fuego sabía que estaba siendo evasivo. Sólo él y Tormenta Blanca comprendían hasta qué punto el regreso de Garra de Tigre había devuelto a la líder al agujero oscuro y atormentado en que se hallaba después de que el traidor guerrero hubiera intentado asesinarla.

—Estrella Azul tiene suerte de contar con un lugarteniente tan bueno —

maulló Tormenta de Arena—. Todos los gatos del clan confían en que nos sacarás de ésta.

Corazón de Fuego no pudo evitar desviar la vista. Era consciente de la manera en que los demás lo miraban últimamente, con una mezcla de esperanza y expectación. Lo honraba gozar de su respeto, pero sabía que era joven e inexperto, y ansiaba tener la inquebrantable fe de Tormenta Blanca en el destino trazado por el Clan Estelar. Esperaba merecerse la confianza de su clan.

—Haré todo lo que pueda —prometió.

—El clan no te pediría más que eso —murmuró Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego miró el conejo.

—Acabémonos esto y busquemos algo más para llevar a casa.

Cuando los tres hubieron comido, siguieron adelante en dirección a los Cuatro Árboles. Avanzaron sin hablar, temiendo delatar su presencia en el bosque a posibles ojos vigilantes. Con Garra de Tigre por allí, el joven lugarteniente sentía como si los miembros del Clan del Trueno fueran presas además de cazadores.

Al acercarse a la ladera que descendía hasta los Cuatro Árboles,

captó de golpe un olor a gato desconocido y se le erizó el pelo. Era evidente que Tormenta de Arena también lo había detectado, porque se quedó de piedra, arqueando el lomo y con todos los músculos en tensión.

—¡Deprisa! —siseó Corazón de Fuego—. ¡Ahí arriba!

Trepó a un sicómoro. Las gatas lo siguieron, y los tres se agazaparon en la rama más baja para atisbar desde allí el suelo del bosque.

Corazón de Fuego vio una sombra oscura y esbelta zigzagueando a través de los helechos. Dos orejas negras asomaban por encima de las hojas.

Había algo en su forma que evocó un recuerdo lejano, no desagradable. ¿Sería un gato de alguno de los otros clanes al que él había ayudado? Pero, con la presencia oscura y conspirativa de Garra de Tigre en el bosque, no había manera de saber qué gatos eran de confianza. Todos los extraños eran enemigos.

Corazón de Fuego flexionó las garras, preparándose para atacar. Junto a él, Tormenta de Arena se estremecía de anticipación y Centellina miraba fijamente hacia abajo, tensando sus pequeños omóplatos. Cuando el desconocido pasó bajo el sicómoro, el

lugarteniente soltó un aullido y se abalanzó sobre su lomo.

El gato negro chilló sorprendido y rodó sobre sí mismo, golpeando contra el suelo a Corazón de Fuego, que se levantó ágilmente de un salto. Había notado el tamaño y la fuerza del rival en aquel primer contacto, y supo que sería fácil deshacerse de él. Se encaró al intruso arqueando el lomo y le soltó un bufido de advertencia. Tormenta de Arena bajó del árbol, seguida de cerca por Centellina, y el lugarteniente vio que al gato negro se le ponían los ojos como platos al descubrir que estaba en inferioridad de condiciones.

Pero Corazón de Fuego ya estaba relajando el pelo de los omóplatos. Su primer instinto había acertado: conocía al forastero. Y por su expresión, que había pasado del pánico al alivio en apenas un segundo, era obvio que aquél también había reconocido a Corazón de Fuego.



19

—¡Cuervo! —Corazón de Fuego corrió a acariciar a su viejo amigo con el hocico.

—¡Qué alegría verte, Corazón de Fuego! —Cuervo le devolvió el saludo y luego se dio la vuelta hacia Tormenta de Arena—. ¿Es posible que ésta sea Arenisca?

—¡Tormenta de Arena! —lo corrigió ella, cortante.

—Por supuesto. La última vez que te vi, ¡eras la mitad de grande que ahora! —El gato negro entornó los ojos—. ¿Cómo está Polvoroso?

Corazón de Fuego comprendió el tono receloso de su amigo. Tormenta de Arena y Manto Polvoroso habían entrenado al mismo tiempo que Cuervo, pero lo consideraban más un rival que un compañero. Cuando Cuervo huyó de su mentor —Garra de Tigre— y se marchó a vivir al territorio de los Dos Patas que había más allá de las tierras altas, a Manto Polvoroso y Tormenta de

Arena no les dio mucha pena perderlo de vista. El lugarteniente dudaba que Cuervo los hubiera echado de menos alguna vez.

—Manto Polvoroso está bien. —Tormenta de Arena se encogió de hombros—. Ahora tiene un aprendiz.

—¿Y ésta es tu aprendiza? —le preguntó Cuervo mirando a Centellina.

Corazón de Fuego sintió que le temblaban las orejas cuando Tormenta de Arena respondió secamente:

—Yo todavía no soy mentora de nadie. Ésta es Centellina, la aprendiza de Tormenta Blanca.

La cálida brisa agitó las hojas de las

copas de los árboles, y Corazón de Fuego alzó la cabeza. El inesperado encuentro con Cuervo lo había desarmado, y había bajado la guardia. Examinó el sotobosque con cautela, mientras recordaba la amenaza de Garra de Tigre y su banda de proscritos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Cuervo? —le preguntó con urgencia.

Cuervo, que estaba observando a Tormenta de Arena con una curiosa expresión en sus ojos ámbar, volvió la cabeza.

—Estaba buscándote.

—¿En serio? ¿Por qué?

Corazón de Fuego sabía que tenía

que tratarse de algo importante si había impulsado al gato negro a regresar al bosque. El joven gato había vivido en un miedo constante después de presenciar accidentalmente cómo Garra de Tigre asesinaba a Cola Roja, el antiguo lugarteniente del Clan del Trueno. Cuando Garra de Tigre intentó matarlo también a él para que no abriera la boca, Corazón de Fuego y Látigo Gris lo ayudaron a escapar. Ahora Cuervo vivía en una granja de Dos Patas junto con Centeno, otro solitario, es decir, un gato que ni era doméstico ni pertenecía a un clan del bosque. Así que Cuervo debía de tener una buena razón para haber

vuelto al territorio de su viejo enemigo. Al fin y al cabo, él no podía saber que la traición de Garra de Tigre había quedado al descubierto y que lo habían expulsado del Clan del Trueno. Hasta donde Cuervo sabía, Garra de Tigre seguía siendo el lugarteniente del clan.

El gato sacudió la cola con nerviosismo.

—Un gato ha ido a vivir en el extremo de mi territorio —empezó.

Corazón de Fuego se quedó mirándolo, confundido, y su amigo intentó explicarse:

—Me lo encontré mientras estaba cazando. Él estaba asustado y perdido.

No habló mucho, pero olía al Clan del Trueno.

—¿Al Clan del Trueno? —repitió Corazón de Fuego.

—Le pregunté si había llegado por las tierras altas, pero no parecía tener idea de dónde se hallaba. De modo que lo llevé de vuelta a la casa de Dos Patas donde me dijo que estaba viviendo.

—Entonces, ¿era un minino casero? —Tormenta de Arena lo miraba fijamente—. ¿Estás seguro de que olía al Clan del Trueno?

—Jamás olvidaría el olor de donde nací —replicó Cuervo—. Y él no parecía el típico gato doméstico. De

hecho, no pareció muy contento de volver con sus Dos Patas.

Corazón de Fuego sintió un destello de emoción en el estómago, pero se obligó a guardar silencio hasta que Cuervo terminara su historia.

—No podía sacarme ese olor de la cabeza. Regresé a la casa de Dos Patas para hablar con él, pero estaba encerrado en el interior. Intenté decirle algo a través de la ventana, pero los Dos Patas me echaron de allí.

—¿De qué color era ese gato? —le preguntó el lugarteniente, y notó que Tormenta de Arena clavaba sus ojos en él.

—Blanco. Tenía el pelo largo y blanco.

—Pero… ¡eso suena a Nimbo! —exclamó Centellina.

—Entonces, ¿lo conocéis? —maulló Cuervo—. ¿Yo tenía razón? ¿Es un miembro del Clan del Trueno?

Corazón de Fuego apenas oyó las palabras de su viejo amigo. ¡Nimbo estaba sano y salvo! Empezó a dar vueltas alrededor de Cuervo, con un hormigueo de alegría y alivio en las patas.

—¿Estaba bien? ¿Qué te dijo?

—B… bueno —tartamudeó el gato, girando la cabeza para seguir a Corazón

de Fuego, que caminaba en círculos en torno a él—. Como te he dicho, la primera vez que lo vi parecía completamente perdido.

—Eso no es sorprendente. Nimbo nunca ha salido del territorio del Clan del Trueno. —Se paseó impaciente entre Tormenta de Arena y Centellina—. Todavía no ha viajado hasta las Rocas Altas. No podía saber que se encontraba tan cerca de casa.

Tormenta de Arena asintió, y Cuervo señaló:

—Eso explicaría por qué estaba tan alterado. Debió de pensar…

—¿Alterado? —Corazón de Fuego

dejó de pasearse—. ¿Por qué? ¿Estaba herido?

—No, no —se apresuró a responder Cuervo—. Sólo parecía absolutamente abatido. Pensé que se alegraría cuando le enseñara el camino de vuelta a su casa de Dos Patas, pero todavía parecía triste. Por eso he venido a buscarte.

Corazón de Fuego se miró las patas, sin saber bien qué pensar. Había tenido la esperanza de que Nimbo fuera feliz en su nueva vida, incluso aunque no volviera a verlo.

Cuervo parpadeó con incertidumbre.

—¿He hecho lo correcto al venir hasta aquí? —maulló—. ¿Acaso ese

tal… hum… Nimbo ha sido expulsado del clan?

Corazón de Fuego miró muy serio a su amigo. Éste había arriesgado su vida para llegar hasta allí; se merecía una explicación.

—Los Dos Patas se llevaron a Nimbo del bosque por la fuerza. Él era mi aprendiz, además del hijo de mi hermana. Lleva desaparecido un cuarto de luna. Yo… había empezado a pensar que no volvería a verlo.

Tormenta de Arena le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Y qué te hace pensar que vas a verlo de nuevo? Ahora está viviendo en

el territorio de Cuervo… ¡con unos Dos Patas! —remarcó.

—¡Voy a ir por él! —declaró Corazón de Fuego.

—¿Qué vas a ir por él? ¿Por qué?

—Ya has oído a Cuervo. ¡Nimbo no es feliz!

—¿Estás seguro de que Nimbo quiere que lo rescaten?

—¿Es que tú no lo querrías? —replicó Corazón de Fuego.

—Yo no necesitaría que me rescataran. Para empezar, no habría aceptado comida de los Dos Patas —apuntó Tormenta de Arena ásperamente.

Cuervo soltó un gruñido de sorpresa,

pero no dijo nada.

—Sería estupendo tenerlo de nuevo en la guarida de los aprendices —intervino Centellina, pero Corazón de Fuego apenas la oyó; estaba mirando a Tormenta de Arena, con el pelo del pescuezo erizado de rabia.

—¿Es que piensas que Nimbo se merece que lo dejemos allí, desgraciado y solo? —le espetó el lugarteniente—. ¿Sólo porque cometió un estúpido error?

La guerrera resopló con impaciencia.

—Eso no es lo que estoy diciendo. Ni siquiera sabes con certeza si Nimbo desea regresar.

—Cuervo ha dicho que parecía desdichado —insistió él.

Pero, mientras hablaba, sintió una punzada de duda. ¿Y si, a esas alturas, Nimbo ya se había acostumbrado a la vida doméstica?

—Cuervo solamente habló con él una vez. —Tormenta de Arena se volvió hacia el gato negro—. ¿Te pareció apenado cuando lo viste por la ventana de los Dos Patas?

Cuervo sacudió las orejas, incómodo.

—No sabría qué decirte. Nimbo estaba comiendo.

Tormenta de Arena se volvió como

el rayo hacia Corazón de Fuego.

—Nimbo tiene un hogar, tiene comida, ¿y todavía piensas que necesita que lo rescaten? ¿Y qué pasa con el clan? Ellos te necesitan. Da la impresión de que Nimbo está a salvo. Yo digo que lo dejemos donde está.

El lugarteniente se quedó mirando a Tormenta de Arena sin pestañear. Ella tenía el pelo de los omóplatos erizado, y sus ojos relucían con determinación. Con el alma en los pies, Corazón de Fuego comprendió que la gata tenía razón. No podía abandonar el clan en esos momentos, ni siquiera para una breve escapada, con Estrella Azul tan

débil y con Garra de Tigre y sus compinches amenazándolos. Y sólo por un gato que había demostrado ser un aprendiz perezoso y glotón.

Pero, aun así, su corazón le decía que debía intentarlo. No podía dejar de creer que Nimbo sería un gran guerrero algún día, y, en esos precisos instantes, el clan necesitaba a todos los guerreros que pudiera conseguir.

—Tengo que ir —maulló sin más.

—¿Y qué pasa si logras traerlo de vuelta? —replicó Tormenta de Arena—. ¿Nimbo estará seguro en el bosque?

Corazón de Fuego sintió un escalofrío por la columna vertebral.

¿Soportaría devolver a Nimbo a casa y ver luego cómo lo despedazaba Garra de Tigre? Pero, aunque sentía un hormigueo de incertidumbre, sabía qué iba a hacer.

—Regresaré mañana cuando el sol esté en lo más alto —maulló—. Decidle a Tormenta Blanca adónde he ido.

A Tormenta de Arena se le dilataron los ojos, llenos de alarma.

—¿Te marchas ahora mismo?

—Necesito que Cuervo me indique dónde está Nimbo, y no puedo pedirle que se quede rondando por el bosque —explicó—. No sabiendo que Garra de Tigre anda suelto.

A Cuervo se le erizó la cola con un miedo repentino.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de que Garra de Tigre anda suelto?

Tormenta de Arena miró a Corazón de Fuego de soslayo.

—Vamos —le dijo el lugarteniente a su amigo—. Te lo explicaré por el camino. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—No te marcharás sin mí —declaró Tormenta de Arena—. Es un viaje absurdo, pero necesitarás toda la ayuda posible si tropiezas con Garra de Tigre o con una patrulla del Clan del Viento.

Corazón de Fuego sintió una oleada de alegría por las palabras de la guerrera. La miró agradecido y se volvió hacia Centellina.

—¿Podrás regresar al campamento y contarle a Tormenta Blanca adónde hemos ido? —le preguntó a la aprendiza —. Él conoce a Cuervo.

Los ojos de Centellina destellaron alarmados, pero se sobrepuso al pánico e inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

—Ve directa a casa y mantén las orejas alerta —le ordenó Corazón de Fuego con una punzada de inquietud al dejar que la joven gata se desplazara

sola.

—Tendré cuidado —prometió la aprendiza muy formal, y luego dio media vuelta y desapareció en la espesura.

Corazón de Fuego apartó la preocupación por Centellina y echó a andar entre los helechos. Tormenta de Arena y Cuervo se pusieron en marcha tras él, y el joven lugarteniente recordó todas las veces que había cazado en el bosque con Cuervo y Látigo Gris. Pero mientras el sofocante aire lo atenazaba y sentía un hormigueo de expectación por el viaje que los esperaba, no pudo evitar preguntarse si no estaría conduciendo a sus amigos al desastre.

Los tres gatos cruzaron los Cuatro Árboles y ascendieron al territorio del Clan del Viento. Corazón de Fuego se acordó de la última vez que había estado allí, con Estrella Azul. Seguirían la misma ruta, atravesando las tierras altas por el centro hasta las granjas que se hallaban entre el territorio del Clan del Viento y las Rocas Altas. Por lo menos, esa vez no había brisa que esparciera su olor por el páramo. El aire de las tierras altas estaba antinaturalmente inmóvil, y tan seco que Corazón de Fuego sentía cómo su pelo chisporroteaba cuando andaba entre el brezo.

Escogió una senda que los llevaba lo más lejos posible del campamento del Clan del Viento, situado en el corazón del territorio. Allí, el suelo era de turba y solía estar húmedo, pero ahora se había secado hasta formar una costra dura, y el brezo tenía partes de color marrón, marchitas por el sol.

—Bueno, ¿qué ha pasado con Garra de Tigre? —Cuervo rompió el silencio sin reducir el paso.

A menudo, Corazón de Fuego había deseado poder contarle a Cuervo que su antiguo torturador había quedado por fin al descubierto. Pero ahora sólo parecía haber oscuridad en la noticia de la

traición y el destierro de Garra de Tigre. Como además había muerto Viento Veloz, el joven lugarteniente narró la historia a trompicones, con el corazón dolorido de amargura y pesar.

Cuervo frenó en seco.

—¿Garra de Tigre ha matado a Viento Veloz?

Corazón de Fuego se detuvo también y asintió apenado.

—Ahora Garra de Tigre lidera una banda de proscritos, y ha jurado matarnos a todos.

—Pero ¿quién seguiría a un cabecilla como él?

—Algunos son viejos amigos de

Cola Rota, exiliados junto con él cuando lo expulsamos del Clan de la Sombra. —Corazón de Fuego hizo una pausa, obligándose a repasar la escena de la reciente batalla—. Pero hay otros gatos que nunca había visto. No sé de dónde proceden.

—De modo que Garra de Tigre es más poderoso que nunca —maulló Cuervo sombríamente.

—¡No! —bufó el lugarteniente—. Ahora es un desterrado, no un guerrero. No tiene clan. El Clan Estelar se opondrá a él mientras siga quebrantando el código guerrero. Sin un clan ni código guerrero en que apoyarse, no hay manera

de que Garra de Tigre pueda vencer al Clan del Trueno.

El joven enmudeció, consciente de que había hablado con una convicción que apenas había sentido hasta entonces. Tormenta de Arena lo miraba llena de orgullo.

—Espero que tengas razón —repuso Cuervo.

«Yo también», pensó el lugarteniente. Emprendió la marcha de nuevo, entornando los ojos contra el cegador sol.

—Por supuesto que Corazón de Fuego tiene razón —aseguró Tormenta de Arena, siguiéndolo.

Cuervo avanzó junto a la guerrera.

—Bueno, por lo menos me alegro de estar fuera de todo eso.

Ella lo miró acusadoramente.

—¿Es que no echas de menos la vida del clan?

—Al principio sí —admitió el gato negro—. Pero ahora tengo un nuevo hogar, y me gusta vivir allí. Tengo a Centeno si quiero compañía, y eso me basta. En cualquier caso, prefiero eso a Garra de Tigre.

Los ojos de Tormenta de Arena centellearon.

—¿Cómo sabes que Garra de Tigre no irá a buscarte?

Cuervo sacudió las orejas.

—Garra de Tigre no tiene ni idea de dónde estás —se apresuró a decir Corazón de Fuego, y luego le lanzó una mirada de advertencia a la guerrera—. Vamos; salgamos del territorio del Clan del Viento.

Apretó el paso hasta que acabaron corriendo entre el brezo, demasiado rápido para hablar. Corazón de Fuego evitó la extensión de aulagas donde él y Estrella Azul habían tropezado con Enlodado; en su lugar, dibujaron un amplio círculo a través del páramo despejado. La árida tierra no ofrecía ninguna protección del sol, y para

cuando alcanzaron la ladera que descendía al territorio de Dos Patas, sentía como si su pelo estuviera ardiendo en llamas. A sus pies se extendía un valle salpicado de prados, senderos y viviendas de Dos Patas, como el manto moteado de un gato pardo.

—Los gatos del Clan del Viento debían de estar resguardados del calor en su campamento —maulló Corazón de Fuego resoplando, mientras corrían ladera abajo—. Esperemos que todo el viaje sea igual de fácil.

Llegaron a una pequeña arboleda, y Corazón de Fuego agradeció la fresca

sombra y los familiares olores del bosque. Muy alto en el cielo, dos águilas ratoneras volaban en círculos lanzando gritos estridentes, y en la distancia se oía el rugido del monstruo de un Dos Patas. Con lo doloridas que tenía las patas, al lugarteniente lo tentó la idea de echarse a descansar un rato, pero su ansia de encontrar a Nimbo lo hizo continuar.

Mientras andaban entre los árboles, Tormenta de Arena iba mirando alrededor con los bigotes temblando. Corazón de Fuego cayó en la cuenta de que la gata sólo se había alejado tanto del territorio del Clan del Trueno en una

ocasión: cuando, como aprendiza, acompañó a Estrella Azul a la Piedra Lunar. Era un viaje que todos los gatos tenían que hacer antes de convertirse en guerreros. En cambio, Corazón de Fuego había estado allí varias veces, no sólo para ir a las Rocas Altas, sino también para visitar a Cuervo y para rescatar al Clan del Viento del exilio. Pero quien se encontraba más cómodo allí era Cuervo.

—No podemos quedarnos aquí —advirtió el gato negro—. Especialmente a esta hora del día. A los Dos Patas les gusta pasear a sus perros por este lugar.

Corazón de Fuego notaba el olor a perro cerca. Agachó las orejas y siguió

en silencio a Cuervo, que los guió fuera del bosquecillo y pasó el primero a través de un seto vivo. Corazón de Fuego esperó a que Tormenta de Arena lo siguiera, y luego se abrió paso a través de las espesas y enredadas hojas. Reconoció el camino de tierra roja del otro lado. Lo había cruzado junto con Látigo Gris cuando fueron en busca del exiliado Clan del Viento. Cuervo miró a ambos lados antes de atravesarlo corriendo y desaparecer en el seto del lado opuesto. Tormenta de Arena lanzó una mirada a su lugarteniente, que asintió para darle ánimos. La gata salió disparada, y él le fue a la zaga.

La cebada del campo que había detrás del seto se alzaba por encima de sus cabezas. En vez de bordear el campo, Cuervo fue directo al bosque de susurrantes tallos. Zigzaguearon tras él, apresurándose para no perder de vista la cola negra que se agitaba delante de ellos. Corazón de Fuego sintió una oleada de inquietud al advertir que jamás podría encontrar la salida solo. Estaba completamente desorientado; no había nada que ver aparte de los interminables tallos dorados y una franja de despejado cielo azul en lo alto. Se sintió muy aliviado cuando por fin salieron de allí y se sentaron a

descansar bajo el seto del extremo más alejado. Estaban haciendo grandes progresos. El sol sólo había descendido la mitad de su camino por el cielo, y las tierras altas ya quedaban muy atrás.

Corazón de Fuego captó un olor familiar en el seto de al lado.

—Es tu marca —le dijo a Cuervo.

—Aquí es donde comienza mi territorio. —Cuervo giró la cabeza, señalando la amplia extensión de campos que tenían delante, donde él vivía y cazaba.

—Entonces, ¿Nimbo está cerca de aquí? —preguntó Tormenta de Arena, olfateando con cautela.

—Hay una pendiente al otro lado de esa elevación —contestó el gato, indicando con la nariz—. La casa de los Dos Patas está allí.

De pronto, Corazón de Fuego notó un hormigueo en la columna vertebral. ¿Qué era ese olor? Se quedó inmóvil y abrió la boca para que alcanzara sus glándulas olfativas.

Junto a él, Cuervo había levantado la nariz, tenía las orejas aguzadas y sacudía la cola con nerviosismo. Sus ojos se dilataron alarmados.

—¡Perros! —bufó.



20

Corazón de Fuego oyó el crujido de la hierba detrás del seto vivo, y tensó los músculos mientras el fuerte olor llenaba el aire. Un sonoro ladrido le erizó la cola, y al instante vio cómo la temblorosa nariz de un perro atravesaba el seto.

—¡Corred! —aulló, dando media

vuelta.

Otro crujido y un gañido de emoción le dijeron que un segundo perro seguía al primero.

Corazón de Fuego salió disparado. Su amiga corría a su lado, rozándolo mientras iban como un rayo a lo largo del seto, con los perros pisándoles los talones. El golpeteo de las patas de los perros hacía que el suelo temblase, y Corazón de Fuego notaba su caliente aliento en la nuca. Miró por encima del hombro: dos gigantescos perros se alzaban tras ellos; su blanda carne se estremecía, tenían una mirada asesina e iban con la lengua colgando. Con un

sobresalto, Corazón de Fuego descubrió que Cuervo no estaba con ellos.

—Sigue corriendo —le susurró a Tormenta de Arena—. No podrán mantener este ritmo mucho tiempo.

La guerrera asintió a duras penas, acelerando todavía más.

Corazón de Fuego tenía razón. Cuando giró la cabeza de nuevo, vio que los perros habían empezado a quedar rezagados. El lugarteniente se fijó en un abedul que había más adelante e hizo sus cálculos. Estaba un poco lejos pero, si conseguían poner la distancia suficiente entre ellos y los perros, quizá lograran trepar y ponerse a salvo.

—¿Ves ese abedul? —le preguntó a Tormenta de Arena jadeando—. Súbete a él tan deprisa como puedas. Yo te seguiré.

La guerrera gruñó con aprobación entre resuellos, y corrieron hacia el árbol. Corazón de Fuego aulló a Tormenta de Arena y ésta trepó al tronco escalando hacia la seguridad.

Antes de subirse al abedul, Corazón de Fuego miró una vez más por encima del hombro para ver a qué distancia estaban los perros. Se le erizó el pelo aún más al ver unos colmillos enormes a sólo un conejo de su cara. Con un cruel gruñido, el perro se abalanzó hacia él.

Corazón de Fuego giró sobre sí mismo y alargó las patas delanteras, con sus garras afiladas como espinas. Notó cómo se desgarraba la piel de la bamboleante papada del perro, y lo oyó aullar de dolor. Le propinó un nuevo zarpazo y luego ascendió por el tronco a toda prisa, veloz como una ardilla. Se detuvo en la primera rama y miró hacia abajo. A sus pies, el perro mostró su frustración mientras se le unía el otro, lanzando la cabeza hacia atrás y aullando de furia.

—Yo… yo… ¡creía que te habían atrapado! —tartamudeó Tormenta de Arena.

Avanzó por la rama y pegó el costado al pelo erizado de Corazón de Fuego, hasta que los dos dejaron de temblar.

Los perros enmudecieron, pero se quedaron al pie del árbol, paseándose arriba y abajo.

—¿Dónde está Cuervo? —preguntó Tormenta de Arena.

El lugarteniente sacudió la cabeza, intentando librarse del pavor que había sentido cuando los perros lo perseguían.

—Debe de haber huido en otra dirección. Estará bien. Creo que sólo había dos perros.

—Creía que éste era su territorio.

¿No sabía que también había perros en este lado del campo?

Corazón de Fuego no supo qué responder y vio cómo se ensombrecía la expresión de su amiga.

—¿No supondrás que Cuervo nos ha traído por aquí a propósito? —gruñó la gata entornando los ojos.

—Por supuesto que no —espetó él, aunque una punzada de incertidumbre lo hizo sonar a la defensiva—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Es que resulta muy extraño que aparezca de la nada y nos conduzca hasta aquí, eso es todo.

Un agudo maullido los hizo mirar a

través de las hojas. ¿Era Cuervo? Los perros miraron alrededor, tratando de localizar el sonido. Corazón de Fuego vislumbró una lustrosa silueta negra desapareciendo entre la cebada. Cuervo aulló de nuevo, y los perros levantaron las orejas. Ladrando emocionados, corrieron hacia los temblorosos tallos que delataban el escondrijo del gato.

Corazón de Fuego se quedó mirando desde el árbol. ¿Podría Cuervo dejar atrás a los canes? Vio cómo temblaba la cebada mientras su amigo zigzagueaba invisible por el campo. Los lomos marrones de los perros lo perseguían ruidosamente como peces desgarbados,

aplastando los tallos con sus torpes patazas y ladrando con frustración.

De pronto, Corazón de Fuego oyó el brusco grito de un Dos Patas. Los perros frenaron en seco y levantaron la cabeza por encima de la cebada, con la lengua colgando. Corazón de Fuego inspeccionó el campo. Un Dos Patas estaba pasando por encima de una valla de madera encajada en el seto. En la mano llevaba unas tiras de algo que parecía cáñamo. De mala gana, los perros se abrieron paso entre la cebada en dirección al Dos Patas, que los agarró por el collar y los sujetó con el cáñamo. Con un suspiro de alivio,

Corazón de Fuego vio cómo el Dos Patas se llevaba a los perros a rastras, con el rabo entre las piernas y la lengua colgando.

—¡Ya veo que eres tan rápido como siempre!

Corazón de Fuego se volvió de golpe, sorprendido. Cuervo estaba subiendo por el tronco hasta su rama. El gato negro señaló a Tormenta de Arena con la cabeza.

—Aunque no entiendo por qué los perros se han molestado en perseguirla a ella. No les habría servido ni de aperitivo.

Tormenta de Arena se irguió y pasó

ante Cuervo.

—¿No tenemos que rescatar un aprendiz? —preguntó la gata con voz glacial.

—Veo que continúa siendo un poco quisquillosa —comentó Cuervo.

—En tu lugar, yo no me metería con ella —murmuró Corazón de Fuego mientras seguía a la gata árbol abajo.

Decidió no contarle a su viejo amigo que la guerrera sospechaba que él los había guiado a una trampa. Cuervo no era tonto, y probablemente ya se lo había imaginado; pero era una señal de su recién estrenada confianza que no se dejase intimidar por la hostilidad de

Tormenta de Arena. Y con los perros fuera de su camino definitivamente, lo único en lo que deseaba pensar Corazón de Fuego era en encontrar a Nimbo.

Cuervo los condujo hasta lo alto de la elevación y se detuvo. Tal como les había indicado, había una vivienda de Dos Patas en el suave valle que se desplegaba ante ellos.

—¿Es ahí adónde llevaste a Nimbo? —preguntó Corazón de Fuego.

Su amigo asintió, y el estómago del lugarteniente se contrajo de emoción y nervios. Aunque encontraran a Nimbo,

¿qué pasaría si no deseaba volver con ellos? Y si volvía, ¿podría el clan confiar de nuevo en un gato al que había atraído la comodidad de la vida doméstica?

—No capto su olor —declaró Tormenta de Arena, y a Corazón de Fuego no se le escapó el tono receloso de su voz.

—Su olor ya era rancio cuando vine a verlo por última vez —explicó Cuervo con paciencia—. Creo que los Dos Patas lo tienen encerrado en casa.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a rescatarlo?

—Adelante —intervino Corazón de

Fuego, decidido a no dar a sus dos amigos la ocasión de empezar a discutir. Comenzó a descender la ladera hacia la casa—. Echemos un vistazo de cerca.

La vivienda de Dos Patas estaba rodeada por un seto esmeradamente podado. Corazón de Fuego lo atravesó y miró al otro lado de la hierba reseca, a la silueta de la casa contra el cielo oscuro. Pegó el cuerpo al suelo y se arrastró hasta el arbusto más cercano con las orejas alerta. Allí el olfato no le servía de gran cosa. El aire del anochecer estaba impregnado del empalagoso aroma de las flores, que enmascaraba otros olores más útiles.

Oyó pasos a sus espaldas, y al darse la vuelta vio que Cuervo y Tormenta de Arena lo seguían; al parecer, de momento habían dejado las peleas a un lado. Les hizo un gesto con la cabeza, agradecido por su compañía, y continuó cruzando el prado.

Para cuando alcanzaron la morada de Dos Patas, Corazón de Fuego notaba el pulso de la sangre en los oídos. De pronto, el seto y la seguridad que había tras él se le antojaron muy lejanos.

—Ahí está la ventana por la que vi a Nimbo —susurró Cuervo, doblando la esquina de la casa.

—Y probablemente por la que te

vieron los Dos Patas —masculló Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego percibió el olor a miedo de la guerrera y supo que su irritación se debía tanto a una tensión contenida como a antiguas rivalidades.

Una luz cegadora se encendió en la ventana que había sobre sus cabezas, y Tormenta de Arena se agazapó. Corazón de Fuego oyó el tamborileo de pisadas de Dos Patas en el interior. Dobló el cuello para observar la pared de la casa, pero la ventana estaba demasiado alta para alcanzarla de un salto. Fue sigilosamente a la franja de tierra que había justo debajo, donde un árbol

nudoso y retorcido crecía en paralelo al muro. Examinó las curvadas ramas. Sopesó la idea de trepar por allí, pero seguía oyendo el ruido de los Dos Patas en el interior.

—¡Nimbo debe de estar medio muerto con ese estruendo! —siseó Tormenta de Arena, con las orejas pegadas al cráneo.

La curiosidad roía a Corazón de Fuego como una rata hambrienta, hasta que ya no pudo soportarlo más.

—Voy a echar una ojeada —anunció, y empezó a subir por el torcido tronco, sin hacer caso de la advertencia de Tormenta de Arena de que tuviera

cuidado.

Con el pulso acelerado, el joven guerrero llegó hasta la ventana y subió cautelosamente al alféizar.

En el interior, un Dos Patas estaba plantado ante algo que escupía nubes de vapor. Corazón de Fuego hizo una mueca por la cruda luz antinatural, pero sintió que se removían viejos recuerdos de su infancia, y supo que estaba viendo una cocina, el lugar en que los Dos Patas preparaban la comida. Su mente se inundó de recuerdos —enterrados hacía mucho— de una comida seca e insulsa y de un agua de sabor fuerte y metálico. Parpadeó para alejar los recuerdos y

empezó a buscar señales de Nimbo.

En una esquina de la guarida de los Dos Patas descubrió un nido de algo semejante a ramas secas entretejidas prietamente. Las patas le temblaron de emoción. Dentro había una pequeña figura blanca, enroscada. Corazón de Fuego contuvo la respiración cuando la criatura se desperezó y saltó de su lecho; luego fue corriendo hacia los pies del Dos Patas y se puso a ladrar escandalosamente. ¡Era un perro! Corazón de Fuego se encogió; la desilusión hizo que le diera vueltas la cabeza y casi perdió agarre en el alféizar. ¿Dónde estaba Nimbo?

—Ahí dentro hay un perro —informó a sus amigos con un susurro.

El Dos Patas se agachó para darle unas palmaditas a la ruidosa criatura. Corazón de Fuego soltó un bufido y luego se irguió sorprendido al ver que Nimbo entraba en la estancia. Alarmado, vio cómo el perro corría a su encuentro sin parar de ladrar. Esperó a que Nimbo arqueara el lomo y bufara pero, en vez de eso, el gato ignoró al otro con frialdad.

Corazón de Fuego se encogió más cuando Nimbo saltó de repente al repecho más alejado de la ventana. El perro seguía ladrando en el suelo, fuera

de la vista.

—Nimbo está aquí —les susurró el lugarteniente a Cuervo y Tormenta de Arena.

—¿Te ha visto? —le preguntó la guerrera.

Corazón de Fuego levantó los ojos cautelosamente, pero mantuvo el cuerpo pegado a la dura piedra. Nimbo tenía la mirada perdida por encima de la cabeza de su pariente. Tenía los ojos ensombrecidos de tristeza y parecía más delgado. Con una punzada de culpabilidad, Corazón de Fuego no pudo evitar sentirse aliviado. Para él, eso era prueba suficiente de que Nimbo no

estaba hecho para la vida de minino doméstico.

Se incorporó y apretó las zarpas contra el cristal de la ventana que los separaba. Con un estremecimiento de frustración, frotó el cristal, cuidando de no sacar las uñas para que ningún sonido pudiera alertar al Dos Patas o el perro. Contuvo la respiración cuando Nimbo agitó las orejas. Entonces el aprendiz blanco se dio la vuelta y lo vio, y abrió la boca en un aullido encantado que Corazón de Fuego no pudo oír.

El ruido hizo que el Dos Patas se volviera sorprendido. Corazón de Fuego saltó del alféizar y aterrizó junto a sus

amigos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Tormenta de Arena.

—Nimbo me ha visto, pero ¡creo que el Dos Patas también!

—Deberíamos irnos —urgió Cuervo.

—No —repuso Corazón de Fuego —. Vosotros dos podéis iros. Yo me quedo aquí hasta que salga Nimbo.

Tormenta de Arena lo fulminó con la mirada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Y si sueltan a ese perro?

—No puedo marcharme ahora que Nimbo me ha visto —replicó el

lugarteniente—. Me quedo aquí.

Mientras hablaba, un chirrido sonó detrás de ellos. Corazón de Fuego giró la cabeza. De una puerta en la pared brotó una luz que se derramó por el jardín, iluminando toda la hierba hasta el seto. El brillante torrente quedó oscurecido de pronto cuando apareció la sombra de un Dos Patas.

Corazón de Fuego se quedó de piedra. No había tiempo de esconderse. Sabía que los habían descubierto. El Dos Patas gritó, con voz dura e inquisitiva, y luego comenzó a avanzar despacio hacia ellos. Los tres gatos se apiñaron mientras el Dos Patas se

acercaba más y más. Corazón de Fuego oyó la temblorosa respiración de Tormenta de Arena. Alzó la mirada, y se le contrajo el estómago de terror. El Dos Patas se cernía sobre ellos. Estaban atrapados.



21

—¡Deprisa! ¡Por aquí!

El urgente maullido de Nimbo hizo que Corazón de Fuego diera un salto. Vio una figura blanca que se separaba del umbral y cruzaba el jardín como una bala, aullando sonoramente. El Dos Patas se volvió, distraído, y en ese momento Corazón de Fuego notó cómo

Tormenta de Arena y Cuervo salían disparados. Fue tras ellos, siguiendo a Nimbo por la hierba. A sus espaldas, el Dos Patas gritaba a la noche, con el perro ladrando a su lado, pero Corazón de Fuego no dejó de correr, a través del seto vivo y por el campo que había detrás, persiguiendo los olores que habían dejado Nimbo y sus amigos, hasta que los alcanzó; estaban todos apretujados en una mata de ortigas.

Tormenta de Arena se restregó contra él, con todo el cuerpo tembloroso. El lugarteniente miró por encima de la cabeza de la gata y vio la mirada de Nimbo fija en él, con sus

azules ojos como platos. El alivio de Corazón de Fuego por haber encontrado a su aprendiz quedó enseguida empañado por sus antiguas dudas sobre el lugar de Nimbo en el Clan del Trueno, y no supo qué decir.

Nimbo se miró las patas.

—Gracias por venir.

—Bueno. ¿Quieres regresar al clan? —La confusión hizo que Corazón de Fuego se mostrara brusco. Se había dicho a sí mismo que Nimbo estaba a salvo; ahora empezaban a ocupar su pensamiento los intereses del clan.

El joven aprendiz levantó la barbilla con los ojos nublados de lágrimas.

—¡Por supuesto! Sé que nunca debería haberme acercado a los Dos Patas —admitió—. He aprendido la lección. Prometo que no volveré a hacerlo.

—¿Por qué habríamos de creerte? —le preguntó Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego lanzó una mirada a la guerrera, pero su tono era amable, no desafiante. Cuervo guardó silencio, sentado con la cola pulcramente colocada sobre las patas delanteras; sus ojos ámbar no se perdían detalle.

—Habéis venido a buscarme —maulló Nimbo dubitativo—. Debéis de querer que vuelva.

—Necesito poder confiar en ti. —Corazón de Fuego quería que Nimbo comprendiera que había que tener en consideración a más gatos, aparte de él—. Necesito saber que comprendes el código guerrero y que puedes aprender a seguir sus normas.

—¡Puedes confiar en mí! —le aseguró Nimbo.

—Aunque puedas convencerme a mí, ¿piensas que el resto del clan te creerá? —maulló muy serio—. Todos saben que te marchaste con los Dos Patas. ¿Por qué crees que confiarán en un gato que prefirió la vida doméstica a la del clan?

—Pero ¡yo no lo escogí! —protestó

Nimbo—. Yo pertenezco al clan. ¡No quiero irme con los Dos Patas!

—No seas demasiado duro con él —murmuró Tormenta de Arena.

A Corazón de Fuego lo pilló por sorpresa la inesperada compasión de la guerrera. Quizá a la gata la había convencido la seriedad que oscurecía la mirada de Nimbo. Esperó que al resto del clan le sucediera lo mismo. Él no podía seguir enfurecido mucho más tiempo. Estiró el cuello y dio un lametazo en la cabeza a Nimbo.

—Eso sí, ¡asegúrate de escucharme en el futuro! —le advirtió, hablándole al oído para que pudiese oírlo por encima

del vibrante ronroneo que le brotaba del pecho.

—La luna está saliendo —dijo Cuervo quedamente desde las sombras —. Si queréis estar de regreso cuando el sol esté en lo más alto, no nos queda mucho tiempo.

Corazón de Fuego asintió y se volvió hacia Tormenta de Arena.

—¿Estás lista?

—Sí —respondió la gata, estirando las patas delanteras.

—Bien —maulló Corazón de Fuego —. Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Cuervo acompañó a los gatos de clan hasta las tierras altas, y los dejó en la falda de la ladera —ahora cubierta de rocío— que llevaba al territorio del Clan del Viento. No faltaba mucho para que llegara la aurora, estaban en plena estación de la hoja verde y en esa época el sol salía muy temprano. Habían ido a buen ritmo.

—Gracias, Cuervo —maulló el lugarteniente, tocando la nariz del gato negro con la suya—. Hiciste lo correcto al ir a buscarme. Sé que para ti debió de ser muy duro regresar al bosque.

Cuervo bajó la cabeza.

—Aunque ya no seamos camaradas

de clan, tú siempre contarás con mi amistad y lealtad.

Corazón de Fuego pestañeó por la emoción que le empañaba los ojos.

—Ten cuidado —le advirtió a su amigo—. Aunque Garra de Tigre no sepa dónde vives, hemos aprendido a no subestimarlo. Mantente ojo avizor.

Cuervo asintió muy serio y dio media vuelta.

Corazón de Fuego se quedó mirando cómo su viejo amigo cruzaba la centelleante hierba y desaparecía en el bosquecillo.

—Si nos damos prisa, podremos alcanzar los Cuatro Árboles antes de

que salga la patrulla del alba del Clan del Viento —maulló.

Empezó a subir la ladera, flanqueado por Tormenta de Arena y Nimbo. Era un alivio atravesar las tierras altas antes de que hubiera salido el sol. Cuando llegaron a la parte más elevada del territorio del Clan del Viento, donde estaban las madrigueras de tejones abandonadas, el sol empezó a asomar por el horizonte y proyectó una oleada de luz dorada a través del brezo. Corazón de Fuego vio que Nimbo se quedaba mirándolo maravillado, con sus ojos azules dilatados, y tuvo la esperanza de que el aprendiz cumpliera

su promesa y permaneciese en el bosque.

—Huelo a casa —murmuró Nimbo.

—¿En serio? —maulló Tormenta de Arena incrédula—. ¡Pues yo sólo huelo a cagarrutas secas de tejón!

—¡Y yo huelo a intrusos del Clan del Trueno!

Los tres gatos giraron en redondo con el pelo erizado. Rengo, el lugarteniente del Clan del Viento, salió entre el brezo y subió de un salto a la arenosa madriguera de tejón. Era pequeño y flaco, y se movía con la característica cojera que le había dado nombre, pero Corazón de Fuego sabía

que, como el resto de los miembros del Clan del Viento, su escaso tamaño ocultaba una agilidad y rapidez que los demás clanes apenas podían igualar.

Hubo un susurro de hojas, y Enlodado surgió del brezo. Corazón de Fuego lo observó muy tenso mientras el guerrero marrón rodeaba al grupo y se detenía detrás de ellos.

—¡Trenzado! —llamó Enlodado.

El aprendiz atigrado que acompañaba a Enlodado la vez anterior salió de su escondrijo. Corazón de Fuego esperó, con el pulso desbocado, hasta ver si había más guerreros en la patrulla.

—Parece que estáis convirtiendo el territorio del Clan del Viento en vuestro segundo hogar —siseó Rengo.

Corazón de Fuego olfateó el aire antes de responder. No había más gatos del clan rival. Estaban en igualdad de condiciones.

—No hay otro camino desde el bosque hasta las tierras que hay más allá —contestó con voz tranquila.

No quería provocar un enfrentamiento, pero no había olvidado la manera en que Enlodado los trató a Estrella Azul y a él la última vez.

—¿Estáis intentando viajar a las Piedras Altas… de nuevo? —Rengo

entornó los ojos—. ¿Dónde está Estrella Azul? ¿Está muerta?

Tormenta de Arena arqueó el lomo y bufó furiosa.

—¡Estrella Azul está perfectamente!

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? —gruñó Enlodado.

—Sólo estamos de paso. —El maullido audaz de Nimbo sonó insignificante al lado de los guerreros hechos y derechos, y Corazón de Fuego sintió que se le tensaban los músculos.

—¡Ya veo que Corazón de Fuego no es el único que necesita una lección sobre el respeto! —gruñó Rengo.

Con el rabillo del ojo, Corazón de

Fuego vio cómo el gato negro hacía un movimiento con la cola. Era la señal para que sus compañeros atacaran. Abatido, el joven lugarteniente supo que iban a tener que pelear. Cuando Rengo saltó desde la madriguera de tejón hasta su lomo, Corazón de Fuego rodó por el suelo y se libró de él lanzándolo por los aires.

El lugarteniente del Clan del Viento aterrizó sobre las patas y se volvió hacia él bufando:

—Bonito movimiento. Pero eres lento, como todos los gatos del bosque.

Y se abalanzó contra Corazón de Fuego, que notó cómo el enemigo le

arañaba las orejas mientras se agachaba.

—Soy lo bastante rápido —espetó.

Se impulsó con las patas traseras y voló hacia Rengo. El gato del Clan del Viento soltó un grito ahogado cuando el impacto de Corazón de Fuego lo dejó sin respiración, pero aun así logró girar y caer de pie. Tan veloz como una víbora, golpeó de nuevo a Corazón de Fuego, que siseó cuando Rengo le rajó la nariz. El joven respondió propinando un zarpazo a Rengo, y sintió una gran satisfacción cuando sus garras se clavaron en la piel del rival. Ahora lo tenía bien agarrado por el omóplato. Lo aferró con más fuerza todavía y saltó a

su lomo, pegándole el hocico al duro suelo.

Mientras sujetaba al lugarteniente, que se debatía en vano, Corazón de Fuego advirtió que Trenzado ya había huido. Tormenta de Arena y Nimbo estaban luchando juntos para que Enlodado se marchara por donde había llegado. Tormenta de Arena le atizaba con las patas delanteras mientras Nimbo le mordía las patas traseras. Con un chillido final de rabia, Enlodado dio media vuelta y huyó.

—Empezaré a mostrar respeto cuando os lo hayáis ganado —siseó Corazón de Fuego al oído de Rengo.

Y le propinó un violento mordisco en el bíceps antes de soltarlo. Rengo aulló de ira y corrió hacia el brezo.

—¡Vamos! —llamó Corazón de Fuego a sus amigos—. Será mejor que nos vayamos antes de que vuelvan con más guerreros.

Tormenta de Arena asintió con rostro serio, pero Nimbo se puso a saltar sobre una y otra pata, entusiasmado.

—¿Habéis visto cómo salían huyendo? —alardeó—. Parece que, después de todo, ¡no he olvidado mi entrenamiento!

—¡Chist! —gruñó Corazón de Fuego —. Salgamos de aquí.

Nimbo enmudeció, aunque sus ojos seguían reluciendo. Los tres gatos corrieron juntos hasta la ladera que conducía a los Cuatro Árboles, fuera del territorio del Clan del Viento.

—¿Has visto pelear a Nimbo? —le susurró Tormenta de Arena mientras saltaban de roca en roca.

—Sólo al final, mientras te ayudaba con Enlodado.

—¿Y antes de eso no? —maulló la gata. Hablaba en voz baja pero vehemente—. Se ha deshecho de ese aprendiz del Clan del Viento con sólo tres saltos de conejo. El pobre atigrado estaba aterrorizado.

—Es probable que Trenzado acabe de empezar su entrenamiento —sugirió Corazón de Fuego generosamente, aunque sintiéndose orgulloso de su aprendiz.

—Pero ¡Nimbo se ha pasado una buena temporada encerrado en una casa de Dos Patas! No está en forma, y sin embargo… —Hizo una pausa—. De verdad creo que cuando termine su entrenamiento Nimbo será un guerrero estupendo.

La voz de Nimbo sonó a sus espaldas:

—¡Eh! Vamos, ¡tenéis que admitirlo! Soy bastante bueno, ¿verdad?

—¡Y en cuanto aprenda algo de humildad! —añadió Tormenta de Arena, agitando los bigotes de la risa.

Corazón de Fuego no dijo nada. La fe de Tormenta de Arena en Nimbo lo complacía más de lo que podía expresar, pero no dejaba de preguntarse si su sobrino llegaría algún día a comprender realmente el código guerrero.

Atravesaron rápidamente el bosque, que resonaba de trinos y rebosaba del tentador olor de presas. Pero no había tiempo de pararse a cazar. Corazón de Fuego quería regresar al campamento.

Sentía un hormigueo de ansiedad en las zarpas, una especie de presentimiento que se veía intensificado por el sofocante calor. La tormenta se aproximaba como un felino gigantesco, preparándose para atacar y aplastar el bosque con sus potentes garras. Corazón de Fuego apretó el paso conforme se acercaban al campamento, y descendió el barranco a toda velocidad, rezando para que Garra de Tigre se hubiera mantenido lejos de allí. Atravesó el túnel de aulagas a la carrera, dejando que Tormenta de Arena y Nimbo lo siguieran a menor ritmo, cansados, y llegó al claro entre resuellos. El

campamento estaba igual que como lo habían dejado.

Unos cuantos gatos madrugadores estaban tendidos al sol en el borde del claro. Alzaron la vista, y Corazón de Fuego vio que sacudían la cola e intercambiaban miradas de inquietud.

Tormenta Blanca fue a su encuentro.

—Me alegro de que hayas regresado sano y salvo.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza, excusándose.

—Lamento haberte preocupado. Cuervo vino a buscarme porque había encontrado a Nimbo.

—Sí, Centellina me contó lo

sucedido —maulló Tormenta Blanca.

Mientras hablaban, Tormenta de Arena y Nimbo aparecieron por el túnel de aulagas, y todos los gatos se quedaron mirando sorprendidos al aprendiz blanco.

Tormenta de Arena se acercó a Corazón de Fuego y saludó con la cabeza a su antiguo mentor. Nimbo se sentó cerca de ella, enroscando la cola alrededor de las patas y bajando la mirada con respeto.

Tormenta Blanca examinó al aprendiz.

—Creíamos que te habías ido a vivir con los Dos Patas.

—Sí. —El maullido de Cebrado sonó perezosamente desde el otro lado del claro. El guerrero atigrado estaba tumbado ante su guarida—. Creíamos que habías decidido volver a la vida de minino de compañía.

Se puso en pie para ir a colocarse junto a Tormenta Blanca. Los demás gatos observaban la escena en silencio, sin parpadear y llenos de curiosidad, aguardando la respuesta de Nimbo. Corazón de Fuego notó un hormigueo de inquietud en las patas.

Nimbo alzó la barbilla.

—¡Los Dos Patas me secuestraron!

Un murmullo de asombro recorrió el

clan; y luego Ceniciento corrió a tocar con su nariz la de Nimbo.

—¡Les dije que no querías marcharte! —exclamó el aprendiz gris.

Nimbo asintió.

—¡Yo bufé, pataleé y luché, pero los Dos Patas se me llevaron igual!

—¡Típico de los Dos Patas! —maulló Cola Pintada delante de la maternidad.

Corazón de Fuego se quedó sin habla. ¿Es que Nimbo iba a ganarse las simpatías del clan con aquel relato parcial?

—Tuve suerte de que Cuervo me encontrara —continuó el aprendiz,

introduciendo un dejo desesperado en su voz—. Él vino a buscar a Corazón de Fuego para que me rescatara. De no haber sido por Corazón de Fuego y Tormenta de Arena, ¡seguiría atrapado en aquella casa de Dos Patas con aquel perro!

—¿Perro? —El horrorizado aullido de Centón sonó desde el roble caído.

—¿Ha dicho perro? —preguntó con voz cascada Tuerta, que estaba al lado de Centón.

—Eso he dicho —respondió Nimbo—. ¡Estaba suelto por la casa conmigo!

Corazón de Fuego vio los ojos alarmados de los veteranos.

Ceniciento sacudió la cola indignado.

—¿Te atacó? —quiso saber.

—No exactamente —admitió el joven—. Pero ladraba muchísimo.

—Puedes contarles los detalles a tus camaradas aprendices más tarde —lo interrumpió Corazón de Fuego—. Tienes que descansar. Lo único que el clan necesita saber de momento es que has aprendido de esa experiencia y que, a partir de ahora, seguirás el código guerrero.

—Pero ¡aún no he llegado al encuentro con la patrulla del Clan del Viento! —protestó Nimbo.

—¿Una patrulla del Clan del Viento? —Cebrado desplazó su fría mirada de Nimbo al lugarteniente—. Eso explica el zarpazo de tu nariz, Corazón de Fuego. ¿Os han hecho salir corriendo?

Tormenta de Arena lo fulminó con la mirada.

—¡En realidad somos nosotros quienes los hemos hecho salir corriendo! Y Nimbo ha peleado como un guerrero.

—¿En serio? —Tormenta Blanca miró sorprendido al aprendiz.

—Ha vencido a un aprendiz del Clan del Viento él solo, y luego ha ayudado a Tormenta de Arena a mandar a Enlodado

a su casa —explicó Corazón de Fuego.

—Bien hecho. —Musaraña inclinó la cabeza ante Nimbo, y éste le devolvió el gesto graciosamente.

—¿Eso es todo? —inquirió Cebrado—. ¿Aceptamos a Nimbo de vuelta sin más?

—Bueno —empezó Tormenta Blanca—, eso debe decidirlo Estrella Azul, por supuesto. Pero el Clan del Trueno necesita guerreros más que nunca. Creo que seríamos unos insensatos si rechazáramos a Nimbo en estos momentos.

Cebrado soltó un resoplido.

—¿Y cómo vamos a estar seguros de

que este minino casero no se largará de nuevo cuando las cosas se pongan difíciles?

—No soy un minino casero. Y no me largué —bufó Nimbo—. ¡Me secuestraron!

Corazón de Fuego vio que Cebrado flexionaba las garras, furioso.

—Lo que dice Cebrado tiene lógica —concedió, aceptando a su pesar que las dudas del atigrado podía compartirlas el resto del clan. Se necesitaría algo más que palabras bonitas para convencerlos de que debían volver a confiar en su aprendiz—. Iré a hablar con Estrella Azul —añadió—.

Tormenta Blanca tiene razón: es ella quien ha de tomar la decisión.



22

—¿Corazón de Fuego?

Estrella Azul alzó la mirada cuando él se abrió paso a través del liquen. La gata seguía ovillada en su lecho, con el pelo alborotado y los ojos llenos de inquietud. El lugarteniente no pudo evitar preguntarse si se habría movido de allí desde la última vez que la había

visto.

—Nimbo ha vuelto —anunció el lugarteniente. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Estrella Azul a cualquier noticia, así que era mejor que se lo contara todo directamente—. Estaba en el territorio de los Dos Patas que se extiende más allá de las tierras altas.

—¿Y ha encontrado el camino de vuelta hasta aquí? —preguntó la líder sorprendida.

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Cuervo lo vio y vino a decirme dónde estaba.

—¿Cuervo? —Sus ojos centellearon

confundidos.

—Hum… el antiguo aprendiz de Garra de Tigre —le recordó él, incómodo.

—¡Ya sé quién es Cuervo! —espetó Estrella Azul—. ¿Qué estaba haciendo en nuestro territorio?

—Vino a decirme dónde estaba Nimbo —repitió el lugarteniente.

—Nimbo. —Estrella Azul ladeó levemente la cabeza—. ¿Ha regresado? ¿Por qué?

—Quería volver a unirse al clan. Los Dos Patas se lo llevaron contra su voluntad.

—De modo que el Clan Estelar lo ha

guiado de nuevo hasta su hogar —murmuró la líder.

—Cuervo ayudó —añadió Corazón de Fuego.

Estrella Azul se quedó mirando el suelo arenoso de la guarida.

—Yo creía que el Clan Estelar quería que Nimbo encontrase una vida fuera del clan. —Su tono era pensativo—. Quizá estaba en un error. —Se volvió hacia el lugarteniente—. ¿Cuervo te ayudó?

—Sí. Él nos condujo hasta donde estaba encerrado Nimbo. Incluso nos salvó de unos perros.

—¿Qué dijo Cuervo cuando le

contaste la traición de Garra de Tigre? —inquirió Estrella Azul de repente.

La pregunta pilló por sorpresa a Corazón de Fuego.

—Bueno… se quedó impactado, claro —balbuceó.

—Pero él había intentado advertirnos sobre Garra de Tigre, ¿verdad? —La voz de Estrella Azul sonaba llena de pesar—. Ahora lo recuerdo. ¿Por qué no lo escuché?

Corazón de Fuego trató de buscar la manera de reconfortarla.

—Por aquel entonces, Cuervo no era más que un aprendiz. Todos los gatos admiraban a Garra de Tigre. Ocultó su

traición muy bien.

La gata suspiró.

—Me equivoqué con Garra de Tigre y me equivoqué con Cuervo. —Miró a Corazón de Fuego con ojos afligidos—. ¿Debería invitar a Cuervo a unirse de nuevo al clan?

El joven lugarteniente negó con la cabeza.

—No querría volver, Estrella Azul. Lo dejamos en territorio de los Dos Patas, donde vive Centeno —explicó—. Cuervo es feliz allí. Tenías razón cuando me dijiste que encontraría una vida más acorde con él fuera del clan.

—Pero me he equivocado con

Nimbo —se alteró Estrella Azul.

Corazón de Fuego sintió que la conversación se le estaba yendo de las patas.

—Yo creo que al final se adaptará a la vida de clan —maulló, esperando sonar más convencido de lo que estaba —. Pero sólo tú puedes decidir si lo aceptamos de nuevo.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo?

—Cebrado opina que Nimbo volverá a sentirse atraído por sus raíces domésticas —admitió él.

—¿Y tú qué opinas?

El lugarteniente respiró hondo.

—Creo que el tiempo pasado con

los Dos Patas le ha enseñado que su corazón está en el bosque, al igual que el mío.

Se sintió aliviado al ver que los ojos de Estrella Azul brillaban.

—Muy bien —aceptó la líder—. Nimbo puede quedarse.

—Gracias, Estrella Azul.

Sabía que debía sentirse contento porque el clan hubiera admitido de nuevo a Nimbo, pero su alivio estaba teñido de dudas. El joven había peleado bien contra la patrulla del Clan del Viento, y parecía realmente feliz de estar de regreso en el campamento, pero ¿cuánto duraría eso? ¿Hasta que se

aburriera de entrenar o se cansara de cazar su propia comida?

Estrella Azul siguió hablando, pensativa:

—Y también deberíamos decirle al clan que, si ven a Cuervo por nuestro territorio, tendrán que recibirlo como a un camarada.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza agradecido. Como aprendiz, Cuervo había hecho pocos amigos, principalmente debido al miedo paralizante que le inspiraba Garra de Tigre, pero no había razón para que nadie le guardara rencor.

—¿Cuándo anunciarás tu decisión

sobre Nimbo? —preguntó el lugarteniente. Para el clan, sería bueno ver a su líder sobre la Peña Alta de nuevo.

—Anúncialo tú —ordenó Estrella Azul.

Corazón de Fuego sintió una punzada de decepción. ¿Es que la gata había llegado a un punto en que se veía incapaz de dirigirse a su clan? Aunque él se moría de ganas por contarles a todos que Nimbo podía quedarse, quería que el clan estuviese seguro de que era decisión de Estrella Azul. La líder había permanecido mucho tiempo en su guarida y había dejado al cargo de

Corazón de Fuego gran parte de la organización diaria del campamento, así que ¿cómo iban a tener la certeza de que la gata había ordenado eso? En cambio, si lo anunciaba ella misma, ni siquiera Cebrado podría protestar.

Corazón de Fuego guardó silencio, con la cabeza dándole vueltas.

—¿Ocurre algo? —Estrella Azul entornó los ojos con sorna.

—Quizá Cebrado podría anunciarlo a los demás —se atrevió a decir, muy despacio—. Después de todo, es él quien ha puesto reparos.

Al joven se le atascó el aire en la garganta al ver que una sombra recelosa

empañaba momentáneamente los ojos de Estrella Azul.

—Estás volviéndote muy sagaz, Corazón de Fuego —dijo al cabo la líder—. Tienes razón. Cebrado debería propagar la noticia. Mándamelo.

Corazón de Fuego examinó la expresión de la gata, preguntándose si se habría alterado por su sagacidad o por la idea de ver a Cebrado. Pero los ojos de la líder no revelaban nada cuando él se despidió para salir de la guarida.

Cebrado no se había movido. Estaba esperando la decisión de Estrella Azul mientras los demás se ocupaban de sus tareas habituales. Los pocos que

quedaban por el claro miraron inquisitivamente a Corazón de Fuego mientras éste se alejaba de la Peña Alta.

Corazón de Fuego miró directamente a los ojos ámbar de Cebrado, intentando no delatar su sentimiento de triunfo, e hizo un gesto hacia la guarida de Estrella Azul, indicándole con la cola que la líder quería verlo. Cuando el guerrero atigrado fue hacia allí, él se encaminó al montón de carne fresca, que ya estaba bien abastecido aunque el sol apenas estaba saliendo. Satisfecho, pensó que las patrullas estaban cazando mucho. Cansado y hambriento, escogió una ardilla. «Si se avecina una tormenta

—se dijo—, espero que estalle pronto».

De camino a la mata de ortigas, se desvió hasta la guarida de los aprendices, donde Nimbo estaba al sol, zampándose vorazmente un gorrión.

El gato blanco alzó la vista y engulló deprisa mientras Corazón de Fuego se acercaba.

—¿Qué ha dicho Estrella Azul? —Por una vez, su voz traslucía nerviosismo.

Corazón de Fuego dejó la ardilla en el suelo.

—Puedes quedarte.

Nimbo empezó a ronronear sonoramente.

—¡Fantástico! —maulló—. ¿Cuándo salimos a entrenar?

Al joven lugarteniente le dolieron las patas sólo de pensarlo.

—Hoy no. Necesito descansar.

Nimbo pareció desilusionado.

—Mañana —prometió Corazón de Fuego, con un cosquilleo risueño. No pudo evitar alegrarse por el entusiasmo de su aprendiz por retomar las viejas rutinas—. Por cierto —añadió—, has contado una bonita historia. Tu escapada suena casi como una aventura.

Azorado, Nimbo se miró las patas.

—Pero, mientras empieces a vivir según el código guerrero —continuó

Corazón de Fuego—, dejaré que el clan crea que los Dos Patas te «secuestraron»…

—Pero es que fue así —masculló Nimbo.

El joven guerrero se quedó mirándolo con rostro serio.

—Los dos sabemos que eso no es exactamente verdad. Y si vuelvo a pillarte aunque sólo sea mirando por encima de una valla de Dos Patas, ¡yo mismo te echaré del bosque para siempre!

—Sí, Corazón de Fuego —maulló Nimbo—. Lo entiendo.

Al día siguiente por la noche, Corazón de Fuego estaba ovillado en su lecho. Se sentía contento. La sesión de entrenamiento con Nimbo había ido bien. Por una vez, el aprendiz había escuchado atentamente todas las instrucciones, y era innegable que sus técnicas de lucha estaban mejorando. «Sólo espero que esto dure», pensó mientras caía dormido.

El bosque se coló en sus sueños. Los troncos se erguían ante él a través de la niebla e iban desapareciendo en las nubes conforme se elevaban. Corazón de Fuego gritó, pero su voz fue absorbida por el espeluznante silencio. Lo

embargó el pánico mientras buscaba lugares conocidos, pero la niebla era demasiado densa. Los árboles parecían acosarlo; estaban más juntos de lo que él recordaba, y sus ennegrecidos troncos le rozaban la piel. Corazón de Fuego olfateó el aire, y se le erizó el pelo, alarmado por el olor acre que reconocía pero que no podía nombrar.

De pronto sintió la suavidad de otro pelaje contra el suyo. Un aroma dolorosamente familiar lo envolvió, apaciguando su corazón angustiado como un trago de agua fresca. Se trataba de Jaspeada.

—¿Qué está ocurriendo? —maulló

Corazón de Fuego, pero Jaspeada no respondió.

Se volvió hacia ella, pero apenas podía verla a través de la bruma. Sólo logró distinguir sus ojos ámbar, llenos de miedo, antes de que el sonido de Dos Patas chillando estallara en el silencio.

Un par de jóvenes Dos Patas aparecieron corriendo por la niebla, con la cara crispada de pavor. Corazón de Fuego notó que Jaspeada se alejaba, y se dio la vuelta para verla esfumarse en la bruma. Aterrorizado, el guerrero se quedó solo con los Dos Patas, que corrían ruidosamente hacia él por el bosque.

Se despertó sobresaltado. Abrió los ojos de golpe y miró nerviosamente alrededor. Algo iba mal. El mundo de sus sueños había invadido el mundo real: el olor acre seguía llenando el aire, y una extraña y asfixiante niebla se filtraba a través de las ramas de la guarida. Corazón de Fuego se levantó de un salto y salió a toda prisa del dormitorio. Una luz anaranjada brillaba tenuemente entre los árboles. ¿Podría ser ya la aurora?

El olor se tornó más fuerte, y, con una sensación de horror, Corazón de Fuego supo de qué se trataba.

¡Fuego!



23

—¡Fuego! ¡Despertad! —aulló el lugarteniente.

Escarcha salió tambaleante de la guarida de los guerreros, con los ojos dilatados de miedo.

—¡Debemos abandonar el campamento inmediatamente! —le ordenó Corazón de Fuego—. ¡Dile a

Estrella Azul que el bosque está ardiendo!

Él corrió a la guarida de los veteranos y gritó a través de las ramas del roble caído:

—¡Fuego! ¡Salid todos!

Luego se dirigió a los aprendices, que estaban saliendo somnolientos de la cama.

—¡Abandonad el campamento! Encaminaos al río —les indicó.

Nimbo se quedó mirándolo desconcertado, aturdido todavía de sueño.

—¡Encaminaos al río! —repitió con urgencia.

Escarcha ya estaba ayudando a Estrella Azul a cruzar el claro en penumbra. El rostro de la líder era una terrible máscara de miedo mientras Escarcha la empujaba delicadamente con la nariz.

—¡Por aquí! —bramó Corazón de Fuego, señalando con la cola antes de apresurarse a ayudar a la gata blanca a guiar a Estrella Azul a la entrada.

Los gatos pasaban junto a ellos por ambos lados, con el pelo erizado.

El bosque parecía rugir a su alrededor, y por encima del ruido surgió un horrible aullido de dos tonos y el desquiciado bramido de Dos Patas

abriéndose paso por el bosque. El humo iba aumentando en el claro y, tras él, el resplandor de las llamas se volvió más brillante aún mientras avanzaban hacia el campamento.

Estrella Azul no empezó a correr hasta que estuvo fuera, atrapada en la pujante corriente de gatos que salían y ascendían el barranco.

—Encaminaos al río —ordenó Corazón de Fuego—. Tened localizados a vuestros compañeros de guarida. No os perdáis de vista unos a otros.

Sentía una escalofriante calma en su interior, como un estanque de agua helada, mientras el ruido, el calor y el

pánico se intensificaban fuera.

Corrió a rodear a los cachorros de Sauce, que luchaban por seguir a su madre. La reina llevaba al más pequeño en la boca con los ojos rebosantes de miedo, mientras su delicada carga iba chocando contra sus patas delanteras.

—¿Dónde está Flor Dorada? —le preguntó Corazón de Fuego.

Sauce señaló con la nariz hacia el barranco. El lugarteniente asintió, aliviado porque al menos una de las reinas y sus cachorros estuvieran a salvo fuera del campamento. Llamó a Rabo Largo, que ya había subido media pendiente. Mientras el guerrero bajaba,

Corazón de Fuego agarró a uno de los cachorros de Sauce y se lo pasó a Musaraña, que había llegado por detrás. Él tomó al tercero, y cuando llegó Rabo Largo, se lo entregó.

—¡Mantente cerca de Sauce! —ordenó al guerrero, consciente de que la reina sólo correría si sabía que sus hijos estaban a salvo.

Se quedó al pie del barranco mientras los demás gatos iban subiendo. Nubes de humo se arremolinaban en el cielo, ocultando de la vista el Manto Plateado. «¿Estará el Clan Estelar viendo esto?», se preguntó Corazón de Fuego. Bajó la mirada de lo alto y vio el

espeso pelaje gris de Estrella Azul, que ya había alcanzado la cima y estaba apretujada con los otros gatos. Finalmente él los siguió, mirando por encima del hombro, y vio cómo el fuego estiraba por el barranco ávidas lenguas naranja, que avanzaban veloces por los resecos helechos en dirección al campamento.

Corazón de Fuego llegó a lo más alto a toda prisa.

—¡Esperad! —gritó a los gatos que corrían.

Todos se detuvieron para mirarlo. El humo irritaba los ojos del lugarteniente mientras observaba a sus camaradas de

clan a través de las asfixiantes nubes.

—¿Falta algún gato? —preguntó, examinando las caras.

—¿Dónde están Medio Rabo y Centón? —La voz de Nimbo se alzó en un maullido aterrado.

Corazón de Fuego vio cómo todos se miraban entre sí expectantes, y Orejitas respondió:

—No están conmigo.

—¡Deben de seguir en el campamento! —exclamó Tormenta Blanca.

—¿Y dónde está Pequeño Zarzo? —El desesperado aullido de Flor Dorada se elevó entre los árboles por encima

del ruido del incendio—. ¡Iba detrás de mí mientras subía el barranco!

A Corazón de Fuego le dio vueltas la cabeza. Eso significaba que faltaban tres miembros del clan.

—Los encontraré —prometió—. Para vosotros es demasiado peligroso quedaros aquí. Tormenta Blanca y Cebrado, aseguraos de que todo el clan llega hasta el río.

—¡No puedes volver al campamento! —protestó Tormenta de Arena, abriéndose paso entre los gatos para encararse a Corazón de Fuego. Sus ojos verdes buscaron desesperadamente los de él.

—Tengo que hacerlo.

—Yo también voy —replicó la gata.

—¡No! —exclamó Tormenta Blanca —. Ya vamos escasos de guerreros. Necesitamos que ayudes al clan a llegar al río.

Corazón de Fuego asintió dándole la razón.

—¡Entonces iré yo!

El joven lugarteniente se quedó horrorizado cuando Carbonilla se adelantó cojeando.

—No soy guerrera —maulló la aprendiza—. No seré de ninguna utilidad si nos tropezamos con una patrulla enemiga.

—¡De ninguna manera! —exclamó Corazón de Fuego.

No podía permitir que la gata pusiera su vida en peligro. Entonces vio el desgreñado pelaje de Fauces Amarillas, que avanzaba entre la multitud.

—Puede que yo sea vieja —intervino la curandera, dirigiéndose a Carbonilla—, pero tengo las patas más firmes que tú. El clan necesitará tus dotes sanadoras. Yo iré con Corazón de Fuego. Tú quédate con el clan.

Carbonilla abrió la boca, pero Corazón de Fuego la atajó:

—No hay tiempo para discutir.

Fauces Amarillas, ven conmigo. El resto, dirigíos al río.

Dio media vuelta antes de que Carbonilla pudiera protestar, y empezó a descender de nuevo el barranco, hacia el humo y el calor de abajo.

Estaba aterrado, pero se obligó a seguir corriendo cuando llegó al fondo del barranco. Oía a Fauces Amarillas resollando tras él. Con el humo, al lugarteniente le resultaba doloroso respirar, incluso con sus jóvenes pulmones. Brillantes llamas parpadeaban justo detrás del muro del campamento, consumiendo con avidez los helechos cuidadosamente

entrelazados, pero aún no habían alcanzado el claro.

La guarida de los veteranos estaba más cerca, y Corazón de Fuego avanzó penosamente hacia allí, medio cegado. Oía el chisporroteo de las llamas que lamían el extremo más alejado del roble caído. Allí, el calor era tan intenso que parecía que el fuego iba a irrumpir en el campamento en cualquier instante.

Vio el cuerpo de Medio Rabo desplomado bajo una rama. Centón yacía a su lado, con los dientes clavados en el pescuezo del gato, como si hubiera intentado arrastrar a su amigo desvanecido para ponerlo a salvo.

Corazón de Fuego se detuvo, abatido, pero Fauces Amarillas ya había pasado ante él para empezar a tirar de Medio Rabo en dirección a la entrada del campamento.

—No te quedes ahí parado —gruñó la vieja curandera con la boca llena de pelo—. Ayúdame a sacarlos de aquí.

Corazón de Fuego agarró a Centón con los dientes y lo arrastró por el claro lleno de humo hasta el túnel. Procuró no toser mientras tiraba del veterano por la aulaga, que se enganchaba en el pelaje enredado del viejo gato. Por fin alcanzó el pie del barranco y empezó a ascender. Centón se agitó, y Corazón de Fuego

notó que al veterano le daban arcadas con una serie de violentos espasmos. Fue ascendiendo la escarpada cuesta, con el cuello dolorido por el peso del gato inconsciente.

Ya en lo alto, arrastró a Centón hasta unas rocas planas, y el viejo gato se quedó allí, resollando desvalido. Entonces Corazón de Fuego se volvió a mirar a Fauces Amarillas. La curandera estaba saliendo en ese momento del túnel de aulagas, respirando trabajosamente mientras luchaba contra el humo mortal. Los árboles que antes resguardaban el campamento estaban siendo engullidos por el fuego, con el

tronco envuelto en llamas. El lugarteniente vio que Fauces Amarillas alzaba sus desorbitados ojos naranja hacia él, con Medio Rabo entre los dientes. El joven flexionó las patas traseras, listo para bajar por las rocas hacia la gata, cuando un maullido aterrorizado le hizo levantar la vista. Observando el creciente humo, entrevió al hijo de Flor Dorada en la rama de un pequeño árbol que crecía en un lateral del barranco. La corteza del árbol ya estaba chamuscada y, mientras Pequeño Zarzo maullaba desesperadamente, el tronco ardió en llamas.

Sin pararse a pensar, Corazón de

Fuego saltó hacia el llameante árbol. Clavó las garras en el tronco, por encima de las llamas, y siguió trepando hasta donde se encontraba el cachorro. El fuego subía deprisa a sus espaldas, lamiendo la corteza mientras se acercaba al gatito bamboleándose. El cachorro estaba aferrado a una rama, con los ojos bien cerrados y la boca abierta en un grito silencioso. Corazón de Fuego lo agarró con los dientes, y casi perdió el equilibrio cuando Pequeño Zarzo se soltó de inmediato y se balanceó en el aire. Con los colmillos clavados en el pescuezo del cachorro, Corazón de Fuego logró a duras penas

sujetarse a la dura corteza. Ahora ya no podía volver a bajar por el tronco, pues las llamas se habían hecho con él. Tendría que avanzar por la rama todo lo que pudiera, y luego saltar al suelo. Apretando los dientes, y deteniendo así los gritos de Pequeño Zarzo, fue alejándose del tronco.

La rama se inclinaba y oscilaba bajo su peso, pero el joven lugarteniente se obligó a continuar adelante. Un paso más y se puso en tensión, preparado para saltar. Debajo de él, las llamas le chamuscaban el pelaje, llenándole las fosas nasales con el olor amargo del pelo quemado. La rama se combó de

nuevo, esta vez con un crujido siniestro. «¡Que el Clan Estelar me ayude!», rezó para sus adentros. Tras cerrar los ojos, flexionó las patas traseras y saltó al suelo.

Detrás de él, un fuerte restallido hendió el aire. Corazón de Fuego cayó con un golpe seco que casi lo dejó sin aliento. Arañando el suelo para encontrar agarre, miró alrededor. Horrorizado, vio que el fuego se había apoderado de todo el tronco, que empezó a caer hacia el barranco. Envuelto en llamas, el árbol se desplomó lejos de los aterrorizados gatos, tapando la entrada del

campamento con un muro de ramas ardientes. Ya no había forma de llegar hasta Fauces Amarillas.



24

—¡Fauces Amarillas!

Corazón de Fuego soltó a Pequeño Zarzo para maullar el nombre de la curandera. La sangre le martilleaba en los oídos mientras esperaba que la gata contestara, pero no oyó nada aparte del espantoso crepitar de las llamas.

Pequeño Zarzo se acurrucó a sus

pies, pegando su cuerpecillo contra las patas del lugarteniente. Palpitando de miedo y frustración, casi inconsciente del dolor de sus flancos chamuscados, el joven agarró al cachorro y subió corriendo la pendiente en dirección a Centón.

El viejo gato no se había movido. Corazón de Fuego vio cómo el pecho le subía y bajaba débilmente, y supo que el veterano no podría ponerse a salvo por sí mismo. Dejó a Pequeño Zarzo en el suelo.

—¡Sígueme! —le gritó, antes de cerrar las cansadas mandíbulas alrededor del pescuezo de Centón.

Tras lanzar una última mirada al ardiente barranco, arrastró al gato blanco y negro hacia los árboles. Pequeño Zarzo iba trastabillando tras ellos, demasiado conmocionado para maullar, con los ojos dilatados y desenfocados. Corazón de Fuego deseó poder cargar con los dos, pero no dejaría morir a Centón donde estaba. Pequeño Zarzo lograría encontrar la fuerza necesaria para soportar la aterradora caminata por sus propios medios.

El lugarteniente siguió a ciegas el rastro de los otros gatos, sin reparar apenas en el bosque que lo rodeaba,

aunque volvía la vista cada poco para asegurarse de que Pequeño Zarzo aguantaba el ritmo. En su mente se había grabado la última imagen del barranco, una terrorífica sima de llamas y humo que engullía el campamento, su hogar. Y no había rastro de Fauces Amarillas y Medio Rabo.

Alcanzaron a los demás en las Rocas Soleadas. Corazón de Fuego dejó delicadamente a Centón en una lisa superficie rocosa. Pequeño Zarzo corrió derecho a Flor Dorada, quien lo levantó por el pescuezo y le dio una sacudida brusca y enojada, estrangulada por el ronroneo que le subía por el pecho.

Luego lo soltó y empezó a lavarle el pelo manchado de humo con lametazos furiosos, que al cabo fueron transformándose en suaves caricias. La reina rojizo claro levantó la mirada hacia el lugarteniente; sus ojos centelleaban con una gratitud que no podía expresar con palabras.

Corazón de Fuego pestañeó y desvió la vista. Empezaba a comprender que podía haber perdido a Fauces Amarillas por detenerse a salvar al hijo de Garra de Tigre. Sacudió la cabeza violentamente. No debía pensar en eso. Su clan lo necesitaba. Observó a los gatos abatidos por el horror que se

encogían en las lisas piedras. ¿Creían que allí estaban a salvo? Deberían haber continuado hasta el río. Corazón de Fuego entornó los ojos, intentando encontrar a Tormenta de Arena entre las figuras amontonadas, pero un cansancio infinito hizo que las patas le parecieran más pesadas que la piedra; no encontró las fuerzas para ir a buscarla.

Notó que Centón se movía a su lado. El viejo veterano levantó la cabeza, boqueando para tomar aire, antes de sufrir un ataque de tos que atrajo a Carbonilla, que salió cojeando rígidamente del grupo de gatos. Corazón de Fuego observó cómo la aprendiza

presionaba enérgicamente el pecho de Centón, intentando con desesperación limpiarle los pulmones.

El veterano dejó de toser de repente. Se quedó inmóvil, extrañamente silencioso, pues ya ni siquiera resollaba, y Carbonilla alzó los ojos, rebosantes de tristeza.

—Está muerto —murmuró.

Maullidos de conmoción recorrieron las rocas de parte a parte. Corazón de Fuego se quedó mirando a Carbonilla con incredulidad. ¿Cómo podía haber llevado tan lejos a Centón sólo para que muriera? Y casi en el lugar exacto en que Corriente Plateada había pasado a

manos del Clan Estelar. Miró angustiado a Carbonilla, sabiendo que ella estaría pensando lo mismo. La gata tenía los ojos oscurecidos de pena, y sus bigotes temblaron cuando se inclinó para cerrar con delicadeza los ojos del veterano. Corazón de Fuego temió que fuera más dolor del que Carbonilla podía soportar, pero, cuando los demás ancianos se acercaron a compartir lenguas con el gato muerto, la curandera gris se irguió y levantó la mirada hacia Corazón de Fuego.

—Hemos perdido a otro gato —susurró, con la voz hueca de incredulidad—. Pero mi pena no

ayudará al clan.

—Estás empezando a sonar tan fuerte como Fauces Amarillas —contestó él dulcemente.

Carbonilla puso los ojos como platos.

—¡Fauces Amarillas! ¿Dónde está?

El joven lugarteniente sintió un dolor en el pecho, tan agudo como si una astilla del árbol en llamas se le hubiera clavado en el corazón.

—No lo sé —admitió—. La he perdido en el humo mientras se encargaba de rescatar a Medio Rabo. Yo iba a volver, pero el cachorro…

Se le apagó la voz, y lo único que

pudo hacer fue quedarse mirando a su amiga, cuyos ojos se empañaron con un dolor inimaginable. ¿Qué le estaba sucediendo a su clan? ¿Acaso el Clan Estelar quería realmente matarlos a todos?

Pequeño Zarzo empezó a toser, y Carbonilla volvió en sí, sacudiendo la cabeza como si emergiera de agua helada. Corazón de Fuego observó cómo iba cojeando hasta el cachorro y le lamía vigorosamente el pecho para favorecer la respiración. La tos se transformó en un resuello rítmico, que se fue calmando a su vez mientras trabajaba Carbonilla.

Corazón de Fuego se quedó quieto, escuchando el bosque. Sentía un picor en la piel por el aire sofocante. Una brisa soplaba entre los árboles, procedente del campamento. Abrió la boca, intentando distinguir el humo reciente del hedor de su pelo chamuscado. ¿Seguiría vivo el incendio? Luego advirtió que el cielo iba llenándose de nubes de humo, conforme la brisa empujaba firmemente las llamas hacia las Rocas Soleadas. Pegó las orejas al cráneo al oír el rugido del fuego por encima del suave susurro de las hojas.

—¡Viene hacia aquí! —bramó, con

voz dolorida y ronca tras aspirar el humo—. Debemos continuar hasta el río. Sólo estaremos a salvo si cruzamos al otro lado. Allí no nos alcanzará el fuego.

Los gatos alzaron la vista, desconcertados; sus ojos brillaban tenuemente en la noche. La luz del incendio ya resplandecía a través de los árboles. Nubes de humo empezaron a descender hasta las Rocas Soleadas, y aumentó el sonido de las llamas, incrementadas por el viento que se estaba levantando.

Sin previo aviso, las rocas y el bosque quedaron iluminados por un destello cegador. Un estruendoso crujido

restalló por encima de las cabezas de los gatos, que pegaron el cuerpo a la roca. Corazón de Fuego levantó los ojos hacia el cielo. Detrás del creciente humo, vio nubes arremolinándose en lo alto. Sintió un terror ancestral mezclado de alivio al comprender que la tormenta había estallado por fin.

—¡Va a llover! —aulló, para dar ánimos a sus asustados compañeros—. ¡Eso apagará el fuego! Pero ¡debemos irnos ahora mismo o las llamas nos alcanzarán!

Fronde Dorado fue el primero en ponerse en pie. Mientras el resto del clan iba entendiendo la situación, uno

tras otro fueron levantándose también. Su pavor por el fuego pesaba más que su miedo instintivo a los cielos tormentosos. Se movieron inquietos por la superficie rocosa, no muy seguros de hacia dónde correr. Corazón de Fuego se sintió aliviado al ver que Tormenta de Arena estaba entre ellos, con la cola erizada y las orejas hacia atrás. Los gatos empezaron a avanzar, dejando a la vista a Estrella Azul, que estaba inmóvil en mitad de la roca, con el rostro alzado hacia las estrellas. Un relámpago en forma de tridente desgarró el cielo, pero Estrella Azul siguió sin moverse. «¿Estará rezando al Clan Estelar?», se

dijo Corazón de Fuego con incredulidad.

—¡Por aquí! —ordenó el lugarteniente, y señaló con la cola cuando otro trueno ahogó su voz.

El clan comenzó a descender la roca, en dirección a la senda que llevaba al río. Corazón de Fuego vio que las llamas ya parpadeaban entre los árboles. Un conejo pasó por su lado como una centella; parecía no haber reparado siquiera en los gatos, pues corrió entre ellos mientras huía del fuego y la tormenta para guarecerse debajo de la roca, buscando instintivamente el refugio de la antigua piedra. Pero Corazón de Fuego sabía

que las llamas engullirían pronto esa parte del bosque, y no quería arriesgarse a perder a ningún gato más con una muerte tan espantosa.

—¡Deprisa! —chilló, y los gatos echaron a correr.

Musaraña y Rabo Largo cargaban de nuevo con los cachorros de Sauce, mientras que Nimbo y Manto Polvoroso arrastraban el cadáver de Centón entre los dos; el inerte cuerpo blanco y negro iba dando penosas sacudidas por el suelo. Tormenta Blanca y Pecas flanqueaban a Estrella Azul, animando a la líder del clan a seguir adelante con delicados empujoncitos.

Corazón de Fuego estaba buscando a Tormenta de Arena cuando vio a Cola Pintada avanzando a duras penas con su hijo entre los dientes. El cachorro ya estaba crecido, y Cola Pintada no era tan joven como las demás reinas. Corrió hacia ella y le tomó el cachorro. La gata le lanzó una mirada de agradecimiento y empezó a correr.

Ahora que habían girado hacia el río, el incendio estaba junto a ellos. Corazón de Fuego no perdía de vista el avance del muro de llamas mientras urgía al clan a continuar adelante. A su alrededor, los árboles empezaron a balancearse cuando los vientos de

tormenta se intensificaron y azotaron el ardiente bosque, avivando el fuego en dirección a los gatos. Ya se veía el río, pero todavía tenían que cruzarlo, y eran pocos los que habían nadado alguna vez. Pero no había tiempo para seguir corriente abajo, hasta los pasaderos.

Mientras cruzaban a toda prisa la línea olorosa del Clan del Río, Corazón de Fuego volvió a sentir el calor de las llamas en el costado, y oyó un cruel rugido todavía más estruendoso que el Sendero Atronador. Corrió hacia la cabeza de la marcha para liderar el descenso a la ribera, y se detuvo en seco donde el suelo forestal daba paso a la

orilla cubierta de guijarros. Las suaves piedras relucieron como la plata bajo un nuevo relámpago, pero el trueno que siguió apenas resultó audible por encima del bramido del incendio. El clan frenó entre tropezones detrás de su lugarteniente, con los ojos rebosantes de un nuevo terror al ver la rápida corriente. Corazón de Fuego se sintió flaquear ante la idea de convencer a sus camaradas de que se metieran en el río, pues le tenían miedo al agua. Pero a sus espaldas el incendio progresaba destructoramente, a través de los árboles en despiadada persecución, y el joven lugarteniente supo que no había


elección.



25

Corazón de Fuego dejó al cachorro de Cola Pintada a los pies de Tormenta Blanca y se volvió hacia su clan.

—El río es poco profundo en su mayor parte, así que podemos vadearlo —explicó—. Mucho menos profundo que de costumbre. Hay un punto en el centro donde tendréis que nadar, pero lo

conseguiréis —aseguró, y los gatos lo contemplaron con expresión despavorida—. ¡Tenéis que confiar en mí! —pidió.

Tormenta Blanca se quedó mirándolo un largo instante y luego asintió con calma. El viejo guerrero tomó al cachorro de Cola Pintada y se internó en el río hasta que el agua oscura le llegó a la barriga. Entonces se volvió y sacudió la cola para que los demás lo siguieran.

Corazón de Fuego notó un aroma familiar, y un suave pelaje melado le rozó el omóplato. Se encontró con los brillantes ojos verdes de Tormenta de

Arena.

—¿Crees que es seguro? —murmuró la gata, señalando con la nariz la rápida corriente.

—Sí, te lo prometo —contestó el lugarteniente, deseando con toda su alma que estuvieran en otro lugar, lejos de aquella orilla amenazada por las llamas.

Hizo un guiño a la resuelta guerrera, intentando tranquilizarla con la mirada, cuando lo que en realidad deseaba era hundir el hocico en su pelo y esconderse hasta que la pesadilla terminara.

Tormenta de Arena asintió como si pudiera leerle el pensamiento. Luego echó a correr hacia el río, cruzó la parte

superficial y se lanzó al profundo canal del centro, justo cuando un relámpago iluminaba las agitadas aguas. A Corazón de Fuego se le encogió el pecho cuando la gata dejó de hacer pie y desapareció bajo la superficie. Sintió que se le detenía el corazón y que los oídos le rugían como truenos mientras esperaba que Tormenta de Arena reapareciera.

Entonces la gata emergió, tosiendo y pataleando, pero nadando firmemente hacia la orilla opuesta. Subió a la ribera dando traspiés, con el pelo oscurecido por el agua y pegado al cuerpo, y desde allí llamó a sus compañeros de clan:

—¡No dejéis de mover las patas y

todo irá bien!

Corazón de Fuego sintió que iba a estallar de orgullo. Se quedó mirando la ágil figura, silueteada contra los árboles de la otra orilla, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no saltar al agua y nadar junto a ella. Pero primero tenía que vigilar cómo cruzaba el resto del clan, y se obligó a mirar a sus camaradas, que habían empezado a zambullirse en el río de cabeza.

Manto Polvoroso y Nimbo arrastraron el cadáver de Centón hasta el borde del agua. Manto Polvoroso miró el cuerpo y luego al río, con expresión desolada por la imposibilidad

de llevarlo hasta el otro lado, pues ya era bastante difícil nadar solo.

Corazón de Fuego se le acercó.

—Lo dejaremos aquí —murmuró, aunque la idea de dejar atrás a otro gato le partía el corazón—. Podemos venir a enterrarlo cuando acabe el incendio.

Manto Polvoroso asintió y se internó en el río con Nimbo. El aprendiz estaba casi irreconocible bajo las manchas de humo. Corazón de Fuego le tocó el costado con la nariz al pasar, esperando que Nimbo notara lo orgulloso que estaba de él por su discreto valor.

Al levantar la cabeza, Corazón de Fuego vio que Orejitas vacilaba al

borde del río. En el otro extremo, Tormenta de Arena estaba metida en el agua hasta la barriga, ayudando a los gatos que luchaban por alcanzar la orilla. La gata animó a gritos al veterano, pero éste retrocedió cuando otro relámpago iluminó el cielo. Corazón de Fuego corrió hacia el tembloroso veterano, lo agarró por el pescuezo y se tiró al río. Orejitas aulló y se debatió mientras el lugarteniente intentaba mantener la cabeza fuera. El agua parecía helada tras el calor de las llamas, y al joven le costaba respirar, pero siguió adelante, intentando recordar la facilidad con que Látigo

Gris había cruzado a nado ese mismo canal.

De pronto, una corriente rápida los arrastró a él y a Orejitas, y Corazón de Fuego sacudió las patas. Sintió una oleada de pánico al ver que la suave pendiente de la orilla pasaba de largo y que un muro de barro se alzaba en su lugar. ¿Cómo iba a salir por allí, sobre todo cargado con Orejitas? El veterano había dejado de revolverse, y colgaba como un peso muerto de las mandíbulas del joven. Sólo su ronca respiración revelaba que el viejo gato seguía vivo, y que incluso podría sobrevivir al cruce del río. Corazón de Fuego pataleaba,

luchando contra la corriente e intentando mantener el hocico de Orejitas fuera del agua.

Sin previo aviso, una cabeza asomó desde la ribera y agarró a Orejitas. ¡Se trataba de Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río! Clavando las uñas en el barro para sujetarse, la gata sacó a Orejitas, lo dejó en el suelo, y estiró de nuevo la cabeza para agarrar a Corazón de Fuego. Éste notó sus afilados dientes en el pescuezo mientras lo izaba hasta la resbaladiza orilla. El joven sintió una oleada de alivio cuando sus patas tocaron tierra firme.

—¿Ya están todos? —preguntó

Leopardina.

Corazón de Fuego miró alrededor. Algunos gatos del Clan del Río se paseaban entre los miembros del Clan del Trueno, que estaban en la orilla acurrucados, empapados y conmocionados. Látigo Gris se encontraba entre ellos.

—Cr… creo que sí —balbuceó el lugarteniente.

Vio a Estrella Azul debajo de las ramas colgantes de un sauce. La líder parecía pequeña y frágil con el pelo pegado a sus escuálidos costados.

—¿Y qué pasa con ése? —Leopardina señaló con la nariz a la

inmóvil figura blanca y negra de la otra ribera.

Corazón de Fuego se volvió a mirar. Los helechos de ese lado ya estaban ardiendo, lanzando chispas al río e iluminando los árboles con una luz parpadeante.

—Está muerto —susurró.

Sin decir una palabra, Leopardina se metió en el río y nadó hasta la otra orilla. Con su pelo dorado centelleando a la luz de las llamas, recuperó el cuerpo de Centón y regresó nadando enérgicamente, agitando las negras aguas con sus patas delanteras. Un trueno estalló en lo alto e hizo que Corazón de

Fuego se encogiera, pero la lugarteniente del Clan del Río no se detuvo.

—¡Corazón de Fuego! —Látigo Gris corrió hacia su amigo y se restregó contra él; su costado estaba cálido y suave contra el cuerpo empapado del joven lugarteniente—. ¿Estás bien?

Asintió aturdido, mientras Leopardina arrastraba el cadáver de Centón hasta la ribera. La gata lo dejó a los pies de Corazón de Fuego y maulló:

—Vamos. Lo enterraremos en el campamento.

—¿El… campamento del Clan del Río?

—A menos que prefieras regresar al vuestro —respondió Leopardina fríamente.

La gata dio media vuelta y encabezó la marcha pendiente arriba, alejándose del río y de las llamas. Mientras los gatos del Clan del Trueno se ponían en pie penosamente y empezaban a seguirla, gruesas gotas de lluvia comenzaron a atravesar el dosel vegetal que los cubría. Corazón de Fuego agitó las orejas. ¿Habría llegado la lluvia a tiempo para el bosque en llamas? Más agotado de lo que recordaba haber estado en su vida, el joven vio cómo Látigo Gris levantaba sin dificultad el

mojado cuerpo de Centón con sus fuertes mandíbulas. La lluvia empezó a caer con mayor intensidad, martilleando el bosque, mientras Corazón de Fuego seguía a los demás gatos trastabillando sobre los lisos guijarros.

La lugarteniente del Clan del Río guió al tiznado y calado grupo a través de los cañaverales que crecían junto a la orilla, hasta que ante ellos apareció una isla. En cualquier otra estación, habría estado rodeada de agua; ahora el sendero brillaba sólo por la lluvia.

Corazón de Fuego reconoció el

lugar. La primera vez que estuvo allí, se hallaba rodeado de hielo. Entonces, los juncos asomaban claramente por el agua congelada; ahora se balanceaban en grandes ringleras, y entre sus susurrantes tallos crecían sauces plateados. La lluvia descendía por las delicadas ramas colgantes hasta el suelo arenoso.

Leopardina siguió un estrecho pasaje a través de los carrizos hasta la isla. El olor a humo era persistente, pero el rugido de las llamas se había apagado, y Corazón de Fuego pudo oír el bendito sonido de la lluvia al caer al agua que había detrás de los juncos.

Estrella Doblada se hallaba en un

claro en el centro de la isla, con el pelo de los omóplatos erizado. Corazón de Fuego advirtió que el líder del Clan del Río miraba con recelo a Látigo Gris mientras el Clan del Trueno entraba renqueando en el campamento, pero Leopardina se acercó al atigrado marrón claro y le explicó:

—Estaban huyendo del fuego.

—¿El Clan del Río está seguro? —preguntó al instante el líder.

—El fuego no cruzará el río —contestó Leopardina—. Menos aún ahora que ha cambiado el viento.

Corazón de Fuego olfateó el aire. Leopardina tenía razón: la tormenta

había llegado acompañada de un viento mucho más fresco. Se le coló por el pelo mojado, y sintió que empezaba a aclarársele la mente. Le goteaba agua de los bigotes cuando miró alrededor para ver dónde estaba Estrella Azul. Sabía que la líder debería saludar a Estrella Doblada formalmente, pero la gata estaba acurrucada entre su clan, con la cabeza gacha y los ojos entornados.

Corazón de Fuego sintió que se le contraía el estómago de nerviosismo. No podían permitir que el Clan del Río supiera lo débil que estaba su líder, así que se apresuró a ocupar el lugar de Estrella Azul.

—Leopardina y su patrulla han demostrado una gran amabilidad y valor al ayudarnos a escapar del fuego —le dijo a Estrella Doblada, inclinando la cabeza.

En lo alto, los relámpagos seguían iluminando el nublado cielo y los truenos retumbaban en la distancia, alejándose del bosque.

—Leopardina ha hecho lo correcto al ayudaros. Todos los clanes temen al fuego —respondió el líder del Clan del Río.

—Nuestro campamento se ha quemado, y nuestro territorio sigue ardiendo —continuó Corazón de Fuego,

parpadeando contra la lluvia que se le metía en los ojos—. No tenemos adónde ir. —Sabía que no tenía otra opción que entregarse a la compasión del líder del Clan del Río.

Estrella Doblada entornó los ojos e hizo una pausa. Corazón de Fuego sintió que le ardían las zarpas de frustración. El líder rival no pensaría que el penoso grupo de gatos del Clan del Trueno suponía algún peligro, ¿verdad?

—Podéis quedaros hasta que sea seguro para vosotros regresar —contestó por fin Estrella Doblada.

Corazón de Fuego sintió una oleada de alivio.

—Gracias —maulló, parpadeando agradecido.

—¿Os gustaría que enterráramos a vuestro veterano? —se ofreció Leopardina.

—Sois muy generosos, pero Centón debería ser enterrado por su propio clan —respondió Corazón de Fuego, pues ya era bastante triste que el viejo guerrero no fuera a descansar en su propio territorio. Sabía que los compañeros de guarida del veterano querrían acompañarlo en su viaje final al Clan Estelar.

—Muy bien —maulló Leopardina—. Ordenaré que lleven su cuerpo fuera del

campamento para que vuestros veteranos puedan velarlo tranquilamente —añadió, y Corazón de Fuego le dio las gracias con un movimiento de la cabeza—. Le pediré a Arcilloso que ayude a vuestra curandera. —La gata moteada examinó a los empapados y temblorosos gatos. Entornó los ojos al reparar en la figura ovillada de la líder del Clan del Trueno —. ¿Estrella Azul está herida? —preguntó.

—El humo era muy denso —contestó Corazón de Fuego con cautela—. Ella estaba entre los últimos que han abandonado el campamento. Discúlpame, debo ocuparme de mi clan.

Se acercó a Nimbo y Orejitas, que estaban juntos.

—¿Estáis en condiciones de enterrar a Centón? —les preguntó.

—¡Yo sí! —maulló Nimbo—. Pero creo que Orejitas…

—Estoy lo bastante bien para enterrar a un viejo compañero de guarida —replicó Orejitas, con la voz afectada por el humo.

—Le pediré a Manto Polvoroso que os ayude —dijo Corazón de Fuego.

Un gato marrón iba siguiendo a Carbonilla entre los miembros del Clan del Trueno. Llevaba un fardo de hierbas en la boca, que dejó sobre el suelo

húmedo cuando Carbonilla se detuvo junto a Sauce y sus cachorros. Los diminutos gatitos maullaban lastimeramente, pero se negaban a mamar cuando Sauce los apretaba contra su vientre.

Corazón de Fuego se acercó a toda prisa.

—¿Se encuentran bien los pequeños?

Carbonilla asintió.

—Arcilloso ha sugerido que les demos miel para suavizarles la garganta. Se recuperarán, pero no les ha hecho ningún bien aspirar el humo.

Arcilloso le preguntó a Sauce:

—¿Crees que podrían tomar un poco de miel?

La reina gris asintió y observó agradecida cómo el curandero del Clan del Río sacaba una bola de musgo de la que chorreaba un líquido pegajoso y dorado. Sauce ronroneó cuando sus cachorros lamieron la miel, primero tímidamente y luego con avidez cuando aquella dulzura balsámica les llegó a la garganta.

Corazón de Fuego se alejó. Carbonilla lo tenía todo bajo control. Encontró un rincón resguardado al borde del claro y se sentó a lavarse. Su pelo chamuscado tenía un sabor asqueroso.

Le dolía el cuerpo de agotamiento, pero siguió lamiéndose. Quería eliminar hasta el último rastro de humo antes de descansar.

Al terminar, miró alrededor. Los gatos del Clan del Río se habían refugiado de la lluvia en sus guaridas, dejando a los gatos del Clan del Trueno apiñados en grupos al borde del claro, bajo el susurrante muro de juncos que les proporcionaba cierta protección de la lluvia. Reparó en la figura oscura de Látigo Gris, que se paseaba entre sus antiguos camaradas de clan, tranquilizándolos con amables maullidos. Carbonilla había terminado

de atender a los gatos y estaba enroscada, exhausta, al lado de Ceniciento. Corazón de Fuego distinguió apenas el costado melado de Tormenta de Arena, que subía y bajaba regularmente junto al lomo atigrado de Rabo Largo. Estrella Azul dormía al lado de Tormenta Blanca.

Corazón de Fuego apoyó el hocico en las zarpas delanteras, escuchando el repiqueteo de la lluvia en el embarrado claro. Mientras se le cerraban los ojos, lo asaltó la insoportable imagen del rostro aterrorizado de Fauces Amarillas. Se le aceleró el pulso, pero el agotamiento pudo con él, y por fin se


internó en el refugio del sueño.



26

Al despertar, Corazón de Fuego se sentía como si sólo hubiera dormido unos minutos. Una brisa fresca le alborotaba el pelo. La lluvia había cesado y el cielo estaba lleno de ondulantes nubes blancas. Durante un momento, lo confundió el entorno desconocido. Luego captó unas voces

que hablaban cerca y reconoció el tembloroso maullido de Orejitas.

—¡Os advertí que el Clan Estelar demostraría su furia! —exclamó el veterano con voz cascada—. Nuestro hogar ha desaparecido; el bosque ya no existe.

—Estrella Azul debería haber nombrado al lugarteniente antes de que la luna llegara a lo más alto —se alteró Cola Pintada—. ¡Es la tradición!

Corazón de Fuego se levantó de un salto, con los oídos ardiendo, pero, antes de que pudiera decir nada, se elevó la voz de Carbonilla:

—Pero ¿cómo puedes ser tan

desagradecido, Orejitas? ¡Corazón de Fuego cargó contigo para que cruzaras el río!

—Casi me ahoga —se quejó el veterano.

—Estarías muerto si te hubiera dejado atrás —espetó ella—. Para empezar, si Corazón de Fuego no hubiera olido el humo, ¡podríamos haber muerto todos!

—Estoy seguro de que Centón, Medio Rabo y Fauces Amarillas le están profundamente agradecidos —maulló Cebrado sarcásticamente, y a Corazón de Fuego se le erizó el pelo de rabia.

—¡Fauces Amarillas se lo

agradecerá personalmente cuando la encontremos! —bufó Carbonilla.

—¿Cuando la encontremos? —repitió Cebrado—. Es imposible que haya escapado de ese incendio. Corazón de Fuego jamás debería haberle permitido regresar al campamento.

Carbonilla gruñó desde lo más hondo de su garganta. Cebrado había ido demasiado lejos. El joven lugarteniente se apresuró a salir de las sombras, y vio a Frondina sentada junto a su mentor, al que miraba sin pestañear y horrorizada.

El lugarteniente abrió la boca, pero Manto Polvoroso habló primero:

—¡Cebrado! Deberías mostrar más

respeto por tus compañeros de clan desaparecidos, y… —añadió, mirando compasivo a la atemorizada Frondina— deberías tener más cuidado con lo que dices. ¡Nuestros camaradas ya han sufrido bastante!

A Corazón de Fuego le sorprendió ver cómo el joven guerrero desafiaba a su antiguo mentor.

Cebrado se quedó mirando a Manto Polvoroso con la misma sorpresa, y entornó los ojos peligrosamente.

—Manto Polvoroso tiene razón —intervino el lugarteniente con voz queda, dando un paso adelante—. No deberíamos estar peleando.

Cebrado, Orejitas y los demás se volvieron en redondo con los ojos como platos, agitando incómodos las orejas y la cola al comprender que el lugarteniente había oído su conversación.

—¡Corazón de Fuego! —los interrumpió el maullido de Látigo Gris.

Vio a su amigo cruzando el claro, con el pelo húmedo por el río.

—¿Has estado patrullando? —le preguntó, después de alejarse de los demás gatos para ir a recibir a Látigo Gris.

—Sí. Y cazando. No todos podemos pasarnos la mañana durmiendo, ¿sabes?

—Le dio un empujón cariñoso en el omóplato—. Debes de tener hambre. Ven conmigo —añadió, guiándolo hacia un montón de carne fresca al borde del claro—. Leopardina dice que esto es para tu clan.

Corazón de Fuego notó que le rugían las tripas de hambre.

—Gracias —maulló—. Será mejor que se lo diga a los demás.

Fue hacia donde estaban reunidos los miembros de su clan.

—Látigo Gris dice que aquel montón de comida es para nosotros —anunció.

—Gracias al Clan Estelar —maulló Flor Dorada agradecida.

—No necesitamos que nos alimenten otros clanes —dijo Cebrado despectivamente.

—Supongo que puedes ir a cazar si quieres —replicó Corazón de Fuego entornando los ojos—. Pero primero tendrás que pedirle permiso a Estrella Doblada. Al fin y al cabo, éste es su territorio.

Cebrado resopló con impaciencia y se encaminó al montón de carne fresca. Corazón de Fuego miró a Estrella Azul. No había reaccionado en absoluto ante la noticia sobre la comida.

Tormenta Blanca agitó las orejas.

—Me encargaré de que todo el

mundo tome una ración —prometió, lanzando una mirada a Estrella Azul.

—Gracias —respondió Corazón de Fuego.

Látigo Gris se acercó con un ratón, que dejó a los pies de su amigo.

—Toma, puedes comerte esto en la maternidad —maulló—. Hay unos cachorros que quiero que veas.

Corazón de Fuego recogió el ratón y siguió a Látigo Gris hacia un carrizal enmarañado. Al acercarse, dos criaturas plateadas salieron disparadas por un pequeño agujero entre los tallos fuertemente entrelazados y corrieron hacia Látigo Gris. Se abalanzaron sobre

él, que rodó alegremente, pataleando con las uñas guardadas mientras los cachorros se le subían encima. Corazón de Fuego supo al instante de quién eran esos gatitos.

Látigo Gris ronroneó sonoramente.

—¿Cómo habéis sabido que venía? —preguntó.

—¡Te hemos olido! —respondió el más grande.

—¡Muy bien! —lo alabó Látigo Gris.

Mientras Corazón de Fuego engullía el último bocado de ratón, el guerrero gris se incorporó y los cachorros cayeron al suelo.

—Ha llegado la hora de que conozcáis a un viejo amigo mío —les contó—. Entrenamos juntos.

Los cachorros volvieron sus ojos ámbar hacia Corazón de Fuego, contemplándolo impresionados.

—¿Éste es Corazón de Fuego? —preguntó el más pequeño.

El padre asintió, y Corazón de Fuego se sintió complacido.

—¡Volved aquí los dos! —Un rostro pardo asomó por la entrada de la maternidad—. Va a llover otra vez.

Corazón de Fuego vio que los cachorros entornaban los ojos enfurruñados, pero se dirigieron

obedientemente a la guarida.

—Son fantásticos —ronroneó.

—Sí —coincidió Látigo Gris con ojos tiernos—. Pero si lo son es más gracias a Musgosa que a mí; tengo que admitirlo. Es ella la que los cuida.

Corazón de Fuego percibió una nota de melancolía en su voz, y se preguntó hasta qué punto añoraba Látigo Gris su antiguo hogar.

Sin intercambiar ni una palabra, el guerrero gris se levantó y lo guió fuera del campamento. Se sentaron en una pequeña extensión de tierra entre los juncos. Sobre sus cabezas se arqueaba un sauce, cuyas ramas se estremecían

bajo la fresca brisa. Corazón de Fuego notó que el viento le alborotaba el pelo y observó a través de la cortina de sauce, hacia el lejano bosque. Parecía que el Clan Estelar iba a mandarles más lluvia.

—¿Dónde está Fauces Amarillas? —preguntó Látigo Gris.

Corazón de Fuego sintió que lo embargaba la pena.

—Fauces Amarillas regresó al campamento conmigo, para buscar a Centón y Orejitas. La perdí en el humo… Un árbol cayó en el barranco justo cuando ella estaba saliendo. —Se preguntó si habría alguna posibilidad de

que hubiera sobrevivido al fuego. No pudo evitar que una llamarada de esperanza le prendiera en el pecho, como una paloma atrapada que estirara las alas frenéticamente—. Supongo que no habrás captado su olor mientras estabas patrullando, ¿verdad?

Látigo Gris negó con la cabeza.

—Lo lamento.

—¿Crees que el incendio seguirá activo después de la tormenta? —maulló el joven lugarteniente.

—No estoy seguro. Hemos visto algunas volutas de humo mientras estábamos fuera.

Corazón de Fuego suspiró.

—¿Crees que quedará algo del campamento?

—Pronto lo averiguarás —respondió Látigo Gris. Alzó la cabeza y se quedó mirando entre las hojas el cielo, que cada vez estaba más oscuro—. Musgosa tenía razón: va a llover otra vez. —Mientras hablaba, una gran gota de agua aterrizó a su lado—. Eso debería apagar las llamas definitivamente.

Corazón de Fuego se sintió mareado de pena mientras más gotas se colaban entre los árboles y salpicaban los juncos. Al cabo de poco, estaba lloviendo copiosamente por segunda

vez, y parecía que el Clan Estelar estuviera llorando por todo lo que se había perdido.



27

Por la tarde, el persistente tufo a humo había sido reemplazado por el hedor de la ceniza mojada, pero Corazón de Fuego saboreó su olor amargo.

—El incendio ya debe de estar extinguido —le dijo a Látigo Gris, que estaba a su lado bajo una mata de juncos para refugiarse de la lluvia—.

Deberíamos ir al campamento del Clan del Trueno para ver si ya es seguro regresar.

—Y para buscar a Fauces Amarillas y Medio Rabo —murmuró Látigo Gris.

Corazón de Fuego sabía que su viejo amigo adivinaría por qué deseaba realmente volver a su campamento. Le hizo un guiño, agradecido por su comprensión.

—Pero primero tengo que preguntarle a Estrella Doblada si puedo acompañarte —añadió Látigo Gris.

Sus palabras fueron como un baño de agua fría para Corazón de Fuego. Casi había olvidado que ahora el

guerrero gris pertenecía a otro clan.

—Enseguida vuelvo —añadió su amigo alejándose.

Corazón de Fuego miró al otro lado del claro, donde estaba Estrella Azul, acurrucada junto a Tormenta Blanca como si éste fuera la única barrera entre su turbulenta mente y el espantoso destino que había sufrido el Clan del Trueno. El joven lugarteniente se preguntó si debería decirle adónde pensaba ir. Decidió que no. De momento actuaría solo, y confiaría en que sus camaradas ocultaran a los curiosos gatos del Clan del Río la debilidad de su líder.

—¡Corazón de Fuego! —Nimbo se encaminaba hacia él—. ¿Crees que el incendio se habrá apagado?

—Látigo Gris y yo vamos a averiguarlo —respondió.

—¿Puedo ir con vosotros?

Corazón de Fuego negó con la cabeza. No sabía qué iban a encontrarse en el campamento del Clan del Trueno. Con cierta incomodidad, advirtió que también temía que Nimbo echara un vistazo a su arruinado hogar forestal y se sintiera tentado de volver a la confortable vida de gato doméstico.

—Haría cualquier cosa que me dijeras —prometió Nimbo

fervientemente.

—Entonces quédate y colabora en el cuidado de tu clan. Tormenta Blanca te necesita aquí.

Nimbo escondió su desilusión inclinando la cabeza.

—Sí, Corazón de Fuego —maulló.

—Dile a Tormenta Blanca adónde voy —añadió el lugarteniente—. Estaré de vuelta para cuando salga la luna.

—De acuerdo.

El joven lugarteniente observó cómo el aprendiz blanco regresaba con los demás gatos, y rezó para que siguiera sus órdenes por una vez y se quedara en el campamento del Clan del Río.

Látigo Gris volvió con Estrella Doblada. El atigrado claro tenía los ojos entornados inquisitivamente.

—Látigo Gris me ha dicho que quiere ir contigo a tu campamento —maulló—. ¿No puedes llevarte a uno de tus propios guerreros?

—Perdimos a dos camaradas en el incendio —explicó Corazón de Fuego, levantándose—. No quiero encontrarlos yo solo.

El líder del Clan del Río pareció entenderlo.

—Si tus camaradas no han sobrevivido, necesitarás el consuelo de un viejo amigo —repuso amablemente

—. Látigo Gris, puedes ir.

—Gracias, Estrella Doblada —dijo Corazón de Fuego inclinando la cabeza.

Látigo Gris abrió la marcha hacia el río. Al otro lado de la rápida corriente, el bosque estaba ennegrecido y carbonizado. Los árboles más altos habían conseguido conservar unas pocas hojas, que aleteaban valientemente en las puntas de las ramas más elevadas. Pero la suya era una pequeña victoria, pues el resto de las ramas estaban negras y peladas. Quizá el Clan Estelar había mandado la tormenta para apagar

el fuego, pero había llegado tarde para salvar al bosque.

Látigo Gris se metió en el río sin decir palabra y lo cruzó a nado. Corazón de Fuego lo siguió, esforzándose por imitar el fuerte pataleo de su amigo. Al salir a la orilla opuesta, los dos se quedaron mirando horrorizados los restos de su adorado bosque.

—Ver este lugar desde el otro lado del río era el único consuelo que tenía —murmuró Látigo Gris.

Corazón de Fuego lo miró de reojo con una punzada de compasión. Su amigo parecía sentir más nostalgia de su antiguo hogar de lo que él pensaba. Pero

no tuvo ocasión de decirle nada, pues aquél subió corriendo la ribera hacia la frontera del Clan del Trueno. La traspasó ansioso y se detuvo a dejar su propia marca. Corazón de Fuego no pudo evitar preguntarse si su viejo amigo estaba pensando en la frontera del Clan del Río… o en la del Clan del Trueno.

A pesar de la destrucción, el gato gris parecía disfrutar del hecho de estar de nuevo en su viejo territorio. Mientras Corazón de Fuego avanzaba hacia el campamento, su amigo lo seguía zigzagueando, yendo de un lado a otro, olfateando intensamente, antes de

alcanzarlo. Corazón de Fuego estaba asombrado, pues no reconocía nada. El bosque había cambiado más de lo imaginable; la espesura había ardido, y en el aire no había olores ni sonidos de presas. El suelo estaba pegajoso. La lluvia y la ceniza se habían mezclado para formar un barro negro y acre que se les adhería al pelo. Corazón de Fuego se estremeció mientras la lluvia salpicaba su pelaje mojado. El sonido de un único y valeroso pájaro que cantaba en la distancia hizo que le doliera el corazón por todo lo que se había perdido.

Por fin llegaron a lo alto del barranco. El campamento era claramente

visible, despojado de su dosel protector, y la dura tierra brillaba como una roca negra bajo la lluvia. Sólo la Peña Alta se mantenía inalterable, aparte de una pátina de pegajosa ceniza negra.

Corazón de Fuego bajó el barranco corriendo, levantando piedrecillas y ceniza a su paso. El árbol donde había salvado al cachorro de Flor Dorada no era nada más que un montón de ramitas quemadas, que saltó fácilmente. Buscó el túnel de aulagas que llevaba al claro, pero sólo quedaba una maraña de tallos ennegrecidos. Se metió por allí y llegó al claro tiznado de humo.

Mientras miraba alrededor con el

corazón desbocado, notó que Látigo Gris le daba un empujoncito. Siguió la mirada de su amigo: el cuerpo chamuscado de Medio Rabo yacía en lo que antes era la entrada al túnel de helechos de Fauces Amarillas. Seguramente, la curandera había intentado llevar al veterano inconsciente a la seguridad del campamento, quizá con la esperanza de que la roca hendida que le servía de guarida los protegiera de las llamas.

Corazón de Fuego se dirigió hacia la figura quemada, pero Látigo Gris maulló:

—Yo enterraré a Medio Rabo. Tú

busca a Fauces Amarillas.

Luego agarró el cuerpo inerte y empezó a arrastrarlo fuera del campamento, hacia el lugar de los enterramientos.

Corazón de Fuego se quedó mirándolo, con el alma helada de miedo. Sabía que había ido al campamento para eso, pero de pronto las patas le flaquearon y no pudo moverse. Se obligó a pasar junto a los tocones abrasados que flanqueaban el camino al claro de Fauces Amarillas. Ahora ya no había un túnel verde y protector. El hogar de la curandera estaba abierto al cielo, y el único sonido era el incesante

tamborileo de la lluvia sobre el suelo fangoso.

—¡Fauces Amarillas! —llamó con voz ronca, mientras entraba en el claro.

La roca en la que la curandera tenía su guarida estaba negra de hollín, pero, mezclado con el tufo a ceniza, Corazón de Fuego detectó el olor familiar de la vieja gata.

—¿Fauces Amarillas? —llamó de nuevo.

Un maullido quedo y cascado le respondió desde el interior de la roca. ¡Fauces Amarillas estaba viva! Temblando de alivio, el lugarteniente se internó en la oscura cueva.

Dentro apenas había luz. Corazón de Fuego no había estado allí antes, y se detuvo un momento, parpadeando, hasta que los ojos se le acostumbraron a la penumbra. Al pie de un muro había una hilera de hierbas y bayas, manchadas de humo pero intactas. Entonces vislumbró el brillo de un par de ojos en el extremo más alejado de la caverna.

—¡Fauces Amarillas!

Corazón de Fuego corrió al lado de la vieja curandera. Estaba echada, con las patas dobladas debajo del cuerpo, cubierta de hollín y resollando, demasiado débil para moverse. Apenas podía sostenerle la mirada al joven

guerrero, y cuando por fin habló, lo hizo casi sin aliento y a duras penas.

—Corazón de Fuego —dijo con voz rota—. Me alegro de que hayas venido tú.

—No debería haberte dejado aquí. —El joven lugarteniente pegó el hocico al pelo enmarañado de la gata—. Lo siento muchísimo.

—¿Salvaste a Centón?

El guerrero negó con la cabeza, abatido.

—Había aspirado demasiado humo.

—Medio Rabo también —contó Fauces Amarillas.

Corazón de Fuego vio cómo los

párpados le temblaban y empezaban a cerrarse, y maulló desesperado:

—Pero ¡salvamos a uno de los cachorros de Flor Dorada!

—¿A cuál? —murmuró la gata.

—A Pequeño Zarzo.

Corazón de Fuego vio que Fauces Amarillas cerraba los ojos brevemente, y se le heló la sangre. Ahora la curandera sabía que él la había puesto en peligro por salvar al hijo de Garra de Tigre. ¿Acaso el Clan Estelar habría compartido algo con la gata, algo que ella temía lo bastante como para desear que el cachorro no hubiera sobrevivido?

—Eres un guerrero valiente,

Corazón de Fuego. —Fauces Amarillas abrió los ojos de pronto y lo miró ardientemente—. No podría estar más orgullosa de ti ni aunque fueras mi propio hijo. El Clan Estelar sabe cuántas veces he deseado que lo fueras, en vez de… —Tomó aire con un ruido discordante, y el gato supo que cada palabra de Fauces Amarillas era como una afilada espina en la garganta—. En vez de Cola Rota.

Corazón de Fuego se estremeció cuando la vieja curandera mencionó su terrible secreto: que el brutal líder del Clan de la Sombra era su hijo, al que ella había renunciado tras darlo a luz

porque las curanderas tenían prohibido ser madres. ¿Quién sabía qué tormentos había soportado Fauces Amarillas al ver cómo su hijo asesinaba a su propio padre para convertirse en líder, y cómo luego destruía al clan por su sanguinaria ambición?

La propia Fauces Amarillas se lo había contado. Por eso Corazón de Fuego había entendido que la gata quisiera acoger a Cola Rota en su clan de adopción: porque deseaba tener una última oportunidad de cuidar del hijo al que había renunciado. El joven se inclinó hacia delante y le lamió las orejas con la esperanza de

tranquilizarla, pero ella continuó:

—Yo maté a Cola Rota. Lo envenené. Quería que muriera. —Su confesión resollante terminó en un doloroso ataque de tos.

—Chist. Reserva tus energías —le aconsejó Corazón de Fuego.

Él también conocía ese secreto. Había presenciado, escondido, cómo Fauces Amarillas daba a Cola Rota unas bayas venenosas después de que el traicionero gato hubiera ayudado a los proscritos de Garra de Tigre a atacar el campamento del Clan del Trueno. Corazón de Fuego había visto cómo el cruel guerrero moría a manos de su

madre, y oyó cómo la curandera confesaba su verdadera relación con el desalmado gato.

—Deja que te traiga un poco de agua —se ofreció.

Pero Fauces Amarillas negó con la cabeza lentamente.

—El agua ya no me sirve para nada —contestó con voz cascada—. Quiero contártelo todo antes de que…

—¡No vas a morirte! —exclamó el joven con voz estrangulada, sintiendo como si un fragmento de hielo le atravesara el corazón—. Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—No pierdas el tiempo. —Fauces

Amarillas tosió furiosa—. Voy a morir hagas lo que hagas, pero no tengo miedo. Limítate a escucharme.

Corazón de Fuego quería suplicarle que guardara silencio, que reservara su aliento para poder vivir un poco más, pero la respetaba lo bastante como para obedecerla incluso en aquellas circunstancias.

—Ojalá hubieras sido mi hijo, pero yo no podría haber engendrado un gato como tú. El Clan Estelar me dio a Cola Rota para enseñarme una lección.

—¿Y qué tenías que aprender? —protestó Corazón de Fuego—. Tú eres tan sabia como la misma Estrella Azul.

—Yo maté a mi propio hijo.

—¡Él se lo merecía!

—Pero yo era su madre —susurró la vieja curandera—. Ahora el Clan Estelar podrá juzgarme como crea conveniente. Estoy preparada.

Incapaz de responder, Corazón de Fuego inclinó la cabeza y empezó a lamerle el pelo frenéticamente, como si el amor que sentía por aquella vieja gata bastara para retenerla en el bosque un poco más.

—Corazón de Fuego —murmuró la curandera.

Él se detuvo.

—¿Sí?

—Gracias por traerme al Clan del Trueno. Dile a Estrella Azul que siempre le he estado agradecida por el hogar que me dio. Éste es un buen lugar para morir. Sólo lamento que no podré presenciar cómo te conviertes en lo que el Clan Estelar te tiene reservado.

La voz de la vieja gata se apagó, y sus costados se hundieron por el esfuerzo de llevar aire a sus abrasados pulmones.

—Fauces Amarillas —suplicó Corazón de Fuego—. ¡No te mueras!

La penosa respiración de la curandera le atenazaba el corazón, y el joven supo que no había nada que

pudiera hacer.

—No tengas miedo del Clan Estelar. Ellos entenderán lo de Cola Rota —aseguró afligido—. Nuestros antepasados guerreros te honrarán por tu lealtad a tus compañeros de clan y por tu infinito valor. Muchos gatos te deben la vida. Carbonilla habría muerto tras el accidente si no la hubieras atendido. Y cuando llegó la neumonía, tú peleaste día y noche…

Corazón de Fuego no podía dejar de hablar atropelladamente, aunque era consciente de que la respiración de la vieja curandera había dado paso a un silencio eterno. Fauces Amarillas había


muerto.



28

Con un tierno lametazo, Corazón de Fuego cerró por última vez los ojos de la curandera. Luego apoyó la cabeza en su omóplato y notó cómo el calor iba abandonando su cuerpo.

No supo cuánto tiempo pasó allí tendido, escuchando los latidos de su propio corazón a solas en la cueva en

penumbra. Durante un momento creyó captar el familiar aroma de Jaspeada, empujado hasta el interior de la guarida por la helada brisa de la lluvia. ¿Habría acudido Jaspeada a guiar a Fauces Amarillas hasta el Clan Estelar? Corazón de Fuego dejó que ese gratificante pensamiento lo inundara, y sintió que ese sueño crecía como nubes en su mente.

—Fauces Amarillas estará a salvo con nosotros. —El dulce maullido de Jaspeada movió el vello de las orejas del joven lugarteniente, que levantó la cabeza para mirar alrededor.

—¿Corazón de Fuego? —llamó

Látigo Gris desde la entrada.

Corazón de Fuego hizo un esfuerzo por incorporarse.

—He enterrado a Medio Rabo —dijo el guerrero gris.

—Fauces Amarillas está muerta. —El hueco maullido resonó contra los muros de piedra—. Estaba viva cuando la he encontrado, pero ha muerto.

—¿Te ha dicho algo?

Corazón de Fuego cerró los ojos. Jamás compartiría el trágico secreto de Fauces Amarillas con nadie, ni siquiera con su viejo amigo.

—Sólo que… agradecía a Estrella Azul que la hubiera dejado vivir en el

Clan del Trueno.

Látigo Gris entró en la cueva e inclinó la cabeza para lamer la mejilla de la vieja curandera.

—Cuando me marché, nunca se me ocurrió que no volvería a hablar con ella —murmuró, con voz cargada de pena—. ¿La enterramos?

—No —respondió Corazón de Fuego muy firme, con la cabeza repentinamente clara. Las palabras de Jaspeada resonaron en su mente: «Fauces Amarillas estará a salvo con nosotros»—. Además de curandera, era una guerrera. Velaremos su cuerpo y la enterraremos al amanecer.

—Pero debemos regresar al campamento del Clan del Río para contar lo sucedido —le recordó Látigo Gris.

—Entonces yo volveré esta noche para velarla —contestó el lugarteniente.

Los dos amigos recorrieron el bosque arrasado en silencio. Cuando llegaron al campamento del Clan del Río, la luz gris de la tarde se estaba apagando. Había grupos de gatos en el borde del claro, compartiendo lenguas tras la comida vespertina. Los gatos del Clan del Trueno formaban un montón aislado en

un extremo. En cuanto aparecieron Corazón de Fuego y Látigo Gris, Carbonilla se levantó y fue hacia ellos cojeando.

Estrella Azul, que estaba tendida junto a Tormenta Blanca, también se puso en pie. Pasó ante Carbonilla y llegó la primera hasta los amigos guerreros, con los ojos llenos de una esperanza desesperada.

—¿Habéis encontrado a Fauces Amarillas y Medio Rabo?

El lugarteniente vio que Carbonilla se quedaba atrás, con las orejas tiesas, tan desesperada por tener noticias como la líder del clan.

—Han muerto los dos —contó el joven lugarteniente.

Sintió un nuevo dolor al ver que Carbonilla se tambaleaba. La joven gata retrocedió inestablemente con los ojos empañados. Corazón de Fuego deseaba ir con ella, pero Estrella Azul se interponía en su camino. Los ojos de la líder no mostraron dolor. En vez de eso, se tornaron duros y fríos, y el guerrero sintió un escalofrío por la columna vertebral.

—¡Jaspeada me dijo que el fuego salvaría al clan! —bufó Estrella Azul—. Pero nos ha destruido.

—No… —empezó Corazón de

Fuego, pero no encontró palabras para reconfortar a su líder.

Siguió con la mirada a Carbonilla, que volvía a trompicones con los demás. Para alivio del joven, Tormenta de Arena corrió a su encuentro y pegó su costado al delgado cuerpo gris de la curandera, dándole apoyo. El lugarteniente volvió a mirar a Estrella Azul, y se le cayó el alma a los pies ante su expresión pétrea.

—El Clan del Trueno volverá a casa esta misma noche —decidió la líder con voz de hielo.

—Pero el bosque está vacío. ¡El campamento está arrasado! —protestó

Látigo Gris.

—No importa. Aquí somos forasteros. Deberíamos regresar a nuestro territorio —espetó Estrella Azul.

—Entonces os escoltaré —se ofreció el gato gris.

Corazón de Fuego lanzó una mirada a su amigo, y de repente comprendió la melancolía que reflejaban sus ojos. Látigo Gris quería ir a casa. Esa certeza lo inundó como una estrella fugaz que iluminara la noche. Miró expectante a Estrella Azul. Seguro que ella también podía ver el deseo de Látigo Gris de regresar al Clan del Trueno.

—¿Y por qué íbamos a necesitar una escolta? —preguntó la líder entornando los ojos.

—Bueno, quizá yo podría ayudaros a reconstruir el campamento —sugirió Látigo Gris inseguro—. Y tal vez podría quedarme una temporada... —Enmudeció al advertir que los ojos de Estrella Azul destellaban furiosos.

—¿Estás intentando decirme que quieres volver al Clan del Trueno? —le espetó la gata—. Bueno, ¡pues no puedes!

Corazón de Fuego se quedó mirándola, mudo de asombro.

—Tú elegiste ser leal a tus hijos en

vez de a tu clan —gruñó la líder—. Ahora debes vivir con tu decisión.

Látigo Gris se encogió. Corazón de Fuego miró con incredulidad a la vieja líder, que se volvió para anunciar a su clan:

—¡Preparaos para partir! ¡Regresamos a casa!

Los gatos del Clan del Trueno se levantaron de un salto inmediatamente. Pero Corazón de Fuego no sintió otra cosa que decepción y rabia al contemplar cómo Estrella Azul reunía a su clan a su alrededor.

La líder tenía la vista clavada en un punto situado más allá de sus gatos, en

el borde del claro. Allí se encontraban Pedrizo y Vaharina, observando a los miembros del Clan del Trueno. Corazón de Fuego vio la pena que invadía los ojos de Estrella Azul al ver a sus hijos crecidos. La líder sabía mejor que nadie lo que suponía estar dividido entre el clan y la familia. En el pasado, ella escogió ser leal a su clan en vez de a sus hijos, y eso le había causado más dolor del que jamás habría deseado a un enemigo.

Llevado por la intuición, Corazón de Fuego creyó entender la reacción de Estrella Azul ante la petición de Látigo Gris. La gata no estaba enfadada con el

guerrero gris, sino consigo misma. Ella seguía lamentando haber renunciado a sus cachorros muchos años atrás. En parte, intentaba asegurarse de que Látigo Gris no cometiese el mismo error.

Impacientes, los gatos del Clan del Trueno daban vueltas en círculo en la creciente oscuridad. Estrella Azul se encaminó hacia Estrella Doblada.

Corazón de Fuego lamió el omóplato de Látigo Gris.

—Estrella Azul tiene sus razones para decir esas cosas —murmuró—. En estos momentos está sufriendo, pero se recuperará. Y quizá entonces puedas regresar a casa.

El gato gris alzó los ojos y lo miró esperanzado.

—¿De verdad lo crees?

—Sí —respondió Corazón de Fuego, rezando al Clan Estelar para que fuera cierto.

Luego corrió hacia Estrella Azul y la alcanzó a tiempo de oír cómo le agradecía formalmente a Estrella Doblada su generosidad. Leopardina estaba junto a ellos, observando fríamente a los gatos del clan vecino.

—El Clan del Trueno está en deuda con vosotros —maulló Estrella Azul, inclinando la cabeza.

El lugarteniente vio cómo

Leopardina entornaba sus ojos esmeralda ante las palabras de Estrella Azul, con un destello verde. El joven sintió un hormigueo receloso. ¿Qué precio pediría el Clan del Río por su benevolencia? Corazón de Fuego conocía lo bastante a Leopardina como para saber que exigiría algo a cambio.

Siguió a Estrella Azul, que se puso a la cabeza de su clan a grandes zancadas y los condujo fuera del campamento del Clan del Río. El joven lugarteniente miró atrás y vio a Látigo Gris solo entre las sombras, con los ojos llenos de pena mientras observaba alejarse a sus antiguos compañeros de clan.

Corazón de Fuego suspiró para sus adentros cuando Orejitas vaciló de nuevo al borde del río. Bajaba algo crecido por la lluvia, pero Cebrado y Tormenta Blanca ya habían cruzado, y estaban esperando en la parte poco profunda del otro lado. Manto Polvoroso nadó junto a Frondina, mientras ella luchaba por mantener la cabeza fuera del agua. Tormenta de Arena había cruzado con Carbonilla. La guerrera melada no se había separado de la curandera desde el regreso de Corazón de Fuego con la noticia de la muerte de Fauces Amarillas.

—¡Date prisa! —le ordenó Estrella Azul a Orejitas con impaciencia.

El veterano gris se volvió para mirar por encima del hombro, sorprendido por su tono áspero, y luego se lanzó de cabeza a las oscuras aguas. Corazón de Fuego tensó los músculos, listo para saltar a su rescate, pero no fue necesario. Rabo Largo y Musaraña aparecieron a ambos lados del anciano, que chapoteaba frenéticamente, y lo mantuvieron a flote con sus fuertes bíceps.

Estrella Azul saltó al río y nadó sin la menor dificultad hasta el otro lado; toda la fragilidad de su cuerpo había

desaparecido, como si el fuego hubiera quemado la debilidad y le hubiera devuelto la fuerza. Corazón de Fuego se metió en el agua tras ella. Las nubes que flotaban por encima de los árboles estaban empezando a deshacerse. Al salir a la orilla opuesta, sintió frío a través del pelo mojado, pues el viento era más fresco. Se acercó a Carbonilla y le lamió la cabeza. Tormenta de Arena lo miró. Los ojos de la gata reflejaron el dolor del lugarteniente. Mientras, el resto del clan se detuvo en la ribera y se quedó mirando el bosque en un silencio horrorizado. Incluso bajo la tenue luz de la luna, la destrucción era evidente. Los

árboles estaban pelados, y las fragancias húmedas de las hojas y los helechos habían sido reemplazadas por el amargo hedor a bosque quemado y tierra chamuscada.

Estrella Azul parecía ciega a todo aquello. Pasó entre los demás gatos sin detenerse, y se dirigió a la ladera que llevaba a las Rocas Soleadas y al camino a casa. Su clan no pudo hacer otra cosa que seguirla.

—Es como estar en otro sitio —susurró Tormenta Blanca.

El lugarteniente asintió, dándole la razón. Luego avanzó entre los gatos hasta alcanzar a su aprendiz.

—Nimbo, gracias por quedarte en el campamento cuando te lo he pedido.

—No hay de qué. —El cachorro se encogió de hombros.

—¿Cómo están los veteranos?

—Les va a costar bastante superar la muerte de Medio Rabo y Centón —contestó en voz baja—. Pero he conseguido que comieran algo de carne fresca mientras tú estabas fuera. Necesitan mantener las fuerzas, por muy tristes que estén.

—Bien hecho. Eso era justo lo que había que hacer —aseguró el lugarteniente, orgulloso de la compasión de su aprendiz, tan juiciosa e

inesperada.

El barranco parecía una herida abierta en el paisaje. Tormenta de Arena se detuvo a mirar desde la cima, y Corazón de Fuego la vio temblar. Él también estaba temblando, aunque ya se le había secado el pelo. El clan descendió la escarpada pendiente despacio y en fila, y siguió a Estrella Azul hasta el campamento. Ya dentro del claro, los gatos miraron mudos alrededor, al espacio ennegrecido y despojado que antes era su hogar.

—¡Llévame junto al cuerpo de Fauces Amarillas! —le ordenó bruscamente la líder a Corazón de

Fuego, rompiendo el silencio.

Al joven guerrero se le erizó el pelo. Aquélla no era la débil envoltura de una líder a la que había intentado proteger en las recientes lunas; pero tampoco era la sabia y amable líder que le dio la bienvenida al clan y fue su mentora. Se encaminó hacia el claro de Fauces Amarillas, y Estrella Azul lo siguió. El lugarteniente miró por encima del hombro y vio que Carbonilla cojeaba detrás de ellos.

—Fauces Amarillas está en su guarida —maulló él, deteniéndose en la entrada.

Estrella Azul desapareció en las

sombras del interior de la roca.

Carbonilla se sentó a esperar.

—¿No vas a entrar? —le preguntó Corazón de Fuego.

—Ya la lloraré más tarde —respondió la joven curandera—. Creo que Estrella Azul nos necesita ahora.

Sorprendido por la compostura de Carbonilla, Corazón de Fuego la miró a los ojos. Estaban anormalmente brillantes de tristeza, pero parecían tranquilos cuando ella le hizo un guiño. El guerrero le devolvió el gesto, agradecido por su temple en medio de aquella tragedia interminable.

Un alarido escalofriante resonó en la

guarida de Fauces Amarillas. Estrella Azul salió trastabillando, sacudiendo la cabeza violentamente y mirando enfurecida los árboles ennegrecidos.

—¿Cómo ha podido el Clan Estelar hacer esto? ¿Acaso no tiene piedad? —bufó—. ¡Nunca más volveré a ir a la Piedra Lunar! De ahora en adelante, mis sueños son míos. El Clan Estelar le ha declarado la guerra a mi clan, y jamás se lo perdonaré.

Corazón de Fuego se quedó mirando a su líder, paralizado de horror. Advirtió que Carbonilla entraba sigilosamente en la guarida de Fauces Amarillas, y se preguntó si habría ido a despedirse de

su vieja amiga, pero la gata reapareció al cabo de un instante con algo en la boca, que fue a dejar al lado de Estrella Azul.

—Cómete esto, Estrella Azul —le indicó—. Mitigará tu dolor.

—¿Está herida? —le preguntó Corazón de Fuego.

Carbonilla se volvió hacia él y bajó la voz:

—En cierto modo. Pero sus heridas no son visibles. —Parpadeó—. Estas semillas de adormidera la calmarán y le darán a su mente tiempo para sanar. —Se volvió de nuevo hacia Estrella Azul y repitió—: Cómetelo, por favor.

La líder inclinó la cabeza obedientemente y empezó a tragarse las pequeñas semillas negras.

—Vamos —maulló Carbonilla con dulzura, y guió a la líder fuera de allí.

Corazón de Fuego sintió que le temblaban las patas al ver la discreta destreza de Carbonilla. Fauces Amarillas habría estado muy orgullosa de su aprendiza. Luego fue a la guarida y agarró por el pescuezo el cuerpo desmadejado y tiznado de humo. Lo llevó hasta el claro iluminado por la luna, y lo dispuso de modo que Fauces Amarillas descansara con la misma dignidad con que había vivido. Al

terminar, le dio un último lametazo.

—Esta noche dormirás bajo las estrellas por última vez —susurró, y se acomodó a su lado para velarla, como había prometido.

Carbonilla se le unió cuando la luna en cuarto creciente empezaba a descender y el horizonte adquiría un brillo claro y rosado por encima de los ennegrecidos árboles. Corazón de Fuego se levantó para estirar las agotadas patas. Miró el arrasado claro.

—No te lamentes demasiado por el bosque —murmuró la gata gris—.

Volverá a crecer rápidamente, y será más fuerte por las heridas que ha sufrido, como un hueso roto que se cura el doble de bien.

Corazón de Fuego dejó que esas palabras lo tranquilizaran. Inclinó la cabeza agradecido y fue en busca del resto del clan.

Musaraña estaba montando guardia ante la guarida de Estrella Azul.

—Lo ha ordenado Carbonilla —explicó Tormenta Blanca, emergiendo de las sombras. Todavía tenía el pelo manchado de humo y los ojos enrojecidos por el fuego y el cansancio—. Ha dicho que Estrella Azul está

enferma y necesita vigilancia.

—Muy bien —contestó el lugarteniente—. ¿Cómo está el resto del clan?

—La mayoría ha dormido un poco, después de encontrar lugares lo bastante secos para tumbarse.

—Deberíamos mandar una patrulla matutina —dijo Corazón de Fuego, pensando en voz alta—. Garra de Tigre podría aprovecharse de lo que ha sucedido.

—¿A quiénes vas a mandar?

—Cebrado parece el guerrero que está más en forma, pero necesitaremos su fuerza para empezar a reconstruir el

campamento. —Mientras hablaba, Corazón de Fuego sabía que no estaba diciendo toda la verdad. Quería tener al atigrado oscuro donde pudiera verlo—. Me gustaría que tú te quedaras aquí, si no te importa —continuó, y Tormenta Blanca accedió inclinando la cabeza—. Tenemos que explicar la situación a los demás gatos.

—Pero Estrella Azul está durmiendo. ¿Crees que deberíamos molestarla? —inquirió el guerrero blanco, con un ceño de preocupación.

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—No. La dejaremos descansar. Yo

hablaré al clan.

Se subió a la Peña Alta de un solo salto e hizo la convocatoria habitual. A sus pies, los miembros del clan salieron somnolientos de las ruinas de sus guaridas, y agitaron las orejas y la cola de la sorpresa al ver que Corazón de Fuego los esperaba donde su líder solía dirigirse a ellos.

—Debemos reconstruir el campamento —empezó el lugarteniente cuando todos estuvieron acomodados delante de él—. Sé que ahora parece un desastre, pero nos hallamos en plena estación de la hoja verde. El bosque volverá a crecer rápidamente, y será

más fuerte por las heridas que ha sufrido. —Parpadeó al repetir las palabras de Carbonilla.

—¿Y por qué no nos cuenta Estrella Azul todo eso? —lo desafió Cebrado, al fondo del grupo, y Corazón de Fuego se puso tenso.

—Estrella Azul está exhausta. Carbonilla le ha dado semillas de adormidera para que pueda descansar y recuperarse.

Murmullos de inquietud recorrieron la multitud de gatos.

—Cuanto más descanse, más deprisa se recuperará —aseguró Corazón de Fuego—. Al igual que el bosque.

—El bosque está vacío —dijo Pecas alterada—. Las presas han huido o han muerto en el incendio. ¿Qué vamos a comer? —Aunque sus hijos ya habían abandonado la maternidad, miró angustiada a Ceniciento y Frondina, con el rostro crispado de preocupación materna.

—Las presas regresarán —la tranquilizó Corazón de Fuego—. Debemos cazar como de costumbre, y si necesitamos alejarnos un poco más para encontrar carne fresca, lo haremos.

Se elevaron murmullos de aprobación por el claro, y Corazón de Fuego empezó a sentir cierta confianza.

—Rabo Largo, Musaraña, Espino y Manto Polvoroso: vosotros formaréis la patrulla matutina —ordenó, y los cuatro gatos asintieron de manera incondicional—. Zarpa Rauda, tú reemplazarás a Musaraña en su puesto de guardia y te asegurarás de que no se moleste a Estrella Azul. Los demás empezaremos a trabajar en el campamento. Tormenta Blanca organizará grupos para recoger material. Cebrado, tú vas a supervisar la reconstrucción del muro del campamento.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —espetó Cebrado—. Todos los helechos se han quemado.

—Utiliza todo lo que puedas. Pero asegúrate de que sea resistente. No debemos olvidar la amenaza de Garra de Tigre. Hemos de estar alerta. Todos los cachorros permanecerán dentro del campamento. Y los aprendices sólo saldrán con guerreros. —Observó al silencioso clan—. ¿Estamos todos de acuerdo?

—¡Estamos todos de acuerdo! —exclamó la multitud.

—Estupendo —concluyó Corazón de Fuego—. Pues ¡patas a la obra!

Los gatos empezaron a apartarse de la Peña Alta, zigzagueando velozmente entre sí para agruparse en torno a

Tormenta Blanca y Cebrado, que iban a darles instrucciones.

Corazón de Fuego bajó de la Peña Alta de un salto y se acercó a Tormenta de Arena.

—Tenemos que organizar un grupo de enterramiento para Fauces Amarillas.

—No has mencionado su muerte —señaló la guerrera, con extrañeza en sus ojos verdes.

—¡Ni la de Medio Rabo! —exclamó Nimbo a su lado, con tono de reproche.

—El clan ya sabe que están muertos —replicó el lugarteniente, sintiendo un incómodo picor—. Es Estrella Azul quien debe honrarlos con las palabras

apropiadas. Podrá hacerlo cuando esté mejor.

—¿Y qué ocurrirá si Estrella Azul no se recupera? —aventuró Tormenta de Arena.

—¡Lo hará! —espetó Corazón de Fuego.

Tormenta de Arena se estremeció visiblemente, y el joven se maldijo a sí mismo. La guerrera sólo estaba expresando en voz alta los temores de todo el clan. Si Estrella Azul había dado realmente la espalda a los rituales del Clan Estelar, Fauces Amarillas y Medio Rabo podrían quedarse sin las palabras adecuadas que los acompañarían en su

viaje al Manto de Plata.

Corazón de Fuego notó que su confianza y seguridad se desvanecían. ¿Y si el bosque no se recuperaba antes de la estación sin hojas? ¿Y si no podían encontrar presas suficientes para alimentar al clan? ¿Y si Garra de Tigre los atacaba?

—Si Estrella Azul no mejora, no sé qué sucederá —murmuró.

Los ojos de Tormenta de Arena echaron chispas.

—Estrella Azul te nombró su lugarteniente. ¡Ella habría esperado que supieras qué hacer!

Las palabras de la gata impactaron

en Corazón de Fuego como granizo.

—¡Guarda las garras, Tormenta de Arena! —bufó—. ¿Es que no ves que estoy haciendo todo lo que puedo? En vez de criticarme, organiza a los aprendices para que entierren a Fauces Amarillas. —Luego lanzó una mirada furibunda a Nimbo—. Tú también puedes ir. ¡Y procura no meterte en problemas por una vez! —añadió.

Se alejó de los dos pasmados gatos y cruzó el claro a grandes pasos. Sabía que había sido injusto, pero le habían hecho una pregunta que no estaba preparado para responder, una pregunta tan aterradora que no podía ni pensar

qué implicaciones tendría.

¿Y si Estrella Azul no se recuperaba jamás?



29

El cielo siguió gris y nublado los siguientes días, pero los chaparrones no empañaron la reconstrucción del campamento del Clan del Trueno. Corazón de Fuego recibía con agrado la lluvia, que limpiaba, hacía que el suelo absorbiera las cenizas y ayudaba al bosque a recuperarse.

Pero aquella mañana el sol brillaba en lo alto, y las nubes se alejaban por el horizonte. «El cielo estará despejado para la Asamblea de esta noche», pensó Corazón de Fuego apenado, deseando que, por una vez, la luna estuviera tapada para que no se celebrase la Asamblea. Estrella Azul todavía estaba muy lejos de ser la misma de antes, y sólo salía de su guarida cuando Tormenta Blanca la convencía de que fuera a ver cómo progresaban las reparaciones. La líder del Clan del Trueno asentía inexpresivamente a los atareados gatos y luego regresaba renqueando a la seguridad de su cueva.

Corazón de Fuego se preguntaba si Estrella Azul recordaría siquiera que la Asamblea era aquella misma noche. Tal vez debería ir a averiguarlo.

Bordeó el claro, sintiendo una oleada de orgullo por el trabajo que había llevado a cabo el clan. El campamento ya estaba recobrando parte de su antigua forma. El roble de los veteranos tenía el tronco ennegrecido, pero seguía de una pieza, aunque su laberinto de ramas había quedado reducido a cenizas. El zarzal de la maternidad, que se había convertido en una maraña de tallos tras perder sus hojas protectoras, había sido

cuidadosamente remendado con ramitas frondosas recogidas en las partes menos dañadas del bosque. Y el muro del campamento se había apuntalado y reforzado con las ramas más fuertes que los gatos habían logrado encontrar, aunque no había mucho que pudieran hacer para reemplazar la densa barrera de helechos que antes rodeaba el campamento. Para eso, tendrían que esperar a que la vegetación forestal creciera de nuevo.

Corazón de Fuego oyó unos ruiditos detrás de la maternidad. A través de las paredes incompletas, vio un conocido pelaje blanco.

—¡Nimbo! —llamó.

El aprendiz salió desde detrás del zarzal, con la boca llena de palitos que estaba introduciendo en los huecos del muro de la maternidad. Corazón de Fuego lo saludó con un guiño. Él no era el único que había advertido lo duro que estaba trabajando Nimbo los últimos días para reconstruir el campamento. Ya no quedaban dudas sobre el compromiso del aprendiz blanco con el clan. Corazón de Fuego se preguntaba si habría hecho falta algo tan tremendo como un incendio para que Nimbo descubriera el verdadero significado de la lealtad. El joven aprendiz se plantó ante él sin

hablar, con el pelo aplastado y con manchas de hollín y barro, y cara de agotado.

—Ve a descansar —le ordenó Corazón de Fuego con delicadeza—. Te lo has ganado.

Nimbo soltó su carga de palitos.

—Deja que primero termine con esto.

—Puedes hacerlo después.

—Pero si sólo me falta un poco —protestó Nimbo.

—Pareces muerto de cansancio —insistió el lugarteniente—. Déjalo.

—Sí, Corazón de Fuego. —El aprendiz se volvió para marcharse y se

quedó mirando melancólicamente el roble caído junto al que estaban sentados Orejitas, Cola Moteada y Tuerta—. ¡Qué vacía parece la guarida de los veteranos! —maulló.

—Centón y Medio Rabo están ahora con el Clan Estelar —le recordó—. Esta noche estarán observándote desde el Manto de Plata.

Se le revolvió el estómago de pena al recordar que Estrella Azul se había negado a celebrar la ceremonia adecuada para sus compañeros fallecidos. «No los pondré en manos del Clan Estelar —le había dicho la líder amargamente—. Nuestros antepasados

guerreros no se merecen la compañía de los gatos del Clan del Trueno». De modo que Tormenta Blanca había tranquilizado al nervioso clan pronunciando las palabras que acompañarían a Fauces Amarillas y Medio Rabo en su camino al Manto de Plata, al igual que había hecho Corazón de Fuego por Centón en el campamento del Clan del Río.

Nimbo asintió, pero no parecía muy convencido. Corazón de Fuego sabía que al aprendiz aún le costaba creer que las luces del Manto de Plata fueran los espíritus de sus antepasados guerreros, que vigilaban sus antiguos territorios de

caza.

—Ve a descansar —repitió.

Nimbo se fue, arrastrando las patas, hacia el tocón chamuscado donde los aprendices se reunían a comer y compartir lenguas. Centellina cruzó el claro a toda prisa para recibir a su amigo, y Nimbo la saludó acariciándola cariñosamente con el hocico. Pero los párpados ya se le estaban cerrando, y su saludo fue interrumpido por un gran bostezo. Se tumbó donde estaba, apoyando la cabeza en el suelo y cerrando los doloridos ojos. Centellina se agachó a su lado y empezó a lavarle delicadamente el mugriento pelo.

Corazón de Fuego sintió una punzada de soledad al recordar el compañerismo que compartía antes con Látigo Gris.

Se encaminó una vez más a la guarida de Estrella Azul. Rabo Largo estaba montando guardia, y lo saludó al pasar. El lugarteniente hizo una pausa en la entrada. El liquen había ardido y la piedra estaba negra de hollín. Maulló un quedo saludo y entró. Sin el liquen, el viento y la luz inundaban la cueva, y Estrella Azul había arrastrado su lecho hasta las sombras del fondo de la ventosa cueva.

Carbonilla estaba al lado del bulto encorvado que era la líder, acercándole

un montoncito de hierbas.

—Harán que te sientas mejor —aseguró la curandera.

—Me siento bien —espetó Estrella Azul, con los ojos clavados en el suelo arenoso.

—Entonces las dejaré aquí. Quizá quieras tomarlas más tarde. —Carbonilla se levantó y se dirigió cojeando a la entrada.

—¿Cómo está? —le preguntó Corazón de Fuego.

—Tozuda —contestó la curandera, pasando junto a él para salir de la guarida.

Corazón de Fuego se acercó

cautelosamente a la vieja líder. Estrella Azul le parecía cada vez más una extraña; estaba encerrada en un mundo de miedos y recelos que no sólo iban dirigidos a Garra de Tigre, sino también a todos sus antepasados guerreros del Clan Estelar.

—Estrella Azul —empezó tímidamente, inclinando la cabeza—. Esta noche es la Asamblea. ¿Has decidido quién ha de asistir?

—¿La Asamblea? —bufó la líder asqueada—. Decide tú a quién llevas. Yo no pienso acudir. Ya no hay ninguna razón para que honre al Clan Estelar.

Mientras hablaba, entró una nube de

cenizas que la interrumpió al provocarle un ataque de tos.

Corazón de Fuego se quedó mirando consternado los espasmos que sacudían el frágil cuerpo de la gata. ¡Estrella Azul era la líder del Clan del Trueno! Era ella quien le había enseñado la existencia del Clan Estelar y cómo los espíritus de los guerreros vigilaban el bosque. No podía creer que ahora rechazara las creencias en las que ella misma había basado toda su vida.

—N… no tienes que honrar al Clan Estelar —balbuceó el joven al fin—. Sólo tienes que acudir para representar a tu propio clan. Los tuyos necesitan tu

fortaleza ahora.

Estrella Azul lo miró un largo instante.

—Mis hijos me necesitaron una vez, pero yo los cedí para que los criase otro clan —susurró—. ¿Y por qué? Porque el Clan Estelar me había dicho que me esperaba un destino diferente. ¿Es éste? ¿Sufrir el ataque de traidores? ¿Ver cómo mi clan muere a mi alrededor? El Clan Estelar se equivocaba. No valía la pena.

Corazón de Fuego sintió que se le helaba la sangre. Salió de la guarida a ciegas. Tormenta de Arena había sustituido a Rabo Largo en la entrada. El

lugarteniente miró esperanzado a la guerrera melada, pero era obvio que ella no había olvidado sus duras palabras, porque clavó la vista en sus patas y lo dejó pasar sin decir nada.

Desazonado, Corazón de Fuego vio que Tormenta Blanca entraba en el campamento con la patrulla del mediodía. Hizo una seña con la cola al guerrero blanco, que se le acercó mientras el resto de la patrulla se dispersaba en busca de comida o un lugar donde descansar.

—Estrella Azul no está lo bastante bien para asistir a la Asamblea —maulló el lugarteniente cuando Tormenta

Blanca llegó a su lado.

Éste movió la cabeza como si la noticia no le sorprendiera.

—Hubo un tiempo en que nada habría impedido que Estrella Azul fuese a una Asamblea —comentó quedamente.

—De todos modos, deberíamos llevar una representación —dijo Corazón de Fuego—. Hay que avisar a los demás clanes del peligro de Garra de Tigre. Su grupo de proscritos supone una amenaza para todos los clanes.

El guerrero blanco asintió.

—Supongo que podríamos contarles que Estrella Azul está enferma —sugirió —. Pero quizá daríamos pie a

problemas si reveláramos que nuestra líder está debilitada.

—Sería muchísimo peor no acudir —señaló el lugarteniente—. Los demás clanes sabrán lo del incendio. Debemos aparecer tan fuertes como sea posible.

—Tienes razón, porque el Clan del Viento sigue siendo claramente hostil.

—El hecho de que Tormenta de Arena, Nimbo y yo peleáramos con ellos en su propio territorio y los venciéramos no habrá ayudado mucho —admitió el joven lugarteniente—. Y hay que tener en cuenta al Clan del Río.

El guerrero lo miró con curiosidad.

—Pero si nos acogieron después del

incendio…

—Lo sé —respondió Corazón de Fuego—. Pero no dejo de preguntarme si Leopardina acabará exigiendo algo a cambio.

—No tenemos nada que dar.

—Tenemos las Rocas Soleadas —le recordó el lugarteniente—. El Clan del Río nunca ha ocultado su interés por esa parte del bosque, y justo en este momento nosotros necesitamos hasta el último rincón de nuestras tierras para cazar.

—Por lo menos el Clan de la Sombra está debilitado por la enfermedad —apuntó Tormenta Blanca

—. Ese clan no nos atacará en una buena temporada.

—Sí —coincidió, sintiéndose culpable por beneficiarse del sufrimiento de otro clan—. De hecho, las noticias sobre Garra de Tigre podrían obrar en nuestro favor —afirmó, y el viejo guerrero lo miró perplejo—. Si logro convencer a los demás clanes de que Garra de Tigre es una amenaza para ellos tanto como para nosotros, podrían emplear sus energías en proteger sus propias fronteras.

Tormenta Blanca asintió despacio.

—Podría ser la mejor manera de mantenerlos a todos lejos de nuestro

territorio mientras recuperamos fuerzas. Tienes razón, Corazón de Fuego. Debemos asistir a la Asamblea, aunque Estrella Azul no pueda venir con nosotros.

Sus ojos azules se cruzaron con los del lugarteniente, y éste supo que los dos estaban pensando lo mismo: Estrella Azul podría ir si quisiera… pero había decidido no hacerlo.

Mientras el sol se ponía, los gatos empezaron a tomar algo de comida del escaso montón que habían conseguido reunir. Corazón de Fuego escogió una

minúscula musaraña, que se llevó al lugar habitual —aunque la mata de ortigas había desaparecido— para comérsela de un par de hambrientos bocados. El clan llevaba días sin tener el estómago lleno. Las presas estaban regresando, aunque poco a poco, y Corazón de Fuego sabía que debían ser cuidadosos con la cantidad de criaturas que atrapaban. El bosque necesitaba reponerse antes de que ellos pudieran comer hasta saciarse.

Cuando terminaron su miserable comida, Corazón de Fuego se levantó y cruzó el claro. Sintió que los ojos del clan lo seguían mientras subía a la Peña

Alta de un salto. No hizo falta convocarlos; todos se reunieron bajo la roca con ojos inquisitivos en la decreciente luz vespertina.

—Estrella Azul no asistirá a la Asamblea de esta noche —anunció el lugarteniente.

Maullidos de alarma recorrieron el clan, y Corazón de Fuego vio cómo Tormenta Blanca se movía entre ellos, tranquilizándolos. ¿Hasta dónde habría adivinado el clan el estado de ánimo de la líder? En el campamento del Clan del Río se habían unido para proteger a Estrella Azul de miradas entrometidas, pero, de vuelta en su propio

campamento, la debilidad de la gata los dejaba vulnerables y asustados.

El hijo de Garra de Tigre estaba sentado en la entrada de la maternidad, observando la Peña Alta con ojos muy redondos y curiosos. Durante un momento, Corazón de Fuego se sintió hipnotizado por su mirada amarilla, y por su mente empezaron a vagar imágenes de Garra de Tigre.

—¿Significa eso que el Clan del Trueno no va a ir a la Asamblea? —inquirió Cebrado abriéndose paso; Corazón de Fuego volvió en sí al oír su voz—. Después de todo, ¿qué es un clan sin un líder?

El lugarteniente pensó si estaría imaginándose el brillo siniestro que veía en los ojos de Cebrado.

—El Clan del Trueno irá a los Cuatro Árboles esta noche —respondió, dirigiéndose a todos los reunidos—. Debemos mostrarles a los demás clanes que somos fuertes, a pesar del incendio.

Vio asentimientos de aprobación. Los aprendices movieron las patas y se miraron con impaciencia, demasiado jóvenes para entender la gravedad de acudir a una Asamblea sin líder, y distraídos por la esperanza de ser elegidos para asistir.

—No debemos revelar la menor

debilidad, por el bien de Estrella Azul y por el bien de todo el clan —continuó Corazón de Fuego—. Recordadlo, ¡somos el Clan del Trueno!

Aulló las palabras finales, sorprendido por la ardiente convicción que le brotaba del corazón, y el clan respondió cuadrándose, lamiéndose el pelo cubierto de ceniza y alisándose los chamuscados bigotes.

—Me llevaré a Cebrado, Musaraña, Tormenta de Arena, Tormenta Blanca, Ceniciento y Nimbo.

—¿El resto serán suficientes para proteger el campamento? —inquirió Cebrado.

—Garra de Tigre sabrá que hay Asamblea —dijo Rabo Largo—. ¿Y si aprovecha esa oportunidad para atacar?

—No podemos permitirnos dejar más gatos de lo habitual. Si parecemos débiles en la Asamblea, podríamos estar invitando a los demás clanes a atacarnos —insistió el lugarteniente.

—Tiene razón —coincidió Musaraña—. ¡No podemos dejar que los otros vean nuestra debilidad!

—El Clan del Río ya sabe que el incendio destruyó nuestro campamento —añadió Sauce—. Debemos mostrarles que somos tan fuertes como siempre.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—preguntó Corazón de Fuego—. Rabo Largo, Manto Polvoroso, Pecas y Fronde Dorado guardarán el campamento. Veteranos y reinas, estaréis a salvo con ellos, y nosotros regresaremos tan pronto como podamos.

Escuchó los murmullos y examinó los ojos que lo contemplaban. Con una oleada de alivio, vio que empezaban a asentir con la cabeza.

—Bien —maulló, y bajó de la roca de un salto.

Los guerreros y aprendices que había escogido ya estaban formando un círculo en la entrada del campamento, sacudiendo la cola con impaciencia. Un

familiar pelaje blanco y largo estaba entre ellos. Aquélla sería la primera Asamblea de Nimbo. Desde que el cachorro se unió al clan, Corazón de Fuego había estado deseando que llegara ese momento. Aún recordaba su primera Asamblea, descendiendo la ladera hacia los Cuatro Árboles rodeado de poderosos guerreros, y no pudo evitar sentirse algo desilusionado al mirar a los hambrientos gatos manchados de humo a los que Nimbo tendría que seguir. Pero, aun así, Corazón de Fuego percibió en ellos emoción y una energía contenida tan intensa como la de siempre. Tormenta de

Arena amasaba el suelo con las zarpas delanteras, y los ojos de Musaraña relucían en la creciente oscuridad cuando el lugarteniente corrió hacia la comitiva.

—Rabo Largo —maulló, deteniéndose brevemente junto a él—. Vas a ser el guerrero más antiguo. Guarda bien el clan.

Rabo Largo inclinó la cabeza.

—Todos estarán a salvo, lo prometo.

La satisfacción de Corazón de Fuego por el gesto respetuoso del guerrero se vio amargada por la mirada burlona que le lanzó Cebrado desde la entrada del campamento. Era como si el atigrado

pudiera ver a través de su confianza exterior, hasta la inseguridad que había debajo. La mirada de Corazón de Fuego se cruzó con la de Tormenta de Arena. La gata estaba observándolo sin pestañear. «Estrella Azul te nombró su lugarteniente. ¡Ella habría esperado que supieras qué hacer!». Las desafiantes palabras de la guerrera, que le habían dolido como la picadura de una víbora, de pronto le dieron fuerzas, y le dedicó a Cebrado una mirada desafiante mientras encabezaba la marcha para salir del campamento.

Los gatos avanzaron en silencio por el bosque, donde los árboles quemados

se alzaban hacia el cielo como garras retorcidas. A Corazón de Fuego se le hundían las patas en la ceniza, mojada y pegajosa, pero en el aire había un aroma esperanzador a frescos brotes verdes que surgían de los rescoldos.

Miró hacia atrás. Nimbo mantenía bien el ritmo, y Tormenta de Arena se estaba adelantando, acercándose cada vez más, hasta que quedó a su lado y adaptó sus pasos a los de él.

—Has hablado muy bien en la Peña Alta —dijo la gata resollando.

—Gracias —respondió Corazón de Fuego.

Se separaron al ascender un

montículo empinado, pero Tormenta de Arena lo alcanzó en la cima.

—Yo… siento mucho lo que dije sobre Estrella Azul —maulló la guerrera en voz baja—. Es que estaba preocupada. El campamento tiene muy buen aspecto, teniendo en cuenta…

—¿Teniendo en cuenta que yo soy el lugarteniente? —sugirió Corazón de Fuego con amargura.

—Teniendo en cuenta que quedó tan arrasado —concluyó la gata. Corazón de Fuego agitó las orejas—. Estrella Azul debe de estar orgullosa de ti —continuó, y el joven hizo una mueca; dudaba mucho que la líder lo hubiese advertido

siquiera, pero agradeció las palabras de la guerrera.

—Gracias —repitió. Giró la cabeza mientras descendían el montículo y miró los dulces ojos esmeralda de la gata—. Te he echado de menos, Tormenta de Arena… —empezó.

Lo interrumpió el sonido de unos potentes pasos retumbando tras él, y la voz de Cebrado gruñó:

—Bueno, entonces, ¿qué vas a contarles a los demás clanes?

Antes de que Corazón de Fuego pudiese contestar, un árbol caído se alzó ante ellos. El lugarteniente dio un salto, pero se le enganchó una pata en una

rama y aterrizó torpemente, trastabillando. Los otros pasaron corriendo, pero redujeron el paso instintivamente cuando Corazón de Fuego quedó rezagado.

—¿Estás bien? —le preguntó Cebrado cuando el joven lo alcanzó. Sus ojos destellaban bajo la luz de la luna.

—Sí —respondió Corazón de Fuego secamente, procurando no mostrar el dolor que sentía en la pata.

Ésta seguía palpitando cuando llegaron a lo alto de la ladera que llevaba a los Cuatro Árboles. El joven lugarteniente se detuvo para recuperar el aliento y aclarar sus ideas antes de

reunirse con los demás clanes. El valle que se extendía a sus pies no había sido afectado por el fuego, y los cuatro robles se elevaban intactos hacia el cielo estrellado.

Corazón de Fuego miró a los gatos que esperaban a su lado, sacudiendo la cola y agitando las orejas con expectación. Era obvio que confiaban en él para ocupar el puesto de Estrella Azul en la Asamblea, y para convencer a los otros clanes de que el Clan del Trueno no estaba debilitado por la tragedia vivida recientemente. Él tenía que demostrar que era merecedor de esa confianza. Les hizo una señal con la

cola, como había visto hacer a Estrella Azul muchísimas veces, y emprendió el descenso hacia la Gran Roca.



30

El aire del claro estaba cargado de los olores del Clan del Viento y el Clan del Río. Corazón de Fuego sintió un temblor de ansiedad. En sólo unos momentos tendría que subir a la Gran Roca y dirigirse a aquellos gatos. No había ni rastro del Clan de la Sombra. ¿La enfermedad los tendría tan atenazados

como para no poder asistir a la Asamblea? Con una punzada de pena por Cuello Blanco, se acordó de Garra de Tigre y del terror que había visto en los ojos del joven guerrero mientras el enorme atigrado se alzaba al borde del Sendero Atronador. De pronto notó un cosquilleo en las zarpas; estaba deseando saltar a la Gran Roca y advertir a los demás clanes de la oscura presencia del guerrero en el bosque.

—¡Corazón de Fuego! —exclamó Bigotes, corriendo a su encuentro.

Al lugarteniente del Clan del Trueno le sorprendió el ronroneo amistoso de Bigotes. El último gato del Clan del

Viento que había visto era Enlodado, mientras huía por el brezo dando alaridos de rabia. Pero era evidente que Bigotes no había olvidado cómo Corazón de Fuego había guiado a su clan a casa desde el exilio. Los dos guerreros habían intimado durante aquel viaje, y ambos seguían valorando el vínculo que habían forjado.

—Hola, Bigotes —lo saludó—. Será mejor que Enlodado no te vea hablando conmigo, a pesar de la tregua. La última vez que nos encontramos, no acabamos muy bien que digamos.

—Enlodado está muy orgulloso de defender su territorio —contestó Bigotes

incómodo, trasladando el peso de una pata a otra. Obviamente sabía lo de los dos ataques a gatos del Clan del Trueno en el territorio del Clan del Viento.

—Tal vez —aceptó Corazón de Fuego—, pero eso no justifica que impidiera a Estrella Azul viajar hasta las Rocas Altas. —Deseaba que la líder hubiese podido compartir sueños con el Clan Estelar en la Piedra Lunar. Las cosas podrían ser muy distintas si ella hubiese recibido la garantía de que sus antepasados guerreros no le habían dado la espalda.

—A Estrella Alta no le hizo gracia lo sucedido. Aunque estuvieseis dando

asilo a Cola Rota, eso no era razón para…

—Cola Rota ya estaba muerto para entonces —lo interrumpió el lugarteniente, y lamentó su tono al ver que el guerrero marrón agitaba los bigotes azorado—. Lo siento, amigo —maulló más amablemente—. Es estupendo verte de nuevo. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió el gato con expresión aliviada—. Lamento mucho lo del incendio. Sé lo horrible que es para un clan que lo echen de su territorio. —Miró a Corazón de Fuego con ojos comprensivos.

—Ya hemos regresado al

campamento, y estamos reconstruyéndolo lo mejor que podemos. El bosque no tardará mucho en recuperarse. —Procuró sonar lleno de confianza y seguridad.

—Me alegra oírlo —maulló Bigotes—. ¿Sabes? Ahora es como si nunca hubiésemos estado lejos de nuestro campamento. En esta estación de la hoja verde han nacido muchos cachorros, y el hijo de Flor Matinal está aquí como aprendiz: es su primera Asamblea.

Corazón de Fuego recordó el bultito peludo y mojado que había ayudado a cargar bajo la lluvia, a través del territorio de los Dos Patas de regreso al

hogar del Clan del Viento. Siguió la mirada de Bigotes por el claro, hasta un joven gato. Pese a ser pequeño, como el resto de su clan, los músculos del aprendiz ya se notaban fibrosos y bien desarrollados bajo su corto y espeso pelaje.

Corazón de Fuego advirtió que Bigotes inclinaba repentinamente la cabeza. Al darse la vuelta, vio que Estrella Alta se les acercaba. El líder del Clan del Viento lo miró entornando los ojos.

—Últimamente te hemos visto mucho, Corazón de Fuego —declaró—. Que en una ocasión nos llevarais hasta

nuestro hogar no os da la libertad de pasearos por nuestras tierras.

—Ya estoy avisado —replicó Corazón de Fuego.

Se obligó a mantenerse tranquilo y a que su voz no delatara su resentimiento por el trato que había recibido Estrella Azul. Después de todo, la Asamblea se celebraba bajo una tregua, y él había aprendido a respetar a Estrella Alta en su trayecto juntos por el territorio de Dos Patas. Pero sostuvo la mirada del líder blanco y negro y maulló con firmeza:

—No obstante, debo poner las necesidades de mi clan en primer lugar.

Los ojos del líder relucieron, y asintió levemente.

—Has hablado como un auténtico guerrero. No me sorprendió que Estrella Azul te eligiera lugarteniente. —Estrella Alta miró alrededor y añadió—: Algunos pensaban que un gato tan joven como tú jamás podría con una responsabilidad tan grande. Yo no estaba entre ellos.

Corazón de Fuego se quedó desconcertado. No se esperaba semejante cumplido del líder del Clan del Viento. Reprimió un ronroneo encantado y le dio las gracias con un gesto de cabeza.

—¿Dónde está Estrella Azul? —preguntó Estrella Alta—. No la veo entre tus gatos. —Su voz sonó despreocupada, pero sus ojos delataban un vivo interés.

—Todavía no se siente lo bastante bien para viajar —respondió Corazón de Fuego como si nada.

—¿Resultó herida en el incendio?

—Nada de lo que no vaya a recobrarse —aseguró el joven lugarteniente, deseando con toda su alma estar diciendo la verdad.

A su lado, Bigotes alzó la vista de golpe. Corazón de Fuego siguió su mirada hasta la ladera del otro lado del

valle. Tres gatos del Clan de la Sombra estaban entrando en el claro, con Nariz Inquieta a la cabeza. Corazón de Fuego se sintió aliviado al reconocer a uno de los dos guerreros que iban tras el curandero blanco y gris. Se trataba de Cirro, claramente recuperado de la enfermedad… gracias a Carbonilla.

Los gatos de los demás clanes se apartaron de los guerreros del Clan de la Sombra cuando éstos se detuvieron ante la Gran Roca. Era evidente que la noticia de la enfermedad se había propagado por el bosque.

—No os preocupéis —maulló Nariz Inquieta resollando, como si les hubiera

leído el pensamiento—. El Clan de la Sombra se ha librado de la enfermedad. Me han mandado que me adelantara para pediros que esperéis antes de iniciar la reunión. El líder del Clan de la Sombra está de camino.

—¿Y por qué Estrella Nocturna se retrasa tanto? —preguntó Estrella Alta, junto a Corazón de Fuego.

—Estrella Nocturna está muerto —respondió Nariz Inquieta sin rodeos.

El asombro se extendió por los gatos como la brisa entre los árboles. Corazón de Fuego pestañeó. ¿Cómo podía estar muerto el líder del Clan de la Sombra? Hacía muy poco que había recibido sus

nueve vidas. ¡Qué enfermedad tan atroz! No era de extrañar que Cirro y Cuello Blanco tuviesen tanto miedo de volver a su hogar.

—¿Va a venir Rescoldo en su lugar? —inquirió Tormenta Blanca, refiriéndose al lugarteniente del Clan de la Sombra.

Nariz Inquieta se miró las patas.

—Rescoldo fue una de las primeras víctimas de la enfermedad.

—Entonces, ¿quién es vuestro nuevo líder? —quiso saber Estrella Doblada, surgiendo de las sombras del otro lado de la Gran Roca.

Nariz Inquieta miró al líder del Clan

del Río.

—Lo veréis vosotros mismos dentro de poco —prometió—. Estará aquí enseguida.

—Disculpadme —murmuró Corazón de Fuego a Estrella Alta y Bigotes—. Hay algo que debo comentar a Nariz Inquieta.

Y se encaminó hacia él. El gato se encontraba rodeado de guerreros y aprendices, todos ansiosos por descubrir quién era el nuevo líder del Clan de la Sombra. Corazón de Fuego se preguntó cómo reaccionaría el viejo Nariz Inquieta al enterarse de la muerte de Fauces Amarillas. Había visto tanta

muerte últimamente que quizá esa pérdida no significara gran cosa para él, pero Corazón de Fuego pensaba que debía contárselo en privado antes de anunciarlo desde la Gran Roca. Después de todo, Fauces Amarillas había entrenado a Nariz Inquieta cuando era la curandera del Clan de la Sombra. El vínculo entre ambos debió de ser muy estrecho, aunque sólo fuera durante un breve tiempo, antes de que Cola Rota expulsara a Fauces Amarillas del clan.

Corazón de Fuego le hizo una seña con la cola al curandero. Nariz Inquieta pareció aliviado de alejarse del círculo de rostros curiosos, y siguió al

lugarteniente a un sitio más tranquilo bajo uno de los robles.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Fauces Amarillas ha muerto —maulló el joven guerrero suavemente, sintiendo como si una nueva espina de dolor se le clavara en el alma.

Los ojos de Nariz Inquieta se empañaron de pena. El gato blanco y gris agachó la cabeza mientras Corazón de Fuego continuaba:

—Murió intentando salvar del incendio a un camarada. El Clan Estelar honrará su valentía.

Nariz Inquieta no respondió; tan sólo movió la cabeza de un lado a otro, muy

despacio. Corazón de Fuego sintió que se le formaba un nudo de tristeza en la garganta, pero no podía permitirse que el dolor lo abrumara. Tocó la cabeza del curandero con el hocico y se alejó rápidamente.

Los demás gatos estaban empezando a dar vueltas de impaciencia, maullando cada vez más alto. Corazón de Fuego oyó cómo un guerrero del Clan del Río susurraba a su vecino:

—¡No podemos esperar más! La luna no tardará en ponerse.

—Si ese nuevo líder piensa llegar tarde, es su problema —coincidió Musaraña.

Corazón de Fuego conocía la verdadera razón del interés de la guerrera por seguir con la reunión y regresar al campamento. Con Garra de Tigre suelto en el bosque, ninguno de los clanes estaba seguro.

Vio un destello de pelo blanco en el centro del claro: Estrella Alta había saltado a la Gran Roca. Obviamente, había decidido iniciar la reunión sin el líder del Clan de la Sombra. Estrella Doblada se encaminó también hacia el peñasco. Corazón de Fuego se preparó; estaba listo para su primera Asamblea como representante de su clan, y desesperado por advertir a los demás

sobre la amenaza que acechaba en el bosque.

—Buena suerte.

Corazón de Fuego notó que el aliento de Tormenta de Arena le agitaba el vello de las orejas. Se volvió para tocar delicadamente la cálida mejilla de la gata con la nariz, sabiendo que su discrepancia ya estaba olvidada. Luego se dirigió hacia la Gran Roca zigzagueando entre los reunidos.

Se detuvo en seco al oír un aullido desde la ladera que tenía detrás.

—¡Ya está aquí!

Corazón de Fuego se dio la vuelta y vio junto a él a Cebrado, doblando el

cuello, pero le tapaban la visión los demás gatos, que se habían alzado sobre las patas traseras para echar un vistazo al nuevo líder del Clan de la Sombra, que pasaba entre la multitud. De pronto, Cebrado irguió las orejas, sorprendido. El guerrero atigrado se quedó mirando la Gran Roca con ojos centelleantes, disimulando apenas su emoción. Corazón de Fuego estiró el cuello para ver qué había provocado una reacción tan fuerte en su compañero de clan.

Enmarcados por la fría luz de la luna, Corazón de Fuego vio los fuertes omóplatos y la ancha cabeza del gato que había saltado a la Gran Roca junto a

Estrella Alta. Al lado de aquella enorme figura, el otro líder parecía enclenque y frágil. Con un gélido escalofrío de miedo, Corazón de Fuego comprendió que el nuevo líder del Clan de la Sombra era Garra de Tigre.



Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, Los gatos guerreros.